

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

PROGRAMA DE POSGRADO EN CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIAL
CAMPO DISCIPLINARIO EN SOCIOLOGÍA

UN ANÁLISIS INTERSECCIONAL DE LAS TRAYECTORIAS FORMATIVAS Y LABORALES DE LOS ENÓLOGOS Y ENÓLOGAS Y LOS PATRONES DE MOVILIDAD/INMOVILIDAD ASOCIADOS A ESAS TRAYECTORIAS.

TESIS
QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE:
DOCTORA EN CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

PRESENTA

YOVANA DE LA LUZ SOLÍS MARTÍNEZ

TUTORA PRINCIPAL
DRA. MARTHA JUDITH SÁNCHEZ GÓMEZ
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES

MIEMBROS DE COMITÉ TUTOR
DRA. KIM SÁNCHEZ SALDAÑA
CICSER, UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MORELOS

DR. BRUNO FELIPE DE SOUZA E MIRANDA
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES

SINODALES
DR. AARAÓN DÍAZ MENDIBURO
CENTRO DE INVESTIGACIONES SOBRE AMÉRICA DEL NORTE

DR. ARIEL SEVILLA
UNIVERSITÉ DE REIMS CHAMPAGNE-ARDENNE

CIUDAD UNIVERSITARIA, CD.MX., FEBRERO, 2025

Universidad Nacional Autónoma de México
UNAM
Biblioteca Central
Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradezco al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) por el apoyo económico brindado durante el desarrollo de mis estudios de doctorado. Su respaldo fue esencial para que pudiera dedicarme de lleno a este proyecto y cumplir con los objetivos planteados.

Agradezco también el apoyo otorgado por el Programa de Apoyo a Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica PAPIIT que me permitieron concluir con la elaboración de la tesis y seguir vinculada a la investigación en el marco del proyecto IN301624 “La industria vitivinícola globalizada en un contexto de crisis y post covid y sus impactos en el trabajo, la movilidad y el asentamiento de los trabajadores: un estudio en diversos contextos locales en tres países” Coordinado por la Dra. Martha Judith Sánchez

Agradecimientos

Culminar esta tesis representa no solo un logro personal, sino también el reflejo del apoyo incondicional y la confianza de muchas personas que han estado a mi lado a lo largo de este camino.

En primer lugar, quiero expresar mi más profundo agradecimiento a mis padres, quienes con su amor, sacrificio y valores me han guiado en cada paso de mi vida. Su apoyo incondicional y su ejemplo han sido la base sobre la que he construido mis sueños.

A mis lectores y revisores de tesis, la Dra. Martha Judith Sánchez, Dra. Kim Saldaña, Dr. Bruno de Souza, Dr. Aaron Díaz y Dr. Ariel Sevilla, les agradezco profundamente por su tiempo, su rigor académico y sus valiosas observaciones, que no solo enriquecieron este trabajo, sino también mi propio crecimiento como investigador/a. Su compromiso y dedicación han dejado una huella imborrable en esta etapa de mi vida.

A mis hermanos, gracias por ser mi inspiración constante, por las palabras de aliento y por creer en mí incluso en los momentos en los que yo dudaba. Su cariño y compañía han sido una fuente inagotable de fortaleza.

A mis amigos, quienes han sido mi red de apoyo emocional y han compartido conmigo momentos de risas, desahogo y ánimo. Su compañía y sus palabras siempre lograron recordarme la importancia de celebrar cada pequeño logro.

A mi pareja (mi ser amado), quiero agradecerte por tu paciencia, tu comprensión y tu apoyo incondicional durante este proceso. Has sido mi refugio en los momentos difíciles y mi mayor motivación para seguir adelante.

Un agradecimiento especial a todas las personas que participaron en este estudio compartiendo sus historias de vida. Su generosidad, al abrirme una ventana a sus experiencias, perspectivas y vivencias, fue fundamental para la realización de este trabajo. Sus relatos no solo dieron forma a esta investigación, sino que también enriquecieron mi comprensión del mundo desde una perspectiva más humana y profunda. ¡Salud!

Mis amores de 4 patitas, su compañía ha sido terapéutica, Palmolita, Bongle, Chanel, Kira, Muji. Al teatro y a las tablas que de ahí he tomado para mi formación profesional

Finalmente, agradezco a todas las personas y circunstancias que de alguna manera han contribuido a que este proyecto se hiciera realidad. Cada aporte, por pequeño que sea, ha sido significativo y me ha permitido llegar hasta aquí.

A todos ustedes, esta tesis es también un testimonio de su apoyo y su confianza.

Porque, como el buen vino, el conocimiento requiere tiempo, dedicación y el aporte de muchas manos para alcanzar su plenitud.

Con gratitud eterna,
Yovana de Luz

INDICE TENTATIVO

Introducción 7

Capítulo I Tras los bastidores del glamour: Globalización del vino, migración calificada, desigualdad e interseccionalidad 15

1.1 El contexto, la era de la conexión global 16

1.1.1 Perspectivas sobre la globalización en la Industria vinícola 16

1.2 Explorando facetas alternativas de la migración calificada 26

- *Travesías globales: La movilidad de los enólogos y las enólogas en la era de la globalización* 27

- *Talento en tránsito: La movilidad de profesionales calificados* 34

- *Nuevas Perspectivas y Retos en la Migración Calificada: Más Allá de las Fronteras Tradicionales* 40

1.3 Tejiendo realidades: Desigualdad e interseccionalidad en el mundo global 45

1.3.1 Una revisión de las dinámicas de poder y desigualdad a escala global 45

1.3.2 De la Desigualdad a los Puntos de Encuentro: Un Viaje a través de la Interseccionalidad 55

1.4 Perspectivas Interseccionales en el Mundo del Vino 71

1.2.2 Sociología de las Profesiones en el Mundo del Vino: Segmentación y Diversidad en el Viñedo Global 71

-*Breve recorrido teórico* 71

1.4.2 Capitales y Recursos de Clase: El Legado de Pierre Bourdieu 77

-*Breve discusión sobre los recursos de clase* 77

- *Los Tipos de Capital según Bourdieu: Una revisión de los Conceptos Básicos* 79

-*La transformación de los capitales* 90

1.4.3 El Género como Herramienta de Análisis 92

-Principios y Contribuciones al Estudio de la Categoría de Género 92

- *Entre Roles y Expectativas: La División Sexual del Trabajo* 97

Capítulo II: Herramientas teórico-metodológicas 100

2.1 Trayectorias laborales 100

2.1.1 Analizando las Trayectorias formativas y laborales: Enfoques y Métodos 100

2.2 Marco metodológico y universo de estudio 103

2.2.1. Estrategia metodológica 103

2.2.2 Estado del arte del tema e historia de la enología 117

-*El origen de la enología* 119

-*Principales tareas de las enólogas y los enólogos en la industria del vino* 124

-Impactos de la pandemia y el confinamiento en diferentes rubros del trabajo enológico 133

2.2.3 Conociendo el universo de estudio. Características generales de las y los enólogos de esta investigación. 146

Capítulo III Del aula al vino: Un Análisis de las Trayectorias Educativas y Profesionales de Enólogos y Enólogas" 150

3.1 La Formación Profesional en Enología: Una Perspectiva Interseccional 150

3.3. Patrones de movilidad e (in) movilidad en las trayectorias formativas de acuerdo con el origen nacional, el género y los recursos de clase 203

Capítulo IV Construyendo Carreras en el Vino: Un Estudio de las Trayectorias Laborales de Enólogos y Enólogas 225

4.1 La trayectoria laboral del enólogo y la enóloga desde una mirada interseccional 227

-*Estereotipos de género en el espacio profesional y familiar: Análisis de estereotipos* 274

4.2 Patrones de movilidad e (in) movilidad en las trayectorias formativas de acuerdo con el origen nacional, el género y los recursos de clase 291

Conclusiones 310

Anexo metodológico 320

Bibliografía 348

Introducción

El interés por este tema de estudio nació de mi experiencia en el Instituto de Investigaciones Sociales, donde tuve el privilegio de colaborar en proyectos sobre la industria del vino, bajo la dirección de la doctora Martha Judith Sánchez. Estos proyectos me ofrecieron una ventana inicial al mundo de la vitivinicultura y fueron el punto de partida para esta investigación. A medida que me adentraba en el tema, se hizo evidente que había un grupo de profesionales en esta industria que, sorprendentemente, había recibido poca atención desde las ciencias sociales: los enólogos y enólogas.

Estos expertos, custodios de la alquimia vinícola, son los encargados de orquestar cada fase del viaje de la uva desde su llegada a la bodega hasta la botella de vino final. Su labor va mucho más allá de la simple mezcla de ingredientes; son responsables de una serie de procesos complejos y delicados que determinan la esencia misma del vino. Desde la selección de las variedades de uva que se cultivarán hasta las decisiones estratégicas sobre su comercialización, los enólogos y enólogas juegan un papel primordial en esculpir la personalidad del vino.

Cada día, estos profesionales aplican su amplio conocimiento técnico para tomar decisiones que van desde el control de los aromas y colores hasta el equilibrio final del producto. Su trabajo, inmerso en una serie de pautas dictadas por la bodega o empresa para la que colaboran, exige un nivel de precisión y creatividad que define el carácter distintivo de cada vino. Así, el enólogo o enóloga no solo supervisa el proceso de elaboración, sino que también se convierte en el arquitecto de la experiencia sensorial que cada botella de vino promete ofrecer.

Antes de la globalización del vino, el camino hacia el conocimiento vitivinícola era más autodidacta y personal. Los enólogos y enólogas de antaño se formaban, en su mayoría, dentro del seno de familias vitivinícolas. La producción del vino no se limitaba a las modernas bodegas; se extendía también a pequeños viñedos familiares, donde el vino se elaboraba principalmente para el autoconsumo y no con fines comerciales. En estos entornos, cualquier persona con conocimientos básicos en agricultura y cultivo de uvas podía embarcarse en la tarea de hacer vino. El proceso se transmitía de generación en generación, sin necesidad de una formación formal.

Con el tiempo, las funciones que hoy se asocian con los enólogos y enólogas empezaron a ser desempeñadas por profesionales con formación técnica, como químicos, biólogos, ingenieros agrónomos, farmacéuticos, o incluso por otras figuras dentro de la bodega. Esta transición marcó el comienzo de un cambio significativo en la industria.

La globalización del vino trajo consigo un proceso de perfección y refinamiento sin precedentes. La demanda de una calidad superior y la expansión del mercado hicieron que la profesión de enólogo o enóloga evolucionara hacia un perfil más técnico y especializado. Se establecieron escuelas y programas dedicados a la formación en enología, marcando un antes y un después en la carrera profesional.

Hoy en día, las nuevas generaciones de enólogos y enólogas no están necesariamente ligadas por tradición familiar al mundo del vino. En lugar de heredar su rol de generaciones anteriores, deben contar con una educación formal y especializada que les permita destacarse en un mercado competitivo y en constante evolución. La carrera en enología se ha convertido en una disciplina académica rigurosa, adaptada a las exigencias de un sector globalizado y en transformación.

Poco a poco, los enólogos y enólogas han ascendido a un estatus de mayor reconocimiento, trascendiendo su rol original en la elaboración del vino. Hoy en día, su campo de acción se ha diversificado enormemente, reflejando la importancia que la enología ha adquirido en el panorama global del vino. Este crecimiento y especialización del sector exigen que los profesionales cuenten con credenciales que respalden no solo su conocimiento técnico en enología, sino también su *expertise* en áreas específicas.

Sin embargo, hasta el momento, se observa que la literatura existente sobre enólogos y enólogas desde una perspectiva sociológica y de género es aún limitada. Esta carencia de estudios ha complicado el planteamiento del proyecto, pero al mismo tiempo, ha añadido un carácter innovador al estudio. Como detallaré más adelante, el trabajo de campo ha sido esencial para recolectar la información necesaria, convirtiéndose en la principal fuente de datos para esta investigación.

En este contexto, es fundamental destacar dos aspectos importantes. Primero, el valor principal de esta investigación radica en la recolección y análisis de datos de primera mano sobre un tema que ha sido escasamente explorado desde la sociología y, aún más, desde una

perspectiva de género. La industria del vino y el rol de enólogos y enólogas en ella representan un campo de estudio novedoso y relevante.

A pesar de la falta de información inicial, el estudio de los enólogos y enólogas se revela como una investigación significativa. La figura de estos profesionales ha evolucionado notablemente para adaptarse a las demandas de las nuevas tendencias y transformaciones en la industria. Hoy en día, la vitivinicultura no se limita a la simple producción y comercialización de vino; ha avanzado hacia la venta de "experiencias sensoriales", el enoturismo y la promoción de productos locales. Esta evolución ha dado lugar a una compleja mercadotecnia en torno a cada región vitivinícola, intensificada por la competencia global. Así, los enólogos y enólogas desempeñan un papel básico en este dinámico panorama, adaptándose continuamente a las exigencias del mercado y las expectativas de los consumidores.

Con el avance de la globalización, los enólogos y enólogas han evolucionado de ser simples elaboradores para convertirse en actores fundamentales dentro de la industria del vino. Su papel ha pasado de cumplir con los requerimientos del mercado a moldear activamente la producción vitivinícola y elevar la imagen de las regiones vinícolas en el escenario internacional. En la actualidad, algunos enólogos y enólogas gozan de reconocimiento mundial, desempeñándose como figuras mediáticas que atraen a los consumidores hacia ciertas bodegas, similar a cómo los chefs de renombre atraen a los comensales a restaurantes exclusivos.

El contexto la investigación se enmarca en una época en la que la movilidad internacional se vio afectada por la pandemia del COVID-19. En este escenario, los enólogos y enólogas, tradicionalmente considerados profesionales altamente cualificados y móviles, enfrentaron desafíos sin precedentes. La pregunta central de la investigación giraba en torno a cómo las estrategias y tendencias en la movilidad de estos expertos se habían modificado a raíz de la crisis sanitaria global y cómo se adaptarían a la nueva normalidad, considerando variables como género, origen nacional, recursos de clase y edad.

En ese momento, la movilidad se había convertido en un tema de gran relevancia debido a las severas restricciones de movimiento, el cierre de fronteras y el endurecimiento de las políticas migratorias, todos ellos factores que impactaron significativamente a los trabajadores migrantes y a aquellos con alta movilidad profesional, como es el caso de los

enólogos y enólogas. La hipótesis inicial era que estas restricciones generarían desigualdades en la movilidad y en la capacidad de adaptación, y que tales desigualdades podrían variar según el género, el origen nacional y otras categorías interseccionales.

Así, mi propuesta se centraba en desentrañar cómo estas diferencias en movilidad e inmovilidad se manifestaban en el contexto de una pandemia global y cómo se podían explicar desde una perspectiva interseccional y de acceso a diversos tipos de capitales. Este enfoque no solo buscaba arrojar luz sobre las dinámicas específicas de los enólogos y enólogas en tiempos de crisis, sino también proporcionar una visión de las desigualdades y adaptaciones en un entorno de trabajo global cada vez más complejo y desafiante.

Debido a las restricciones de movilidad impuestas por la pandemia, se optó por llevar a cabo el trabajo de campo a través de medios sociodigitales. El primer contacto con enólogos y enólogas se estableció a través de Instagram, lo que facilitó la organización de entrevistas posteriores por Zoom y videollamadas de WhatsApp.

Esta estrategia resultó ser altamente beneficiosa, ya que permitió conectar con enólogos y enólogas de diferentes países, brindando así una visión global de la enología. La información recabada durante estas entrevistas permitió reevaluar y ajustar el proyecto inicial. Se identificaron dos aspectos clave del planteamiento original que requerían una reformulación significativa, lo que abrió nuevas posibilidades para explorar y comprender las dinámicas de la enología en el contexto de la pandemia.

El primer elemento que requirió reconsideración fue el enfoque exclusivo en la pandemia. A partir de la información obtenida en las entrevistas, se observó que, aunque la pandemia afectó a enólogos y enólogas como a la mayoría de los trabajadores a nivel mundial, las decisiones y estrategias para enfrentarla no dependieron directamente de ellos.

Durante la pandemia, los enólogos y enólogas se encontraron sujetos a las decisiones de propietarios, empresarios y autoridades gubernamentales, quienes determinaron el rumbo de las bodegas en un contexto incierto. Estos actores fueron los responsables de ajustar el ritmo de trabajo, gestionar la escasez de insumos esenciales como botellas, corchos y barricas y redirigir la oferta hacia el comercio minorista o las ventas en línea ante el cierre de bares y restaurantes. Además, tuvieron que implementar recortes de personal debido a la caída en las ventas y el turismo enológico, mientras que las medidas sanitarias exigían nuevas formas de operar. Las restricciones de movilidad y el cierre de fronteras complicaron la supervisión de

viñedos y bodegas, así como la exportación de vinos, afectando especialmente a países con mayores limitaciones para el desplazamiento. La excepción a esto fueron aquellos que eran propietarios de bodegas, socios o trabajadores independientes con sus propios proyectos.

Aunque la emergencia sanitaria trastocó su trabajo, no eran los actores primarios para analizar los efectos de la pandemia en la enología y la industria del vino, además de que tampoco eran los únicos afectados. Así, la pandemia, aunque relevante como contexto, no constituía la interrogante central de la investigación.

El segundo elemento que requirió ajuste fue la percepción inicial de que el trabajo en la enología era homogéneo, cualificado y privilegiado. Contrario a esta suposición, se descubrió que las trayectorias formativas y laborales en el ámbito de la enología no siempre son uniformes. Las trayectorias de enólogos y enólogas y los patrones de movilidad e inmovilidad asociados a estas trayectorias no son homogéneos. En cambio, varían significativamente en función de cómo se articulan los diferentes sistemas de discriminación y privilegio, principalmente relacionados con el origen nacional, el género y los recursos de clase.

Como resultado, la pregunta central de la investigación se planteó como sigue: *¿Cómo se configuran las trayectorias formativas y laborales y los patrones de movilidad/inmovilidad de los enólogos y enólogas de acuerdo con su origen nacional, género y recursos de clase?*

Durante las entrevistas, los enólogos y enólogas compartieron sus percepciones sobre cómo la pandemia afectó su labor en la industria del vino. Sin embargo, se reveló que estos problemas no solo los impactaron a ellos, sino también al resto del personal en el campo y la bodega. Para obtener una visión completa de la problemática, habría sido necesario entrevistar a todo el personal involucrado.

Esta realidad llevó a la necesidad de reestructurar la investigación. En lugar de centrarme únicamente en los efectos de la pandemia, el enfoque se redirigió hacia el análisis de la posición en la que se encontraban los enólogos y enólogas cuando la pandemia impactó la industria. Como se mostrará a lo largo de la tesis, la situación individual de cada enólogo o enóloga varia significativamente, y esta variabilidad influyó en el grado en que cada uno se vio afectado por la crisis sanitaria.

Para algunos enólogos y enólogas, la pandemia significó un período de descanso, mientras que para otros implicó la pérdida de empleo, reflejando así la heterogeneidad y estratificación

dentro de este grupo profesional. Esta disparidad plantea la pregunta: ¿por qué ocurre esta diferencia?

La respuesta se encuentra al analizar las trayectorias formativas y laborales que han posicionado a los enólogos y enólogas de manera diferenciada en el sector. Este análisis llevó al replanteamiento de la pregunta de investigación.

En lugar de asumir que la pandemia generaría trayectorias de movilidad diferenciadas, se descubrió que tales trayectorias ya eran diversas antes de la pandemia; lo que ocurrió durante la crisis sanitaria fue una agudización y visibilidad de estas diferencias preexistentes. Por ejemplo, algunos enólogos y enólogas que eran propietarios de bodegas pudieron continuar trabajando y adaptarse al contexto mediante la inversión en marketing digital y el comercio en línea. En contraste, aquellos con contratos eventuales o a tiempo parcial se quedaron sin empleo. Esta observación coincide con las teorías de la sociología del desastre (Perry, 2018) que argumentan que los eventos disruptivos de gran magnitud no generan nuevas vulnerabilidades, sino que las amplifican y exponen con mayor claridad.

El estudio de la movilidad e inmovilidad de los enólogos sigue siendo esencial, dado que estas dinámicas forman parte integral de sus trayectorias formativas y laborales. La movilidad ha sido un recurso significativo para la profesionalización de enólogos que buscan ampliar sus capitales y avanzar en sus carreras, permitiendo el surgimiento de figuras destacadas como los reconocidos *flying winemakers.* En la actualidad, el enfoque principal del análisis se centra en las trayectorias formativas y laborales, en las que la movilidad se configura como un recurso esencial.

El marco teórico de la investigación, desarrollado en el primer capítulo, se fundamenta en el enfoque de la interseccionalidad, utilizando como marcadores sociales de privilegio y desigualdad el origen nacional, el género y los recursos de clase. Aunque inicialmente se intentaba explicar las diferencias en los patrones de movilidad e inmovilidad durante la pandemia, el enfoque de interseccionalidad ahora se emplea para analizar las diferencias en las trayectorias formativas y laborales de los enólogos y enólogas en un contexto globalizado.

Este cambio en el enfoque requiere una profundización en las discusiones teóricas sobre desigualdad, por lo que también se hace un recorrido del estudio de la desigualdad hasta llegar a la interseccionalidad. Para analizar la movilidad de estos trabajadores, se recurrió a la literatura sobre movilidad calificada (Mendoza, Staniscia y Ortiz, 2016; Pellegrino, 2001).

Además, se incorporó la sociología de las profesiones (Abbott, 1988; Dubar y Tripier 1998; Urteaga, 2011) para entender cómo se estratifica el mercado laboral de los enólogos y enólogas y cómo estas estratificaciones afectan su desarrollo a nivel profesional. La literatura sobre sociología de las profesiones también proporcionó conceptos clave como trabajo, profesión y actividades laborales, los cuales son esenciales para el análisis.

En el segundo capítulo, se definen y se señala la importancia de utilizar las trayectorias formativas y laborales. Esta aproximación permite un análisis de cómo los individuos construyen y negocian su identidad profesional y social, así como comprender las barreras y facilitadores en las carreras profesionales, y desarrollar propuestas fundamentadas para intervenir en las desigualdades estructurales dentro del campo profesional. También se toma en cuenta el impacto y el intercambio de capitales que los actores invierten para competir en el mercado laboral y cómo estos capitales modifican sus trayectorias laborales.

Por esta razón, la temporalidad del análisis se centra en aquellos enólogos y enólogas cuya formación y trayectoria laboral se desarrollaron durante la era de la globalización. Las entrevistas con enólogos y enólogas que se formaron anteriormente servirán para desarrollar una visión más completa de la historia de la enología y para comprender cómo ha evolucionado la profesión en respuesta a las transformaciones del mercado global.

Para concluir, los capítulos tres y cuatro profundizan en el análisis de las trayectorias formativas y laborales de los enólogos y enólogas, integrando los elementos teóricos y metodológicos discutidos en los primeros capítulos. A través de este análisis, estos capítulos destacan la originalidad de la investigación en aspectos clave que marcan una contribución significativa a los estudios sociales en la industria del vino.

En primer lugar, la investigación se sitúa en un enfoque innovador dentro de este campo, explorando un terreno que hasta ahora ha sido poco abordado desde una perspectiva sociológica. La industria del vino, a pesar de su enraizada historia y prestigio global, rara vez se examina en profundidad en términos de las dinámicas sociales y profesionales que la componen. Este estudio, entonces, abre un camino original para comprender el sector desde una óptica interseccional que considera las condiciones de clase, género y origen nacional.

En segundo lugar, al abordar temas de desigualdad e interseccionalidad, esta investigación ilumina las dinámicas internas de un grupo de trabajadores que, en el imaginario social, no se percibe generalmente como desigual o estratificado. A través de este análisis, se revelan

aspectos de segmentación y disparidad que suelen quedar ocultos bajo la imagen idealizada de la industria vinícola. Al hacer visible esta estructura de desigualdades, el estudio no solo transforma nuestra percepción de los enólogos y enólogas, sino que también invita a reflexionar sobre otros colectivos profesionales que, como en este caso, permanecen a menudo fuera de la discusión sobre la justicia social y la equidad.

Finalmente, este trabajo adquiere una dimensión metodológica de gran relevancia en el contexto de la pandemia de COVID-19. Al desarrollar un modelo de trabajo de campo adaptado a circunstancias de emergencia sanitaria y restricciones de movilidad, la investigación ofrece una valiosa referencia metodológica para futuros estudios en situaciones adversas. Así, se convierte en un ejemplo de cómo la investigación social puede mantenerse resiliente y relevante, incluso en escenarios que desafían las prácticas tradicionales de recolección de datos.

Capítulo I Tras los bastidores del glamour: Globalización del vino, migración calificada, desigualdad e interseccionalidad

En casi todas las regiones vinícolas alrededor del mundo, podemos encontrar una intrincada red de historias que van más allá del simple cultivo de la vid. La industria del vino, con su riqueza y complejidad, despliega un tapiz de impactos económicos y culturales que reiteran su importancia.

El impacto económico de esta industria es importante y multifacético. Cada viñedo, cada bodega, representa un microcosmos de actividad económica. Desde los campos donde los jornaleros recogen la uva, hasta los salones de cata donde los *sommeliers* presentan las botellas más preciadas, el vino genera empleos directos e indirectos en cada etapa de su producción, distribución y venta. Las regiones productoras no solo se benefician de los ingresos directos de la venta del vino, sino también del turismo enológico que atrae a entusiastas de todo el mundo, deseosos por conocer los secretos de la vinificación.

Pero el vino no es solo economía; es cultura, tradición y un legado que se remonta a milenios. En cada botella se encierra una historia, una herencia que preserva el patrimonio cultural de sus regiones de origen. El vino es un embajador, promoviendo el intercambio cultural a través de la gastronomía y las celebraciones. Es en este contexto que surge la figura del enólogo y la enóloga.

¿Qué es y que hace exactamente un enólogo y enóloga? Me hicieron esa pregunta muchas veces a lo largo de esta investigación, de forma poética podría decirse que son los alquimistas modernos del vino, en sus manos, la uva se transforma en una sinfonía de sabores y aromas, pero en términos más técnicos y académicos, son los responsables de la calidad y las características distintivas de cada botella que llega al consumidor. Su trabajo abarca desde la viña hasta la copa y sus responsabilidades han crecido en respuesta a las demandas de un mundo cada vez más globalizado.

Hoy en día, los enólogos y enólogas no solo se encargan de producir vinos de alta calidad; se espera de ellos que innoven constantemente, que experimenten con nuevas técnicas y variedades de uva, creando vinos únicos que se adapten a las tendencias del mercado y que ofrezcan experiencias sensoriales inolvidables y distintivas. Esta constante búsqueda de la excelencia, en un mundo cada vez más competitivo, convierte a los enólogos y enólogas en

figuras clave dentro de la industria vinícola, ¿por qué entonces hay tan pocos trabajos sociológicos dedicados a estos profesionales?

Detrás del glamour y el prestigio asociados a la profesión de enólogo y enóloga, se esconden historias de vida complejas y diversas. Las trayectorias formativas y laborales de estos profesionales son un reflejo de un mundo globalizado y estratificado, donde las desigualdades y las diferencias son la norma. Particularmente el origen nacional, el género y los recursos de clase son factores que influyen significativamente en las oportunidades y los desafíos que enfrentan los enólogos y enólogas.

Para comprender cómo estos marcadores de diferenciación se entrelazan y afectan las trayectorias de los enólogos y enólogas, adopté un enfoque interseccional. Este enfoque me permitió explorar las múltiples capas de desigualdad que atraviesa la profesión y ofrecer una perspectiva de análisis más completa de sus vidas y carreras.

En este primer capítulo, abordaré la definición y la importancia del enfoque interseccional para este estudio, trazando un puente teórico entre la interseccionalidad y la desigualdad mediante la sociología de las profesiones. De este modo, pude comprender cómo se estratifica el mercado laboral de los enólogos y enólogas y cómo se manifiestan sus diferencias a nivel formativo y laboral.

No obstante, este capítulo comienza respondiendo a las preguntas: ¿Qué se entiende por globalización y por globalización del vino? Antes de profundizar en los conceptos teóricos de desigualdad e interseccionalidad, es necesario conocer el contexto global en el que se desarrollan los enólogos y enólogas, el "campo de juego", por así decirlo.

Otra parte importante de este capítulo aborda la movilidad calificada. En un mundo global, es fácil asumir que la movilidad y la hipermovilidad se llevan a cabo sin problemas. Sin embargo, ¿es esto realmente así? ¿Todos los enólogos y enólogas pueden moverse? Y si lo hacen, ¿cómo se mueven y en qué condiciones? Este análisis se hace desde la literatura sobre movilidad calificada.

1.1 El contexto, la era de la conexión global

1.1.1 Perspectivas sobre la globalización en la Industria vinícola

A finales del siglo XX, se produjo un fenómeno sin precedentes: un acelerado aumento en la velocidad y el alcance de la globalización. Este proceso, promueve y favorece la integración de las economías mundiales, principalmente a través del comercio y los flujos financieros.

Sin embargo, no se limita solo a estos aspectos; en ocasiones, implica también el desplazamiento de personas y la transferencia de conocimientos y tecnologías a través de fronteras internacionales. La globalización, en su esencia, abarca dimensiones culturales, políticas y ambientales. Anderson (2001) señala que:

> Aunque la globalización es algo que ha estado ocurriendo durante largos periodos de tiempo, la enorme disminución de los costes de comunicación e información y los recortes de las barreras gubernamentales arancelarias y no arancelarias al comercio de bienes y servicios se han combinado a finales del siglo 20 para acelerar la globalización a una velocidad sin precedentes que no muestra signos de disminuir (p: 62).

La pregunta entonces es: ¿qué ha permitido estos cambios y ha llevado a la transformación de la industria del vino en una industria globalizada? Aquí exploro los fenómenos clave que han contribuido al desarrollo global de la industria vinícola. Empezando con los avances en la tecnología digital, los cuales han revolucionado la manera en que se comparten y difunden conocimientos. Thornton (2013) observa que "antes de la década de 1980 las ideas de y la tecnología sobre el cultivo de la vid y la elaboración del vino se difundían lentamente de un país a otro, principalmente a través de la comunicación escrita o de prácticas en el extranjero" (p: 278)[1]. Hoy en día, los costos de acceso a conocimientos, información e ideas se han reducido drásticamente, facilitando el intercambio sin necesidad de desplazarse físicamente.

Después se encuentran las políticas gubernamentales, la comercialización del vino era compleja debido a los elevados impuestos. Sin embargo, la gradual reducción de estos impuestos ha facilitado tanto el consumo como la exportación. En este sentido Thornton (2013) señala: "en países con una creciente demanda de vino en los que los aranceles siguen

[1] Thornton (2013) "Prior to the 1980s, grape growing and winemaking ideas and technology spread slowly from one country to another country, primarily by written communication or winemaking internship abroad." (p: 278).

siendo elevados, las empresas vinícolas extranjeras tienen un incentivo económico para crear empresas conjuntas con empresas nacionales" (p: 280)[2].

Posteriormente también se dio una transformación de empresas vitivinícolas en multinacionales. Banks y Overton (2010) destacan: "la inversión extranjera ha transformado las empresas vitivinícolas mejorando sus técnicas de cultivo y elaboración." (p: 59). Al mismo tiempo, algunos países han negociado acuerdos de libre comercio que reducen los aranceles y otras barreas comerciales, lo que ha permitido a las empresas extranjeras competir con las nacionales y acceder a los mercados. En términos de producción y distribución se han formado alianzas entre empresas nacionales y extranjeras, lo que ha facilitado el intercambio de tecnología y mano de obra.

El crecimiento económico en nuevos mercados ha impulsado el consumo de vino. Anderson (2001) observa que "Hong Kong, China y Rusia han experimentado tasas de crecimiento económico y un aumento en la demanda de vino, en China se habla de un aumento de ventas hasta de un 68% aproximadamente" (p:162). Ese aumento en los niveles económicos ha beneficiado a clases medias y altas convirtiendo a esos grupos en grandes consumidores, impulsando la demanda, es decir el aumento en el consumo de vino en países que no eran tradicionalmente consumidores, ha creado nuevos mercados de exportación y oportunidades para productores de todas las regiones del mundo. Adicionalmente ha habido una tendencia por preferir vinos con estilos más frescos, afrutados y ligeramente más dulces que han atraído a consumidores ocasionales de vino en diversos países (Thornton, 2013).

Finalmente, parte de la globalización incluye el intercambio de mano de obra y conocimientos. En la industria del vino, esto ha permitido que trabajadores especializados, como injertadores, viticultores y enólogos, exporten sus servicios, pasando temporadas en el extranjero como trabajadores o consultores. "Este intercambio ha facilitado la rápida difusión de técnicas y tecnología, así como el desarrollo de nuevos estilos de vinos" (Banks y Overton, 2010: 59).

[2] Thornton (2013) "In countries with growing wine demand where tariffs on wine are still high, foreign wine firms have an economic incentive to set up joint ventureswith domestic firms." (p: 280).

A medida que el mundo se conecta cada vez más, la industria del vino continúa evolucionando, beneficiándose de la sinergia entre tecnología, políticas gubernamentales y cambios en el consumo. La globalización, lejos de ser un fenómeno pasajero, se ha convertido en un motor esencial para el desarrollo y la innovación en esta antigua y noble industria.

En la industria vitivinícola, la evolución y transformación constantes son una respuesta natural a las cambiantes necesidades del mercado y los consumidores. Esta metamorfosis ha llevado al vino a convertirse en una industria verdaderamente global. Para desentrañar los cambios y características de esta industria, algunos estudiosos han recurrido al binomio del Viejo Mundo y el Nuevo Mundo del vino, un marco que nos ofrece una ventana al pasado y al presente de la producción vinícola.

El Viejo Mundo, con sus métodos y lugares de producción arraigados en la historia, evoca imágenes de viñedos ancestrales y bodegas donde el *terroir*[3], ese conjunto único de factores naturales y humanos confiere a cada vino su carácter distintivo. Aquí, la preferencia por la elaboración artesanal y la producción cuidadosamente regulada es palpable, pero esta devoción a la tradición también ha atraído críticas por su conservadurismo y su extrema protección hacia sus productos.

En contraposición, el Nuevo Mundo se erige como un faro de innovación, abrazando métodos en constante evolución y desarrollo. Sus técnicas modernas y su enfoque industrializado y a gran escala definen una industria vibrante y dinámica. No obstante, este progreso no está exento de críticas; se le acusa de sacrificar el valor del terroir en aras de la producción masiva y de recurrir a productos químicos y artificiales.

Sin embargo, Glenn Banks y John Overton (2010) desafían la precisión de este modelo dicotómico. Argumentan que dicha división encasilla y estereotipa estos dos mundos,

[3] Es un concepto fundamental en la viticultura y la enología que se refiere a la interacción única entre varios factores naturales y humanos que influyen en las características de un vino. Estos factores incluyen: clima, suelo, topografía, tradiciones y prácticas humanas. La organización de la Viña y el Vino lo define como el concepto que hace referencia a un espacio en el que el conocimiento colectivo de las interacciones entre el medio físico y biológico y el entorno enológico aportan características diferenciadas a los productos originarios de ese espacio.

reduciéndolos a simplismos como artesanal versus industrial, conservadurismo versus experimentación, regulado versus no regulado. En realidad, ninguno de estos espacios se ajusta perfectamente a estas categorías. Además, este análisis binario deja fuera a los nuevos mercados vitivinícolas y las regiones emergentes, excluyéndolos del fenómeno global del vino.

Banks y Overton proponen una perspectiva más adecuada: la lente crítica de la globalización. Solo a través de esta mirada es posible comprender la complejidad y magnitud del fenómeno vitivinícola global, permitiéndonos hablar de diversos mundos del vino y reconociendo la riqueza y diversidad que cada uno de ellos aporta a la industria.

En un mundo donde el vino es más que una simple bebida, la división entre el viejo y el nuevo mundo se desmorona, revelando una coexistencia fascinante y compleja donde las nuevas técnicas de producción en masa conviven con vinos de autor y vinos boutique, cuyas cualidades se aferran apasionadamente al *terroir*, dispersos por geografías que abarcan ambos mundos. La complejidad del panorama vinícola contemporáneo se profundiza con la incorporación de nuevos países consumidores y productores emergentes (Banks y Overton, 2010).

Banks y Overton destacan que los mundos del vino no se limitan a modelos dicotómicos, sino que se caracterizan por "una serie de impulsos, conexiones, transgresiones e integraciones a menudo contradictorios que no se circunscriben fácilmente a fronteras locales, nacionales o categóricas" (2010:83). A medida que la globalización avanza, las preferencias de los consumidores, la interacción entre diferentes regiones vitivinícolas, la transferencia de tecnología y el desplazamiento de trabajadores, todos estos elementos se entrelazan, nutriendo y moldeando transformaciones fundamentales dentro del mundo global del vino.

Martha Judith Sánchez, Francisco Torres, Inmaculada Serra (2018) y Elena Gadea (2019) también retoman estas críticas que se hacen a la dicotomía de viejo y nuevo del vino y coinciden con Banks y Overton en que, para comprender el mundo del vino es necesario abordarlo desde su complejidad. En este enfoque, el vino no es solo un producto estático, sino que se asemeja a una criatura viva, moldeada por la globalización y los cambiantes ritmos de producción y consumo que se despliegan en las diversas regiones:

> En efecto, desde las dos últimas décadas del siglo XX, el mundo del vino ha registrado una serie de transformaciones que han modificado este sector tanto en la producción y consumo como en la comercialización. La globalización del vino y la creciente competencia internacional de las diferentes zonas vitivinícolas para posicionarse en el mercado global han traído consecuencias diversas en los entornos locales: el cambio en la vocación de las tierras, nuevas formas de producción y relaciones de trabajo, diversas formas de acceso y contratación de la mano de obra, origen de los trabajadores y asentamiento de los mismos conformando espacios en donde conviven de manera temporal o permanente poblaciones de diferentes países y culturas. (Sánchez, Torres y Serra, 2018:10)

No obstante, las y los autores antes citados también coinciden en que la perspectiva del viejo y nuevo mundo del vino no debe ser descartada a la ligera, siempre y cuando se adapte con precisión a las características y objetivos de la investigación en curso. Sin embargo, para los fines de este estudio, he decidido dejar de lado el modelo tradicional. Aquí, la verdadera esencia radica en observar los cambios suscitados por la globalización del vino, centrándome en los nuevos mundos que emergen, en cómo se moldean y evolucionan conforme cambian los patrones de producción y consumo.

A medida que me adentro en este tema, es imperativo destacar las diversas críticas y temores que han surgido en torno a la globalización del vino. Uno de los principales temores es la pérdida de la esencia artesanal del vino, que podría transformarse en un producto homogeneizado, despojado de las características regionales que lo hacen único y representativo de su tierra natal. Existe también el miedo de que los vinos de bajo coste, producidos en masa y con mano de obra barata, eclipsen a aquellos de mayor calidad y tradición.

Sin embargo, la realidad del mercado vinícola presenta un panorama más complejo. Se ha observado que los consumidores no sólo buscan precios bajos, sino que también valoran la calidad y la exclusividad. Así, se inclinan hacia marcas globales que, al mismo tiempo, promueven con orgullo sus raíces regionales y tradiciones ancestrales. En ese sentido, Banks y Overton (2010) señalan que:

> […] la industria vitivinícola se caracteriza por complejos procesos de cambio en los que indudables fuerzas que avanzan hacia la integración, la industrialización y la

> uniformidad se ven contrarrestadas por las que conducen a la continuación e incluso la expansión de la producción artesanal de vinos de calidad en lugares específicos. Además, estos cambios no sólo están siendo impulsados desde el centro, por las grandes corporaciones o los antiguos mercados establecidos, sino también por nuevos desarrollos en la periferia (p: 59).

Otra de las críticas a este modelo de globalización del vino es que se piensa que puede dar pie a la creación de monopolios donde sean unas pocas empresas transnacionales las que acaparen todo el mercado, sin dar oportunidad a los pequeños productores nacionales de competir y comercializar con sus productos.

A este respecto Thornton (2013) hace énfasis en que "Aunque la producción mundial del vino se ha concentrado, todavía está lejos de estar dominada por un pequeño grupo de conglomerados como ocurre con otras industrias de bebidas" (p: 288)[4]. De modo que, desde esta perspectiva global, existe un gran número de empresas que, si bien no tienen el mismo tamaño, ni el mismo poder, sí incentivan la competencia en el mercado.

A pesar de las críticas, la globalización ha dejado una huella innegable en el mundo del vino, transformándolo en varias áreas. Estos cambios se hacen evidentes al observar la evolución de la geografía de la producción vitivinícola.

Desde tiempo atrás el vino ha sido un producto viajero, desplazándose por el mundo a través del comercio y la colonización. Sin embargo, como lo señala Anderson (2021), el vino ha sido predominantemente un producto europeo, y en gran medida, aún lo es. En el pasado, los países productores también eran los principales consumidores, con solo un 10% de las ventas dirigidas al mercado internacional. No obstante, esos patrones de comercialización y consumo han comenzado a desvanecerse. En este contexto, según Thornton (2013):

> Desde finales de la década de 1980 hasta 2009, la proporción de vino producido en un país, pero exportado y vendido en otros aumentó del 15% al 32%. En la actualidad

[4] Thornton (2013) "While global wine production has become more concentrated, however, it is still a long way from being dominated by a small group of conglomerates like other beverage industries." (p: 288).

> aproximadamente una de cada tres botellas de vino consumidas en el mundo son importadas. (p: 277)[5]

Las cifras de la Organización Internacional de la Viña y el Vino (OIV), revelan que los tradicionales pilares europeos del vino como Italia, Francia y España continúan liderando la escena mundial de la producción. No obstante, surgen en el horizonte otros países que están ganando progresivamente relevancia en este universo, como Sudáfrica, China y Nueva Zelanda, trazando nuevos contornos en el mapa vinícola global.

El ascenso de países emergentes en la industria del vino encuentra su raíz en la trama tejida por la globalización. Esta fuerza imparable ha propiciado el florecimiento de mercados locales antes desatendidos y ha abierto las puertas a un intercambio de conocimientos entre productores nacionales y sus pares extranjeros. Así, se ha gestado un escenario donde los saberes ancestrales se entrelazan con las técnicas innovadoras importadas, alimentando el crecimiento vigoroso de nuevas regiones vinícolas. Estos cambios son el reflejo de una nueva era en la que la información fluye libremente y los paladares se aventuran más allá de las fronteras tradicionales.

Gracias a la globalización la industria del vino ha extendido sus raíces a tierras distantes. Este fenómeno no solo ha catapultado nuevos países a la escena vitivinícola mundial, sino que ha incentivado la competencia entre productores, dando como resultado un festín de opciones para el consumidor ávido de descubrir nuevos matices en cada sorbo. Sin embargo, en este auge de oportunidades también se deslizan problemas significativos. Por ejemplo:

> Se genera una mayor presión y la necesidad de implementar estrategias de comercialización mucho más orientadas a impulsar el marketing, la comunicación y la marca entre otras. Es decir, los productores se ven obligados a innovar y adaptarse a los consumidores, especialmente a los nuevos, dado el incremento en la competencia dentro del sector (Medina-Albaladejo, Martínez Carrión y Ramón Muñoz, 2014:42-43).

---

[5] Thornton (2013) From the late 1980s to 2009, the proportion of the world's wine produced in one country but exported and sold in others increased from 15 to 32 percent. Today, about one of every three bottles of wine consumed in the world is an imported product. (p: 277)

En el mundo del vino contemporáneo, la excelencia en la producción ya no basta; ahora es esencial comercializar vinos que satisfagan las demandas de un mercado globalizado. Este panorama competitivo ha provocado transformaciones significativas en las estrategias empresariales, abarcando desde métodos tradicionales hasta la producción a gran escala. (Medina-Albaladejo, Martínez Carrión y Ramón Muñoz, 2014; Anderson, 2001).

Para implementar con éxito estrategias en producción, comercialización, distribución y marketing, es esencial contar con profesionales altamente capacitados. Estos expertos no solo deben comprender las dinámicas del mercado, sino también aprovechar eficazmente las últimas innovaciones tecnológicas y digitales. La incorporación de herramientas avanzadas exige una fuerza laboral especializada y calificada. En ese sentido, Alonso (2017) explica que:

> Si bien es cierto que, en los espacios de trabajo, en especial en las bodegas se cuenta con diversos tipos de trabajadores con distintos grados de preparación profesional, con distintos grados de calificación y experiencia, la tendencia pareciera indicar que si las bodegas desean entrar al mercado global deben esforzarse por contar con mano de obra mucho más homogénea que sea capaz de cubrir las demandas de producción, innovación, calidad y comercialización que se requieren. (p: 21)

Años más tarde, en otro análisis Alonso (2019) señala que, en el mercado del vino, donde los cambios cualitativos en la demanda engendran la necesidad de nuevas competencias. Esta nueva era exige habilidades técnicas refinadas, un sentido de responsabilidad intrínseco y la iniciativa para resolver desafíos imprevistos. En este escenario dinámico, se busca contar con trabajadores polivalentes, versados en cada fase del proceso productivo, desde el viñedo hasta la bodega.

Estos fenómenos trascienden tanto las actividades primarias como las industriales del proceso de producción, destacándose especialmente en los vinos destinados a la exportación o al mercado local de alta gama.

Según los autores antes citados, el incremento en la capacitación laboral conlleva inevitablemente a una profesionalización en todas las etapas del proceso productivo. Este cambio impulsa una evolución hacia la profesionalización en áreas que antes podían ser cubiertas meramente con la experiencia acumulada a lo largo de los años o transmitida de generación en generación.

Sin embargo, hoy en día los procesos de innovación y modernización existentes en la vitivinicultura global "acentúan la importancia de contar con personal con capacidades y conocimientos laborales apropiados […] aunque las industrias necesitan de capacidades generales que se puedan transferir con facilidad, también demandan competencias particulares que suelen ser más escasas". (Alonso, 2019:17)

Ante este panorama los trabajadores han abrazado la búsqueda de una formación académica que también mejore sus oportunidades laborales. Mientras tanto, las bodegas y el sector en su conjunto, ansiosos por destacar en un mercado competitivo, han apostado por encontrar enólogos y enólogas capaces de infundir a sus vinos un carácter distintivo frente a la competencia.

En el corazón de la producción vinícola, los enólogos y enólogas se han erigido como los artífices ideales para alcanzar esa diferenciación. Más allá de ser meros empleados, trabajar en bodegas de renombre se ha convertido en un capital invaluable para ellos. Ahora, sus habilidades y conocimientos para crear vinos singulares los elevan a la categoría de figuras prestigiosas, otorgando relevancia global a las bodegas que representan. Hoy en día, la reputación de ciertas bodegas depende cada vez más de la presencia y asesoría de estos enólogos y enólogas reconocidas.

Este reconocimiento ha transformado a muchos enólogos y enólogas en personalidades destacadas dentro de las bodegas, atrayendo visitantes y elevando el estatus de las marcas que representan. Algunos han alcanzado tal renombre que se convierten en celebridades[6], siendo vistos como referentes de calidad y diferenciación. Esto no solo hace a las bodegas más competitivas, sino que también impulsa el consumo de sus productos y atrae turistas ansiosos por conocer estos espacios de prestigio.

[6]Entre ellos podemos encontrar a: Michel Rolland (Francia) Renombrado enólogo consultor que ha trabajado con numerosas bodegas en todo el mundo, famoso por su estilo opulento y su enfoque en el uso de la barrica. Considerado uno de los primeros flying winemakers. Paul Draper (Estados Unidos) es considerado un pionero de los cabernets del Nuevo Mundo y una figura reconocida en las regiones vitivinícolas de California. Ignacio de Miguel (España) conocido como "el enólogo de los famosos" renombrado por crear vinos personalizados para empresarios de alto nivel, artistas y deportistas.

Para muchos enólogos y enólogas, esta fama abre las puertas a trayectorias académicas y laborales versátiles. Algunos se convierten en consultores o flying winemakers ofreciendo sus servicios y aplicando su experiencia en la producción vinícola en diversas partes del mundo. Así, difunden técnicas innovadoras de vinificación y avanzan en el uso de tecnologías punteras.

Sin embargo, a pesar de este panorama prometedor, no todos los enólogos y enólogas tienen igual acceso a estas oportunidades internacionales de formación y trabajo. Las barreras administrativas y económicas a menudo obstaculizan o limitan la movilidad, planteando interrogantes sobre las condiciones que facilitan o dificultan la movilidad profesional. La formación y la integración en el mercado laboral siguen siendo desiguales y altamente competitivas para los enólogos y enólogas, donde el prestigio académico no garantiza automáticamente una carrera exitosa.

En última instancia, aunque la globalización del vino promueva la idea de un flujo libre de ideas y recursos, en la práctica, cada país y cada profesional ocupan posiciones distintas que generan desigualdades significativas. Estas disparidades deben ser abordadas detenidamente en secciones posteriores para comprender mejor las dimensiones de la desigualdad en este contexto globalizado.

1.2 Explorando facetas alternativas de la migración calificada

El apartado anterior concluía con una evocación a la figura del enólogo y la enóloga, destacando la interconexión inherente al mundo del vino. Se esperaría que todos los enólogos y enólogas tuvieran la oportunidad de desarrollar trayectorias formativas internacionales que enriquezcan su desarrollo y conduzcan a carreras laborales estables y exitosas. Sin embargo, estas reflexiones suscitan una serie de interrogantes inevitables: ¿por qué no todos disfrutan de las mismas oportunidades de movilidad? ¿Qué impulsa a algunos a trasladarse mientras otros permanecen estáticos? ¿En qué condiciones se desplazan aquellos que pueden hacerlo?

El proyecto comenzó con un enfoque inicial en la movilidad y la (in)movilidad de los enólogos y enólogas. Sin embargo, a medida que la investigación avanzaba y se reestructuraba, el interés se amplió hacia las trayectorias formativas y laborales de estos profesionales. Aun así, la movilidad y la (in)movilidad permanecieron como piezas clave en el análisis de estas trayectorias, lo que hizo necesario encontrar una teoría adecuada para

analizar este fenómeno. Así, el estudio integró el estudio de movilidad calificada como un marco que permite capturar y describir las características fundamentales de esas trayectorias.

Este apartado comienza situando el contexto global que enmarca las trayectorias formativas y laborales de los profesionales de la enología, explorando cómo dicho contexto influye en su movilidad. A continuación, se presenta un recorrido teórico sobre la movilidad calificada y los modelos que la explican, para luego analizar las críticas que estos modelos han recibido y las nuevas perspectivas emergentes en el campo

- Travesías globales: La movilidad de los enólogos y las enólogas en la era de la globalización

En un análisis previo aludí al contexto globalizado en el que los enólogos y enólogas forjan sus trayectorias formativas y laborales. En este sentido, es importante explorar cómo dicho contexto condiciona su movilidad, ofreciendo una perspectiva amplia sobre sus características.

La era de la globalización ha transformado radicalmente la movilidad, derribando barreras y facilitando desplazamientos gracias al avance tecnológico y al acceso ampliado a la información. Los destinos de movilidad se han diversificado, adaptándose a las demandas del mercado, promoviendo no solo el intercambio de individuos, sino también de recursos y ideas.

Paralelamente, la globalización ha redefinido roles para estados, empresas y organizaciones, influyendo en sus estrategias de poder y en la configuración de objetivos para los mercados globales. Esta dinámica enfatiza la mejora continua en la calidad y eficiencia de la producción, ampliando la cobertura de mercados. Se destaca así la importancia de la generación y aplicación del conocimiento, así como del papel de quienes lo producen, fortaleciendo la emergente economía del conocimiento y su talento humano especializado. En un apartado anterior se mencionaba que los y las enólogas desarrollan sus trayectorias laborales y formativas en un contexto de globalización, por lo tanto, es de esperarse que su movilidad también este condicionada por ese mismo contexto, por lo que resulta pertinente profundizar en cómo es ese contexto para entender mejor sus características.

Como señala Barak Kalir (2013) existe una mayor circulación global de ideas, bienes y capitales en contraste con mayores políticas restrictivas para el desplazamiento de las personas, ya que la movilidad se da en un espacio y en condiciones de desigualdad.

En esa misma línea y centrándose en el caso latinoamericano, el Sistema Económico Latinoamericano y del Caribe (SELA) plantea que la globalización es una ideología que enaltece la libertad de comercio, promueve la flexibilidad y no intervención de los estados, controla el capital, impulsa el uso de nuevas tecnologías, promueve la homologación de las costumbres y el consumo e impulsa el libre flujo de los factores de producción, con excepción de la mano de obra, que aun siendo calificada, tiene muchas restricciones. (SELA, 2000).

De la mano de la globalización surge una nueva división internacional del trabajo, imaginemos que es como una intrincada coreografía, donde cada nación interpreta una parte muy específica. Mientras que los países hegemónicos dirigen el ballet de la innovación tecnológica y la expansión transnacional de la producción, los países menos desarrollados se encuentran ensimismados en la ejecución meticulosa de fragmentos específicos del gran drama productivo que responde a los intereses de los gigantes corporativos.

Esta situación provoca una separación del sitio de producción o de transformación de los productos del lugar donde se consumen; también implica una nueva división de tareas en países específicos.

Esta nueva coreografía ha desplazado geográficamente los talleres de ensamblaje, donde la mano de obra semicalificada y barata es requerida con urgencia. A su vez, surgen plataformas de exportación en otros puntos del globo, mientras que en los bastiones de la riqueza desarrollada florecen los laboratorios de investigación y desarrollo, custodiados por mentes altamente capacitadas. Esto quiere decir que ahora los países se diferencian no solo por los procesos productivos, sino también por el tipo de conocimiento que se genera, por la mano de obra que se forma y se utiliza (Aragonés y Salgado, 2015).

Es así como los productos se pueden fabricar en diferentes lugares y se pueden armar de diversas maneras con el objetivo de cubrir las necesidades de los consumidores de diversos países, apoyados en las nuevas tecnologías y al desarrollo en los transportes.

Este enredo de talentos y recursos no solo redefine los procesos productivos, sino que también trae consigo un intercambio sin precedentes de conocimiento y habilidades entre

naciones. Lo que ahora viaja entre fronteras no son solo bienes tangibles, sino también los frutos de la investigación, el diseño, la manufactura, la mercadotecnia, la publicidad, el financiamiento y una gama de servicios y componentes que juntos tejen la telaraña del valor económico.

Esta nueva división internacional del trabajo no es solo un paradigma competitivo; es un eco de la capacidad tecnológica que teje una red de interdependencia en la economía global moderna. Sin embargo, también ha solidificado vínculos de dependencia asimétrica, perpetuando patrones de dominación esbozados en capítulos pasados de la historia económica mundial (Castells, 1999:187, Delgado, 2020).

En la encrucijada actual de los países, se vislumbran aspectos críticos que revelan estrategias decisivas para entender su situación. Por un lado, está la reubicación estratégica de la producción global, donde sectores industriales trasladan partes de sus operaciones a la periferia del sistema en busca de mano de obra económica y flexible. Este movimiento redefine geográficamente el mapa productivo mundial. Por otro lado, las dinámicas migratorias contemporáneas revelan un fenómeno notable: la creciente participación de científicos y tecnólogos procedentes de países periféricos o emergentes, implicando cambios significativos en la dinámica global del conocimiento y la innovación. (Delgado, 2020: 8)

Isaac Minian (2009) añade otra capa de complejidad al señalar que, en las economías avanzadas, los periodos de cambios tecnológicos rápidos generan ciclos de adopción acelerada de nuevas tecnologías. Este fenómeno conlleva a una obsolescencia veloz de bienes y capital humano, transformando las estructuras organizativas. En este contexto, la capacidad de adaptación se erige como un factor determinante para que los países mantengan su competitividad en un entorno global en constante evolución.

En ese sentido, el autor apunta que “es por ello por lo que hay una evolución hacia economías donde su base es el conocimiento, donde la ciencia, la tecnología y la innovación desempeñan un papel importante en el crecimiento económico” (Minian, 2009:146).

El autor afirma que existen dos fuerzas fundamentales de la segmentación de las cadenas de valor y la ubicación geográfica de las actividades económicas. En primer lugar, se colocan las inversiones en conocimiento, tanto tácito como incorporado en las vanguardistas tecnologías, especialmente en el ámbito de la información. Esta realidad impulsa a las

multinacionales a deshacerse de segmentos que merman su rentabilidad o cuya reubicación promete mayores beneficios.

La segunda fuerza radica en la creciente dispersión geográfica y las innovadoras estructuras organizativas de estas grandes corporaciones globales, cuyo objetivo primordial es la reducción de costos en el procesamiento de información (Minian, 2009). En síntesis, en la nueva configuración del trabajo a escala internacional, dominan la dirección de la producción, el comercio, los flujos de capital financiero y la inversión. Sin embargo, cada vez más relevante se torna el impacto de los avances tecnológicos, alterando significativamente el orden mundial, donde los procesos productivos y sus resultados ya no conocen fronteras, pues los productos se manufacturan simultáneamente en múltiples países, aunque de forma fragmentada (Romero, 2002).

Romero ilustra esta nueva división del trabajo con la metáfora de una pirámide, donde la base la ocupan numerosos países en desarrollo dedicados a tareas laboriosas, mientras que en la cúspide se erigen los países desarrollados enfocados en la investigación, aunque en número reducido. Es importante destacar que el conocimiento gestado y aplicado en estos centros de investigación en los países desarrollados responde principalmente a sus propias necesidades, problemas y aspiraciones, a menudo relegando las demandas de las naciones en vías de desarrollo.

De este modo, emerge también una división internacional del conocimiento, donde algunos países se dedican a la investigación de vanguardia y la creación de conocimiento aplicativo que se traduce en productos competitivos, mientras que otros se concentran en la manufactura y en formar profesionales capaces de aplicar el conocimiento importado, generando así una migración de talento altamente calificado (Delgado, 2020).

Romero (2002) subraya que:

> Los aumentos en la productividad laboral y su distribución internacional dependerán mucho del conocimiento, favoreciendo a los recursos humanos calificados, en desventaja de los no calificados, los que son empleados para tareas rutinarias en la producción de bienes y servicios (p: 65).

Pero ¿por qué es tan importante el conocimiento en la movilidad? En el mundo de la enología, la importancia del conocimiento va más allá de las técnicas y sabores. Para los enólogos y enólogas, sus trayectorias no son simples caminos hacia la experiencia, sino

travesías móviles que responden a la globalización del vino en sí misma. Desde los viñedos ancestrales de Francia e Italia hasta las vanguardias tecnológicas de Estados Unidos y las estrategias comerciales de Australia, cada destino ofrece un tesoro único de conocimientos que se convierte en capital invaluable.

Este conocimiento es codiciado, especialmente por aquellos enólogos y enólogas cuyo origen nacional los sitúa en una posición de desventaja. Siguiendo la economía del conocimiento, buscan y se desplazan, transformando cada experiencia en aprendizajes específicos que enriquecen no solo su práctica, sino también el patrimonio global del vino.

En la desigual arena global, la economía del conocimiento emerge como un fenómeno ineludible, reflejando una relación asimétrica entre los países desarrollados y aquellos que aún luchan por encontrar su lugar en el entramado mundial. Esta disparidad, lejos de suavizarse, se agrava, pues la dominación persiste, aunque ahora se ampara en el conocimiento, un recurso tan etéreo como poderoso.

Pero ¿qué es exactamente la economía del conocimiento? Se trata de un entramado complejo de empresas y sectores económicos que giran en torno a la información y el saber, con el propósito de generar valor y ofrecer a la sociedad productos y servicios que mejoren su calidad de vida. En este nuevo paradigma, las producciones flexibles son la norma, capaces de adaptarse con rapidez y precisión a los caprichosos cambios del mercado. Este dinamismo se ha logrado, en gran medida, gracias a la creación de tecnologías innovadoras que transforman los procesos de producción y administración, redefiniendo así el paisaje económico y social, “de igual manera se han dado cambios en cómo funcionan los negocios y han aparecido nuevas profesiones estrechamente relacionadas con el manejo y desarrollo de las nuevas tecnologías” (Romero, 2002:150).

Actualmente se ha demostrado una relación entre la globalización económica y la llamada economía del conocimiento, puesto que la globalización utiliza el conocimiento para mantener e incrementar el valor comercial de la producción y por ende el capital de las naciones y se refleja en un incremento del comercio y de la economía de estos estados, insertándolos cada vez más en la globalización.

En la economía del conocimiento, la información y el conocimiento influyen directamente en el proceso de producción, tal como lo indican Aragonés y Salgado (2015):

> El nuevo patrón migratorio está muy relacionado con las condiciones surgidas de la globalización, vinculadas a las extraordinarias transformaciones tecnológicas e innovaciones que marcaron una nueva era en el desarrollo de la ciencia, caracterizada por disciplinas como la robótica, la biotecnología o la informática, que se enmarcan en la llamada "economía del conocimiento", y que afectaron todos los niveles de la economía y de la sociedad (p: 18).

Ahora el conocimiento es visto como un medio por el cual la empresa, la nación o la región puede crear y acumular riqueza, dando pie a una economía basada cada vez más en el conocimiento o mejor dicho en un determinado aprendizaje con ciertas características, las cuales en lo fundamental tienen la intención de contribuir a una mayor productividad y una competitividad a nivel internacional (Banco Mundial, 2000).

En las sociedades siempre se ha generado conocimiento, pero ahora este se concibe como una poderosa herramienta que se incorpora principalmente en los ámbitos productivo y comercial. No es solo información, es valor económico: la capacidad de crear productos competitivos que permiten a un país destacarse en el mercado internacional. Este conocimiento confiere ventajas específicas sobre los competidores y genera riqueza a través de nuevas innovaciones.

Se ha dejado atrás la idea de que una economía puede generar riqueza principalmente a través de recursos humanos y naturales. Hoy en día, la generación de conocimiento es una base fundamental de cualquier economía. Para lograrlo, los sistemas educativos deben ser extremadamente flexibles y adaptables a demandas y contextos rápidamente cambiantes. En esta nueva economía, el uso y creación de conocimiento incrementa la capacidad de los factores de producción, transformándolos en nuevos productos o procesos.

Un punto esencial de esta economía es la capacidad de difundir información globalmente a través de las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC´s). Actualmente, es muy fácil poner al alcance de todos cualquier tipo de conocimiento e información, así como crear redes de información y contactos.

Otro aspecto relevante es la aplicación de los avances científico-tecnológicos en áreas estratégicas como la biología, la agricultura y la medicina, para mejorar la calidad de vida de las personas. Ahora, más que nunca, se puede afirmar que el conocimiento es poder. Sin

embargo, también puede ser una fuente de desigualdad, ya que solo aquellos con la infraestructura, los medios y el capital necesarios pueden acceder a él.

La economía del conocimiento y la interacción de empresas se fundamentan en cuatro pilares: El sistema educativo el cual provee a las personas de las herramientas básicas para comprender la información a su alcance y adaptarla para generar nuevos conocimientos convirtiéndolos en recursos humanos calificados (Naumann, 2005:6). El régimen económico e institucional que establece los incentivos necesarios para fomentar la innovación y desarrollo, así como para aprovechar la generación de información y conocimientos locales y en otros países. Además, ofrece la estabilidad necesaria en cada país para desarrollar las actividades económicas, proteger la generación de nuevos conocimientos y tecnologías y fomentar la innovación y la competitividad por medio de la apertura al comercio y a las inversiones (Naumann, 2005:6).

El sistema de innovación que comprende la existencia de centros de investigación, universidades y otras organizaciones que forman recursos humanos altamente capacitados, que fomentan y facilitan la adopción, adaptación y creación de nuevos conocimientos y formas de organización, producción y comercialización y finalmente la infraestructura de la información que permiten la distribución y el procesamiento de información y conocimientos, es decir, estos dos elementos constituyen los canales de transmisión en una economía sustentada en el conocimiento.

En la economía del conocimiento, estos cuatro pilares fundamentales nos permiten evaluar el progreso de las naciones en este campo. A través de indicadores específicos asociados a cada uno de estos pilares, se desvela la capacidad de los países para generar y aprovechar el conocimiento de manera eficiente. Este monitoreo constante no solo ilumina los avances en la materia, sino que también destaca los desafíos a superar y las áreas que demandan una atención especial. Así, los indicadores se convierten en brújulas precisas, guiando a los países en su travesía hacia un futuro donde el conocimiento es la piedra angular del desarrollo y la prosperidad. (Naumann, 2005, Aragonés y Salgado 2014)

Entre la globalización y la economía del conocimiento, se teje una trama donde la clave de una competitividad internacional sobresaliente reside en la armoniosa conjunción del conocimiento, la producción de bienes y servicios, y la tecnología. La Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) subraya que la capacidad de competir en los

mercados internacionales depende cada vez más del talento, tanto a nivel empresarial como nacional, para difundir el progreso técnico, un proceso que intrínsecamente porta el conocimiento, e incorporarlo al sistema productivo de bienes y servicios (CEPAL, 2015).

En este escenario, la formación y movilidad de recursos humanos altamente calificados, aquellos que tienen la capacidad de crear, desarrollar e innovar conocimientos, se convierte en un elemento esencial. No resulta sorprendente, entonces, que la movilidad calificada haya sido objeto de estudio durante varios años, como exploraré con mayor detalle en el siguiente apartado.

- Talento en tránsito: La movilidad de profesionales calificados

La migración calificada se puede definir de muchas formas: fuga de cerebros, migración de científicos, movilidad de personal técnico y científico, deserción de personal académico, migración de recursos humanos altamente calificados, transferencia inversa de tecnología, entre otros. Sin embargo, el término más común para describir este fenómeno es "fuga de cerebros", acuñado en Inglaterra a mediados del siglo XX (Peña, 2007).

En la actualidad, muchas de estas perspectivas han sido objeto de críticas, principalmente porque algunas ya no explican con claridad las dinámicas de las movilidades calificadas modernas. A pesar de ello, es importante revisarlas, ya que nos ayudan a entender cómo se han desarrollado estas movilidades a lo largo de la historia y de dónde provienen las críticas hacia ellas.

Una de las teorías más conocidas es la de la fuga de cerebros, surgida entre 1950 y 1980. Esta teoría fue propuesta por académicos británicos que observaron cómo sus profesionales calificados migraban a Estados Unidos, lo que representaba una gran pérdida para la economía inglesa. En sus inicios, esta teoría también se relacionó con las diásporas de profesionales del norte de Europa que migraban a países en desarrollo para aportar sus conocimientos en tecnología y salud (Pellegrino, 2001). Con el tiempo, el fenómeno se hizo evidente en las migraciones de profesionales del sur hacia el norte.

El término fuga, en ocasiones, se considera peyorativo, ya que se compara con el concepto económico de fuga de capitales. Muchos analistas ven la movilidad calificada como una pérdida de capital, porque el conocimiento adquirido en el extranjero no se transfiere a

instituciones de educación superior o empresas del país de origen que puedan aprovecharlo para el desarrollo científico-tecnológico.

Sin embargo, a menudo no se toma en cuenta que, en muchas ocasiones, los estudios de posgrado en el extranjero son financiados por el gobierno del país de origen, ya sea mediante becas o programas de colaboración entre universidades (Pellegrino, 2001; Peña, 2007).

Durante la década de los noventa, la interpretación del concepto de "fuga de cerebros" experimentó cambios significativos, especialmente en los estudios anglosajones, lo que dio origen a nuevas perspectivas, entre ellas: La circulación de cerebros (Brain Circulation). Esta perspectiva describe la movilidad del personal calificado y su retorno al país de origen después de un breve período en el extranjero. Es como si los talentos emprendieran un viaje de ida y vuelta, llevando consigo experiencias y conocimientos adquiridos en tierras lejanas, solo para regresar a casa con un bagaje enriquecido.

Por su parte la perspectiva de la Ganancia o Recuperación de Cerebros (Brain Gain), destaca el impacto positivo que tendría aprovechar las habilidades adquiridas por los migrantes retornados para el desarrollo económico y científico-tecnológico. Sin embargo, en un mundo marcado por la desigualdad, los países receptores suelen obtener mejores beneficios que los países de origen (Pellegrino, 2001). A veces, los migrantes deciden quedarse en el país receptor, generando mayores ingresos allí. Una crítica a esta teoría es que, frecuentemente, no existe una correspondencia entre la formación de los migrantes y su inserción laboral, lo que lleva a desperdiciar el talento de estos profesionales calificados (Remedi, 2009).

Finalmente, la perspectiva del Intercambio de Cerebros (Brain Exchange) se centra en el potencial que ofrecen las nuevas tecnologías de la información y las comunicaciones para establecer contactos profesionales a distancia y proporcionar capacitación. Existe un interés tanto en la oferta académica y laboral del país de origen como del país receptor, lo que podría traducirse en un intercambio de conocimientos. Sin embargo, esta teoría también ha sido cuestionada, ya que muchos migrantes calificados enfrentan salarios bajos o se insertan en empleos que no corresponden a su formación profesional, lo que resulta en un intercambio desigual de conocimiento, ciencia y tecnología (Coloma, 2012).

La segunda teoría más popularizada dentro de la movilidad calificada es el desplazamiento mediado por las empresas transnacionales. Como afirman Cristóbal Mendoza, Barbara

Staniscia, y Anna Ortiz "desde finales de los años ochenta del siglo XX, Allan Findlay y William Gould ya apuntaban la relevancia de los desplazamientos dentro de estas empresas y el papel de las agencias internacionales de reclutamiento de personal a la hora de entender la migración calificada" (Mendoza, Staniscia, Ortiz, 2016:3).

En este escenario, observamos principalmente la movilidad de flujos de migrantes especializados, compuestos por gerentes y técnicos. Estos profesionales, vinculados a empresas transnacionales, no enfrentan solos las políticas migratorias de los países receptores. Al igual que la fuga de cerebros, los desplazamientos de estos trabajadores ocurren en su mayoría desde las sedes centrales en los países desarrollados hacia los países menos desarrollados, tal como señalan los autores:

> En general, se ha interpretado la movilidad de los empleados dentro de las corporaciones transnacionales en clave económica, dentro de una lógica de restructuración global de los procesos productivos y de la división internacional del trabajo. Desde este enfoque, esta movilidad puede ser explicada desde la perspectiva de la demanda de trabajo, más que de la oferta, de las exigencias de la producción y, en consecuencia, de las empresas transnacionales. (Mendoza, Staniscia, Ortiz, 2016:3).

Adicionalmente a estas teorías, existen otros autores y organizaciones que han intentado definir la movilidad calificada, sus actores y sus características. Entre ellos la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE, 1995) quien definía a los migrantes calificados como: 1) personas que han completado exitosamente estudios a nivel terciario en alguna de las áreas de ciencia y tecnología; 2) personas que se encuentran empleadas en una ocupación de ciencia y tecnología, aunque no cuenten con estudios a nivel terciario.

Por su parte Roberto Peña Cid (2007) señala que la migración de estos trabajadores es impulsada por un deseo universal: encontrar mejores condiciones de vida y trabajo. En esta misma línea se encuentra la Organización Internacional para las migraciones (OIM, 2009) la cual en su glosario define la fuga de cerebros como la emigración de personas capacitadas o talentosas que, enfrentadas a conflictos o la falta de oportunidades, deciden dejar su patria en busca de un lugar donde sus habilidades sean valoradas y puedan florecer.

Siguiendo con las motivaciones Dimitris Chorafas (2004) explica que la decisión de migrar no se basa simplemente en la necesidad de cubrir lo esencial. Más bien, es un anhelo

de mejorar la calidad de vida lo que impulsa a los trabajadores a cruzar fronteras: “la emigración de profesionistas y especialistas de alto nivel que buscan un ambiente más favorable para progresar en su carrera y en su desarrollo profesional integral, y para quienes el aliciente salarial no es decisivo o lo es sólo en segundo lugar” (Chorafas, 2004: 25).

Sin embargo, Chorafas no se detiene en los investigadores y académicos. Nos revela un espectro más amplio: empresarios que también se suman a este fenómeno migratorio. Andrés Solimano, en su análisis de 2013, amplía aún más el panorama, nos pinta un cuadro donde no solo los talentos técnicos, científicos y académicos se embarcan en esta aventura, sino también profesionales del sector de la salud, ejecutivos, miembros de organizaciones internacionales y talentos culturales.

Desde América Latina también se ha teorizado en torno a la movilidad calificada, que desde el punto de vista de autores como Lucas Luchilo, en 2013, nos invita a reflexionar sobre un enfoque que ha sido tradicionalmente centrado en los países del norte, receptores y beneficiados. Luchilo destaca una migración calificada sur-sur o intrarregional, una dinámica de movilidad que une a países de Centroamérica, el Caribe y América del Sur.

También se encuentra el trabajo de Camelia Tigau, especialista en estudios de migración y movilidad, ha trabajado ampliamente sobre la movilidad calificada y la migración de profesionales altamente capacitados en América Latina. En su trabajo, Tigau examina los factores económicos, políticos y sociales que impulsan la salida de profesionales hacia países con mayores oportunidades laborales y mejores condiciones económicas. Analiza cómo estos movimientos están influenciados por políticas migratorias internacionales que, a menudo, favorecen la atracción de talento extranjero para cubrir demandas específicas en los países receptores.

Uno de sus enfoques clave es el impacto que esta movilidad tiene en los países de origen, particularmente en términos de fuga de cerebros y las dificultades que enfrentan las economías locales al perder a sus trabajadores más calificados. Además, Tigau estudia los desafíos de reintegración para aquellos profesionales que regresan a sus países y cómo sus conocimientos y experiencias en el extranjero pueden contribuir al desarrollo local, aunque no siempre se les da el apoyo necesario para hacerlo.

Durand, Prend y Massey, en su obra de 2009, nos llevan a explorar destinos más allá de los Estados Unidos. Revelan un significativo movimiento migratorio laboral entre países

latinoamericanos y caribeños, donde los migrantes calificados eligen destinos con economías aparentemente más estables dentro de su misma región.

Varios autores, entre ellos Portes (2007) y Castles y Delgado (2007), nos invitan a desafiar la perspectiva unidireccional tradicional. Nos instan a observar la movilidad calificada como un fenómeno multidireccional, descentrado de los desplazamientos norte-sur, donde:

> […] adoptar una perspectiva desde el sur significa también cuestionar la concepción dominante del 'desarrollo', que implica que los países del sur necesariamente deban repetir las acciones de los actuales países desarrollados por medio de la 'mano invisible' de las fuerzas del mercado (como lo postulan las teorías neoliberales) (Castles y Delgado, 2007:14).

El punto de vista meramente economicista de las teorías clásicas de la migración calificada dejaban de lado otros fenómenos presentes en América Latina y que también propiciaban una movilidad calificada, como el caso de los exilios derivados de las dictaduras, que bien podrían compararse ahora con las movilidades de refugiados calificados. En ese sentido, Luchilo (2013) explica que:

> Los exilios no podían ser integrados en el dispositivo conceptual de la fuga de cerebros: sus motivaciones principales eran de orden político, obedecían sobre todo a factores internos de los países –más allá de que en algunos casos esos factores internos estuvieran entrelazados con intervenciones externas–, eran irregulares en su periodicidad y afectaban sobre todo a grupos sociales entre los que no solían predominar los profesionales "modernos". En el exilio, la calificación profesional de los emigrados no era lo que determinaba su decisión de emigrar. (p: 12)

Además, Pellegrino y Calvo (2001) señalan que la migración calificada no fue un fenómeno uniforme en la región, afectando de manera desigual a distintos países. La complejidad de aislar los impactos específicos de un solo factor se incrementa en contextos de crisis políticas y económicas recurrentes.

En Sudamérica, la movilidad calificada se produce principalmente debido a las motivaciones personales de profesionales que buscan mejores condiciones laborales en otros países de la región. Claudia Pedone y Yolanda Alfaro (2018) subrayan la importancia de incluir en la agenda de estudios sobre movilidades calificadas, otras problemáticas que

reflejen la reconfiguración y el cambio de patrones de estas migraciones. Entre las áreas de investigación propuestas se encuentran:

- Causas y efectos de las migraciones de científicos y profesionales desde los países del Norte hacia los países del Sur. Explorar las motivaciones y consecuencias de este tipo de movimientos migratorios puede arrojar luz sobre dinámicas no económicas.
- Trayectorias formativas de grado y posgrado. Analizar estas trayectorias desde las perspectivas de la interseccionalidad y el transnacionalismo proporciona una visión más completa del fenómeno.
- Políticas de movilidad, retorno y repatriación de académicos y científicos altamente cualificados. Estudiar estas políticas permite comprender su papel en la reestructuración de los Sistemas Nacionales de Innovación y la división internacional del trabajo científico.
- Rol de los migrantes cualificados en el desarrollo científico y tecnológico de sus países de origen. Una mirada crítica revela cómo estos migrantes contribuyen a sus comunidades.
- Condiciones laborales de los migrantes cualificados. Analizar la precarización laboral a la que se enfrentan es importante para entender los desafíos que enfrentan.
- Trayectorias biográficas de mujeres y hombres cualificados. Visibilizar la dimensión familiar, las inserciones socioeducativas de sus hijos y el reacomodamiento de las relaciones de género y generacionales ofrece una visión más humana del fenómeno.
- Metodología cualitativa. Reforzar el trabajo cualitativo permite humanizar la migración calificada y desarrollar perspectivas teóricas desde el Sur global.

Estas propuestas de Pedone y Alfaro nos invitan a reconfigurar nuestro entendimiento de las movilidades calificadas, permitiendo abordar casos que no encajan en los modelos tradicionales, como los nómadas digitales[7], los desplazados calificados y, por supuesto, los

[7] Se trata de empleados que desarrollan su actividad de forma totalmente remota, en muchas ocasiones desde ciudades o países diferentes a donde tiene la sede su compañía, muchas veces sin una residencia fija. En los últimos años han comenzado a parecer visas para nómadas digitales y permisos de residencia destinados específicamente a nómadas digitales. Las actividades más comunes están relacionadas con las nuevas tecnologías de la información, el

enólogos y enólogas. En el siguiente apartado, exploro estas críticas y nuevas propuestas con mayor detalle.

- Nuevas Perspectivas y Retos en la Migración Calificada: Más Allá de las Fronteras Tradicionales

Las primeras críticas surgen en las dificultades para precisar a qué se refiere el concepto de calificado. Coloma (2012) y Lozano y Gandini (2011) han señalado que, en muchas ocasiones, esta calificación está íntimamente ligada a la posesión de títulos educativos de licenciatura y posgrado. Este criterio, privilegia el nivel de educación formal y coloca en una posición de desigualdad a aquellos migrantes que, aunque calificados, han adquirido su experiencia a través de la práctica laboral o de manera autodidacta.

La desigualdad se hace aún más pronunciada cuando consideramos que el acceso a títulos y educación no garantiza ni su calidad ni su aceptación en el país receptor. Se levanta entonces una muralla invisible que segmenta a los migrantes en categorías de baja, media y alta calificación laboral, dependiendo de la escuela y el país donde se formaron. Esta definición, lejos de ser imparcial, se centra en un tipo específico de profesional, dejando a otros fuera de la luz.

En este escenario, los migrantes de alta calificación son aquellos que, además de sus títulos profesionales, deben demostrar su habilidad para integrarse en la sociedad del país de acogida. Se espera que manejen el idioma con fluidez y posean habilidades sociales que les permitan mezclarse sin esfuerzo, como camaleones adaptándose a un nuevo entorno (Coloma, 2012; Lozano y Gandini, 2011). En ese sentido cabe señalar que:

> En esta distinción que se hace al interior de la población migrante con educación universitaria, los campos de formación se restringen y se pone de manifiesto la jerarquización que se hace de los mismos, dando mayor relevancia a los que abordan el estudio de las ciencias exactas y de manera puntual los que están vinculados al desarrollo científico y tecnológico que son los campos alrededor de los cuales se crean

---

mercado digital, la producción y difusión de contenidos digitales y también funciones de consultoría en diversas áreas, funciones comerciales y de ventas, por lo que pueden ser considerados como trabajadores cualificados.

> industrias y servicios que sostienen y aseguran la competitividad de las naciones. Los estudios de migración calificada en general muestran un sesgo hacia el análisis de los altamente calificados. (OIM y la Red Internacional de Migración y Desarrollo (RIMD) 2016:50)

Es decir, la mano de obra de alta calificación toma en cuenta principalmente a ingenieros, científicos, tecnologías de la información y en general a los trabajadores vinculados con el sector de la ciencia y la tecnología una "fuerza de trabajo con habilidades y talentos clave para el desarrollo, la innovación, la investigación y la tecnología" (Martínez, 2009: 274). Dejando como migrantes de media y baja calificación a otros trabajadores como pueden ser los obreros calificados, técnicos, estudiantes, artistas, deportistas y empresarios.

Es por eso por lo que otra de las críticas a la movilidad calificada radica en la heterogeneidad de los grupos que la componen. Imaginemos un mosaico, lleno de matices y texturas únicas. Así es el paisaje de la movilidad calificada, donde cada grupo refleja una diversidad de situaciones y contextos que complican cualquier intento de unificación bajo una sola categoría.

La movilidad calificada y la migración calificada si bien son conceptos que, aunque relacionados, abordan aspectos diferentes de los desplazamientos de personas con altos niveles de formación o habilidades. La migración calificada como bien la definen los autores revisados hasta el momento se refiere al desplazamiento permanente o de larga duración de profesionales calificados que dejan su país de origen en busca de mejores oportunidades laborales, educativas o de calidad de vida. Aquí, el cambio de residencia es significativo, con la intención de establecerse en otro país, lo que confiere a este tipo de migración un carácter más duradero.

Mientras que la movilidad calificada se refiere a la capacidad y frecuencia con la que profesionales altamente calificados se desplazan entre distintos lugares, ya sea de manera temporal o permanente. Abarca tanto los desplazamientos internos dentro de un país como los internacionales. Incluye movimientos temporales, como estancias por estudios, becas, proyectos de investigación o asignaciones laborales de corta duración.

Las trayectorias de movilidad pueden ser a mediano o largo plazo, o pueden adoptar formas más fluidas y circulares, con proyectos que van y vienen en constante movimiento. Esta diversidad plantea el reto de encontrar un marco que abarque todas estas variantes sin

perder su esencia. Aquí es donde varios autores han entrado en escena, proponiendo clasificaciones que buscan organizar este caos aparente. En este capítulo, destaco dos propuestas que se han ganado un lugar por su exhaustividad y relevancia, especialmente en el ámbito de la enología. La primera es la propuesta por John Salt (1997):

1. Profesionales que se desplazan como parte de la movilidad intra-firma en empresas multinacionales.
2. Consultores y asesores especializados en resolver problemas específicos en áreas concretas.
3. Expertos en la preparación, montaje y evaluación de proyectos asociados a inversiones significativas en infraestructura pública o privada.
4. Profesionales en busca de capacitación académica o práctica.
5. Empresarios y profesionales independientes.
6. Estudiantes, profesores e investigadores del sector académico.
7. Personal contratado por ONGs.
8. Trabajadores religiosos y laicos de diversas iglesias.
9. Artistas, deportistas y su equipo de apoyo.

Para la época en que Salt presentó su propuesta, esta clasificación parecía cubrir todos los perfiles posibles, incluidos los enólogos y enólogas. Estos profesionales del vino podrían fácilmente ser ubicados en categorías como la de aquellos que buscan capacitación académica o práctica, empresarios independientes, estudiantes y consultores. Sin embargo, la realidad mostraba un sesgo en los estudios y en los países receptores, que tendían a enfocarse en trabajadores calificados en ciencia y tecnología, dejando en la sombra a enólogos, enólogas y otros profesionales fuera de este ámbito.

Cristóbal Mendoza, Barbara Staniscia y Anna Ortiz (2016) presentan una perspectiva diferente sobre los motivos que impulsan a las personas a desplazarse, proponiendo una división donde el eje central es la motivación. Destacan que, más allá de las razones económicas, existen factores emocionales que juegan un papel de peso, como el deseo de sentirse libre, conocerse mejor o ser reconocido. Ellos invitan a poner un foco especial en dos grupos principales estudiantes y trabajadores en movimiento.

Primero, se encuentran los estudiantes que se desplazan mediante acuerdos universitarios y aquellos que lo hacen de manera individual. Las razones que los motivan a emprender este

viaje pueden ser variadas: adquisición de competencias y conocimientos, buscan habilidades, incluyendo lingüísticas, que puedan traducirse en un futuro en mejores oportunidades laborales o prospectivas de carrera en un mercado que demanda flexibilidad y enfrenta crecientes incertidumbres; nueva ciudadanía, lo que podría abrirles puertas a nuevas experiencias y derechos; capital social y cultural, la riqueza de conocer nuevas culturas y establecer redes sociales significativas es un poderoso incentivo; nuevas experiencias, la posibilidad de vivir aventuras inéditas lejos de la mirada vigilante de la familia y finalmente las limitaciones en el país de origen, a veces, la falta de programas educativos competitivos en sus países los impulsa a buscar mejores opciones en el extranjero.

En segundo lugar, los trabajadores de distintas áreas también se desplazan, ya sea subvencionados por sus empresas o de manera individual. Sus motivos son igualmente variados y enriquecedores: motivos laborales, la existencia de centros de excelencia, ambientes propicios para la investigación de calidad, oportunidades de carrera y mejores salarios son atractivos significativos; factores sociales, mejorar la calidad de vida o trabajar en un entorno donde su labor sea más valorada socialmente puede ser un poderoso motor y finalmente el crecimiento personal, la búsqueda de crecimiento individual, nuevas experiencias de vida y trabajo, o el deseo de satisfacer su curiosidad científica, académica y laboral los lleva a explorar nuevos horizontes.

Como se observa, estos autores consideran que es importante tomar en cuenta las motivaciones individuales de los actores más allá de lo meramente económico, “la intersección entre migración, emoción y lugar permite aproximarnos al estudio de la movilidad desde una dimensión más humana” (Mendoza, Staniscia y Ortiz, 2016:11)

En el campo de los estudios sobre la migración calificada, se han explorado diversas líneas de investigación, aunque muchas veces de manera incompleta. Imaginemos a nuestros protagonistas, los migrantes calificados, a menudo retratados con una mirada masculina y homogénea. Sin embargo, esta visión deja de lado otras dimensiones que los cruzan y los complejizan: su clase social y su género. Es al considerar todos estos marcadores cuando podemos empezar a entender por qué su inserción en el país de acogida no siempre es perfecta y cuán complejas son sus trayectorias.

En la narrativa de nuestra historia global, desde 2008, hemos atravesado una crisis económica prolongada, exacerbada por la emergencia sanitaria y la pandemia. Estos eventos

han desencadenado un endurecimiento de las políticas migratorias en los países desarrollados, complicando el ingreso de migrantes con bajos niveles educativos y precarizando la situación de aquellos indocumentados que ya residen allí.

A pesar de que las condiciones para los migrantes calificados son menos restrictivas debido a su estatus migratorio regularizado, las crisis han dejado su huella en los mercados laborales de los países de destino. Así, aunque estos migrantes no enfrentan barreras de movilidad tan severas, llegan a países donde el desempleo ha aumentado, lo que ha llevado a la implementación de medidas de protección para la población nativa. Por ejemplo, los requisitos de residencia se han intensificado. Estas medidas, vigentes en muchos países, reflejan la persistente inestabilidad e incertidumbre en los mercados laborales globales (Pellegrino, 2013). Por lo tanto:

> Estamos frente a un escenario migratorio internacional que ha supuesto la emergencia de nueva investigación que visibilice, a partir de análisis cualitativos y enfoques etnográficos, la complejidad de las trayectorias y estrategias de los y las migrantes calificadas atravesadas por el género, la pertenencia a una determinada clase social, por ejemplo. (Pedone y Alfaro, 2018:8)

En un mundo cada vez más globalizado, diversificar los estudios sobre movilidades calificadas es clave para destapar las desigualdades ocultas en las trayectorias de estos trabajadores. Recordemos que se trata de una red de individuos talentosos, dispersos por el globo, cuyas vidas y decisiones están marcadas por las dinámicas y contradicciones del capitalismo contemporáneo. La migración internacional es cada vez más selectiva, no se puede entender sin considerar los cambios profundos y a menudo contradictorios en la economía global.

La transformación no solo reconfigura la distribución geográfica de la manufactura, desplazando fábricas y centros de producción de un país a otro, sino que también remodela los ecosistemas de innovación. Así, estos migrantes calificados no solo buscan mejores oportunidades, sino que también se encuentran inmersos en un entramado complejo de intereses económicos y cambios estructurales, donde cada movimiento y decisión reflejan y refuerzan la metamorfosis del capital global (Delgado y Martin, 2015). Así, Delgado y Martin (2015) señalan que:

> Tal metamorfosis se sustenta en las posibilidades abiertas por la tercera y cuarta revoluciones industriales, al tiempo que da paso a la consolidación de una nueva división internacional del trabajo en el horizonte norte-sur: la exportación directa e indirecta de fuerza de trabajo, que adquiere su connotación más amplia con la inclusión del segmento de fuerza de trabajo calificada y altamente calificada. Esto, a su vez, propicia nuevas y extremas modalidades de intercambio desigual (p: 7).

En un contexto donde cada individuo traza su camino único, moldeado tanto por sus propias decisiones y aspiraciones como por el entorno que los rodea, los trabajadores no solo de la industria del vino, sino en general, se enfrentan a vientos de desigualdad y corrientes de oportunidad. Aquí, me detendré a explorar tres dimensiones que influyen en sus trayectorias: el género, los recursos de clase y el origen nacional. Estas dimensiones, ayudan a tejer historias diversas que revelan las diferencias en los caminos formativos y laborales de cada enólogo y enóloga.

1.3 Tejiendo realidades: Desigualdad e interseccionalidad en el mundo global

1.3.1 Una revisión de las dinámicas de poder y desigualdad a escala global

El estudio de la desigualdad en el mundo se presenta como una ventana indispensable para desentrañar las intrincadas dinámicas que esculpen nuestras sociedades. No se trata solo de números y estadísticas, sino de historias humanas marcadas, en este caso, por el origen nacional, el género y los recursos de clase, factores que se combinan para perpetuar la opresión para unos y el privilegio para otros. Al explorar estos cruces, se develan las raíces de las inequidades y se abre camino hacia soluciones más justas. En un mundo donde las fronteras se difuminan y la interconexión es la norma, comprender la desigualdad se vuelve indispensable para forjar un futuro donde el progreso no sea privilegio de unos pocos, sino un derecho compartido por todos.

La investigación sobre la desigualdad ha sido una búsqueda multifacética, abordada desde perspectivas económicas y sociales con el fin de desentrañar el origen de las jerarquías entre distintos grupos sociales, las cuales generan desigualdades en la distribución de bienes y recursos. Cada enfoque ofrece su propio libreto: las teorías económicas, por ejemplo, centran su atención en el ingreso como el protagonista principal de la narrativa de la desigualdad. Dependiendo del lente elegido, distintas categorías emergen como los actores principales en

esta trama compleja. Así, se teje un entramado de explicac iones que intentan descifrar por qué algunas personas prosperan mientras otras luchan por sobrevivir. Este mosaico de perspectivas no solo ilumina las causas de la desigualdad, sino que también nos acerca a comprender mejor las soluciones que podrían transformar esta realidad.

En 1990, una nueva perspectiva comenzó a tomar forma, desafiando la tendencia de centrar la desigualdad únicamente en términos económicos. Con el objetivo de destacar otras variables que influyen en el desarrollo humano, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) presentó su Informe de Desarrollo Humano. Este informe redefinió el desarrollo, no solo como el incremento de ingresos, sino como el proceso de formación de capacidades humanas para alcanzar una mejor calidad de vida. Así se argumenta que:

> Este nuevo paradigma de desarrollo representó un cambio en la forma de comprender el progreso, pues introducía la dimensión humana como el centro de las preocupaciones del desarrollo, las personas comenzaron a tener un protagonismo clave en el bienestar propio y en el colectivo." (Arteaga y Solís, 2005: 72-73).

De esta manera, se argumentó que el verdadero desarrollo implica una ampliación de las oportunidades y libertades individuales, abarcando aspectos como la educación, la salud y el acceso a recursos esenciales, transformando radicalmente nuestra idea de lo que significa prosperar en el mundo moderno. "El desarrollo visto como una cuestión meramente económica dejó de tener vigencia, pese a la importancia del ingreso, las capacidades humanas y la ampliación de éstas comenzó a ser parte medular del estudio del desarrollo" (PNUD, 2010:25)

Sin embargo, no es sorprendente que el ingreso y el acceso a recursos hayan sido el eje central en los estudios sobre la desigualdad. La pobreza, al ser el desafío más urgente para la mayoría de los países, atrae los mayores esfuerzos y políticas públicas, ya que socava tanto el desarrollo individual como el social. Esta focalización en el aspecto económico y monetario establece un vínculo estrecho entre desigualdad, pobreza y desarrollo, delineando un panorama donde el progreso se mide en términos de mejora de ingresos y distribución de recursos esenciales. Por ende, la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL, 2016) sostiene que:

> Si bien el crecimiento económico es un factor fundamental para la reducción de la pobreza, la desigualdad puede limitar significativamente este proceso. Existen

> evidencias de que el crecimiento es menos efectivo para lograr la reducción de la pobreza en países con altos niveles de desigualdad, por el contrario, la velocidad de reducción tiende a ser mayor en países más igualitarios. (CEPAL, 2016:15)

Si, como enuncia la CEPAL, la desigualdad es un obstáculo para la erradicación de la pobreza y no simplemente una consecuencia de esta, entonces ¿cómo podemos explicar la desigualdad? Hace ya varias décadas, Rodolfo Stavenhagen (1969) planteaba que para entender el origen de esa desigualdad en América Latina era imprescindible abordar las relaciones que mantienen los países subdesarrollados con los países desarrollados. Según señala el mismo autor, la clave reside en desentrañar estas dinámicas históricas y estructurales, donde la dependencia económica y las asimetrías de poder perpetúan un ciclo de desigualdad, él ponía sobre la mesa lo siguiente:

> Se trata principalmente del colonialismo, que ha establecido entre los países colonizados un conjunto de relaciones de desigualdad (el establecimiento de relaciones entre sociedades desiguales ha producido una desigualdad creciente); relaciones de dependencia (tanto política, como económica); y de relaciones de explotación económica (enriquecimiento de los países colonizadores, agotamiento de las riquezas naturales de los países colonizados, corriente de capitales de los países subdesarrollados a los países desarrollados, etc.) (Stavenhagen, 1969:10)

La relación de subordinación y subdesarrollo que observamos es una consecuencia directa de la aplicación de un modelo capitalista diseñado sin consideración para sociedades no industrializadas, esencialmente agrícolas (Stavenhagen, 1969). Esta imposición de un sistema económico capitalista ha generado una red de dependencia y desigualdad, ya que los países en desarrollo no pueden competir en términos de producción y condiciones con sus contrapartes industrializadas. Su economía se centra en actividades del sector primario y en la exportación de materias primas, lo que los mantiene en una posición de desventaja económica. En el ámbito social, estos países suelen enfrentar desafíos significativos: instituciones democráticas débiles, regímenes corruptos y autoritarios, altos índices de pobreza y una lucha constante por acceder a servicios básicos como educación, salud, vivienda y seguridad. Así, se dibuja un panorama donde las promesas del capitalismo global parecen distantes e inalcanzables para quienes viven en el umbral del subdesarrollo.

Además, a pesar de los esfuerzos por superar o revertir esta relación "la distancia entre los países desarrollados y subdesarrollados se amplía, existe una desigualdad creciente entre las naciones industrializadas y las que no lo son" (Stavenhagen, 1969: 12).

La brecha entre países desarrollados y subdesarrollados se amplía, en parte, debido a la integración en un esquema global que a menudo choca con las realidades sociales y estructurales de ciertos países. La desconexión entre las aspiraciones globales y las realidades locales genera un terreno desigual, donde las estrategias diseñadas para fomentar el progreso se enfrentan a obstáculos arraigados que dificultan la superación de las disparidades globales.

En efecto, el subdesarrollo puede entenderse como el resultado de un "trasplante histórico fracasado" (Pipitone, 1994:24-25). Se intentó imponer un sistema y un modelo provenientes de países industrializados a naciones que aún no estaban en ese estadio, sin proporcionar los elementos esenciales para que pudieran adaptarse y seguir el mismo camino hacia el progreso. En este proceso, América Latina ha buscado replicar, como una fotocopia, las políticas económicas de otras regiones, especialmente de Europa, sin tener en cuenta las diferencias contextuales que dificultaron la efectividad de esas estrategias. En ese sentido, cabe subrayar que:

> En el plano mundial, los paradigmas para pensar estos temas han estado anclados en el desarrollo del capitalismo, en visiones del proceso civilizatorio, en las modernidades con sus múltiples variantes. En todos ellos, ha sido notorio el predominio de categorías y de maneras de pensar el mundo desde la experiencia europea. Lo que a menudo se confunde y no se llega a diferenciar es cuándo se trata de propuestas analíticas que se fundan en el papel que diversas zonas de Europa han tenido en el devenir mundial y cuándo se trata de la imposición o aceptación de las categorías del pensamiento europeo al resto del mundo, cosa que también fue y es un proceso histórico e historizable (Jelin, 2014:13).

Jelin identifica un momento importante en la historia de Latinoamérica: el periodo de posguerra. Fue entonces, con el surgimiento de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), cuando se empezó a gestar un cambio radical en la manera de conceptualizar la desigualdad. La CEPAL introdujo un enfoque regional innovador que redefinió el desarrollo, describiéndolo como el proceso de formación de capacidades humanas para alcanzar una mejor calidad de vida. Este nuevo paradigma no solo desafiaba

la visión tradicional centrada en el ingreso, sino que colocaba a la dimensión humana en el epicentro de las preocupaciones del desarrollo. Las personas, en lugar de ser meros receptores de progreso, se convirtieron en protagonistas activos de su bienestar, tanto individual como colectivo.

Jelin describe que América Latina, a pesar de un periodo de modernización acelerada, guiada en gran medida por las recomendaciones de la CEPAL, la transformación económica no fue uniforme. Durante esta era, el modelo de acumulación se reinventó: el foco pasó de la producción primaria orientada a la exportación a una industria dirigida al mercado interno. Sin embargo, esta metamorfosis no se desplegó de igual manera en todos los países; en muchos casos, las viejas estructuras seguían ejerciendo una influencia notable frente a los avances de la industrialización.

En las ciudades, nacieron nuevos mercados laborales, pero estos se fragmentaron en una dualidad entre empleos formales y trabajos informales. Los trabajadores excluidos del sector formal se vieron forzados a crear alternativas informales por su cuenta, mientras que los propietarios de pequeñas y medianas empresas se encontraron marginados de las oportunidades para acumular grandes capitales. Así, en el crisol de la modernización, coexistieron viejas y nuevas formas de trabajo, dejando a muchos atrapados en un limbo económico de limitadas posibilidades de progreso.

Asimismo, durante este periodo, en el espacio rural se materializan reformas agrarias, sin que por ello los campesinos dejaran de ser un sector marginado y precarizado. A esta asimetría se suma que varios servicios sociales se desarrollaron sobre todo en las ciudades, como los relativos a la salud y la educación, de modo que se crean nuevos órdenes de desigualdad: trabajadores formales/informales, habitantes rurales/urbanos, entre otros.

En síntesis, Jelin se alinea con los autores previamente citados al criticar la persistente tendencia de aplicar políticas regionales basadas en modelos europeos, que no se adaptan a las realidades latinoamericanas. La autora señala una notable falta de contextualización regional; las políticas no consideran adecuadamente el momento histórico particular de América Latina, incluyendo factores esenciales como los procesos de urbanización, la migración rural-urbana, la industrialización y el crecimiento poblacional. Así, la desigualdad sigue siendo abordada sin tomar en cuenta las especificidades y desafíos únicos de la región en el contexto actual.

Jelin abonará a esta discusión planteando que siguen vigentes, estructuras y jerarquías coloniales, raciales y de clase debido a ello es importante tomar en cuenta otros ejes de análisis de la desigualdad, especialmente en América Latina: "La estructura de clases sociales (con todas las especificidades locales necesarias) estaba en el centro; las otras dimensiones de desigualdad se articulaban en torno a las clases, no las determinaban" (Jelin, 2014:17).

La relación de desigualdad a nivel macro entre los países contribuye al surgimiento de una estructura de clases. Sin embargo, esta estructura enfrenta cuestionamientos metodológicos, ya que fue desarrollada en contextos industrializados. Al aplicar este modelo a países no industrializados, se corre el riesgo de replicar enfoques que no se ajustan a la realidad de todos. Así, surge la necesidad de reconsiderar y adaptar estas estructuras, reconociendo las particularidades y dinámicas únicas de cada nación. (Stavenhagen, 1969).

Para ser más precisos con las realidades de estas sociedades tendríamos que hablar no de clases sociales, sino de estratificación social "estas estratificaciones no están compuestas de una jerarquía de varias capas superpuestas, sino más bien de status diferentes de ciertos individuos y de ciertos linajes, que pueden estar ligados a preeminencias políticas, religiosas o incluso económicas" (Stavenhagen, 1969: 50).

La estratificación, en términos generales, es el proceso mediante el cual las personas, las familias y los grupos sociales son jerarquizados y colocados unos por encima de otros. Los criterios para esta clasificación son a menudo subjetivos, varían según el contexto y reflejan los valores predominantes de cada sociedad.

Los autores previamente mencionados subrayan la necesidad de ir más allá de una visión meramente económica de la desigualdad como destaca Nancy Fraser (2008), en las sociedades capitalistas modernas, la estructura de clases, el orden de estatus y la exclusión de pertenencia y participación en una comunidad no se reflejan mutuamente de manera clara, aunque interactúan de manera causal. Esta complejidad subraya la importancia de considerar múltiples dimensiones de la desigualdad para una comprensión integral del fenómeno.

Más bien, cada una de estas situaciones posee cierta autonomía frente a la otra. El problema no es que ciertos grupos sociales se encuentren intrínsecamente condenados a la inferioridad, sino que en la sociedad se han establecido obstáculos aparentemente invisibles, que los someten a esa posición de subordinación social. Situación comprendida como una posición grupal de desventaja (Fraser, 2008:40)

Ante este giro en la manera de concebir la desigualdad, Eduardo López-Aranguren (2005) la aborda desde cuatro categorías esenciales:

Desigualdad de oportunidades: Se presenta cuando las posibilidades de acceder a diversas posiciones están condicionadas por factores como el estatus social, los recursos económicos, la ideología política, las preferencias religiosas y el género, entre otros. En otras palabras, las oportunidades no se distribuyen según criterios competitivos. Desigualdad jurídica: Ocurre cuando ciertos individuos o grupos gozan de privilegios legales y sus derechos están protegidos, mientras que los derechos de otros no lo están.

Desigualdad en el cubrimiento de las necesidades básicas: Se manifiesta cuando las necesidades físicas o educativas básicas de algunos individuos no están cubiertas, lo que les impide alcanzar las posiciones más atractivas. Los gobiernos suelen intentar compensar estas desigualdades mediante programas sociales, subsidios de desempleo, educación gratuita y becas. Desigualdad económica: Se refiere a la desigualdad en la distribución de bienes y servicios.

López-Aranguren nos invita a contemplar la desigualdad como un fenómeno multifacético, donde cada categoría nos ofrece una ventana a las barreras estructurales que obstaculizan un desarrollo equitativo y justo en la sociedad. Al reconocer la desigualdad como un problema social que limita el crecimiento del capital físico, social y humano, todos esenciales para mejorar las condiciones de vida y el bienestar de las personas, la superación de esta problemática se ha convertido en una prioridad central de las políticas públicas. Este enfoque no se limita a perseguir el crecimiento económico, sino que aspira a construir una sociedad más justa y equitativa, donde todos los individuos tengan la oportunidad de prosperar y alcanzar su pleno potencial.

Otros autores como Luis Reygadas (2004) también se suman a proponer un marco multidimensional para el estudio de la desigualdad, lo primero que señala el autor es que no es posible enfocarse solo en el plano individual:

> El análisis de las diferentes capacidades de los individuos arroja luz sobre un aspecto de la desigualdad, en tanto que ayuda a responder las siguientes preguntas: ¿qué características de los sujetos inciden en la apropiación diferencial de los bienes sociales valorados? y ¿cuáles son los factores relevantes que hacen que unas personas puedan tener acceso a mayores riquezas que otras en un contexto social determinado?

> La contribución es importante, pero un análisis de la desigualdad que sólo se quede en la dimensión individual tiene varios problemas (Reygadas, 2004:10)

El primer problema es que las características y los esfuerzos individuales no pueden ser considerados de forma aislada para explicar las desigualdades, ya que los individuos están inmersos en una red de vínculos, historias y condiciones colectivas. Además, las escalas de valoración de los atributos personales son también colectivas, moldeadas por las sociedades y los procesos histórico-culturales en los que estas capacidades o atributos se desarrollan. Por tanto, cualquier análisis de la desigualdad debe tener en cuenta estas interacciones complejas y contextuales para ser verdaderamente completo y preciso.

En el mismo sentido, resulta imposible hacer un estudio de la desigualdad abstrayéndose de los aspectos y relaciones sociales "la desigualdad se reproduce en las relaciones sociales. En ellas, las potencialidades y capacidades individuales se ponen en acción y se entablan relaciones de poder que, si bien se basan en esas capacidades, pueden generar algo nuevo" (Reygadas 2004:13).

Es decir, para el autor la desigualdad es un fenómeno que tiene que ver con las relaciones de poder que dan pie a relaciones de exclusión/inclusión; inferioridad/superioridad, que caracterizan el orden social, por lo que el análisis de la desigualdad necesita propuestas de estudio que abarquen toda esa complejidad que nace de la interacción social.

María Cristina Bayón (2019) se suma a esta idea de que la desigualdad tiene que ver con las relaciones de poder y que su estudio requiere de una mirada relacional y multidimensional:

> Es preciso nutrir los estudios sobre la desigualdad —tradicionalmente centrados en la distribución del ingreso y la riqueza— de los debates recientes sobre la justicia social, relacionados con la redistribución y el reconocimiento, de los conceptos de respeto, solidaridad, límites simbólicos y fronteras morales, entre otros. La incorporación de dichas dimensiones ha permitido —de manera progresiva— comprender las posibles confluencias y contrastes entre desigualdades de clase, de género y étnicas; estereotipos, estigmas y prejuicios que se construyen en torno al otro; así como la manera como se expresan y reproducen en el trato cotidiano (Bayon, 2019: 13).

Con este cambio en la manera de conceptualizar la desigualdad, algunos autores como Roberto Gargarella (1999) y Juan Pablo Pérez y Minor Mora (2006) proponen hablar de

desigualdad estructural. Esta forma de desigualdad se caracteriza por la posición de desventaja material, política y sociocultural en la que se encuentran, de manera generalizada, los integrantes de ciertos grupos sociales. Esta desventaja es el resultado de dinámicas de opresión que se han perpetuado históricamente en las sociedades. Así, se forman procesos de desigualdad que originan estructuras de discriminación, marginación, explotación y exclusión de los miembros de estos grupos. La desigualdad estructural surge de las interacciones entre grupos sociales que poseen posiciones de poder desiguales, donde las interacciones se convierten en ejercicios de poder y dominación. Este fenómeno es comparable a la relación desigual entre países desarrollados y subdesarrollados, donde la disparidad de poder define las dinámicas de interacción.

Este tipo de interacciones desiguales generan condiciones de vulnerabilidad para los grupos oprimidos que los sitúa en una posición generalizada de desventaja frente al resto. Posición de desventaja que se materializa en dificultades para que las personas pertenecientes a estos grupos puedan gozar y ejercer sus derechos en condiciones de igualdad (Gargarella, 1999:18)

Jesús Rodríguez Zepeda (2011) argumenta que la desigualdad estructural es la materialización de sistemas de opresión que se enraízan en las instituciones y en el imaginario colectivo, influyendo en la forma en la que la sociedad ve al mundo y a sus integrantes.

Con el tiempo, tales sociedades normalizan o interiorizan las condiciones de desigualdad padecidas por algunos grupos sociales y los privilegios que benefician a otros. Así se explica que:

> Que la desigualdad se desarrolle como parte de un proceso histórico hace que la posición de desventaja se camufle como normal o como parte del *sentido común* a lo largo de las generaciones. Como son los grupos sociales opresores quienes ostentan las narrativas dentro de dicha sociedad, con los años, estas desigualdades encuentran justificación social (Rodríguez Zepeda, 2011:19-20).

María del Carmen Falcón (2009) reflexiona en torno a las ideas de *clase marginada* de Zigmunt Bauman y explica que al normalizar las desigualdades estructurales se invisibilidad a los grupos desfavorecidos, lo cual los sitúa en un entorno aún más vulnerable, marginal y

de exclusión desde el cual es más difícil para dichos grupos acceder a condiciones de igualdad e integración social.

Provocando a su vez en los grupos que ostentan el poder o son favorecidos, mayor intolerancia, rechazo y temor a los que no son parte de su grupo, tal como enfatiza Falcón (2009):

> […] sí se infundan los temores, y el temor se alimenta de —miedo— y el miedo legitima las medidas de control, se expande, se transmite, se implanta en nuestro quehacer diario: tenemos miedo al otro, al extraño, al marginal (…) No obstante, el miedo se niega al marginal, porque se cree que él es causante de esos miedos." (p: 93).

Es decir, se abona a construir una imagen del otro de manera colectiva en la que se desarrollan procesos de simbolización, estructuras económicas y políticas de desigualdad resultando en lugares diferenciados para distintos grupos sociales.

Hasta ahora he explorado cómo las desigualdades, presentes en las relaciones de poder, generan posiciones diferenciadas que a menudo parecen opuestas: marginales/opresores, favorecidos/desfavorecidos, pobres/ricos. La desigualdad no es un fenómeno aislado, sino que se entrelaza con procesos sociales, históricos, políticos, culturales y territoriales, a través de los cuales los grupos sociales atribuyen valores a las condiciones diferenciales.

Es importante, como ya se mencionó, precisar que la diferenciación social no siempre conduce a condiciones desfavorables. Estas diferencias pueden situar a los individuos en posiciones de privilegio o desventaja, dependiendo del contexto social y político en el que se encuentran. Retomando a Jelin, estas desigualdades y diferencias solo se pueden entender adecuadamente si se sitúan en el país y el contexto específico, ya que superar desigualdades derivadas del origen cultural, género, etnicidad o religión es complejo debido a su arraigo en la historia y las normas sociales, y a menudo se ven reforzadas por la desigualdad de ingresos.

En el caso particular de los enólogos y enólogas, sus trayectorias formativas y laborales no comienzan desde el mismo punto de partida. Sus condiciones personales, como el género, los sitúan en posiciones diferenciadas que determinan sus trayectorias. Estas diferencias pueden colocar a los individuos en posiciones de privilegio o desigualdad, dependiendo de cómo se entrecruzan.

Para analizar esto, me apoyaremos en el enfoque de la interseccionalidad, pero era fundamental hacer este recorrido teórico e histórico de la desigualdad. Como vimos, autores como Jelin ya destacaban la necesidad de pensar la desigualdad desde un enfoque interseccional, aunque no utilizaran precisamente ese término.

1.3.2 De la Desigualdad a los Puntos de Encuentro: Un Viaje a través de la Interseccionalidad

A finales de los años 80 y principios de los 90, el concepto de interseccionalidad comenzó a resonar con fuerza entre feministas y mujeres negras que buscaban expresar sus vivencias en una sociedad marcada por la desigualdad y por las violencias, especialmente contra mujeres negras. Este término emergió como una herramienta poderosa para articular cómo los sistemas de raza, clase, género, etnia, y otros marcadores de diferencia, no solo coexistían, sino que se entrelazaban y entrecruzaban de maneras complejas (Magliano, 2015). Estas intersecciones, lejos de ser meras categorías aisladas, interactúan con las instituciones y estructuras sociales, limitando el acceso a recursos y conocimientos para algunos, mientras privilegian a otros. Este entramado de opresiones y privilegios se convierte en un mecanismo para la perpetuación del poder y la desigualdad.

El concepto de interseccionalidad, aunque presente en las discusiones sobre desigualdad desde tiempos anteriores, adquiere su forma más precisa gracias a Kimberlé Crenshaw en 1989. En su influyente ensayo "Mapping the Margins: Intersectionality, Identity Politics, and Violence against Women of Color," Crenshaw describe cómo problemas como el racismo y el sexismo no solo coexisten, sino que a menudo se entrelazan, creando niveles complejos de injusticia social.

Crenshaw reconcilió dos tendencias que en ese momento reflexionaba acerca de las identidades y el problema de las opresiones múltiples y simultáneas: por un lado, la teoría feminista posestructuralista que desarmó la categoría de mujer y sus usos esencialistas y universalizadores, así como la idea de que existe una identidad común o experiencia de la subordinación compartida por todas las mujeres por igual y, por otro lado, la teorización de las mujeres negras que rechazaban los supuestos del feminismo de las mujeres blancas.

Este término se convierte así en una herramienta para el análisis, revelando las limitaciones de las políticas de identidad al destacar cómo la raza y el género , ejes centrales de esta teoría, se entrecruzan, moldeando las múltiples dimensiones de la desigualdad y

procesos de violencia. En este enfoque, las experiencias de opresión no pueden entenderse en aislamiento, sino que deben considerarse en sus interacciones complejas y acumulativas.

Es fundamental entender que las desigualdades no se experimentan de manera aislada; al contrario, se entrecruzan y amplifican mutuamente. Por ello, las soluciones no pueden ser simples ni unidimensionales; deben ser tan complejas e integrales como los problemas mismos. Crenshaw subraya la importancia de reconocer que muchos de estos problemas son sistémicos y estructurales, no meras anomalías individuales. Para desentrañar y comprender mejor esta complejidad, Crenshaw introduce dos dimensiones clave de la interseccionalidad: la interseccionalidad estructural y la interseccionalidad política.

La interseccionalidad estructural surge cuando las estructuras sociales que definen y organizan a los distintos grupos sociales, como el género y la raza, se entrelazan de maneras que pueden generar efectos inesperados. Este concepto hace referencia a la forma en que ciertos sistemas y estructuras dentro de la sociedad perpetúan privilegios para ciertos grupos o individuos, mientras limitan los derechos y oportunidades de otros.

Este tipo de interseccionalidad abarca las formas de discriminación y dominación en ámbitos políticos, económicos, representativos e institucionales. Ilumina la intrincada conexión entre los diferentes sistemas que conforman la sociedad, ayudándonos a comprender cómo cada uno de ellos influye en los demás. Las desventajas o discapacidades específicas a menudo se ven agravadas por otras desventajas que reflejan la dinámica de un sistema o estructura de subordinación.

El concepto de interseccionalidad política emerge en el delicado entrelazamiento de movimientos sociales, como el feminismo y el antirracismo, donde se revela una tensión latente: la exclusión o marginalización de ciertos subgrupos dentro de estos movimientos, o incluso el refuerzo de otras formas de injusticia.

Así, la interseccionalidad política no solo pone en evidencia las interacciones entre diferentes luchas por la justicia, sino que también examina cómo las estructuras y sistemas, las leyes, el sistema de justicia penal, las políticas públicas y el gobierno, moldean y, a menudo, distorsionan la percepción de equidad, igualdad y justicia en la sociedad. En este sentido, la interseccionalidad política se convierte en un lente crítico para comprender cómo las políticas que nos rigen pueden perpetuar, en lugar de mitigar, las desigualdades que enfrentan ciertos grupos.

Las políticas públicas y las leyes no son simplemente normas objetivas; están impregnadas de las perspectivas dominantes de nuestra sociedad, moldeadas por las experiencias de raza, clase, género, etnia, edad, capacidad y sexualidad. Kimberlé Crenshaw, en su trabajo de 1989, nos invita a ver más allá de la superficie, ilustrando cómo estos prejuicios se incrustan en nuestras estructuras institucionales.

Un caso emblemático que expone Crenshaw es la negativa de algunas instituciones a desglosar los datos de violencia doméstica por raza, con la intención de proteger a las comunidades negras. Sin embargo, este enfoque, aunque bien intencionado, terminó silenciando las voces de las mujeres negras, subordinando sus experiencias a los intereses más amplios de la comunidad negra.

Lo que Crenshaw subraya con maestría es que los prejuicios no son simples actitudes individuales; están entrelazados en nuestras prácticas, percepciones y representaciones colectivas. Al poner en primer plano los marcadores socioculturales, Crenshaw revela las complejas intersecciones de jerarquías y privilegios que constantemente modelan nuestras vidas, y nos advierte contra la simplificación de las categorías como meros ejes paralelos o acumulaciones de discriminaciones. Es decir:

> Las personas no experimentan las discriminaciones segmentadamente, es decir, no se puede sumar el hecho de estar oprimida como mujer y como inmigrante. Las experiencias no se viven de manera separada y luego se adicionan, sino que la realidad nos ubica en situaciones concretas donde los efectos de una jerarquía pueden multiplicar o evitar los efectos de otra (Lázaro y Jubany, 2017:2009)

Patricia Hill Collins, reconocida socióloga, utiliza con precisión la palabra análisis al definir la interseccionalidad. Para ella, este análisis revela cómo los sistemas de raza, clase social, género, sexualidad, etnia, nación y edad no solo coexisten, sino que se entrelazan configurando mutuamente los rasgos de la organización social. Estos sistemas no son simplemente estructuras externas que moldean las experiencias de las mujeres negras, sino que, a la vez, son esculpidos por ellas, en un proceso dinámico y recíproco.

Tanto Collins como Crenshaw comparten dos elementos fundamentales en sus enfoques: un riguroso enfoque analítico y un compromiso con un proyecto político que busca no solo visibilizar, sino también remediar los efectos materiales de las condiciones sociopolíticas que históricamente han mantenido a las mujeres negras en la invisibilidad. Este proyecto no solo

expone la intersección de opresiones, sino que también propone caminos hacia su superación (Pontón, 2017; Strolovitch, 2007).

Ava Bra y Ann Phoenix, en su obra de 2004, cuestionan las visiones ahistóricas y esencialistas que tradicionalmente han moldeado la categoría de "mujer". Con una mirada aguda y crítica, proponen una concepción de la interseccionalidad que va más allá de lo simplista. Para ellas, la interseccionalidad debe entenderse como un entramado complejo, irreductible y en constante cambio, en el que múltiples ejes de diferencia se entrelazan, generando efectos únicos en contextos históricos específicos. Desde esta perspectiva, la interseccionalidad se erige como un marco teórico poderoso para analizar la estratificación social, sin limitarse a aquellos que se encuentran en los márgenes múltiples de la sociedad.

Jennifer Nash, por su parte, en 2008, amplía esta visión al describir la interseccionalidad como la noción de que la subjetividad humana se constituye a través de la interacción de vectores como la raza, el género, la clase y la sexualidad, los cuales se refuerzan y configuran mutuamente en un entramado complejo. Esta noción subraya cómo estas dimensiones no actúan de manera aislada, sino que se entrelazan en una danza que moldea la experiencia individual y colectiva.

Finalmente, Catherine MacKinnon, en 2013, nos invita a ver la interseccionalidad desde otra óptica, la de un método que adopta un punto de vista emergente, nacido de las dinámicas corporizadas que surgen de las experiencias vividas por grupos específicos. Para MacKinnon, la interseccionalidad no es solo un concepto teórico, sino una herramienta que permite comprender las vivencias desde dentro, desde la piel misma de aquellos que experimentan estas intersecciones.

También desde la década de los noventa, un grupo de autoras latinoamericanas comenzó a construir un corpus significativo sobre interseccionalidad. Su propósito fue claro, cuestionar y deconstruir los postulados del feminismo hegemónico y occidental, los cuales se revelaban insuficientes para comprender las diversas realidades de las mujeres latinoamericanas. Tal como señala Espinosa (2009), este esfuerzo no solo enriqueció el debate teórico, sino que también ofreció una perspectiva más completa sobre las experiencias vividas en contextos específicos, aportando una valiosa contribución a la teoría feminista global.

En el laberinto de las opresiones, algunas autoras han desentrañado cómo se entrecruzan las dimensiones de raza, clase, género y sexualidad, revelando conexiones a menudo ocultas entre estas formas de dominación. María Lugones (2008), por ejemplo, ofrece una visión penetrante de cómo estas opresiones se entrelazan, iluminando las formas en que se intersectan y se refuerzan mutuamente.

En esta misma línea, Mara Viveros Vigoya (2009) explora la manera en que el racismo y el sexismo recurren al argumento de la naturaleza para justificar y perpetuar las jerarquías de poder. Viveros Vigoya señala que, a través de una construcción social de lo corporal, estas ideologías presentan a las mujeres como seres inherentemente destinados a la sumisión, fusionando lo biológico con lo social en un entramado que perpetúa su subordinación.

Además, Viveros Vigoya se adentra en el ámbito teórico y político de la interseccionalidad, recuperando las contribuciones esenciales del feminismo negro y latinoamericano. En sus análisis, ilumina cómo estas corrientes han moldeado el entendimiento contemporáneo de las múltiples capas de opresión, arrojando luz sobre sus orígenes y aportaciones clave.

Karina Bidaseca (2014), por su parte, nos invita a examinar el sexismo y el racismo no como fenómenos aislados, sino como dos fuerzas interrelacionadas. Su enfoque pone en el centro a las mujeres del Tercer Mundo, situándolas en el cruce de caminos del colonialismo, el imperialismo, el nacionalismo y los fundamentalismos culturales. Bidaseca revela cómo estas mujeres encarnan un punto de intersección fundamental, donde convergen y se entrelazan las opresiones globales y locales. En América Latina el concepto también ha sido trabajado por autoras como Moira Pérez (2021) que lo definen como:

> […] un recursos heurístico que permite percibir, comprender y abordar el interjuego entre las distintas categorías de diferenciación social que atraviesan a sujetos, practicas sociales e instituciones, y el modo en que dicho interjuego afecta, su agencia política, y las relaciones de poder y oportunidades en las que se encuentran" (p: 338-339).

Lucía Busquier y Fabiana Parra (2021) coinciden en que la perspectiva interseccional por su carácter multidimensional y relacional es adecuada para analizar las múltiples opresiones en América Latina ya que permite entenderlas desde "los mecanismos específicos de entrecruzamientos complejos, co-constitutivos y simultáneos entre las distintas redes de relaciones" (2021:62).

En el contexto de esta investigación, se seleccionarán tres ejes principales de diferenciación: origen nacional, género y recursos de clase. La interseccionalidad, con su capacidad para revelar las interacciones entre estos distintos ejes, se convierte en una herramienta valiosa. Me permitirá explorar cómo estos factores no operan de manera aislada, sino que se cruzan y se entrelazan, configurando un panorama de las dinámicas de desigualdad y privilegio en la enología.

Como ocurre con muchos enfoques de estudio, la interseccionalidad no ha estado exenta de críticas. En el pasado, su carácter abierto y flexible se celebró como una de sus cualidades más destacadas. Este rasgo, sin embargo, ha comenzado a ser cuestionado. La pregunta central que surge es si esta apertura es, en realidad, una virtud para un enfoque destinado a la investigación crítica (Pontón, 2017).

La interseccionalidad, en esencia, llama a una investigación minuciosa de las intersecciones entre categorías e identidades sociales. Sin embargo, el desafío surge cuando este enfoque parece carecer de una metodología como tal. Esto ha dado lugar a dos problemas significativos. Primero, no basta con examinar cómo se cruzan las categorías sociales; es igualmente importante indagar cómo se constituyen esas categorías desde el principio. La interseccionalidad exige no solo el mapeo de las intersecciones, sino un análisis de los procesos que forman y reformulan estas categorías a lo largo del tiempo.

El segundo desafío radica en que la falta de rigor metodológico ha permitido que feministas con perspectivas ontológicas dispares se agrupan bajo el amplio manto de la interseccionalidad. Este fenómeno es particularmente problemático, ya que diluye el potencial crítico de la interseccionalidad, transformándola en un enfoque de género que, lejos de ser transformador, se convierte en un mero añadido a los estudios de género convencionales (Magliano, 2015; La Barbera, 2016).

No obstante, a pesar de estas críticas, el análisis interseccional conserva un valor incuestionable para quienes buscan evaluar de manera crítica las complejas redes de relaciones sociales. Este enfoque ofrece una lente poderosa para desentrañar las intrincadas dinámicas de dominación y poder que perpetúan la desigualdad.

Esta es la esencia de la interseccionalidad un enfoque que desafía el monismo, la noción de que cada categoría social puede analizarse y entenderse de forma aislada, como si fuera un único hilo en el tejido de la vida social. Como nos señalan La Barbera (2017) y Magliano

(2015), el análisis monista por sí solo no puede captar la verdadera naturaleza de cómo estas estructuras sociales interactúan y afectan nuestras vidas.

Aunque antes se han desarrollado teorías para abordar las problemáticas de desigualdad, la interseccionalidad se destaca por su capacidad para reflejar la complejidad del mundo moderno. Vivimos en una realidad cada vez más intrincada, marcada por múltiples formas de discriminación y desigualdades entrelazadas. La interseccionalidad no solo ofrece un marco más preciso para analizar estas realidades complejas, sino que también nos invita a reconsiderar cómo comprendemos y abordamos las diversas formas de opresión que enfrentamos.

Como señala Cruells (2015), tanto las desventajas como los privilegios de una persona en un momento y lugar específicos no pueden entenderse al examinar de forma aislada los elementos individuales de su identidad. Más bien, es esencial considerar el entramado de relaciones de poder que influyen sobre ella. Esto incluye, a nivel macro, las fuerzas históricas como el pasado colonial y la pobreza, y, a nivel micro, factores más personales como el estado de salud de la persona y la estructura de su familia o comunidad.

La interseccionalidad desmantela la ilusión de que las categorías de "mujer" y "hombre" pueden servir como lentes uniformes para el análisis social. Al contrario, revela la rica diversidad dentro de estos grupos aparentemente homogéneos, una complejidad que podría pasar desapercibida si nos limitamos a enfoques más simplistas (Cruells, 2015). Este enfoque ofrece una ventana hacia las múltiples capas de identidad y experiencia que configuran nuestras vidas, y es por esta razón que encuentro en la interseccionalidad una herramienta indispensable para desentrañar la complejidad del fenómeno que estudio.

Es importante destacar que la interseccionalidad no se configura simplemente como un antídoto contra el privilegio. En realidad, la interseccionalidad nos invita a explorar un panorama, donde no solo es posible ser estar interseccionalmente situado en una situación privilegiado, sino también en una situación de marginación, dominio u opresión. La riqueza del concepto de interseccionalidad radica en su capacidad para capturar las complejas interacciones entre múltiples dimensiones de identidad y poder.

Así, cada uno de nosotros navega a través de un complejo entramado de privilegios y opresiones. La interseccionalidad revela que no hay una jerarquía fija de opresión o

discriminación; más bien, cada individuo se encuentra en un cruce dinámico de factores que modelan su experiencia de manera única (Strolovitch, 2007).

Aunque existen diversas categorías que generan ventajas y desventajas para las personas, no todas tienen el mismo peso en cada contexto. Aunque no se establece una jerarquía fija, algunas categorías reciben mayor atención en función de su relevancia para la investigación en curso. En este estudio, por ejemplo, se destacan el género, el país de origen y los recursos de clase como factores clave.

Kimberlé Crenshaw enfoca su análisis en las discriminaciones interseccionales que surgen de la interacción entre la raza y el género. A partir de su trabajo, investigaciones posteriores han ampliado el enfoque para incluir otros ejes de poder que también generan desigualdades interseccionales; estos incluyen la clase, la sexualidad, la religión, la edad, la diversidad funcional y el estatus de ciudadanía, entre otros.

Nira Yuval-Davis (2013) al hablar sobre qué categorías o ejes deberían estar presentes en el análisis interseccional, señala que no hay una respuesta única o absoluta. Ya que va a depender de qué categorías o divisiones sociales son prioritarias en un contexto social e histórico, y cuáles son secundarias. "Esto dependerá de la importancia que socialmente den los individuos a unas divisiones sociales frente a otras en su proceso de identificación o construcción específica de su posición[8]" (Yuval-Davis, 2006, p: 203). No obstante, Yuval-Davis admite que hay diferentes divisiones sociales como las del género, el estado en el ciclo vital, la étnia/raza o la clase que tienden a ser más importantes en nuestras sociedades.

Leslie McCall (2005) coincide con Yuval-Davis al señalar que las desigualdades sociales y los ejes de opresión no son estáticos; varían según el contexto histórico y social, así como según el proceso social que se desee analizar. En un contexto determinado, una categoría o eje social puede tener más privilegio que otros, mientras que, en otro contexto, esta dinámica puede invertirse.

[8]"This will depend on the importance that individuals give socially to some social divisions as opposed to others in their process of identification or specific construction of their position"(Yuval-Davis, 2006, p: 203).

McCall propone un enfoque interseccional basado en lo que ella denomina "realismo crítico" (McCall, 2005:1793). Este enfoque se centra en utilizar categorías que reflejen fielmente la realidad social estudiada en un momento específico.

MacCall ha identificado tres aproximaciones principales al estudio de la interseccionalidad: En primer lugar, la complejidad categórica que se dedica a la deconstrucción analítica de las categorías a partir no de la identidad, sino del proceso de producción de la diferencia y de su naturalización. En segundo lugar, la complejidad intercategorial que requiere la adopción temporal y estratégica de las categorías existentes para documentar las relaciones de desigualdad entre diferentes grupos sociales y los cambios en las configuraciones de la desigualdad en sus muchas dimensiones, incluso aceptando que puede haber desigualdades de distinta intensidad porque quizá las desigualdades que en alguna ocasión fueron grandes ahora son pequeñas, o en un lugar son grandes, y pequeñas en otro. Esta perspectiva suele basarse en estudios de las desigualdades entre grupos ya constituidos.

A continuación, se presentan algunos estudios que han implementado análisis interseccional sin centrarse exclusivamente en el binomio género/raza. Empezaremos con el trabajo de Laura MacDonald (2014), quien explora la relación entre la migración, la movilidad laboral y los acuerdos comerciales neoliberales. En su investigación, MacDonald examina las disposiciones sobre movilidad laboral en el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), buscando arrojar luz sobre las consecuencias y contradicciones del nuevo régimen de movilidad laboral establecido por el tratado.

Al revisar el TLCAN desde la perspectiva de la movilidad, MacDonald observa que ciertos trabajadores móviles, como los profesionales altamente cualificados, inversores y élites empresariales, son privilegiados. Estos grupos disfrutan de derechos de movilidad a lo largo de toda la comunidad norteamericana, derechos que se niegan a la mayoría de los ciudadanos de los tres países miembros. Así, MacDonald demuestra que el régimen normativo del TLCAN se configura a través de un complejo entramado de inclusiones y exclusiones, donde nación y clase se intersectan.

Además, su estudio revela que los migrantes estadounidenses y canadienses se desplazan con mayor facilidad por el espacio económico norteamericano en comparación con sus homólogos mexicanos. Los profesionales mexicanos, en particular, enfrentan un régimen

regulatorio diferenciado, lo que limita su movilidad. Estas disparidades están presentes en las desigualdades económicas y en la historia previa entre los tres países.

La autora concluye su investigación recomendando que en futuros estudios sobre integración y migración se consideren las formas en que las jerarquías se entrelazan para dar forma a las disposiciones sobre movilidad en los acuerdos comerciales. Es fundamental tener en cuenta que estas disposiciones pueden ser desiguales y estar basadas en factores como la nación, el género y la clase, que actúan como ejes principales de estas dinámicas.

Por otro lado, Emanuela Lombardo y Mieke Verloo (2006) analizan cómo centrarse exclusivamente en una categoría, como el género, puede llevar a que otras desigualdades o categorías con las que se articulan queden relegadas a un segundo plano. Esto ocurre porque no se les otorga la misma importancia, bajo la creencia errónea de que la atención solo puede dirigirse a los ejes de desigualdad más visibles, como la raza o el género. Para abordar esta problemática, Lombardo y Verloo destacan el concepto de interseccionalidad política:

> La interseccionalidad política, que nos interesa en este artículo, se refiere a la relevancia que las intersecciones entre desigualdades tienen para las estrategias políticas de instituciones y movimientos sociales, en el sentido de que las estrategias políticas que se dirigen a una desigualdad concreta por lo general no son neutrales hacia las demás desigualdades, sino que pueden, por ejemplo, promover la igualdad de género, mientras, a la vez, discriminan a las mujeres inmigrantes (Lombardo y Verloo, 2006:12)

En esa misma línea se encuentra Sara Salem (2014) en su trabajo Feminismo islámico, interseccionalidad y decolonialidad. A través de un recorrido teórico e histórico del enfoque interseccional, Salem coincide en que, aunque el género y la raza son ejes de análisis importantes, no existen categorías que tengan una importancia inherente sobre las demás. Por el contrario, las categorías y su interacción dependen siempre del contexto y de la realidad social que se esté analizando. Así, Salem argumenta que el valor y la relevancia de cada eje de opresión son determinados por las circunstancias específicas en las que se estudian.

> La interseccionalidad, en su esencia, es un proceso de complicación de la investigación mediante el abordaje de la manera como posicionalidades múltiples se intersecan. También es claro que la interseccionalidad es una noción teórica fluida, en continua expansión. A medida que más académicos y activistas se ocupan de ella,

> más interseccionalidades surgen. El ejemplo de las masculinidades es ilustrativo de la manera como la interseccionalidad ha trascendido la configuración clásica de raza/género/clase y ha adoptado muchas otras marginalizaciones y posicionalidades que a menudo se pasan por alto, como la masculinidad, la discapacidad, la edad, la sexualidad, la transnacionalidad, y demás. (Salem, 2014:116)

Por su parte, Ariany da Silva Villar, Beatriz Padilla y Dariela Sharim (2021) emplean las categorías de género, raza y nacionalidad para analizar la experiencia migratoria y los procesos identitarios de brasileñas residentes en Santiago de Chile.

Las autoras utilizan la nacionalidad como una "categoría de diferenciación en las experiencias de vida y en los procesos identitarios de inmigrantes brasileñas/os, a través del imaginario internacional de brasilidad" (da Silva, Padilla y Sharim, 2021:3). Este enfoque les permite explorar cómo los inmigrantes brasileños son categorizados y percibidos en el extranjero, revelando las complejidades y matices de la identidad en un contexto migratorio.

De este modo, las autoras observan cómo las imágenes subjetivas construidas en torno a las mujeres brasileñas en otros países las encasillan en la figura de mujeres hipersexualizadas. Este estereotipo a menudo obliga a las migrantes brasileñas a intentar disimular su nacionalidad, en un esfuerzo por evitar la sexualización que con frecuencia se traduce en un riesgo inminente de violencia.

Da Silva, Padilla y Sharim también incorporan la categoría de raza en su estudio, abordando de manera diferenciada la experiencia de las mujeres afrobrasileñas. En su caso, las identidades y vivencias están marcadas no solo por su nacionalidad, sino también por el color de su piel. Por ello, muchas mujeres afrobrasileñas recurren a otros medios para mitigar la discriminación, como resaltar su nacionalidad en lugar de ocultarla. Este estudio, además de ser sumamente interesante, es un ejemplo concreto y bien logrado de cómo articular el origen nacional como un eje central en el análisis interseccional.

Mientras la mayoría de los estudios empíricos tienden a concentrarse en las experiencias de los grupos desfavorecidos, el alcance de la interseccionalidad es mucho más amplio. Existen investigaciones que examinan cómo la combinación de raza, clase y género puede beneficiar a ciertos grupos sociales, proporcionando una ventaja interseccional. Además, algunos estudios aplican el concepto de interseccionalidad para realizar comparaciones entre

grupos favorecidos y desfavorecidos, desvelando cómo el entrelazamiento de estas categorías puede producir tanto ventajas como desventajas.

Como hemos visto también existen diferentes formas de llamar a la interseccionalidad o a la situación en la que convergen múltiples sistemas de opresión: triple opresión, interconexiones, interacción, sistemas entrelazados de opresión, identidades fracturadas, ensamblajes, sistemas superpuestos, opresiones simultáneas. Floya Anthias (2012) propone el término translocalidad, que se enfoca a la ubicación social de los grupos estudiados más que a los grupos mismos, desencializando las diferencias que distinguen a los grupos porque permite el estudio del proceso de diferenciación. Y se pregunta ¿cuántas diferencias deben incorporarse en una investigación?, ¿cuándo?, ¿dónde?, y ¿cómo son relevantes y cuándo no lo son? (Anthias, 2012).

Floya Anthias es una académica destacada en los estudios sobre interseccionalidad, especialmente en el contexto de migración, clase, etnicidad, género y racialización. Su enfoque tiene una perspectiva crítica hacia el análisis interseccional, ya que cuestiona las formas rígidas de conceptualizar las categorías identitarias. En su obra, Anthias (2008, 2012) propone un enfoque más fluido y contextualizado que permita comprender cómo se articulan las diferentes formas de desigualdad y exclusión en función de la estructura social y las experiencias específicas de las personas.

Los tres niveles de análisis que ella propone son: ontologías sociales, representaciones disponibles culturalmente de los diferentes ámbitos del mundo y de las maneras en que está organizado. Las categorías funcionan en dos niveles, uno concreto y otro abstracto. Las categorías sociales tienen criterios particulares para clasificar a las personas, pero estas clasificaciones no necesariamente coinciden con la forma en que esos grupos se describen a sí mismos. En segundo lugar, qué rasgos comparten las categorías sociales que entran en juego en la situación de las personas discriminadas. Todas las categorías sociales establecen fronteras y jerarquías, ya que esencialmente disponen a las personas en el mapa social a partir de sus diferencias y similitudes de tal forma que unos grupos tienen más poder económico, político y simbólico que otros. Al establecer fronteras entre grupos, las categorías ofrecen versiones binarias de la diferencia y la identidad, homogeneizan a los miembros de los grupos sociales y los dotan de atribuciones colectivas con las cuales se determina lo que se considera

"normal" y lo que no lo es. Las categorías cambian históricamente, son variables, dependen del contexto local y específico de las relaciones sociales, y de las experiencias de las personas.

Por último, la concreción de las categorías en las relaciones sociales. Este nivel investiga las relaciones sociales concretas por medio de las cuales se crea la desigualdad. Los grupos sociales se forman constantemente, no existen como entidades finitas e inmutables, y este proceso de formación ocurre en diversos ámbitos de la vida social, desde el jurídico hasta el imaginario. Los grupos son resultado de un proceso de transformación en el que intervienen las categorías.

Uno de los sus conceptos clave de Anthias (2009, 2012) es el de posicionalidad translocacional, que sirve para examinar cómo las posiciones sociales de los individuos no son fijas ni fácilmente clasificables, sino que se transforman de acuerdo con el contexto geográfico, histórico y situacional. Anthias utiliza este concepto para subrayar que la identidad de una persona y su posición social pueden variar significativamente dependiendo del entorno en el que se encuentre, permitiendo así un análisis más dinámico de las relaciones de poder.

Además, Anthias pone énfasis en la importancia de examinar las relaciones de poder en función de la pertenencia de las personas a determinadas "localidades sociales", como la familia, la comunidad, el trabajo, y las estructuras políticas y económicas en las que participan. Con este enfoque, propone que la interseccionalidad no debería tratarse como una suma de categorías (raza, género, clase), sino como un proceso relacional y dinámico en el que se examina cómo estas categorías interactúan para producir formas de desigualdad y exclusión específicas.

Su propuesta es particularmente relevante para estudios de migración y pertenencia, ya que permite capturar las experiencias de movilidad y desarraigo que muchas personas migrantes enfrentan. Al ver la interseccionalidad como un proceso en lugar de como una estructura estática, Anthias contribuye resaltando la importancia de la agencia y la resistencia en las trayectorias individuales. Este marco permite analizar cómo las personas viven y negocian su identidad en contextos cambiantes y diversos.

Anthias critica el enfoque de la interseccionalidad cuando esta se utiliza de manera estática, es decir, como una combinación de categorías sin prestar atención a las dinámicas

relacionales y contextuales que las forman. Ella sugiere que es más útil ver cómo las relaciones de poder operan en cada entorno y situación, y cómo las personas enfrentan la exclusión o encuentran oportunidades en función de estas interacciones. Así, las relaciones de poder no están "fijas" dentro de categorías identitarias, sino que se desarrollan en contextos específicos, ya sea en el ámbito laboral, comunitario, nacional o internacional. Enfatiza que la interseccionalidad debe entenderse como un proceso, no como una estructura estática. Esto implica que las identidades y las posiciones sociales se construyen a lo largo del tiempo, a medida que las personas interactúan con diferentes estructuras y relaciones de poder. Al poner el énfasis en los procesos y las experiencias individuales, Anthias permite un enfoque que va más allá de las etiquetas fijas y abre la puerta para examinar cómo los individuos experimentan y resisten las desigualdades. (2009, 2012)

Para ilustrar su marco teórico, supongamos el caso de una mujer migrante que se desplaza de un país del sur global a uno del norte global en búsqueda de trabajo. Según Anthias, su experiencia de género, clase y etnicidad no se puede analizar únicamente desde su posición original; en su nuevo entorno, cada aspecto de su identidad se reconfigura. Puede enfrentar nuevos tipos de discriminación racial y clasista que no existían en su país de origen, mientras que también puede experimentar nuevas oportunidades y desafíos como trabajadora en el contexto de un mercado laboral distinto.

Aplicar el análisis de Floya Anthias a las trayectorias laborales de enólogas y enólogos me permitió explorar cómo los marcadores de género, origen nacional y recursos de clase se entrelazan y transforman en función del contexto profesional y geográfico en el que se encuentran. Impulsando a que las enólogas y enólogos se adapten y negocien sus identidades y roles a medida que avanzan en sus trayectorias y se trasladan entre distintos entornos geográficos y culturales. Por ejemplo, una enóloga que proviene de una región vitivinícola tradicional como Francia o Italia y migra a una región emergente como México puede encontrarse con nuevas estructuras de poder, distintas expectativas culturales y dinámicas de género que redefinen su posición. Su prestigio y reconocimiento pueden cambiar al trasladarse entre estos contextos, especialmente si trae consigo métodos de vinificación o conocimientos específicos valorados en una región, lo cual se traduce en un capital simbólico o cultural que puede ser diferencialmente valorado en cada contexto.

Desde esta perspectiva, es esencial entender que las categorías sociales no solo se entrelazan, sino que se construyen mutuamente dentro de sistemas de poder amplios, como el colonialismo, el capitalismo y el patriarcado. La autora, en este sentido, propone una aproximación interseccional que examine cómo las estructuras sociales de poder y opresión están conectadas y cómo, a su vez, moldean identidades y experiencias. Este marco permite abordar el estudio de las trayectorias de enólogos y enólogas, quienes, como grupo, son impactados por estas estructuras de poder que exceden su control. Además, estas dinámicas de opresión pueden intensificarse según el contexto geográfico, particularmente en un campo donde la movilidad constituye una característica central tanto en las trayectorias formativas como en las laborales.

En esa misma línea se encuentra el trabajo de Ana Buquet una investigadora clave en el estudio de género en México, especialmente en la intersección de género, educación y estructuras de poder. Su trabajo se ha enfocado en cómo las instituciones de educación superior, reproducen desigualdades de género y otras formas de opresión. A lo largo de su carrera, Buquet ha investigado temas como el acceso desigual a oportunidades académicas, las barreras que enfrentan las mujeres en entornos científicos y profesionales, y la reproducción de jerarquías de género y poder dentro de las universidades.

En el artículo "¿Sólo el género importa? Una mirada interseccional a los obstáculos que enfrentan las académicas", Ana Buquet (2012) examina las barreras que limitan el desarrollo de las investigadoras en la UNAM a partir de la intersección de diversas desigualdades. Buquet emplea un enfoque cualitativo, analizando trayectorias de investigadoras en la UNAM y evidenciando cómo el género actúa como eje estructurador de desigualdades, aunque interactúa con otros factores sociales como la clase, el área disciplinaria y el nivel socioeconómico.

Las académicas están sobre representadas en disciplinas "blandas" (humanidades y ciencias sociales) y son menos comunes en áreas "duras" (ciencias exactas e ingenierías). Esta segregación responde a estereotipos que asocian ciertas disciplinas con capacidades "naturales" de género y que, en el caso de las mujeres, tienden a limitar su participación en áreas con mayor prestigio y recursos. Aunque algunas mujeres han alcanzado niveles altos en sus trayectorias, muchas enfrentan barreras para acceder a posiciones de liderazgo y toma de decisiones. La mayoría se encuentran en los niveles más bajos de la estructura académica,

limitando su visibilidad y acceso a reconocimientos y estímulos como el Programa de Primas al Desempeño del Personal Académico de Tiempo Completo (PRIDE) y el Sistema Nacional de Investigadores. (Buquet, 2012)

Buquet revela que el género se entrelaza con otras categorías como la edad y el nivel socioeconómico. Así, académicas con menor capital social y económico enfrentan un camino mucho más complicado en comparación con colegas de mayor posición económica. Este fenómeno es interpretado mediante el enfoque de la interseccionalidad, que muestra cómo diversas dimensiones de desigualdad se combinan para exacerbar las barreras estructurales de las mujeres en el ámbito académico. Testimonios recogidos en el estudio reflejan que las investigadoras en áreas dominadas por hombres enfrentan discriminación indirecta, como la subestimación de su trabajo y el cuestionamiento de su competencia. Un ejemplo clave es la tendencia de algunos colegas a atribuir el éxito de las académicas a sus colaboradores masculinos, lo que disminuye su reconocimiento y afecta su avance profesional.

Sus investigaciones en esta área también analizan cómo las estructuras de poder dentro de las universidades perpetúan la desigualdad de género y la violencia. Para Buquet, la respuesta institucional es clave, ya que, en muchas ocasiones, las universidades carecen de políticas efectivas de atención y prevención de la violencia de género. Ella ha enfatizado que las mujeres, especialmente aquellas de sectores marginados, están más expuestas a situaciones de violencia y acoso, lo que a su vez impacta su rendimiento académico y sus oportunidades futuras. Concluye que el género, aunque es un factor determinante de desigualdad, no es el único. La combinación de género con clase, edad y disciplina profundiza las inequidades en la academia. Este análisis interseccional, promovido por el proyecto Medidas para la Inclusión Social y Equidad en Instituciones de Educación Superior en América Latina (MISEAL), permite entender que la experiencia de discriminación es múltiple y que las mujeres enfrentan barreras complejas y entrelazadas que no pueden analizarse aisladas unas de otras.

Al igual que en el caso de las académicas analizadas por Buquet, los estereotipos de género, junto con los prejuicios de clase y origen nacional, generan obstáculos específicos que marcan las trayectorias de enólogos y enólogas. Quienes se desarrollan dentro de la industria del vino se enfrentan a una serie de barreras estructurales que dificultan su crecimiento profesional. Estas barreras van desde la falta de recursos económicos hasta

actitudes racistas y sexistas. Aunque las condiciones de opresión que enfrentan los enólogos no se equiparan con las vivencias de otros grupos, como las mujeres negras, los migrantes o los desplazados, la perspectiva interseccional resulta clave para analizar cómo operan las estructuras de poder en contextos diversos. Así, se vuelve posible incluir en el análisis a colectivos que, a primera vista, podrían parecer privilegiados, como las académicas o los profesionales de la enología. No obstante, estos actores también pueden verse afectados por sistemas de poder desiguales que los jerarquizan, discriminan y, en algunos casos, incluso los oprimen.

1.4 Perspectivas Interseccionales en el Mundo del Vino

1.2.2 Sociología de las Profesiones en el Mundo del Vino: Segmentación y Diversidad en el Viñedo Global

-Breve recorrido teórico

En la compleja red de ocupaciones humanas, la palabra profesión se desliza fácilmente en el habla cotidiana, englobando desde los oficios más elevados hasta los más sencillos. Sin embargo, para la sociología, la idea de profesión es un concepto denso y multifacético, una ventana a la organización social del trabajo, a los significados que los individuos atribuyen a sus actividades y a las estructuras que sostienen los mercados laborales. Sumergirse en el mundo de las profesiones es, por tanto, una manera de desentrañar la complejidad de la estructura social y sus transformaciones.

Las profesiones han sido objeto de estudio desde diversas perspectivas y escuelas, cada una ofreciendo una lente única a través de la cual observar este fenómeno. Benavides (2017) subraya que:

> La sociología de las profesiones constituye uno de los más importantes campos teóricos para el análisis de la sociedad moderna pues se dirige hacia el estudio de un aspecto fundamental de la vida social como lo es el de la racionalización del trabajo. Las tendencias o líneas teóricas que se han desarrollado dentro de este campo evidencian la complejidad del fenómeno que se estudia, además de la dinámica de su transformación (p: 25).

El recorrido histórico de los enfoques sobre las profesiones comienza con la tradición funcionalista, cuyos cimientos fueron establecidos por Emile Durkheim, Carr-Saunders y Talcott Parsons. En Francia, Durkheim (1893) fue pionero al teorizar sobre la evolución

conjunta de las actividades económicas y las formas de organización social, lo que desembocó en una teoría de los grupos profesionales. Mientras tanto, en Inglaterra, Carr-Saunders y Wilson (1933) publicaron una síntesis sobre la historia y el significado de las profesiones inglesas, que también refleja un enfoque funcionalista, aunque con matices diferentes al de Durkheim.

En la obra de Durkheim, los grupos profesionales no solo incluyen todas las actividades económicas, sino que también abarcan todas las categorías de trabajadores, enmarcándose en el contexto de las corporaciones a la francesa. Durkheim concibió los grupos profesionales como pilares de su construcción teórica, integrando el análisis de la división del trabajo, las estructuras educativas y la religión para desarrollar una teoría sobre la organización social y moral de las sociedades modernas (Urteaga, 2011). Por otro lado, Carr-Saunders y Wilson, siguiendo la tradición inglesa, distinguieron las profesiones de las ocupaciones ordinarias, reservando el término para los especialistas independientes y titulados, organizados en asociaciones legalmente reconocidas.

Talcott Parsons, desde la perspectiva americana, agregó una nueva capa al funcionalismo al destacar que las profesiones deben justificar su autonomía frente al modelo liberal dominante, diferenciándose de las empresas, la administración y los empleos ordinarios. Parsons concedió un lugar central al hecho profesional dentro de su sistema teórico, vinculando la profesión a dominios específicos como la medicina, la tecnología, el derecho y la enseñanza, y a procesos como la aplicación de la ciencia y la educación liberal (Parsons, 1939).

Otros autores se han preocupado de entender los procesos de profesionalización. Harold Wilensky (1964), por ejemplo, dice que para que una ocupación sea reconocida como profesión debe adquirir sucesivamente las siguientes características (Wilensky, 1964:139-146):

1. Presentación de un grupo ocupacional en una actividad que exige dedicación exclusiva sobre un conjunto de problemas determinados.
2. La segunda fase la constituye el establecimiento de procedimientos de instrucción y selección, normalmente en instituciones especializadas (Universidades), donde se institucionalizan las vías de acceso.

3. Constitución de una asociación profesional, normalmente de ámbito nacional. Esta etapa establece y define su función ocupacional además de instituir modelos y normas en su seno. Sirve además para demarcar las relaciones con otros grupos, especialmente los competitivos. En esta fase avanzada del proceso de profesionalización se redefine la función ocupacional esencial.
4. En la cuarta fase se realizan los "movimientos" de la profesión en orden a la obtención de protección legal, concretada en el reconocimiento público y en el apoyo legal para controlar, en régimen de monopolio, su ejercicio, así como el acceso a la misma.
5. Finalmente, la profesión se dota de un código, para Abbott, los códigos éticos no son tanto una culminación del proceso, sino que "hacen la función de excluir intrusos, una función que llegó a ser importante solo después de que la comunidad profesional se hubiera generado y consolidado" (Abbott, 1988: 5)[9].

El concepto de profesionalismo ha sido visto como un proceso que eleva el estatus de una ocupación y, correlativamente, el estatus de quienes la ejercen. El proceso de profesionalización, entendido como una serie de etapas que marcan cambios en la estructura formal de una ocupación, busca alcanzar un estatus profesional. En los estudios de caso de los funcionalistas, las profesiones de mayor prestigio, como la jurídica o la médica, han sido frecuentemente destacadas por su importancia superior.

Sin embargo, es con la llegada de los autores interaccionistas que el foco se desplaza hacia las ocupaciones más humildes. Autores como Everett Hughes y Pierre Tripier se preocupan por entender cómo ciertas profesiones y ocupaciones logran cerrar su mercado de trabajo, reservando el acceso a quienes poseen certificados académicos y están autorizados por asociaciones profesionales legalmente reconocidas. Este interés por las ocupaciones menos prestigiosas, como conserjes, boxeadores o músicos, abre un nuevo horizonte en la sociología de las profesiones, revelando la diversidad y complejidad del trabajo.

Una aportación fundamental de esta corriente es la observación de que las profesiones han establecido un pacto con la sociedad. A cambio de su conocimiento especializado en asuntos vitales, la sociedad les concede una licencia para determinar quién puede ingresar a su campo

[9] "Perform the function of excluding intruders, a function that became important only after the professional community had been generated and consolidated." (Abbott, 1988: 5)

profesional, un alto grado de autonomía en la regulación de su práctica y un mandato especial sobre el control social en sus áreas de especialización (Hughes, 1959).

En la década de los setenta, la sociología de las profesiones experimenta un cambio, especialmente en Estados Unidos. El debate entre funcionalistas e interaccionistas es sustituido por nuevos enfoques inspirados en Marx y Weber. Estos enfoques cuestionan las justificaciones morales y las motivaciones vocacionales de los profesionales, considerándolos como grupos del subsistema económico que han logrado monopolizar un segmento del mercado de trabajo y establecer un control sobre él. Los conceptos de monopolio económico, aislamiento social y legitimidad política, de origen weberiano, se convierten en fundamentales para entender las dinámicas de poder y privilegio dentro de las profesiones.

Benavides (2017) argumenta que la distribución desigual del poder generado a través del conocimiento y el ejercicio de ciertas profesiones refuerza las estructuras de desigualdad en la sociedad. Los grupos privilegiados ejercen profesiones acordes a su posición, cerrando el acceso a ellas a otros sectores sociales. En este contexto, la sociología de las profesiones se convierte en una herramienta clave para entender la relación entre el estudio de las profesiones y la desigualdad, destacando que dentro de estos nichos profesionales existen dinámicas de poder y privilegio.

La tradición sociológica estadounidense y la francesa se han dividido en su enfoque sobre las profesiones. Los sociólogos franceses, como Claude Dubar y Pierre Tripier, han sustituido el concepto de "profesión" por el de "grupo profesional", argumentando que este último es más inclusivo y tiene en cuenta la evolución constante de las actividades laborales bajo una misma denominación. Esta perspectiva permite un análisis más amplio de las profesiones, englobando desde trabajadores manuales hasta profesores y directivos, y destacando las formas de poder, autoridad y control asociadas a la expertise (Pania, 2008).

Las ideas de Dubar y Tripier tienen sus raíces en las propuestas de Andrew Abbott, quien en su obra "The System of Professions" (1988) analiza cómo las diferentes profesiones se distribuyen el conocimiento formal a través de un sistema de jurisdicciones. Abbott postula que el éxito de una profesión en la competencia interprofesional depende de su capacidad para organizarse y movilizar a sus miembros, generando legitimidad cultural y obteniendo reconocimiento jurídico.

Charles Derber (1990) también ha aportado valiosas ideas a este campo, destacando conceptos como el prestigio y el capital dentro del poder profesional. Junto con otros autores, Derber ha analizado cómo las profesiones conquistan y mantienen posiciones de poder y privilegio en la sociedad, en el mercado y en las organizaciones. Su concepto de "logocracia", basado en el control del conocimiento experto, permite entender las dinámicas de estratificación dentro de los grupos profesionales, particularmente en campos como el derecho y la medicina.

Desde la perspectiva interaccionista francesa, los grupos profesionales no solo son colectivos, sino también reflejos de trayectorias individuales que se transforman a lo largo del tiempo. Estas trayectorias, influenciadas por el entorno, los intereses personales y la identidad, complican el estudio de las profesiones, pero también enriquecen el análisis de cómo se estructuran y evolucionan estos grupos.

El concepto de trabajo es central en este análisis y ha sido abordado desde diferentes perspectivas por diversos teóricos. Por ejemplo, la obra de Andrew Abbott ofrece una perspectiva innovadora al proponer un sistema de ecologías interrelacionadas en el estudio de las profesiones. En *The System of Professions* (1988), Abbott examina cómo las profesiones se distribuyen y compiten por diferentes ámbitos del conocimiento formal a través de un sistema de jurisdicciones. Para Abbott, la capacidad de una profesión para controlar una jurisdicción depende en gran medida de su organización interna y su habilidad para movilizar recursos y legitimidad cultural. Según Andrew Abbott, el trabajo dentro de una profesión es entendido como una serie de tareas que se asocian con un dominio de conocimiento específico. En The System of Professions (1988), Abbott define el trabajo profesional como una actividad que se disputa en un sistema de jurisdicciones, donde cada profesión lucha por controlar ciertas tareas y conocimientos. Para Abbott, el trabajo no es solo la ejecución de tareas, sino la defensa de un territorio profesional que otorga legitimidad y poder.

Este enfoque es complementado por la obra de Didier Demazière y Charles Gadéa, quienes en *Sociologie des groupes professionnels* (2009) exploran cómo los grupos profesionales se organizan y se enfrentan a nuevos desafíos en un contexto socioeconómico en constante cambio. La sociología de los grupos profesionales, como plantean Demazière y Gadéa, se centra en las dinámicas internas de estos colectivos y en cómo sus miembros

negocian sus identidades y posiciones en el mercado laboral. Además, amplían esta visión al definir el trabajo como una construcción colectiva, donde la identidad y la práctica profesional se configuran a través de interacciones dentro de un grupo. El trabajo, según estos autores, no se reduce a la realización de tareas técnicas, sino que incluye también la dimensión social de la cooperación, el conflicto y la negociación de roles y responsabilidades dentro de un contexto profesional específico.

El enfoque de Nadège Vezinat en *Sociologie des groupes professionnels* (2016) también se suma a este análisis, enfatizando la importancia de la interacción y la biografía en la vida profesional. Vezinat destaca cómo los grupos profesionales no solo configuran trayectorias colectivas, sino que también influyen en las trayectorias individuales, donde las interacciones y el contexto juegan un papel importante en la evolución profesional de cada individuo. Vezinat, añade otra capa de complejidad a la definición de trabajo al subrayar su carácter biográfico y relacional. Según Vezinat, el trabajo es una experiencia vivida que está influenciada por las interacciones sociales y las trayectorias individuales. Desde esta perspectiva, el trabajo profesional es visto no solo como un conjunto de tareas y responsabilidades, sino como un proceso en el cual las personas construyen sus identidades y trayectorias de vida a través de sus relaciones laborales.

En suma, la sociología de las profesiones es un campo en constante evolución que refleja las complejidades de las relaciones laborales y sociales en las sociedades modernas. Desde las teorías funcionalistas de Durkheim y Parsons, pasando por la perspectiva interaccionista de Hughes y Tripier, hasta los enfoques más contemporáneos de Abbott, Demazière, Gadéa, Dubar, Boussard y Vezinat, el estudio de las profesiones sigue siendo esencial para comprender cómo se configuran, transforman y perpetúan las estructuras sociales a través del trabajo.

A su vez el concepto de "trabajo" dentro de la sociología de las profesiones se presenta como una categoría multidimensional, que abarca no solo la realización de tareas específicas, sino también la construcción de identidades, la defensa de jurisdicciones, y la configuración de trayectorias individuales y colectivas. Este enfoque refleja la complejidad y la riqueza del estudio de las profesiones, un campo en constante evolución que sigue siendo fundamental para comprender las dinámicas laborales y sociales en las sociedades contemporáneas.

Los miembros de los diferentes grupos profesionales si bien son parte de un mundo social, mantienen una gran autonomía, determinada por su sexo, su edad, sus aficiones, su estado civil, entre otras, por ejemplo, en el caso de las mujeres, por lo regular, les requiere un mayor esfuerzo conciliar la vida profesional. Los profesionales se inscriben en contextos y en situaciones que determinan ampliamente su comportamiento.

Por una parte, cada individuo pertenece a una época con sus valores y sus maneras de pensar, de ser, de escribir, de hablar, de comer, de vestirse. Cada persona es miembro de una profesión y la socialización, de la que es autor, en los grupos profesionales estructura su pensamiento y orienta su acción. En el caso de los enólogos y enólogas esa estratificación y división está dada por los marcadores interseccionales de diferenciación. Para entender las dinámicas que se presentan dentro del grupo profesional de los enólogos y enólogas podemos guiarnos con las preguntas propuestas por Ariel Sevilla y Martín Ferreyra (2022):

> ¿Cuáles son las experiencias de quienes trabajan en la industria del vino? ¿Qué posiciones ocupan los que trabajan en el sector en la estructura social? ¿Qué actividades obtienen posiciones dominantes/dominadas en la división del trabajo, así como en la estructura social? ¿Qué recursos movilizan los actores para consolidar o transformar sus posiciones? (p: 19).

Para el caso aún más específico de los enólogos y enólogas podemos preguntarnos: ¿que determina que un enólogo o enóloga llegue a ser jefe de bodega? ¿Qué determina que dentro del gremio algunos sean más prestigiosos que otros? ¿Por qué algunos son móviles y otros no? Estas preguntas esperan ser respondidas a partir de un análisis interseccional de sus trayectorias, pero partiendo del principio de que, como grupo profesional, ya existe una segmentación previa.

1.4.2 Capitales y Recursos de Clase: El Legado de Pierre Bourdieu

-Breve discusión sobre los recursos de clase

En la teoría económica, el concepto de "capital" ha sido explorado y reinterpretado de muchas maneras, una de esas interpretaciones es la de "capital humano". Este término, aunque sus raíces se remontan a pensadores como Adam Smith, ha cobrado una profundidad y relevancia renovada en las últimas tres décadas. Sara de la Rica y Amaia Iza (1999) nos cuentan que el

capital humano se refiere a cómo "las capacidades humanas se adquieren en gran medida a través de actividades como la educación y la formación en el trabajo" (p: 268). Sin embargo, lo que realmente distingue este concepto es la forma en que estas capacidades no se distribuyen de manera uniforme algunas son heredadas, mientras que otras se construyen a través del esfuerzo y la formación.

Gary Becker, otro destacado economista, describe el capital humano como "la inversión en proporcionar conocimientos, formación e información a las personas"[10] (2001:1). Según Becker, esta inversión no solo potencia el rendimiento y la productividad individual, sino que también actúa como un motor para la economía moderna. Así, el capital humano no solo define el éxito individual en el mercado laboral, sino que también marca el pulso de la economía global.

Desde las ciencias sociales, el concepto de "capital social" emerge como una pieza clave en el estudio de las redes y relaciones humanas. Rodrigo González (2009) ofrece una revisión exhaustiva del capital social, abordando las interpretaciones de tres figuras prominentes en el campo: James Coleman, Robert Putnam y Pierre Bourdieu. A continuación, exploraremos brevemente cómo cada uno de estos autores aborda este concepto.

Para Jamen Coleman sociólogo norteamericano para quien el capital social es “un recurso productivo de la estructura, que posibilita el logro de ciertas metas que serían imposibles de alcanzar en su ausencia”[11] (Coleman, 1993:302).

El concepto de capital social se destaca por sus múltiples facetas y funciones dentro de las estructuras sociales. En términos funcionales, el capital social puede definirse no solo por su propia esencia, sino por las funciones que desempeña y el valor que aporta a los actores involucrados. En esencia, se trata de los recursos que las personas pueden utilizar para alcanzar sus objetivos y maximizar sus intereses dentro de una red social determinada (1993:305).

[10] “Investment in providing people with knowledge, training and information” (Becker, 2001:1).

[11] “A productive resource of the structure, which makes possible the achievement of certain goals that would be impossible to achieve in its absence” (Coleman, 1993:302).

Robert Putnam, un influyente politólogo, enfoca su análisis del capital social en cómo las redes, normas y niveles de confianza dentro de una sociedad facilitan la cooperación y la coordinación para el beneficio mutuo. Putnam identifica cuatro dimensiones clave del capital social: formal-informal, denso-tenue, orientado hacia adentro-orientado hacia afuera, y vinculante-punteante. Esta clasificación refleja cómo se organiza y se adquiere el capital social en diferentes contextos (Putnam, 1988).

Por otro lado, Pierre Bourdieu, el destacado sociólogo, no solo teoriza sobre el capital social, sino que lo integra con su concepto de "campo". Para Bourdieu, cada campo social posee tipos específicos de capital en disputa. En este sentido, el capital social no opera en un vacío, sino en relación con otros tipos de capital dentro de diversos campos, como el económico, el cultural o el simbólico (Bourdieu, 1990).

Desde la perspectiva de Pierre Bourdieu, el concepto de capital se extiende más allá de lo meramente económico para abarcar un conjunto complejo de bienes acumulados que se producen, distribuyen, consumen, invierten y, en ocasiones, se pierden. Bourdieu ofrece una distinción entre diferentes tipos de capital: económico, cultural, social y simbólico. Cada uno de estos tipos desempeña un papel fundamental en la dinámica social y las relaciones de poder.

El capital económico, por ejemplo, se refiere a los recursos financieros y materiales que los individuos o grupos poseen. El capital cultural abarca los conocimientos, habilidades y credenciales que facilitan el acceso a oportunidades y prestigio en distintos campos. El capital social se refiere a las redes de relaciones y la confianza que permiten la cooperación y el acceso a recursos. Finalmente, el capital simbólico se relaciona con el reconocimiento y el prestigio que se confiere a ciertos individuos o grupos dentro de un campo social.

Para el estudio en cuestión, opte por utilizar la teoría de Bourdieu debido a su enfoque integrador, que considera todos los capitales en su conjunto. Esta perspectiva permite un análisis más completo de cómo estos distintos tipos de capital interactúan y se transforman en diferentes contextos. La teoría de Bourdieu no solo proporciona un marco para analizar las diversas formas de capital, sino que también ilumina cómo estas formas se movilizan y se convierten en herramientas de poder y estrategia en la vida social.

- Los Tipos de Capital según Bourdieu: Una revisión de los Conceptos Básicos

Para desentrañar el modelo de análisis de los capitales de Pierre Bourdieu y aplicar adecuadamente sus conceptos a los datos recabados en campo, es esencial primero entender y desmenuzar los conceptos fundamentales que sustentan este modelo. En el corazón de la teoría de Bourdieu se encuentran los conceptos de campo y habitus, los cuales forman la base para comprender los distintos tipos de capital.

Bourdieu describe los campos como "espacios de juego históricamente constituidos, cada uno con sus propias instituciones específicas y leyes de funcionamiento" (Bourdieu, 1987, p: 108). Estos campos son más que simples contextos; son arenas de interacción social donde se desarrollan las relaciones de poder y competencia. En otras palabras, un campo es un espacio social dinámico en el que se llevan a cabo múltiples formas de intercambio y conflicto.

En este entramado social, los individuos y grupos no operan en el vacío; llevan consigo un habitus. El habitus es un conjunto de disposiciones duraderas y transferibles que guían la conducta y las percepciones de los individuos. Es la forma en que el capital se internaliza y se manifiesta en las prácticas y actitudes de las personas. Como señala Armando Cerón-Martínez sobre Bourdieu:

> Al ser una perspectiva crítica, con singular agudeza detectó que en las prácticas sociales los agentes tienden a agruparse o alejarse en relación muy estrecha con la posesión o no de cierto tipo de capitales, y como la distribución de los recursos en circulación es desigual, esto tiende a configurar un espacio social asimétrico y jerárquico al cual llamó "campo". Para desarrollar la noción de "campo", Bourdieu la fue abordando y puliendo desde diversas analogías tales como un mercado, un espacio de juego, un campo de luchas, un campo magnético, un centro gravitatorio, un microcosmos, etc. (Cerón-Martínez, 2019:314).

Los campos son una herramienta fundamental para desentrañar las complejas redes de poder que subyacen en las sociedades. Dentro de estos espacios se desarrollan tipos específicos de relaciones entre los sujetos, que pueden ser analizadas independientemente de las identidades de quienes las establecen.

Bourdieu concibe la sociedad como un vasto espacio dividido en posiciones sociales diferenciadas, donde las relaciones entre estas posiciones constituyen el núcleo de lo que entendemos por lo social. En otras palabras, la dinámica de la vida en sociedad se define por

las interacciones entre sujetos que se distinguen por la posesión de diversos bienes y valores, o capitales. Estos capitales sitúan a los individuos en diferentes posiciones dentro del campo, y esas posiciones a su vez determinan y modelan las relaciones entre ellos (Cerón-Martínez, 2019; Vargas, 2021).

Así, al estudiar los campos, no solo se revela cómo los actores sociales interactúan, sino también cómo sus posiciones relativas en el campo influyen en las estructuras de poder y en la distribución de recursos y oportunidades.

El concepto de campo es el pilar fundamental en la teoría de Bourdieu, abarcando y conectando todos los demás conceptos. En términos sencillos, un campo puede visualizarse como un espacio de juego donde los participantes establecen relaciones entre sí.

Dentro de este juego, las relaciones entre los sujetos generan luchas y conflictos, pues cada participante opera con un margen limitado de maniobra. Lo que está en juego para estos participantes es el capital. Este capital, que puede tomar la forma de legitimidad, prestigio o autoridad, es importante para determinar la posición y el poder dentro del campo.

Existen muchos tipos de campos: lingüístico, económico, laboral, entre otros. En este estudio, me centro en el campo de la industria del vino, donde los participantes son enólogos y enólogas. Cada campo posee sus propias instituciones y reglamentos que regulan su funcionamiento. Dentro del campo del vino, también hay diversas posiciones que reflejan el capital que cada sujeto posee o aspira a obtener. Esta dinámica convierte al campo en un escenario de lucha constante, mediado por las instituciones y los reglamentos, que a su vez pueden ser cuestionados y transformados.

En el campo de la industria del vino, el enfoque se centra en cómo los enólogos y enólogas buscan alcanzar el prestigio, un tipo de capital esencial para su éxito profesional. Este prestigio es necesario para construir trayectorias que impulsen su movilidad y les otorguen acceso a mejores oportunidades en el mercado laboral. Así, el estudio se propone explorar cómo estos profesionales navegan y luchan dentro de su campo para obtener y consolidar el capital necesario para avanzar en sus carreras.

En el campo del vino, las instituciones juegan roles de gran peso. Los organismos reguladores y las bodegas se presentan como las entidades que establecen las normas y directrices dentro de este universo. En este escenario, los enólogos y enólogas que cuentan con más recursos, experiencia y acceso a redes de información gozan de una posición

privilegiada, disfrutando de un prestigio elevado y de mejores oportunidades laborales. En contraste, los más jóvenes y menos experimentados se encuentran en una constante batalla por alcanzar esas codiciadas posiciones de renombre.

Imaginemos, por ejemplo, el prestigio que rodea a las enólogas y enólogos de países con una rica tradición vitivinícola como Francia, Italia y España. Estos profesionales son vistos globalmente como los mejores, los más experimentados y los más respetados en su campo. En cambio, enólogos y enólogas de países con una producción vitivinícola más reciente, como Estados Unidos, Australia y Nueva Zelanda, aún están en el proceso de ganarse un reconocimiento internacional, luchando por ser vistos con el mismo nivel de prestigio.

Dentro del ámbito laboral concreto, las bodegas grandes ejemplifican la jerarquía existente en este campo. Estas bodegas suelen tener una estructura jerárquica con un primer, segundo y tercer enólogo. Esta clasificación no solo implica una diferencia en el salario, sino también en el prestigio y la influencia dentro de la bodega. La brecha entre los diferentes niveles de enólogos es notable, y la movilidad entre estos niveles es ardua y desafiante.

Para los recién egresados que aspiran a ingresar como primer enólogo, la tarea es aún más compleja. De acuerdo con varios entrevistados, el camino hacia la primera posición en una bodega está lleno de obstáculos. Estos aspirantes deben poner en juego todos sus capitales, tanto los tangibles como los intangibles, para conseguir acceder a estos codiciados espacios de trabajo. Esto implica desarrollar estrategias, luchar por posicionarse y, sobre todo, establecer y nutrir redes de contactos en el campo. El proceso es una danza complicada de movimientos y maniobras dentro de un campo altamente competitivo, donde cada paso cuenta y cada recurso puede marcar la diferencia.

En el competitivo campo de la enología, lo que está en juego es el capital que permite a los enólogos y enólogas alcanzar mejores posiciones dentro del equipo de trabajo. Este capital puede manifestarse en diferentes formas, como un título universitario. Por ejemplo, el puesto de primer enólogo suele requerir una licenciatura, mientras que aquellos con solo una tecnicatura o sin una certificación formal suelen ocupar roles de menor rango, como el de tercer enólogo o asistente.

Además del capital, otro concepto esencial en la teoría de Bourdieu es el habitus. Este término se refiere a un sistema de disposiciones internalizadas que guían la acción de los actores sociales y les permiten ajustarse a las exigencias particulares de cada campo. En otras

palabras, el habitus es el conjunto de disposiciones adquiridas a lo largo de la vida, que modela cómo los individuos actúan y responden a las demandas del entorno en el que se encuentran.

En el contexto del campo de la enología, el habitus de un enólogo o enóloga se manifiesta en su capacidad para navegar y adaptarse a las normas, expectativas y dinámicas del campo. Este sistema de disposiciones puede influir en cómo un enólogo o enóloga percibe y utiliza su capital, así como en cómo se posiciona dentro de la jerarquía de su equipo. El habitus no solo refleja las experiencias y formaciones previas, sino también la forma en que los individuos interpretan y responden a las oportunidades y desafíos que enfrentan en su trayectoria profesional.

En suma, el capital y el habitus interactúan de manera dinámica en el campo de la enología, determinando las trayectorias profesionales y las posiciones dentro de este competitivo sector:

> Sistemas de disposiciones duraderas y transferibles, estructuras estructuradas predispuestas para funcionar como estructuras estructurantes, es decir, como principios generadores y organizadores de prácticas y representaciones que pueden estar objetivamente adaptadas a su fin sin suponer la búsqueda consciente de fines y el dominio expreso de las operaciones necesarias para alcanzarlos, objetivamente 'reguladas' y 'regulares' sin ser el producto de la obediencia a reglas, y, a la vez que todo esto, colectivamente orquestadas (Bourdieu, 1980:88).

El habitus se presenta como una matriz de comportamiento, o más precisamente, como un principio de pensamiento socialmente construido que opera en dos direcciones de la práctica.

En primer lugar, el habitus es un principio estructurado: un conjunto de aprendizajes internalizados por el individuo que se organizan en un esquema que guía sus prácticas. En segundo lugar, es un principio estructurante: se manifiesta en formas coherentes de interpretar y apropiarse del mundo y sus objetos, incluyendo el ámbito político (Duarte, 2020).

En otras palabras, el habitus funciona como una matriz o gramática que genera prácticas coherentes porque está fundamentado en aprendizajes e internalizaciones adquiridos a lo largo del tiempo. Estos aprendizajes forman parte de la cultura práctica y se desarrollan

principalmente durante los procesos de socialización en el hogar y en la escuela (Bourdieu, 1980).

El habitus se forma a partir de las posibilidades e imposibilidades, las libertades y restricciones, así como las facilidades y obstáculos que están presentes en las condiciones objetivas del entorno (Bourdieu, 1980, p: 88). Es decir, los individuos no sólo operan en el mundo de una manera representacional, emocional y corporal, sino que esta disposición está presente en su cuerpo y mente. Esta internalización de la cultura práctica transforma a los individuos en sujetos que llevan consigo y proyectan sus modos de representación en los campos en los que se desenvuelven.

Así, el habitus no es solo una colección de conocimientos y habilidades, sino una forma de estar en el mundo que se manifiesta en cada acción, pensamiento y percepción. Se convierte en un marco invisible pero poderoso que da forma a cómo las personas navegan por su entorno social y profesional.

Es posible que, al cambiar de un campo a otro, los individuos mantengan un habitus estable. Esta estabilidad permite identificar tanto elementos variables como constantes en sus prácticas y comportamientos.

Por ejemplo, los campos y las posiciones dentro de esos campos son variables. En contraste, el habitus, junto con sus elementos, tiende a ser constante. No obstante, bajo ciertas condiciones, el habitus puede adaptarse y evolucionar (Cerón-Martínez, 2019).

En los campos, los sujetos están en constante lucha por obtener diferentes formas de capital, poder, legitimidad, prestigio, entre otros. El habitus explica cómo estos individuos maniobran y aprenden a actuar dentro de cada campo. Funciona como una guía interna que orienta las acciones y decisiones, adaptándose a las demandas del entorno mientras conserva su estructura fundamental.

En este sentido, el habitus no solo define cómo los individuos navegan en diferentes campos, sino que también proporciona un entendimiento de cómo se adaptan y responden a las cambiantes dinámicas sociales y profesionales.

El concepto de habitus establece un puente entre lo objetivo y lo subjetivo, mediando entre la estructura social objetiva, el campo en el que se inserta el sujeto y la percepción subjetiva que el sujeto tiene de ese campo. En términos más simples, el habitus es el modo de acción y pensamiento que surge de la posición que un agente ocupa dentro de un campo,

proporcionando lo que Bourdieu denomina "márgenes de maniobra". Estos márgenes permiten al agente aprender y asimilar las reglas del juego, internalizándolas en su subjetividad.

En el contexto del campo del vino, la situación de las y los enólogos ilustra cómo este concepto se manifiesta. La posición de cada enólogo en el campo no es fija; cambia a medida que adquieren capital y experiencia. La pregunta es: ¿cómo aprenden y adaptan los enólogos sus estrategias para moverse eficazmente dentro de este campo competitivo en busca de trabajo, prestigio y movilidad?

La respuesta radica en el habitus. A través de la participación activa en el campo, los enólogos y enólogas internalizan las estrategias más efectivas para acceder a redes y oportunidades laborales. Este proceso de aprendizaje les permite ajustarse a las demandas del campo del vino, adaptando su perfil profesional a lo que las bodegas buscan (lo objetivo), mientras también persiguen sus propias metas y aspiraciones personales (lo subjetivo). Así, el habitus se convierte en una herramienta esencial para navegar y prosperar en el complejo y dinámico mundo de la enología.

Después de estas breves definiciones de campo y habitus puedo pasar a los conceptos centrales para esta investigación. Mencionábamos que dentro de los campos hay *algo* que está en juego. Con ese algo podemos hacer alusión a los bienes materiales y simbólicos. Las luchas dentro del campo precisamente se dan porque esos bienes, recursos y servicios no están uniformemente distribuidos. Bourdieu va a denominar a esos bienes como capitales.

El capital, en esencia, es un bien o un conjunto de bienes materiales y simbólicos que se producen, distribuyen, consumen, disputan, invierten y, en ocasiones, se pierden. Existen tantas formas de capital como campos, y cada tipo de capital funciona en relación con un campo específico. Aunque los capitales están interconectados, operan de manera independiente y tienen la capacidad de transformarse o devenir en otros tipos de capital.

Bourdieu distingue cuatro principalmente: capital económico, capital cultural, capital social y capital simbólico. Cada tipo de capital tiene su propio papel en la dinámica de los campos sociales, y entender cómo se distribuyen, se luchan y se transforman estos capitales es clave para analizar la estructura y las interacciones dentro de cualquier campo social. A continuación, se detalla cada uno de ellos.

Explorando los Capitales de Bourdieu: Social, Económico, Cultural y Simbólico

Capital social

El capital social es en orden de relevancia, el más importante dentro de esta investigación ya que está ligado a un círculo de relaciones estables y redes, se define como:

> El conjunto de recursos actuales o potenciales ligados a la posesión de una red durable de relaciones más o menos institucionalizadas de interconocimiento y de interreconocimiento; o, en otros términos, a la pertenencia a un grupo, como conjunto de agentes que no solo están dotados de propiedades comunes (susceptibles de ser percibidas por el observador, por los otros o por ellos mismo), sino que también están unidos por vínculos permanentes y útiles (Bourdieu, 1980:83-85)

El concepto de capital social se enfoca en los beneficios que los individuos pueden obtener de manera personal, partiendo de la idea de que los vínculos sociales no son algo dado de manera natural ni accesible para todos. En lugar de ser un recurso automático, los individuos se esfuerzan por adquirir capital social de la misma manera que buscan acumular otros tipos de capital. La relevancia del capital social en la teoría de Bourdieu radica en que no puede ser entendido en aislamiento; es un capital que se construye y se entrelaza con los demás capitales. Bourdieu ilustra esta relación al destacar cómo el capital social, económico, cultural y simbólico interactúan, configurando así las dinámicas de poder y acceso en la sociedad:

> El capital social está constituido por la totalidad de los recursos potenciales o actuales asociados a la posesión de una red duradera de relación más o menos institucionalizada de conocimiento y reconocimientos mutuos. Expresado de otra forma, se trata aquí de la totalidad de recursos basados en la pertenencia a un grupo. El capital total que poseen los miembros individuales del grupo les sirve a todos, conjuntamente, como respaldo, amén de hacerlos -en el sentido más amplio del término- merecedores de crédito (Bourdieu, 2001:148-149).

Las relaciones de intercambio ya sean materiales o simbólicas, son fundamentales para el concepto de capital social. Sin estos intercambios, las conexiones entre individuos pierden su reconocimiento y significado. La fuerza de este capital se nutre y se refuerza a través de la persistencia de estas relaciones entre sujetos. El volumen de capital social que una persona posee depende en gran medida de la amplitud de sus redes y de su capacidad para

movilizarlas, utilizando los capitales económicos, culturales o simbólicos de otros agentes (Bourdieu, 2001).

Un aspecto importante para comprender la importancia del capital social es que "la existencia de relaciones no es un efecto natural, sino que es un esfuerzo continuo de institucionalización" (Bourdieu, 2001:151). Este capital se basa en las redes que un agente decide mantener, producto de estrategias individuales o colectivas, aprovechando relaciones que prometen un beneficio, ya sea a corto o largo plazo. En última instancia, el capital social actúa como un multiplicador, potenciando el impacto de otros tipos de capital (Bourdieu, 2001). Alicia Gutiérrez, siguiendo a Bourdieu, profundiza el concepto y destaca que el capital social:

> […] sería el conjunto de relaciones sociales que un agente puede movilizar en un momento determinado, que le pueden proporcionar un mayor rendimiento del resto de su patrimonio (los demás capitales, económico y cultural especialmente). Además, son también una fuente de poder, y por ello constituyen 'algo que está en juego', que se intenta acumular y por lo cual se está dispuesto a luchar […] El capital social es, por otra parte, como todo capital, un poder que exige inversiones permanentes, en tiempo, en esfuerzo, en otros capitales, y que puede aumentar o disminuir, mejorando o empeorando las chances de quien lo posea. Se fundamenta pues, en lazos permanentes y útiles, que se sostienen en intercambios, a la vez, materiales y simbólicos. (Gutiérrez, 2005:13).

Capital económico

El capital económico se refiere a las condiciones materiales de existencia y va más allá de la mera posesión de bienes de producción, como se entendería desde una perspectiva marxista. Este concepto abarca también las diferencias sociales que se manifiestan en los patrones de consumo de individuos y grupos sociales. En la sociedad, se expresa a través del dinero y los recursos materiales, lo que permite su conversión en otras formas de capital (Bourdieu, 1987).

El capital económico no solo se define por los bienes materiales de producción y consumo de las personas, sino que también se refleja en los patrimonios acumulados y heredados de generación en generación. Este legado patrimonial otorga a los herederos un recurso que no solo los empodera, sino que los distingue dentro de su generación, situándolos en una

posición competitiva en la escala social. La transferencia intergeneracional de este capital ilustra el carácter histórico y mutable de la estructura social, ofreciendo a los sujetos la posibilidad de mantener o transformar dicha estructura.

En algunas sociedades, la combinación de capital cultural con capital económico puede transformarse en capital simbólico, configurando la hegemonía de un grupo sobre otro. Por ejemplo, algunos enólogos y enólogas han tenido la oportunidad de formarse en el extranjero, especialmente en Francia, gracias a sus recursos económicos. Esto les otorga una ventaja frente a sus pares, ya que Francia sigue siendo percibida como una meca en la industria enológica. Así, su capital económico les permitió acceder a un capital cultural que, a su vez, se convirtió en capital simbólico, brindándoles mayores ventajas competitivas en el mercado laboral.

Capital cultural

El capital cultural se presenta en tres formas distintas, cada una de las cuales desempeña un papel destacado en la vida social. En primer lugar, se encuentra en el estado incorporado, que se refiere a la incorporación y asimilación de conocimientos, habilidades y actitudes por parte de las personas. Este capital se adquiere de manera inconsciente y sutil, convirtiéndose en una parte intrínseca de uno mismo.

En segundo lugar, el capital cultural puede manifestarse en el estado objetivado, a través de medios y bienes materiales que tienen un impacto formativo en quienes los poseen. Este es el caso de escritos, pinturas, monumentos y otros objetos culturales que los individuos apropian simbólicamente, reflejándose en sus hábitos, gustos y preferencias.

Finalmente, el capital cultural existe en el estado institucionalizado, que se materializa en las certificaciones y títulos otorgados por instituciones educativas. Estas acreditaciones reconocen la apropiación de conocimientos, habilidades y destrezas adquiridas en el ámbito escolar, y proporcionan al individuo beneficios materiales y sociales basados en el prestigio y valor del título obtenido (Bourdieu, 1987).

Partiendo del concepto de capital cultural, dos textos se entrelazan perfectamente con el tema de esta investigación. El primero, "La distinción" (1991), busca reconstruir teóricamente los principios y disposiciones sociales que guían las acciones de los individuos, influyendo en sus elecciones de consumo y en sus inclinaciones por determinadas prácticas

y bienes materiales. Este enfoque es esencial para comprender cómo el consumo y el prestigio en el mundo del vino impactan en el trabajo de enólogos y enólogas.

El segundo texto, "Alta costura, alta cultura" (2002), se centra en el campo de la moda, donde algunas marcas, al igual que ciertas etiquetas de vino, son categorizadas como bienes de lujo o de cultura legítima dentro de la alta cultura. Bourdieu señala que es la sociedad la que legitima y consagra ciertos objetos como parte de la alta cultura. Al comparar este campo con el del vino, se abre una interrogante fascinante: ¿El enólogo, al igual que un gran diseñador, puede ser considerado un agente dominante y legitimador en su campo? ¿Está su trabajo a la par de los grandes nombres en el diseño?

En sus textos, Bourdieu ilustra cómo el capital cultural no solo se refiere al conocimiento que permite producir, consumir, apreciar y clasificar bienes culturales, sino que también se convierte en una herramienta de poder para jerarquizar y definir qué obras de arte son consideradas altas, finas o exclusivas. Este capital cultural, en manos de quienes lo poseen, establece lo que es legítimo y prestigioso.

A través del estudio de campos como la moda y el vino, Bourdieu revela que la adquisición del habitus, el conjunto de disposiciones que configuran el gusto, ocurre en la escuela y, sobre todo, en el seno de la familia. La tradición familiar en el consumo de arte considerado legítimo condiciona la acumulación de capital cultural.

La profundización de las desigualdades sociales se manifiesta cuando aquellos que consumen arte siguiendo principios estéticos de élite convierten sus preferencias en la norma legítima, desvalorizando otros patrones de consumo y producción. Así, en el ámbito simbólico y material, las diferencias de gusto se transforman en desigualdades sociales. La lucha por el capital cultural se convierte en una batalla por definir qué es considerado buen o mal gusto, legitimando y deslegitimando prácticas culturales. En última instancia, estas categorías históricamente construidas y adquiridas individualmente organizan la percepción y las prácticas sociales de todos los sujetos, influyendo en el consumo de bienes y en las reglas de diversos campos, como la cultura, la moda y el vino (Bourdieu, 1991, 2002).

Capital simbólico

El capital simbólico es la clave que permite transformar un tipo de capital en otro, actuando como un intermediario entre diferentes formas de capital. Según Bourdieu, el capital

simbólico no es un tipo de capital independiente, sino una manera de destacar los aspectos relacionales del capital en general.

Este concepto está íntimamente ligado al habitus, ya que el capital simbólico solo se genera dentro de un campo específico y en relación con los tipos de capital predominantes en él. Cada campo tiene sus propias formas de capital que influyen como fuerzas, y los individuos o grupos luchan por mantener o modificar la distribución de estos capitales.

Cualquier tipo de capital puede convertirse en capital simbólico si se percibe a través de categorías de percepción que reflejan las estructuras del universo social o del campo en cuestión (Bourdieu, 1990). Por ejemplo, en el mundo de la enología, un enólogo con capital económico y social suficiente para estudiar en prestigiosas escuelas extranjeras o que proviene de una familia con una bodega reconocida puede transformar ese capital en prestigio. Este capital simbólico le permitirá obtener una posición destacada, como ser el primer enólogo de una bodega de renombre o colaborar con otros enólogos prestigiosos, logrando así una posición de poder y reconocimiento en el campo del vino

Los múltiples actos de reconocimiento dentro de un campo contribuyen a la creación colectiva del capital simbólico. El peso de los agentes en cualquier campo está determinado por su capital simbólico, es decir, por el reconocimiento, ya sea institucionalizado o no, que reciben de aquellos que poseen el habitus adecuado para participar en el juego del campo (Bourdieu, 1994; Fernández, 2012).

> El capital simbólico es una propiedad cualquiera, fuerza física, riqueza, que percibida por agentes sociales dotados de las categorías de percepci6n que permiten percibirla, conocerla y reconocerla, deviene eficiente simbólicamente, semejante a una verdadera fuerza mágica: una propiedad que, por que responde a 'expectativas colectivas', socialmente constituidas, a creencias, ejerce una suerte de acción a distancia, sin contacto físico (Bourdieu, 1994:172-173)

-La transformación de los capitales

En el apartado anterior, discutí cómo el capital simbólico tiene la capacidad de transformar un tipo de capital en otro, reflejando la flexibilidad y adaptabilidad de los capitales según el contexto social, o más específicamente, el campo en el que se encuentran. En otras palabras, los capitales no son estáticos; su valor y función cambian en función de las pautas culturales

y las estructuras sociales prevalecientes en cada campo. Como señalan Fowler y Zavaleta (2013):

> En algunas sociedades la conjugación del capital cultural con el capital económico se puede transformar en capital simbólico para configurar la hegemonía de un grupo sobre otro. Sin embargo, puede a ver sociedades en que el poder no se detente por la vía de las riquezas materiales o del conocimiento, sino a partir del honor y el prestigio social que deviene en campos más específicos, como el campo del capital religioso o político. (Fowler y Zavaleta, 2013:125)

Se reitera que el capital no es un simple objeto acumulable, sino una fuerza dinámica en constante movimiento, reflejando las prácticas de los individuos y adaptándose a cada campo específico (Bourdieu, 1987). La mera posesión de capital económico, cultural o social no garantiza el éxito en un campo particular. El éxito depende de la capacidad de acumular el tipo adecuado de capital que se ajuste a las demandas y características del campo en cuestión. Al igual que los capitales, el campo no es estático; es un espacio multidimensional con múltiples jerarquías (Bourdieu, 1990).

Desde la perspectiva de Bourdieu, los individuos implementan estrategias de conversión. Estas estrategias se entienden como el conjunto de prácticas mediante las cuales las personas transforman un tipo de capital en otro a lo largo de su trayectoria, con el objetivo de maximizar los beneficios derivados de su capital. Por ejemplo, el capital económico puede convertirse en capital social, que a su vez puede ser reconvertido en capital económico u otro tipo de capital. En este contexto, se destaca que:

> Los cambios en los estados del capital a reproducir y en los tipos de instrumentos de reproducción imponen una reestructuración de las estrategias de reproducción del capital poseído, más exactamente, una reconversión de este o una transformación de la estructura patrimonial (Bourdieu, 1991:241).

El cruce de fronteras impacta en la transformación de los capitales. Según Bourdieu, al trasladarse de un campo a otro, se enfrentan nuevas reglas de juego, y el capital no siempre se transfiere de manera directa. No basta con tener el capital económico necesario para cruzar fronteras; a menudo, se requiere también el capital cultural adecuado para adaptarse al nuevo entorno. En algunos casos, los capitales pueden incluso perder valor en el proceso de migración.

Consideremos, por ejemplo, a los migrantes calificados o estudiantes que no logran revalidar sus credenciales en su país de destino. Los títulos universitarios no siempre son reconocidos internacionalmente, y las diferencias en los sistemas de calificación pueden llevar a una devaluación significativa del capital académico. En palabras de Garzón (2006), “El capital cultural legitimado socialmente da origen a la cultura nacional de un país determinado, que es la cultura de los grupos dominantes en el espacio social delimitado por unas determinadas fronteras nacionales” (2006:15).

La negociación que los migrantes realizan con instituciones y empleadores para reconstruir su capital cultural inicial y adquirir capital nacional es fundamental. Esta negociación determina su posición en el campo, sus posibilidades en el mercado laboral y el tipo de empleo al que pueden acceder. En el caso de los enólogos y enólogas estudiadas en esta investigación, un ejemplo evidente de esta dinámica es cuando invierten capital económico en su formación, transformándolo en capital cultural a través de estudios avanzados en países con una sólida tradición vitivinícola. Este capital cultural adquirido luego se convierte en una ventaja para acceder a oportunidades laborales superiores en el campo de la enología.

1.4.3 El Género como Herramienta de Análisis
-Principios y Contribuciones al Estudio de la Categoría de Género

La equidad de género en el campo de la enología despierta opiniones divididas, un debate que, en su esencia, revela la complejidad de la integración de las mujeres en este ámbito históricamente dominado por hombres. Aunque es innegable que las mujeres han ganado visibilidad en la enología, su presencia sigue siendo escasa, como una corriente subterránea que apenas comienza a emerger a la superficie.

Este apartado nos invita a emprender un viaje a través de la categoría de género, un concepto que se entrelaza con los demás marcadores (origen nacional y recursos de clase), desvelando cómo las dinámicas de poder y desigualdad se manifiestan en los caminos recorridos por enólogos y enólogas.

El género, más que un simple marcador de identidad se erige como una lente esencial para desentrañar las estructuras de desigualdad y delinear estrategias de intervención (Scott, 1996). Sin embargo, frecuencia, se comete el error de reducir el género a un sinónimo de "mujer", ignorando su naturaleza intrínsecamente relacional. Cada dato sobre las mujeres es

en efecto, un reflejo de la experiencia masculina, subrayando cómo el género es un tejido de poder y organización social que no puede entenderse de manera aislada.

En palabras de Scott (1996), el género cobra vida en la intersección entre las características biológicas que definen lo masculino y lo femenino, y los patrones sociales que, a lo largo del tiempo, han moldeado estas identidades. Es en esta confrontación donde se revela la verdadera magnitud de lo que significa ser hombre o mujer en una sociedad que, consciente o inconscientemente, sigue dictando los términos de esta dualidad.

Desde los primeros años de vida, la identidad se moldea en la relación con los demás, como un lienzo que absorbe los colores y formas de los contextos sociales en los que nos desenvolvemos. Estas interacciones se incrustan en la mente y el cuerpo, dando forma a comportamientos y actitudes que, aunque adquiridos de manera casi imperceptible, se vuelven difíciles de alterar con el tiempo.

La categoría de género, en su uso contemporáneo, trasciende el simple análisis de la mujer; extiende su mirada a los hombres, explorando cómo ambos géneros se han definido mutuamente a lo largo de la historia. En donde cada uno ha sido configurado en relación con el otro, y que, en cada etapa histórica, ha contribuido a reescribir el papel de las mujeres como sujetos activos, tanto en la esfera pública como en la privada, en paralelo a los hombres.

Teresa de Barbieri (1993), en su trabajo, profundiza en la categoría de género, trazando un recorrido por los estudios sobre las mujeres y las diversas temáticas que emergen de los estudios de género. Su obra desentraña las vertientes teóricas que sustentan este campo de estudio, mientras ahonda en los aspectos históricos y antropológicos que le dan forma. Así, de Barbieri nos invita a entender el género no solo como un concepto académico, sino como una herramienta para redibujar la historia desde la perspectiva de quienes han sido, durante tanto tiempo, invisibles. La autora define el género como "categoría que, en lo social, corresponde al sexo anatómico y fisiológico de las ciencias biológicas afirmando que el género es el sexo socialmente construido*"* (1993:149). Define los sistemas sexo/género como:

> […] los conjuntos de prácticas, símbolos, representaciones, normas y valores sociales que las sociedades elaboran a partir de la diferencia sexual anatomo-fisiológica y que dan sentido a la satisfacción de los impulsos sexuales, a la reproducción de las especie

humana y en general al relacionamiento entre las personas (de Barbieri 1993:149-150).

Judith Butler (2006) nos invita a ver el género como una categoría en constante evolución, una forma cultural de esculpir el cuerpo que no está limitada por la anatomía, sino que se transforma y adapta continuamente. Para Butler, los términos "femenino" y "masculino" no son etiquetas fijas, sino conceptos con una rica historia social, cuyos significados fluctúan según las circunstancias geopolíticas y las restricciones culturales. Estos términos se entrelazan en un intercambio de significados que varía con el tiempo y el lugar, revelando la maleabilidad inherente al concepto de género.

La categoría de género, más que una simple etiqueta, se convierte en un lente para visibilizar las relaciones de poder, desafiando la oposición dual entre mujeres y hombres que ha sustentado el orden patriarcal. Este orden tradicional asigna a las mujeres el papel de guardianas de la naturaleza, atadas a la función reproductora (Lamas, 1986:178), mientras coloca a los hombres en el ámbito de la cultura, dotados de superioridad y poder de socialización.

Sherry Ortner (1979), en su texto *¿Es la mujer con respecto al hombre lo que la naturaleza con respecto a la cultura?*, profundiza en esta dicotomía, argumentando que el estatus secundario de la mujer ha sido una constante universal, sin importar las variaciones culturales. Este estatus, sostiene Ortner, surge de la asociación cultural que vincula a las mujeres más estrechamente con la naturaleza, debido no solo a su biología, sino también a una construcción psicológica que las sitúa en una posición subordinada. Los hombres, en cambio, se asocian con la cultura, una esfera que ha sido tradicionalmente vista como superior y dominada por la capacidad de socialización y control.

Ortner sostiene que la asociación de las mujeres con la naturaleza las encierra en roles y tareas que, culturalmente, son menos valoradas, colocándolas en una posición intermedia entre naturaleza y cultura, siempre a la sombra del poder masculino. Esta posición intermedia no solo las mantiene alejadas de los puestos de poder, sino que perpetúa su estatus secundario en la estructura social. A través de ejemplos de ordenamientos estructurales que excluyen a las mujeres de esferas de influencia, Ortner ilustra cómo, a pesar de los avances, las mujeres siguen relegadas a un segundo plano en el tejido social.

Esta subordinación, se manifiesta en múltiples facetas de la vida social. La división del mundo, de las cosas, de las actividades, y sobre todo del trabajo, se basa en una dicotomía entre lo masculino y lo femenino. Las cosas asociadas con lo femenino son sistemáticamente menospreciadas, otorgándoles menor valor, importancia y reconocimiento. Esta jerarquización, alimentada por esquemas de pensamiento que privilegian la visión masculina, ha cimentado una estructura universal de desigualdad.

La diferencia biológica, convertida en el fundamento de las desigualdades sociales y sexuales, legitima la dominación masculina, un dominio que se mantiene a través de la violencia simbólica, tal como describe Bourdieu (1979). Esta forma de violencia, sutil pero poderosa, refuerza el control masculino y perpetúa la desigualdad. Es en este contexto que Raewyn Connell (1987) introduce el concepto de "regímenes de género", para describir los sistemas de poder que se configuran en torno a estas relaciones de dominación y subordinación.

Como mencioné anteriormente, el enfoque de género se basa en una comprensión del género como una compleja estructura de relaciones sociales, que puede considerarse una institución social por derecho propio. Esta estructura abarca tanto a hombres como a mujeres, e integra diversas formas de masculinidades y feminidades, en una red intrincada de interacciones y significados.

Cuando hablamos de un "régimen de género" dentro de una institución, nos referimos al patrón específico de relaciones de género que se manifiesta en ese entorno particular. Este patrón configura el contexto estructural en el que se desarrollan determinadas relaciones y prácticas individuales, dando forma y sentido a las interacciones cotidianas.

La misma lógica se aplica al régimen de género en un lugar específico dentro de una institución, donde es probable que los rasgos del régimen de género reflejen, en gran medida, el patrón de la sociedad en general. Sin embargo, en algunas circunstancias, estos regímenes locales pueden diferir, adaptándose a las particularidades del contexto en que se encuentran (Connell, 1987).

Los convencionalismos sociales siguen marcando y moldeando las elecciones de las personas, quienes, de manera casi inevitable, se ven obligadas a leer el mundo a través del prisma de lo que se les ha establecido como masculino o femenino. Esta imposición no solo influye en las percepciones individuales, sino que también determina la representación

desigual de mujeres y hombres en diversos sectores de la producción, así como las diferencias en las condiciones de trabajo y en las oportunidades de movilidad laboral. En cualquier lugar en que se encuentren, hombres y mujeres perpetúan este orden, casi como actores en un guion preescrito.

Connell, al hablar de los regímenes de género, señala que incluso en contextos dominados predominantemente por mujeres o por hombres, la influencia del sistema patriarcal sigue presente, imponiendo sanciones sociales a quienes se atreven a desafiarlo. Estos regímenes se manifiestan claramente en las relaciones de poder y en la división sexual del trabajo, reflejando cómo el patriarcado impregna hasta los rincones más aparentemente neutrales.

En resumen, el género es el resultado de la asignación de atributos diferenciados entre hombres y mujeres, una construcción que da forma a lo que entendemos por masculino y femenino (Chávez, 2015:108). Aunque el género gira en torno al sexo, es decir, las características biológicas de hombres y mujeres, es la cultura, la sociedad y la historia quienes les otorgan una representación como femenino o masculino. Así, el género no solo divide lo masculino de lo femenino, sino que también reproduce y refuerza estas identidades, perpetuando un ciclo que parece difícil de romper.

Al nacer, el sexo de una persona ya sea hombre o mujer, es lo primero que se percibe. Sin embargo, lo que realmente nos distingue a lo largo de nuestras vidas es el género. Es el género el que nos moldea, adaptándonos a una forma de ser que, en muchos casos, ha sido definida y estructurada por normas sociales. A través de este proceso, que puede ser tanto de adaptación como de elección consciente, las personas adoptan características y comportamientos que acaban por definir su identidad de género.

Las características de género, que en la vida cotidiana se manifiestan como múltiples diferencias o desigualdades entre hombres y mujeres, operan de manera insistente para producir cuerpos marcadamente distintos, cuerpos que trascienden las simples diferencias biológicas. Estos cuerpos se mueven, se expresan, se visten, se enferman, caminan, se sientan y se relacionan sexualmente de maneras muy diferentes, todas ellas influenciadas por las expectativas de género que nos rodean. La sociedad se ha ocupado de establecer todas las marcas posibles entre los sexos que "se inscriben así, de modo progresivo, en dos clases de hábitos diferentes, bajo la forma de hexeis corporales opuestos y complementarios" (Bourdieu, 2007:45).

- Entre Roles y Expectativas: La División Sexual del Trabajo

Las marcas que se inscriben en nuestros cuerpos, aquellas que delinean y definen nuestra apariencia de acuerdo con el género, hacen mucho más que simplemente asignar un estilo o una estética. Estas marcas trazan fronteras invisibles que dictan las actividades que se consideran adecuadas para cada género.

A través de este lente, se perpetúa una separación casi ritualizada: los hombres y las mujeres se ven apartados de ciertas actividades, simplemente porque no se ajustan a las normas establecidas para su género. En la mayoría de los espacios laborales, los regímenes de género continúan ejerciendo su influencia, relegando a las mujeres al ámbito doméstico y a los hombres al espacio público y al trabajo remunerado. Esta separación no es meramente simbólica; tiene implicaciones prácticas que afectan la vida cotidiana de ambos géneros.

Las fuerzas sociales, tanto materiales como culturales, siguen desempeñando un papel importante en la reproducción de esta división sexual del trabajo. Esta división coloca a mujeres y hombres en esferas exclusivas y excluyentes, asignando a cada uno una jerarquía distinta y una carga desigual de trabajo. En esencia, el reparto de tareas y actividades según el sexo-género no solo organiza el trabajo, sino que también perpetúa desigualdades.

Como señalan Brunet y Alarcón (2005, p: 117), "la división sexual del trabajo hace referencia al reparto social de tareas o actividades según el sexo-género", un reparto que no es estático, sino que varía según las sociedades y las épocas. Este patrón de asignación de roles, en su constante evolución, sigue moldeando y restringiendo las posibilidades de acción y expresión de las personas, perpetuando una estructura de trabajo y poder que sigue siendo tan relevante hoy como en el pasado. Por tanto, es importante destacar que:

> En la teoría de género se hace referencia a la división sexual del trabajo para distinguir la asignación diferenciada de papeles o roles entre mujeres y hombres. En este sentido, es importante distinguir el carácter histórico del reparto de funciones entre hombres y mujeres, dado por el conjunto de factores culturales que han situado a las mujeres en clara desventaja frente a los hombres (Instituto Nacional de las Mujeres, 2007:55)

La división sexual del trabajo es una de las formas más antiguas de organizar el trabajo, quizás la más tradicional de todas. Desde sus inicios, ha cumplido funciones esenciales, como

fomentar un sentimiento de complementariedad entre los sexos y garantizar la reproducción física y social de la humanidad (Bustos, 2011). Pero esta división va más allá de una simple asignación de tareas; se entrelaza con significados y funciones económicas y políticas, mientras se estructura sobre una base ideológica construida a lo largo de la historia.

La división sexual del trabajo no solo responde a intereses económicos del capital, sino que está firmemente enraizada en una ideología patriarcal que varía de una sociedad a otra, pero que siempre posiciona a hombres y mujeres en roles diferenciados tanto dentro como fuera de la familia (Bustos, 2011:28). Esta organización histórica y persistente no es neutral. Al contrario, ha implicado la subordinación de las mujeres, reflejando una estructura que favorece a los hombres en el ámbito laboral y social.

Pierre Bourdieu (1979:106) ofrece una perspectiva esclarecedora sobre esta cuestión: la subordinación de las mujeres puede explicarse tanto por su situación laboral en las sociedades preindustriales, donde su trabajo estaba subordinado, como por su exclusión del ámbito laboral después de la Revolución Industrial, un periodo que marcó la separación del trabajo remunerado de la vida doméstica. Esta separación consolidó la idea de que el trabajo y la casa eran esferas distintas y que las mujeres estaban relegadas al ámbito privado, perpetuando una estructura de desigualdad que sigue influyendo en nuestra sociedad.

La división sexual del trabajo se encuentra en los cimientos de la organización social. No solo da forma a las relaciones económicas, sino que también estructura las relaciones entre los sexos, operando más allá de la conciencia y la voluntad individuales.

Para Pierre Bourdieu (1979), esta división no se limita a ser una característica superficial de la sociedad; se incrusta en las estructuras objetivas del entorno social. Además, afecta la dimensión subjetiva de hombres y mujeres, moldeando su identidad según principios de división que han sido producidos y reproducidos a lo largo de la historia, todo ello mediado por las instituciones.

En las últimas décadas, sin embargo, hemos sido testigos de un cambio significativo. La entrada masiva y creciente de mujeres en el mercado laboral, junto con la implementación de políticas y leyes que han buscado construir una red estatal de provisión de bienestar, incluyendo guarderías, servicios de salud y otras instituciones públicas, ha comenzado a desafiar la división tradicional del trabajo. Además, la presión de diversos grupos feministas

para que los hombres se involucren más en el trabajo doméstico ha añadido una nueva capa de complejidad a esta dinámica.

Este proceso de cambio, aunque significativo, no ha eliminado por completo las viejas estructuras, pero sí ha comenzado a moldear una nueva realidad en la que la división sexual del trabajo se está reconfigurando, reflejando la evolución de las normas y expectativas sociales.

Aunque las mujeres no están formalmente excluidas de ningún espacio laboral ni actividad, y suelen gozar de los mismos derechos y obligaciones que los hombres, una mirada superficial puede dar la impresión de que se ha alcanzado una igualdad plena. La creciente presencia de mujeres en diversos ámbitos sociales y laborales parece confirmar esta visión de igualdad. Sin embargo, esta inclusión no ha erradicado las desigualdades que persisten bajo la superficie.

En realidad, las mujeres enfrentan una serie de desafíos persistentes en el mercado laboral. Su participación está marcada por el tipo de tareas que realizan, los niveles salariales que perciben y las barreras para acceder a posiciones de toma de decisiones. A pesar de estar presentes en casi todas las profesiones y ocupaciones, las mujeres a menudo enfrentan condiciones desiguales que reflejan una estructura de poder que aún no ha cambiado completamente, como es el caso de la enología.

Además, el espacio doméstico sigue cargado de connotaciones simbólicas y prácticas asociadas a las mujeres, perpetuando la idea de que su papel principal sigue siendo el del cuidado y la gestión del hogar. Esta percepción contribuye a la desigualdad en el ámbito laboral y limita el reconocimiento de las contribuciones de las mujeres en el trabajo remunerado.

En los capítulos siguientes, exploraré cómo estas dinámicas se manifiestan en el campo de la enología. Veremos cómo el trabajo de las mujeres en esta industria ha sido estereotipado, creando condiciones de desigualdad que se vuelven aún más complejas cuando se cruzan con otras variables, impactando en el tipo de tareas realizadas y las oportunidades de avance formativo y laboral.

Capítulo II: Herramientas teórico-metodológicas

En el capítulo anterior, emprendí la exploración teórica, desentrañando los enfoques y conceptos que sirven de base para el análisis de la información recabada en campo. Ahora, en este segundo capítulo, me adentraré en el corazón del proceso metodológico. Aquí, realicé una revisión de las herramientas teórico-metodológicas que se emplearon para integrar y aplicar esos conceptos. Este capítulo tiene como objetivo iluminar un concepto central en el planteamiento del problema: las trayectorias laborales. ¿Qué entendemos por trayectorias? ¿Desde qué perspectiva se abordan? ¿Cómo se utilizarán para el análisis?

Enfrentar el reto de realizar trabajo de campo durante una emergencia sanitaria global presentó dificultades significativas, particularmente en términos de movilidad y la necesidad de construir una red de contactos desde cero. En esta parte, se presenta de manera breve y concisa la ruta seguida para llevar a cabo la investigación en tales circunstancias. Se abordan los retos y desafíos específicos, así como los autores y conceptos que iluminaron el camino y facilitaron la adaptación a estas condiciones adversas.

Además, se dedica un breve segmento a presentar el estado del arte del tema ofreciendo una visión concreta del mundo de la enología. En otro apartado se abarca la historia de la profesión, desde sus orígenes hasta las principales tareas que realizan los enólogos y enólogas. Dada la influencia de la pandemia en el desarrollo de la investigación, también se incluye un resumen de cómo la crisis sanitaria y las restricciones del confinamiento impactaron diferentes aspectos del trabajo enológico.

Finalmente, el capítulo concluye con una presentación de los entrevistados cuyas historias de vida han hecho posible esta investigación. Se describe brevemente quiénes son, incluyendo su edad, origen nacional y género. Además, se explica cómo se procesó la información obtenida utilizando Atlas.ti, destacando la importancia de sus aportaciones para el desarrollo del estudio.

2.1 Trayectorias laborales

2.1.1 Analizando las Trayectorias formativas y laborales: Enfoques y Métodos

Leticia Muñiz (2012) ofrece una revisión detallada de los diversos enfoques en torno al concepto de trayectorias laborales, conectando este estudio con la perspectiva biográfica originada en la escuela de Chicago, en la obra de William Thomas y Florian Znaniecki. Esta

perspectiva se enfoca en rescatar la trayectoria vital del actor social, sus experiencias y su visión particular, permitiendo entender su historia como un reflejo de una época, normas sociales y valores de la comunidad a la que pertenece. De esta manera, se establece una mediación entre la historia individual y la historia social (Muñiz, 2012).

En el ámbito internacional, el concepto de trayectorias laborales ha sido desarrollado y abordado de maneras diversas, dependiendo del contexto teórico y cultural de cada país. En Inglaterra y Estados Unidos, por ejemplo, se enmarcan dentro de la corriente teórica denominada "curso de vida", utilizando el término "carrera" para describir los itinerarios laborales. Este enfoque se centra en cómo los eventos a lo largo de la vida influyen en el desarrollo de la carrera profesional de un individuo, considerando tanto las oportunidades como las restricciones que se presentan en el camino.

En Francia, los conceptos de "recorrido" y "trayectoria" han ganado prominencia dentro del enfoque biográfico, siendo utilizados como herramientas clave en la investigación de las trayectorias laborales. Estos términos permiten explorar cómo los individuos experimentan y construyen sus trayectorias profesionales, reflejando las dinámicas sociales y las transformaciones del entorno laboral.

Por otro lado, en Alemania, se ha expandido el uso de términos como "historia de vida laboral", "trayectoria" y "proyecto biográfico laboral" en el contexto de los estudios de cultura del trabajo. Estos conceptos se emplean para analizar cómo los individuos desarrollan y gestionan sus trayectorias profesionales a lo largo del tiempo, considerando las influencias culturales y estructurales que afectan sus decisiones y trayectorias.

Cada uno de estos enfoques aporta una perspectiva única sobre cómo entender las trayectorias laborales, reflejando la influencia de contextos culturales y teóricos específicos en la conceptualización y estudio de los itinerarios profesionales.

Dentro del estudio de los itinerarios laborales, existen diversas escuelas y enfoques que varían según el grado de centralidad que asignan a los sujetos en la toma de decisiones. Uno de estos enfoques es la sociología interaccionista, que sostiene que la interacción social es el motor del cambio en la carrera de los individuos. En esta perspectiva, el énfasis está en cómo las relaciones y los contextos sociales influyen en las decisiones y trayectorias laborales.

En contraste, el enfoque económico o clásico se centra en los capitales que los individuos poseen, como el capital humano, social y cultural, y examina cómo estos capitales generan

oportunidades y desigualdades en el ámbito laboral. Según este enfoque, las diferencias en los recursos y habilidades acumulados a lo largo de la vida influyen en las trayectorias profesionales y en las oportunidades disponibles para los individuos.

Por último, el enfoque estructural examina cómo diversos aspectos del mercado de trabajo, como las estructuras organizativas, las políticas laborales y las dinámicas económicas, influyen en los itinerarios laborales. Este enfoque se centra en cómo las estructuras macroeconómicas y las políticas del mercado laboral condicionan y configuran las trayectorias profesionales de los individuos.

En el contexto de la escuela francesa, se ha desarrollado un interés particular en la temporalidad, realizando estudios longitudinales que permiten analizar cómo las trayectorias laborales evolucionan a lo largo del tiempo. Los estudios franceses hacen una distinción significativa entre los conceptos de "recorrido" y "trayectoria", apoyándose en las definiciones aportadas por el sociólogo Francis Godard. Según Godard, mientras que el "recorrido" se refiere a la serie de empleos y experiencias laborales que una persona acumula, la "trayectoria" abarca una visión más amplia que considera el contexto histórico y las dinámicas sociales que influyen en el desarrollo profesional.

Esta diferenciación permite una reflexión de cómo las trayectorias laborales se forman y se transforman, teniendo en cuenta tanto las experiencias individuales como las estructuras sociales y económicas que las enmarcan. Es decir “cuando se habla de recorrido se hace referencia a los procesos de encadenamiento de acontecimientos a lo largo de la vida de las personas que son narrados por ellas mismas. Cuando se habla de trayectoria se mencionan los esquemas de movilidad definidos por el investigador a los que se incorpora un individuo” (Muñiz, 2012:43).

Para Francis Godard, el estudio de la historia de vida de un individuo se construye al articular su historia residencial, familiar, de formación y profesional. Este enfoque integrador permite una visión holística de cómo las distintas dimensiones de la vida de una persona se entrelazan para formar su trayectoria laboral. Así, la trayectoria no se limita a una serie de empleos sucesivos, sino que refleja una red compleja de experiencias y contextos que configuran el desarrollo profesional del individuo.

Por su parte, en la perspectiva alemana, representada por investigadores como Rainer Dombois y Ludger Pries, el enfoque se centra en comprender la trayectoria laboral y cómo

los sujetos se posicionan dentro del mercado de trabajo. Estos autores proponen el concepto de "proyectos biográficos laborales", el cual está estructurado en torno a cuatro instituciones sociales clave: el mercado, la empresa/organización, el oficio/profesión y el clan. Cada una de estas instituciones desempeña un papel importante en la configuración de la trayectoria laboral, y su articulación a lo largo del tiempo influye en cómo los individuos navegan por sus carreras profesionales (Muñiz, 2012:45).

Este enfoque alemán enfatiza que la trayectoria laboral no es un proceso lineal o estable. En cambio, está marcada por diversos puntos de inflexión, o "turning points", que representan momentos clave de cambio en las trayectorias laborales. Estos puntos de inflexión pueden incluir eventos significativos como la migración, que puede alterar el sentido y la dirección de una trayectoria profesional, ofreciendo nuevas oportunidades o desafíos.

En el contexto de América Latina, el estudio de las trayectorias laborales se ha enfocado en procesos de movilidad como la migración, la movilidad social, y la educación, además de la historia laboral. Las trayectorias laborales en esta región a menudo están vinculadas a la dinámica de los procesos de movilidad, que incluyen la búsqueda de mejores oportunidades económicas, cambios en el estatus social, y la influencia de factores educativos en el desarrollo profesional. En este sentido, Muñiz (2012) destaca que la mayoría de las investigaciones realizadas en América Latina han explorado cómo estos procesos de movilidad afectan la configuración y evolución de las trayectorias laborales, influyendo en el desarrollo profesional en contextos latinoamericanos, como lo señala a continuación:

> […] hacen hincapié en la articulación entre los elementos objetivos y subjetivos. Los estudios se concentran así en las particularidades de las carreras o trayectorias, en particular en los factores (internos y externos, subjetivos y objetivos) que se hacen presentes en ellos, dándole menor relevancia a la dimensión temporal y espacial. De esta forma, en la mayor parte de los casos no le atribuyen demasiada importancia al análisis de lo temporal y cuando lo hacen suelen realizar contextualizaciones históricas del momento en el que se desarrollaron o desarrollan las carreras o trayectoria (p: 54-55)

2.2 Marco metodológico y universo de estudio

2.2.1. Estrategia metodológica

La decisión metodológica de no limitar el trabajo de campo a un solo país o zona vitivinícola, sino de hacer un mapeo global de la movilidad de la figura de los enólogos, reflejaba un ambicioso objetivo, rastrear las trayectorias formativas y laborales en una variedad de contextos internacionales. Este enfoque buscaba captar una visión amplia y diversa del campo de la enología, abarcando el mayor número de países posible para obtener una perspectiva global.

Dada la situación sanitaria global, se optó por una estrategia adaptada a las circunstancias excepcionales de la pandemia. El trabajo de campo se realizó de manera virtual, utilizando plataformas de comunicación en línea como Zoom, en los idiomas inglés y español. Esta elección metodológica no solo respondía a las restricciones de movilidad impuestas por la pandemia, sino que también aprovechaba las oportunidades que los métodos sociodigitales ofrecen para conectar con interlocutores alrededor del mundo sin necesidad de desplazamientos físicos.

El contexto de confinamiento y distanciamiento social presentaba desafíos únicos para la investigación. Sin embargo, en lugar de permitir que estas limitaciones impidieran el progreso del estudio, se abordó como una oportunidad para explorar nuevas formas de recolección de datos. La virtualidad se convirtió en un campo híbrido donde el investigador tuvo que transformar su experiencia social y adoptar un enfoque innovador. La creatividad y la adaptabilidad se convirtieron en herramientas esenciales para superar las barreras impuestas por la pandemia.

A continuación, detallo la estrategia metodológica utilizada, en un ejercicio de justificación y descripción del trabajo de campo llevado a cabo. Exploro las técnicas empleadas, los retos superados y las lecciones aprendidas durante este proceso. Este enfoque no solo permitió continuar con la investigación en un momento crítico, sino que también abrió nuevas posibilidades para el estudio de trayectorias laborales en un contexto de crisis.

El uso de lo sociodigital

En el marco de esta investigación, decidí utilizar los medios sociodigitales de una manera específica y focalizada. Estos medios, que pueden desempeñar tres roles distintos en la investigación, como herramientas para la recolección de datos, como espacios de análisis, o una combinación de ambos, se emplearon exclusivamente como medio para contactar a los

trabajadores de la enología. La estrategia consistió en aprovechar las plataformas sociodigitales para interactuar e intercambiar mensajes con enólogos y enólogas, facilitando así la creación de una red de contactos esencial para la investigación.

Este enfoque inicial permitió establecer los primeros vínculos con interlocutores clave en el campo. Una vez establecidos estos contactos iniciales, se implementó la estrategia de "bola de nieve", en la cual los primeros interlocutores ayudaron a conectar con otros profesionales del sector mediante diferentes canales de comunicación. Esta metodología no solo optimizó la recolección de datos, sino que también facilitó la expansión de la red de contactos de manera eficiente.

Aunque la posibilidad de utilizar los medios sociodigitales como espacio de análisis resultaba intrigante, decidí que explorar esta dimensión excedía los límites de esta investigación en particular. No obstante, una parte de la información obtenida a través de la observación de medios sociodigitales si se integró al proyecto. Este análisis específico de la información sociodigital se realizó en apartados concretos, proporcionando un complemento valioso a la recolección de datos primaria.

Es notable cómo los medios sociodigitales, reforzados por la pandemia, se han consolidado como una herramienta en las investigaciones sociales. Sin embargo, su implementación, ya sea como instrumentos de recolección de datos o como campos de análisis, cuenta con una rica trayectoria de estudios y enfoques metodológicos previos. Esta experiencia previa ha demostrado la versatilidad y la eficacia de los medios sociodigitales en la investigación, especialmente en contextos donde las restricciones de movilidad limitan las interacciones físicas.

A continuación, se presenta una breve reseña de la literatura sobre métodos sociodigitales y sus conceptos fundamentales, que justifica teórica y metodológicamente su aplicación en esta investigación.

Eloy Caloca y Enedina Ortega (2016) definen los métodos digitales como el uso de tecnologías digitales para la recolección, análisis o visualización de datos de investigación. Estos métodos abarcan una amplia gama de herramientas, desde registros y operaciones hasta plataformas y programas, incluyendo también la interacción con sujetos en línea. Sin embargo, los métodos sociodigitales van más allá del simple uso de software para investigación. En lugar de ello, abarcan una metodología integral que, desde su diseño,

considera fenómenos, problemas y campos de observación en los cuales se generan, utilizan, almacenan y analizan datos digitales.

En el contexto de esta investigación, el enfoque sociodigital se justifica por su capacidad para adaptarse a las condiciones actuales y por su robustez metodológica. Caloca y Ortega (2016) destacan que, al diseñar una estrategia de investigación digital, se pueden emplear dos tipos principales de métodos: los de mirada cercana y los de mirada distante.

Los métodos de mirada cercana son aquellos que permiten un análisis cualitativo, proporcionando una visión detallada de fenómenos específicos y contextos particulares. Estos métodos son ideales para captar las sutilezas y matices de las experiencias y percepciones individuales. Por otro lado, los métodos de mirada distante se inclinan hacia enfoques cuantitativos, ya que facilitan la extracción y análisis de grandes volúmenes de datos. Estos métodos permiten identificar patrones y tendencias a gran escala, proporcionando una perspectiva más generalizada y sistemática de los fenómenos estudiados.

La aplicación de estos métodos sociodigitales en esta investigación no solo se alinea con la necesidad de adaptarse a las limitaciones impuestas por la pandemia, sino que también permite una integración eficiente de diferentes tipos de datos y análisis. La combinación de métodos cualitativos y cuantitativos fortalece el enfoque metodológico.

En este estudio, opté por métodos de mirada cercana, enfocados en el seguimiento de procesos cualitativos e interacciones en línea. Este enfoque incluye la comunicación a través de mensajería y llamadas, que se extiende hacia entrevistas a profundidad. La elección de estos métodos permite alcanzar los siguientes objetivos:

Trabajo de Campo Híbrido: La estrategia metodológica se basa en un modelo híbrido que comienza con el contacto digital. Este enfoque no solo se adapta a las limitaciones impuestas por la pandemia, sino que también permite la flexibilidad de llevar a cabo entrevistas presenciales cuando es posible.

Construcción de Rapport: La interacción inicial se realiza a través de plataformas digitales, donde se establece una relación de confianza y se construye un rapport con los participantes. La comunicación vía mensajería y los intercambios en grupos especializados facilitan la creación de un vínculo sólido con las y los enólogos. Además, la participación en redes sociales seleccionadas por los propios enólogos permite una inmersión en sus comunidades profesionales.

Estos métodos no solo proporcionan una valiosa comprensión cualitativa de las trayectorias laborales y formativas, sino que también optimizan el proceso de recolección de datos al adaptarse a las condiciones actuales y a la disponibilidad de los participantes. La combinación de contacto digital y encuentros presenciales enriquece la investigación, ofreciendo una visión integral y detallada de los temas en estudio.

La etnografía digital, una metodología clave dentro de los métodos de mirada cercana, representa un enfoque innovador para la investigación en el contexto de los medios digitales. Este método abarca la observación participante en foros, perfiles y comunidades en línea, así como la realización de entrevistas y encuestas según se ajuste a los objetivos del estudio. La etnografía digital es especialmente recomendada cuando se pretende explorar a fondo los medios sociodigitales como un campo de investigación en sí mismo (Bárcenas y Preza, 2019).

Edgar Gómez Cruz (2017) profundiza en la etnografía digital, describiéndola como un enfoque investigativo que no solo cuestiona y examina el rol de lo digital como objeto de estudio, sino que también considera su función como herramienta de investigación. Según Gómez Cruz, este enfoque transforma la manera en que construimos conocimiento, al integrar lo digital tanto en el proceso de investigación como en el análisis de datos.

En el marco de esta investigación, decidí emplear los medios sociodigitales principalmente como una herramienta instrumental. La etnografía digital, en su faceta más amplia, incluye una variedad de técnicas y enfoques que podrían enriquecer el estudio. Sin embargo, para los fines específicos de este trabajo, se ha optado por utilizar principalmente la parte relacionada con las entrevistas y la interacción directa en línea.

A pesar de que la etnografía digital se ha limitado a una función instrumental en este estudio, resulta fundamental definir y comprender este concepto. La etnografía digital, al ofrecer una perspectiva enriquecida sobre la interacción en el ámbito digital, aporta un entendimiento más detallado del comportamiento y las trayectorias de los enólogos y enólogas.

En el ámbito de la investigación, la relación entre el investigador y sus interlocutores debe ser construida sobre principios de reciprocidad, empatía y ética[12] En esta investigación, se ha asegurado que todos los participantes hayan dado su consentimiento informado, y se ha hecho un esfuerzo consciente para proteger su privacidad, cambiando sus nombres y manteniendo el anonimato cuando así lo solicitaron.

Es importante recordar que no toda la información disponible en internet es de acceso público. Por esta razón, se ha tomado la precaución de obtener la autorización de los participantes antes de utilizar materiales como fotos, videos o capturas de pantalla. Además, se han eliminado nombres, rostros y otras señas particulares para respetar la privacidad de los individuos (Estalella, 2018).

Como en cualquier metodología de investigación, los métodos sociodigitales presentan ciertos sesgos. Un sesgo significativo en este estudio es la inclinación hacia una población de enólogos y enólogas más jóvenes o de una generación particular, dado el predominio de los medios sociodigitales entre estos grupos. Para mitigar este sesgo, se previó que los primeros contactos en línea sirvieran de puente para conectar con generaciones menos familiarizadas con estas plataformas, facilitando así el establecimiento de conversaciones por correo electrónico o videollamada.

Otro sesgo identificado es el del origen nacional. Los países incluidos en el estudio fueron aquellos a los que se pudo acceder a través del idioma y mediante la red de contactos inicial, los cuales se establecieron a través de los medios sociodigitales.

Estrategia de recolección de datos y proceso de análisis

Como y se mencionaba y como se podrá leer más detalladamente en la sección del anexo metodológico, el enfoque se centró en el uso de plataformas sociodigitales para establecer contacto con enólogos y enólogas, con el fin de obtener información sobre sus trayectorias formativas y laborales. Lo primero fue delimitar las plataformas más adecuadas para llevar a

[12] Es decir, debe tratarse al entrevistado como un interlocurtor, como un igual que comparte su experiencia de manera voluntaria, consiente e informada, no tratarlo como si fuera un objeto ajeno o completamente distinto al investigador, evitando caer así es superioridades morales o relaciones de poder.

cabo la investigación. Inicialmente se seleccionaron Twitter, Facebook e Instagram, cada una con características distintas para la interacción con los interlocutores.

Twitter se descartó rápidamente debido a sus limitaciones en la comunicación. Solo es posible enviar mensajes directos a usuarios que te siguen, lo que restringió severamente el alcance. Facebook, aunque permitía enviar mensajes directos a cualquier persona, hubo dificultades para establecer contacto personal, ya que muchos usuarios consideraban invasivo recibir mensajes de desconocidos. Sin embargo, los grupos de Facebook resultaron ser una herramienta valiosa. Estos grupos, organizados en torno a intereses comunes como la enología, ofrecieron espacios para compartir recursos (artículos, estudios, eventos), foros de preguntas y respuestas entre miembros y oportunidades para *networking* dentro de la comunidad enológica. Aunque no se logró mucho éxito en el contacto directo, los grupos permitieron obtener un entendimiento del contexto y las inquietudes de los enólogos y enólogas, proporcionando una visión valiosa de las prácticas e innovaciones en el campo.

Finalmente, Instagram fue la plataforma seleccionada para la mayor parte del trabajo de campo. Sus características clave que beneficiaron el contacto con los enólogos y enólogas fueron el acceso directo a perfiles públicos o privados, lo que permitía enviar mensajes sin necesidad de ser "amigos" o seguidores previos. La aceptación de mensajes de desconocidos ya que los usuarios de Instagram están más habituados a recibir mensajes de personas que no conocen, lo que facilitó la comunicación y su enfoque visual, al ser una plataforma centrada en las imágenes o fotos, muchos enólogos y bodegas ya utilizaban Instagram como un portafolio digital para mostrar sus técnicas, productos y resultados. Esto no solo permitió un contacto más fluido, sino que también ofreció un contexto visual para entender mejor el trabajo de los enólogos y enólogas.

Dado el riesgo inherente en el uso de redes sociales, se decidió crear un perfil profesional específico para la investigación, evitando así el uso de cuentas personales. La razón principal fue proteger la privacidad y evitar exponer información personal que pudiera comprometer el proceso de investigación. Según las investigaciones de Ana Paulina Gutiérrez (2016) y Cristine Hine (2015), los perfiles nuevos en redes sociales suelen generar desconfianza entre los usuarios, especialmente si tienen pocas interacciones o seguidores. Esta barrera fue evidente en el estudio, ya que, al utilizar un perfil recién creado, los posibles entrevistados podían cuestionar la autenticidad del mismo.

Por lo tanto, se creó el perfil con dos meses de anticipación para construir una base mínima de seguidores. Se pidió a amigos y familiares que interactuaran con el perfil, comentando y dando "likes" a las publicaciones, lo que ayudó a validar su autenticidad. Las publicaciones en el perfil fueron cuidadosamente seleccionadas para mantener la discreción (sin revelar demasiada información personal), pero lo suficientemente detalladas para parecer creíbles.

Para identificar a los enólogos y enólogas en Instagram, se utilizó el rastreo de hashtags. Esta técnica consistía en buscar palabras clave relacionadas con el campo enológico, como #enólogos, #winemakers, y hashtags específicos de cada país (#mujeresenelvino, #enologosdeargentina, #enologoschilenos, entre otros). Los hashtags actúan como puertas de acceso a comunidades temáticas, permitiendo conectar a usuarios que comparten intereses específicos. Esto facilitó la identificación de enólogos y enólogas que estaban activamente participando en discusiones sobre vino. Hashtags como #mujeresenelvino revelaron redes de apoyo y colaboración entre enólogas, lo que permitió analizar cómo las mujeres en la industria se posicionan y conectan entre sí.

En un segundo momento, para superar la limitación de depender exclusivamente de las redes sociales, se implementó la técnica de la bola de nieve. Esta técnica consistía en pedir a los primeros entrevistados que recomendaran a otros enólogos y enólogas que podrían participar en el estudio. Al obtener recomendaciones directas de los entrevistados, se logró acceder a una mayor variedad de contactos, diversificando la red.

A lo largo del proceso metodológico, se identificaron varios sesgos que afectaron la representatividad y el desarrollo de la investigación. La estrategia de bola de nieve buscó corregir estos sesgos mediante ajustes y adaptaciones en el trabajo de campo. En un principio, la búsqueda de enólogos y enólogas en Instagram mostró una sobrerrepresentación de ciertos países en la muestra, lo que generó un desequilibrio en la diversidad geográfica. Este sesgo fue detectado cuando se notó que muchos de los contactos iniciales provenían de países como Argentina y Chile, mientras que había escasez de entrevistados de otras regiones importantes en la enología. La implementación de la técnica de la bola de nieve permitió corregir este desequilibrio. Se pidió a los primeros entrevistados que recomendaran a enólogos y enólogas de otros países no representados en la muestra, lo que ayudó a diversificar el grupo de entrevistados y obtener una visión más equilibrada de la enología en diferentes contextos.

Otro sesgo detectado fue el sesgo de edad. La mayor parte de los primeros entrevistados eran enólogos y enólogas jóvenes, lo que limitaba el análisis de las trayectorias laborales y formativas de enólogos más experimentados. Se pidió a los entrevistados iniciales que recomendaran a colegas de diferentes rangos de edad, lo que permitió incluir en la muestra a enólogos y enólogas con trayectorias más largas y consolidadas.

Finalmente, aunque el estudio buscaba analizar el impacto del género en las trayectorias laborales y formativas, se encontró que los hombres eran más reticentes a hablar de temas relacionados con la desigualdad de género en la enología. Algunos enólogos varones mostraron resistencia a profundizar en preguntas sobre la distribución de las tareas de cuidado o la equidad de género en el trabajo, posiblemente por temor a ser juzgados o a que sus respuestas fueran malinterpretadas. Para solucionar este sesgo, se ofreció a los entrevistados la posibilidad de no grabar la entrevista cuando se abordaban estos temas sensibles. Esta estrategia permitió obtener respuestas más abiertas y sinceras en temas donde inicialmente había resistencia. Las enólogas, en cambio, fueron más abiertas al discutir sobre las dificultades laborales y familiares que enfrentan, aportando una perspectiva de género más detallada.

Si bien no fue un sesgo, si fue un reto crear rapport mediante los medios sociodigitales, la desconfianza hacia el origen del investigador también representó un desafío. Algunos entrevistados, especialmente en países como España y Chile, mostraron reticencia a participar debido a la percepción de México en los medios internacionales, lo que complicaba la fluidez de la información. La implementación de la técnica de la bola de nieve fue vital para acceder a estos espacios más cerrados. Al ser recomendados por colegas locales, los enólogos y enólogas de estos países mostraron mayor disposición a participar en el estudio.

Estrategia de Análisis de la Información de Campo

Dada la gran cantidad de datos cualitativos recolectados a través de entrevistas, se necesitaba una herramienta que permitiera manejar la complejidad de la información. Para ello, se utilizó Atlas.ti, un software especializado en el análisis cualitativo que facilita la codificación, organización y análisis de datos.

El uso de Atlas.ti se justificó por varias razones, primero que nada, la facilidad de uso, a diferencia de otros programas de análisis cualitativo, Atlas.ti tiene una curva de aprendizaje

más rápida, lo que lo hace accesible para investigadores con poca experiencia en el manejo de software de este tipo. En segundo lugar, su interfaz intuitiva, su diseño permite organizar la información de manera clara, maximizando el uso del tiempo de investigación. Tercero, la optimización del análisis, la capacidad de manejar grandes volúmenes de datos en diversos formatos (textos, imágenes, videos, entre otros) facilita la comparación y contraste de información.

Este software fue clave para trabajar con los datos obtenidos de las entrevistas semiestructuradas, ya que ayudó a manejar eficientemente la complejidad del material recopilado y a codificar la información de forma precisa. El proceso de análisis cualitativo a través de Atlas.ti se basa en la codificación de fragmentos de información relevantes. Esto implica etiquetar partes del texto con conceptos o categorías que ayudan a organizar el material para su posterior análisis. Para lograr esto, se siguió un proceso de creación de códigos, con los siguientes pasos:

- El primer paso fue revisar el proyecto general y extraer los temas más importantes que guiarían el análisis. Estos temas sirvieron como base para la codificación y estaban relacionados con los marcadores interseccionales clave en la investigación: género, origen nacional y recursos de clase. Además, se incluyeron otros temas como trayectorias formativas y trayectorias laborales, ya que estas eran categorías centrales del análisis.
- El segundo paso una vez identificados los temas generales, estos se dividieron en conceptos más específicos, lo que permitió organizar mejor la información. Este proceso de desagregación implicó un primer nivel de conceptos, donde se identificaron subcategorías bajo cada tema general. Por ejemplo, bajo "género" se exploraron cuestiones como desigualdad de género en la industria enológica, prejuicios basados en tareas asociadas a género y equilibrio trabajo-familia, especialmente para mujeres enólogas. En el segundo nivel conceptual cada subcategoría se refinó para obtener una mayor precisión en la codificación. Por ejemplo, en el caso de "recursos de clase", se analizaron capitales económicos, sociales y culturales, y cómo estos influyen en la trayectorias formativas y profesionales de los enólogos y enólogas.

- En el tercer paso cada concepto del segundo nivel se acompañó de una descripción clara de qué tipo de información se buscaba codificar en las entrevistas. Esto aseguró que el análisis fuera coherente y organizado. Por ejemplo, para "origen nacional", se marcaban situaciones donde se observaban preferencias o prejuicios hacia enólogos y enólogas de ciertos países. Mientras que para "género", se buscaba identificar diferencias en las oportunidades laborales entre hombres y mujeres.
- El último paso fue transformar los conceptos en palabras clave que luego se convertirían en los códigos utilizados para el análisis. Estas palabras clave ayudaron a estructurar el análisis de manera clara, permitiendo marcar fragmentos de texto relevantes en las entrevistas. Algunos ejemplos de códigos creados fueron: preferencias por enólogos nacionales/extranjeros, desigualdades de género, capital económico en enólogos y enólogas, trayectorias formativas internacionales.

Posteriormente el siguiente paso fue aplicar los códigos a una muestra inicial de entrevistas. Esta fase fue esencial para validar la utilidad de los códigos y asegurarse de que capturaban la información necesaria. Se seleccionó una muestra de 10 entrevistas para el primer marcaje, con el objetivo de probar si los códigos eran adecuados y proporcionaban la información relevante. Refinar los códigos, eliminando aquellos que no aportaban valor y añadiendo otros nuevos si era necesario.

Tras el primer marcaje, se ajustaron los códigos según los resultados obtenidos. Este proceso permitió depurar los códigos, haciendo más eficiente la organización del análisis. Además, se identificaron códigos libres, es decir, conceptos importantes que aún no tenían una relación clara con otros códigos pero que podían ser relevantes más adelante. Ejemplo de códigos libres: Movilidad y prestigio. Aunque eran temas relevantes, en la primera fase del análisis no se identificaron relaciones claras con los marcadores interseccionales.

Una vez establecidos los códigos, se procedió a graficar y modelar las conexiones entre ellos. Este proceso es fundamental en Atlas.ti, ya que permite visualizar cómo los diferentes conceptos se relacionan entre sí y facilita el análisis de las dinámicas complejas dentro del campo de estudio.

Con los códigos bien definidos, Atlas.ti permitió un análisis más exhaustivo de las entrevistas. Se facilitó la comparación de datos entre diferentes entrevistas, lo que permitió

identificar patrones comunes y diferencias significativas. El software también permitió construir redes conceptuales, que ayudaron a visualizar las relaciones entre diferentes temas y conceptos. Estas redes fueron esenciales para entender cómo los marcadores interseccionales se entrelazaban con las trayectorias laborales y formativas.

Otra herramienta utilizada fue la tabla de co-ocurrencias para explorar cómo diferentes códigos interactúan entre sí. Por ejemplo, se pudo examinar la co-ocurrencia de códigos como movilidad internacional y género, lo que te permitió entender cómo el género impacta la movilidad en las trayectorias formativas y laborales. Si se está trabajando con múltiples grupos, por ejemplo, enólogas, enólogos o diferentes países se puede realizar un análisis comparativo usando grupos de documentos o familias. Esto permite comparar las trayectorias laborales por diferentes variables de interés y explorar cómo estas influyen en los recorridos profesionales.

Al integrar programas de análisis de datos en la investigación, se eleva notablemente la calidad de los estudios al reforzar la coherencia y el rigor en los procedimientos analíticos. Entre las principales ventajas, destacan la rapidez y eficiencia que estos programas aportan a tareas mecánicas clave, como la segmentación, recuperación y codificación de información.

Una vez finalizada la codificación de las entrevistas y aplicados los diversos códigos y subcódigos, se procedió a acceder a los resultados consolidados de esta codificación. La función principal del sistema radica en agrupar los contenidos de cada entrevista según los códigos establecidos. Esto significa que el programa facilita la descarga de las declaraciones de todas las entrevistas, organizadas por temas, lo que permite realizar comparaciones y analizar de forma detallada las distintas argumentaciones que emergen de las entrevistas. Teniendo estos reportes es posible una relectura de los datos, pero ahora desde una perspectiva distinta. Esta segunda revisión implica enfocar la atención en las citas asociadas a un código específico o buscar aquellas que cumplan con ciertas condiciones específicas.

Con ayuda del explorador de co-ocurrencias fue posible identificar y visualizar las citas cuyos códigos se superponían parcial o totalmente. Gracias a esta función, pude acceder directamente a todos los casos de co-ocurrencias sin la necesidad de revisar documento por documento para localizar fragmentos repetidos, está herramienta se utilizó en especial para buscar las co-ocurrencias entre los diferentes marcadores interseccionales y las trayectorias tanto formativas como laborales. Esta capacidad de acceso rápido resulta especialmente útil

en el análisis, ya que permite identificar fácilmente los casos en los que fragmentos de texto similares han sido codificados de manera distinta. Esto no solo optimiza el sistema de codificación, sino que también facilita el establecimiento de relaciones significativas entre códigos.

En esta sección, se hace evidente el impacto de cada marcador en las trayectorias, evaluado a partir de la frecuencia de las interacciones entre relaciones y testimonios. Este análisis permitió jerarquizar los marcadores, mostrando cómo el origen nacional ocupa un lugar destacado en los testimonios de los entrevistados, incluso por encima del género o los recursos de clase. La utilización de Atlas.ti fue fundamental para visualizar y ponderar estas relaciones.

Un aspecto fundamental en el proceso de codificación fue la selección de citas o fragmentos específicos para una revisión más detallada, lo que permitió realizar un microanálisis de su significado. En términos prácticos, esta selección se apoyó en uno de los recursos más utilizados del software ATLAS.ti, los listados de códigos junto con sus definiciones y citas asociadas. A partir de la revisión de las citas vinculadas a cada código, se escogieron aquellos pasajes que resultaban especialmente interesantes o complejos y se procedió a examinarlos en detalle.

Este análisis exhaustivo de las citas seleccionadas motivó la creación de nuevas anotaciones y la revisión de algunas ya existentes. Esta fase fue un proceso manual, utilizando lápiz y papel para identificar patrones y matices en las citas, dando pie a nuevas reflexiones, preguntas y primeros hallazgos, teniendo siempre como guía la pregunta de investigación.

Una actividad clave en el análisis exhaustivo fue la creación de relaciones entre códigos. Este proceso se desarrolló en varias etapas: a) en primer lugar, se abrió una "vista de red" para cada familia de códigos; b) en esta vista, se establecieron relaciones entre los códigos, considerando sus definiciones y, cuando fue necesario, consultando citas asociadas para una mayor precisión; c) además, se crearon nuevos tipos de relaciones y se ajustaron algunos de los predeterminados de ATLAS.ti para adaptarlos a las necesidades del análisis; d) en relaciones particularmente relevantes, se añadieron comentarios explicativos; e) se añadieron comentarios a cada vista de red, aquí era importante poder ver las relaciones de los códigos

que se habían marcado como libre como fue el caso de la "movilidad" se sabía que era un código fuerte pero no se tenía claro con que otros códigos se relacionaba ni de qué forma.

Uno de los pasos finales en el análisis consistió en un esfuerzo de revisión y síntesis. En esta etapa, la reducción no se limitó a simplificar los códigos de primer nivel, sino que abarcó todo el conjunto de elementos analíticos: relaciones, anotaciones, vistas de red y comentarios. El punto de partida fueron las anotaciones o memos, en las cuales se identificaron puntos clave, omisiones y aspectos que requerían verificación o ampliación.

A partir de estas anotaciones, se revisaron las vistas de red, ajustándolas para reflejar con precisión los elementos adicionales o refinados. Como cierre de este proceso, se generaron listados completos de las anotaciones, definiciones de códigos y citas seleccionadas, destacando aquellas especialmente ilustrativas o relevantes para la tesis. Todas estas salidas fueron sometidas a una revisión final para asegurar su alineación con los objetivos de la investigación y evaluar en qué medida respondían a dichos objetivos.

Con los resultados del análisis en mano, se inició la redacción de los capítulos correspondientes La estructura se organizó en torno a los planos analíticos desarrollados, y el conjunto de materiales generados en la fase previa facilitó una escritura concreta de cada capítulo.

Finalmente, para concluir con la parte del análisis, es pertinente señalar que la unidad de análisis de este estudio fueron las trayectorias formativas y laborales de las y los enólogos, lo que se marcó en las entrevistas fue como los interlocutores construyeron su desarrollo profesional y cómo los marcadores interseccionales, como el género, la clase, el origen nacional, influyeron en sus experiencias. Estas trayectorias ofrecen una perspectiva longitudinal que permite entender el proceso dinámico de adquisición de competencias, capitales sociales y simbólicos, así como la manera en que las personas negocian su identidad profesional.

El análisis de las trayectorias me permitió observar cómo el acceso a la educación o formación especializada está condicionado por factores como la clase social, el género o el origen nacional. Por ejemplo, los recursos económicos y el capital cultural de las familias pueden influir en la posibilidad de acceder a instituciones prestigiosas o formaciones avanzadas. Las trayectorias formativas pueden reflejar oportunidades de movilidad social

ascendente o barreras que limitan dicha movilidad, especialmente en contextos donde el capital simbólico y social, por ejemplo, redes de contactos juegan un papel importante.

A través de la formación, los individuos adquieren no solo conocimientos técnicos, sino también capital social y cultural. Esto es particularmente relevante cuando se estudian profesiones donde la pertenencia a redes profesionales o la afiliación a ciertas instituciones educativas ofrece prestigio o reconocimiento. Recordemos que un código importante para el análisis fue el del prestigio.

Las trayectorias formativas y laborales también se analizaron para entender cómo se configuran las jerarquías dentro de un campo profesional. Factores como el género, la clase o el origen nacional pueden influir en el acceso a posiciones de poder o prestigio dentro de una profesión. Por eso era importante explorar como esos marcadores permiten que las personas se muevan o no dentro de su campo profesional. Esto incluye tanto la movilidad geográfica como la movilidad vertical, ascenso dentro de la jerarquía profesional o lateral cambios de áreas dentro de una misma profesión, que además se puede explicar muy bien desde la sociología de las profesiones.

Teniendo como unidad de análisis las trayectorias formativas y laborales también fue posible revelar como los enólogos y enólogas responden a las oportunidades y barreras que enfrentan. Pueden desarrollar estrategias como la adquisición de nuevas competencias, la creación de redes de apoyo o la especialización en áreas nicho para superar obstáculos relacionados con el género, la clase o el origen nacional.

A lo largo de los capítulos 3 y 4 se destacan testimonios seleccionados para ilustrar los principales hallazgos del análisis. Estos relatos no fueron escogidos por su carácter excepcional o por tener mayor relevancia que otros, sino porque representan las percepciones y pensamientos compartidos por la mayoría de los entrevistados sobre los diversos temas abordados. A través de estos ejemplos, se busca dar voz a los sentimientos y perspectivas comunes, ofreciendo una visión más amplia y comprensiva de los temas analizados.

2.2.2 Estado del arte del tema e historia de la enología

Parte de la información recabada en campo se utilizó para enriquecer el estado del arte, dado que se enfrentaron dificultades significativas para encontrar bibliografía especializada que abordará el tema desde un enfoque social o que se centrará específicamente en enólogos y

enólogas. Este enfoque permitió iluminar aspectos específicos y menos documentados del contexto enológico, ofreciendo una perspectiva sobre la realidad de estos profesionales dentro del vasto universo del vino.

Al explorar la literatura disponible sobre enología en América Latina y España, se observa que la mayoría de las investigaciones se centran en aspectos técnicos del trabajo enológico. Temas como el uso de levaduras, perfiles sensoriales, fermentación, técnicas industriales, y características organolépticas y químicas son frecuentemente abordados. Investigaciones como las de Juan Piqueras (2011) y Florencia Rodríguez (2011) han analizado la evolución de las escuelas de enología. Otros autores, como Juan Miquel Canals (2016) y Florencia Rodríguez en conjunto con Patricia Barrio (2014, 2020), han examinado la formación y profesionalización de los enólogos y enólogas a lo largo de la historia, destacando su papel en el proceso de producción del vino.

Además, estudios realizados por Silvia Roba (2017), Estruch i Peret Jaume (2016), y otros como Juan Gómez, Cristina Lasanta, Lucía Benítez, Pedro Marín y Carmen Silva (2013, 2017) han puesto énfasis en la relación entre enólogos y consumidores. Estos trabajos exploran cómo la figura del enólogo y la enóloga se ha convertido en un atractivo distintivo dentro de las bodegas, subrayando la importancia de dotar a los estudiantes de enología con competencias comunicativas como parte integral de su formación científica.

El impacto histórico del enólogo y la enóloga en el desarrollo de regiones vitivinícolas también ha sido objeto de estudio por autores como Rodolfo Richard-Jorba (2005) y Pablo Lacoste (2003). Además, trabajos más recientes sobre enología se publican en revistas especializadas como Wine Spectator, Wine Enthusiast, ACENOLOGÍA: Revista de Enología Científica y Profesional, SOBREMESA: Revista española del vino y la gastronomía, Vinetur: La revista digital del vino, Tecnovino, entre otras.

Hay algunos textos que, si bien no se centran propiamente en los enólogos y enólogas, si representan un esfuerzo por mostrar cómo se puede hacer una análisis de los trabajadores del vino usando diferentes marcadores de diferenciación. Tal es caso del trabajo realizado por Martha Judith Sánchez, Francisco Torres e Inmaculada Serra (2015) La segmentación étnica, de género y origen nacional en el mercado laboral del sector vitivinícola: una comparación entre Ribera del Duero y Utiel–Requena, España. Este texto describe cómo las zonas vitivinícolas de Ribera del Duero y Utiel-Requena han experimentado cambios desde los

años 80 debido a la globalización y reestructuración del mercado del vino, lo que aumentó la demanda de mano de obra migrante en la vendimia. Ribera del Duero se ha posicionado como una región de prestigio, con vinos de calidad embotellados y empresas modernas, mientras que Utiel-Requena sigue un modelo tradicional, orientado al vino a granel y operado por pequeños propietarios y cooperativas.

El mercado laboral en ambas áreas se divide entre empleos estables para españoles y trabajos temporales, ocupados en su mayoría por inmigrantes de Europa del Este, Marruecos y América Latina. También se observa un cambio en la participación femenina, con más mujeres en empleos remunerados. La vendimia depende de redes informales de reclutamiento transnacional, y aunque Ribera del Duero ha logrado adaptarse al mercado global, Utiel-Requena enfrenta desafíos por su estructura menos moderna.

La recopilación de datos y el análisis de las experiencias de los enólogos y enólogas proporcionaron la posibilidad de ampliar el análisis a temas que no estaban cubiertos en la literatura existente. A través de la información obtenida, se lograron identificar y documentar las particularidades del trabajo en la enología, así como las dinámicas sociales y profesionales que influyen en este campo.

Este proceso no solo ayudó a superar las lagunas en la literatura, sino que también permitió construir un marco más completo y contextualizado sobre el mundo del vino, con una visión detallada de los desafíos, las oportunidades y las realidades que enfrentan los profesionales en este ámbito.

-El origen de la enología

La historia de la enología está intrínsecamente ligada a la del vino mismo. El vino, definido como la bebida obtenida por la fermentación del jugo de la uva gracias a la acción de las levaduras (Peñin, 2008; Hidalgo, 1999), ha sido objeto de estudio desde los primeros días de su cultivo y fermentación. La enología, como ciencia dedicada al estudio del vino, se ha desarrollado paralelamente con el propio arte de vinificar.

Louis Pasteur, a menudo considerado el primer enólogo moderno, desempeñó un papel fundamental en el avance de esta ciencia. Pasteur descubrió que la fermentación alcohólica es causada por un organismo vivo, el fermento, y desarrolló un conjunto de técnicas microbiológicas para demostrarlo. A través de sus investigaciones, Pasteur probó

experimentalmente que las bebidas fermentadas son el resultado de la acción de levaduras vivas que transforman la glucosa en etanol (Maguiña, 1996). Además de su contribución al estudio de los vinos afectados permitió identificar que cada enfermedad era provocada por un microorganismo diferente, aportando soluciones y avances significativos en la calidad y seguridad del vino.

Louis Pasteur, una figura trascendental en la historia de la ciencia, no solo revolucionó nuestro entendimiento de la fermentación alcohólica, sino que también dejó una huella imborrable en el campo de la enología. En el año 1857, Pasteur dio a conocer sus hallazgos pioneros en un documento preliminar que, dos años después, se consolidó en su obra definitiva, Mémoire sur la fermentation alcoolique. Este trabajo no solo desentrañó el misterio detrás de la conversión de azúcares en etanol, sino que también abrió las puertas a una nueva era en la microbiología aplicada al vino (Maguiña, 1996).

El impacto de su trabajo se consolidó con la fundación, en 1880, de la Estación Agronómica y Enológica de Burdeos. Este instituto, bajo la dirección de Ulysse Gayon, un discípulo de Pasteur, se convirtió en un bastión de conocimiento y desarrollo en la enología. La tradición de excelencia continuó, con los sucesores de Pasteur al frente de la fundación hasta 1997, estableciendo a Burdeos como un referente indiscutible en la formación enológica.

Entre los desafíos que enfrentó la vinicultura estaba el exceso de hierro en el vino, un problema causado por las técnicas y los instrumentos utilizados en su manipulación. Esta enfermedad particular subrayó la necesidad de formación especializada en técnicas de tratamiento del vino. En respuesta, se desarrolló una técnica para eliminar el hierro conocida como el uso de ferrocianuro de potasio, marcando un avance en la preservación y calidad del vino. Para garantizar que esta técnica se aplicara de manera segura y eficaz, y que los vinos en el mercado fueran seguros para el consumo, se introdujo en 1955 el Diploma Nacional de Enología en Francia.

Este diploma no solo certificaba a los enólogos para aplicar la técnica de eliminación de hierro, sino que también los responsabilizaba de verificar que los vinos comercializados pasaran por este proceso antes de llegar al mercado. Aunque hoy en día el ferrocianuro de potasio ha sido reemplazado por métodos más seguros y modernos, el Diploma Nacional de Enología se convirtió en un hito en la profesionalización de la enología.

El diploma marcó el primer paso para establecer la enología como una profesión formal. De acuerdo con testimonios de enólogos, el diploma no solo validaba la técnica de eliminación de hierro, sino que también proporcionaba una formación básica en viticultura, sin alcanzar el nivel de un ingeniero agrónomo, pero estableciendo así un estándar de profesionalismo en el campo.

En sus primeros años, la labor de las y los enólogos se centraba en la producción del vino, la realización de los procesos de vitivinificación y el conocimiento de las regulaciones vinícolas del país. Con la introducción del Diploma Nacional de Enología en Francia en 1955, el país se consolidó como un líder en la formación vitivinícola, estableciendo un estándar que influiría en la profesionalización de enólogos en todo el mundo. Así, los enólogos franceses se convirtieron en figuras clave en la formación y capacitación de profesionales en otras regiones vinícolas.

Aunque este estudio no abarca exhaustivamente cada país, a continuación, se presentan algunos ejemplos representativos de cómo la carrera de enología se profesionalizó en diferentes naciones.

En España, el proceso de profesionalización comenzó en 1965 con la creación de la Asociación Nacional de Enólogos, bajo la administración del Sindicato Nacional de la Vid. Esta organización, que posteriormente se transformó en la Asociación de Enólogos de España con delegaciones regionales, fue fundamental en la consolidación de la profesión. Durante esos años, no existían estudios universitarios específicos en enología, y la profesión era desempeñada generalmente por titulados universitarios en áreas afines como agronomía, farmacia, química, biología (a menudo especializada en bioquímica) e ingeniería técnica agrícola (Pujol y Fernández, 2001). En algunos casos, las tareas asociadas con la enología eran realizadas por bodegueros y técnicos especialistas en vitivinicultura con formación profesional.

A finales de los años 80, el panorama vinícola español experimentó una notable modernización, impulsada por el deseo de mejorar la imagen, las técnicas y la calidad de los productos vinícolas del país. Este proceso incluyó una profesionalización significativa de la formación académica en enología. En 1991, se estableció la exigencia de una titulación universitaria en el área para pertenecer a la Asociación de Enólogos. Este primer paso sentó las bases para una formación académica más rigurosa y especializada. En 1996, la

Universidad de La Rioja inauguró la licenciatura universitaria en enología, estableciéndose como una institución pionera en la formación de enólogos (Pujol y Fernández, 2001).

Este avance en la profesionalización de la enología no solo elevó el estándar de la industria en España, sino que también reflejó un cambio global hacia la formalización y especialización de esta disciplina, un cambio impulsado por la evolución del vino de una simple bebida a una ciencia compleja y respetada.

En la década de 1880 en Argentina, la demanda de técnicos enólogos era aún limitada. La viticultura se llevaba a cabo de manera empírica, con bodegas pequeñas que eran operadas por los viticultores y sus familias sin la necesidad inmediata de personal técnico especializado (Rodríguez y Barrio, 2020). En estas circunstancias, la experiencia práctica adquirida directamente en el trabajo, el conocimiento transmitido de generación en generación o el contacto con enólogos extranjeros eran valorados más que el aprendizaje formal.

El acceso a un enólogo capacitado era considerado un lujo, y cuando se podía costear, la preferencia se inclinaba hacia la experiencia laboral previa y la tradición vitivinícola local en lugar de una formación académica estructurada.

Según algunos entrevistados la necesidad de formalizar y profesionalizar la enología en Argentina llevó a la creación de la Escuela de Vitivinicultura en 1913, que comenzó a expedir el título de enólogo. Antes de esto, las instituciones educativas en Argentina se enfocaban en formar peritos o técnicos agrícolas sin especialización en enología. Como resultado, los primeros egresados de la Escuela de Vitivinicultura enfrentaron desafíos significativos al intentar integrarse al mercado laboral local y regional. A pesar de la existencia de una nueva generación de profesionales enólogos, la preferencia por enólogos y enólogas extranjeras persistió, reflejando una falta de confianza en la capacitación local.

Esta situación, sin embargo, ha cambiado con el tiempo. La profesionalización de la enología en Argentina ha avanzado significativamente, y el país ha logrado superar la preferencia por enólogos y enólogas extranjeras. En contraste, en otros países, como México, aún se observa una tendencia similar a contratar enólogas y enólogos extranjeros en lugar de desarrollar y confiar en la formación local.

La evolución de la enología en Argentina ejemplifica el proceso de consolidación y reconocimiento de la profesión a nivel nacional, donde la educación formal y la capacitación especializada han adquirido un papel central en el desarrollo de la industria vitivinícola.

En el caso de Chile, la situación de la vitivinicultura a fines del siglo XIX muestra paralelismos con la de Argentina. Durante esa época, la industria vitivinícola chilena estaba en manos de familias aristocráticas que controlaban extensas viñas y bodegas. Con el objetivo de mejorar la calidad de sus vinos y adaptarse a las nuevas variedades de uvas importadas de Francia, Italia y España, estas familias decidieron contratar enólogas y enólogos franceses. Se creía que estos profesionales, con su experiencia y conocimientos en las variedades europeas, serían capaces de maximizar el potencial de las nuevas cepas y optimizar los procesos de producción.

La presencia de enólogas y enólogos extranjeros no solo trajo técnicas avanzadas y un nuevo enfoque al proceso de vinificación, sino que también dejó una huella significativa en la formación de la industria vitivinícola chilena. Sin embargo, a medida que la industria se desarrolló, la necesidad de contar con enólogas y enólogos nacionales capacitados se hizo evidente. Hoy en día, los enólogos chilenos ocupan la mayoría de los puestos en la industria vitivinícola del país, marcando una transición hacia la profesionalización local.

Los entrevistados añaden que en Chile, la obtención del título de enólogo está regulada por la ley. Para ser acreditado como enólogo, es necesario ser ingeniero agrónomo titulado con una especialidad en enología y viticultura. Además, se debe aprobar un examen de enólogo, que es administrado anualmente por la Asociación de Ingenieros Agrónomos Enólogos de Chile. Este sistema garantiza que los profesionales chilenos estén altamente capacitados y cumplan con los estándares establecidos para la producción de vino de calidad.

Así, la enología en Chile ha evolucionado de depender de la experiencia de enólogas y enólogos extranjeros a formar una sólida base de profesionales locales, capaces de liderar y continuar el desarrollo de la industria vitivinícola chilena con un conocimiento especializado en sus propias cepas y técnicas de producción.

De esta manera, muchos países con una larga tradición vitivinícola han logrado consolidar sus instituciones educativas especializadas en enología, convirtiéndose en referentes internacionales en la formación de profesionales del vino. Estas naciones no solo han perfeccionado sus técnicas y conocimientos, sino que también han establecido centros de enseñanza que atraen a enólogos y enólogas de todo el mundo, deseosos de aprender y especializarse en ambientes con una rica herencia vitivinícola.

Entre estos países, aquellos con una historia más establecida en la producción de vino han emergido como destinos privilegiados para los aspirantes a enólogos y enólogas. Francia, Italia, España y Chile son ejemplos destacados, donde las instituciones educativas y programas de formación en enología gozan de prestigio global y continúan formando a profesionales de excelencia. Estas escuelas no solo brindan una educación técnica avanzada, sino que también ofrecen una inmersión cultural en las tradiciones vinícolas que han definido el carácter de sus regiones vitivinícolas.

Por contraste, en países donde la profesionalización enológica es relativamente nueva, como en México, el desarrollo de la industria está en una etapa de consolidación. Aunque el país cuenta con una creciente formalización de la formación en enología es un proceso reciente. En México, por ejemplo, algunas universidades están alcanzando la cuarta generación de graduados en enología a partir de 2021. Este desarrollo aún joven refleja un esfuerzo significativo por parte de las instituciones educativas mexicanas para establecer programas robustos y de calidad, que atiendan las necesidades y desafíos específicos del sector vitivinícola nacional.

Así, mientras que las naciones con una larga historia vitivinícola han establecido una sólida reputación como centros de formación en enología, los países en desarrollo en esta área están avanzando rápidamente hacia la creación de sus propias estructuras educativas y profesionales. Este dinamismo en la formación de enólogos y enólogas no solo refleja el crecimiento del sector, sino también la creciente interconexión y movilidad global en el campo de la vitivinicultura.

-Principales tareas de las enólogas y los enólogos en la industria del vino

En este apartado describiré las principales tareas y áreas de empleo de las enólogas y enólogos, abarcando en términos generales la labor que desarrollan en la industria vitivinícola a nivel mundial. La formación académica de los enólogos y enólogas puede variar considerablemente según la escuela y el país en el que se capaciten, lo que influye en el alcance de sus conocimientos y habilidades en viticultura.

Por ejemplo, en Chile, la obtención del título de enólogo requiere previamente un grado de ingeniero agrónomo, con especialización en enología y viticultura. En México, la carrera de enología es una especialidad dentro de la carrera de agronomía. Estas variaciones en la

formación académica reflejan diferentes enfoques en la preparación profesional. Aunque muchos enólogos y enólogas reciben formación en viticultura, no suele ser la parte principal de su trabajo. En lugar de ello, la viticultura es frecuentemente gestionada por ingenieros agrónomos especializados en el cultivo de la vid.

El trabajo de las y los enólogos se centra en el proceso de vinificación y en todas las prácticas asociadas con la elaboración del vino. Este proceso implica una variedad de tareas que van desde la supervisión de la fermentación hasta el manejo del envejecimiento y el embotellado del vino. Independientemente de si su formación es académica o autodidacta, los enólogos y enólogas deben tener un conocimiento de varias disciplinas clave para desempeñar su labor con eficacia.

Mientras que la viticultura puede ser una parte importante de la formación de los enólogos y enólogas, su trabajo se enfoca principalmente en la vinificación. La integración de conocimientos en química, microbiología, técnicas de vinificación y cata es importante para el éxito en esta profesión.

En la mayoría de las universidades que ofrecen la carrera de enología, la materia de química ocupa un lugar destacado en el currículo. Esto se debe a que los enólogos y enólogas deben tener un conocimiento de la química aplicada en cada etapa de la elaboración del vino, incluso si no trabajan directamente en el viñedo. Este conocimiento incluye desde los tratamientos y fertilizantes utilizados en el cultivo de la vid hasta los procesos químicos que tienen lugar durante la vinificación.

Para desempeñar su labor con eficacia, los enólogos y enólogas deben entender la fisiología de la vid, que abarca el funcionamiento de sus raíces, tallos, y el proceso de respiración y maduración. Este conocimiento es fundamental, ya que influye en cómo las condiciones del viñedo afectan el vino final. Por esta razón, algunos enólogos y enólogas han complementado su formación en enología con estudios en biotecnología, una disciplina estrechamente relacionada que les proporciona un conocimiento de los procesos biológicos y tecnológicos involucrados en la producción de vino.

El conocimiento sobre las propiedades del suelo, el terroir y el clima es importante para comprender cómo estos factores influyen en la vid y, en consecuencia, en el vino. Los enólogos y enólogas deben estar al tanto de cómo las distintas variedades de uvas y las

condiciones ambientales afectan las características del vino, desde su sabor hasta su aroma y textura.

En el ámbito de la vinificación, los enólogos y enólogas deben dominar aspectos como la composición del vino, incluyendo la interacción de microorganismos y levaduras durante la fermentación. El estudio de la termodinámica es igualmente importante, ya que permite gestionar adecuadamente la temperatura en los depósitos de fermentación, lo cual es vital para el desarrollo y la calidad del vino.

En algunos casos, cuando los enólogos o enólogas son propietarios de sus propias bodegas, tienen la capacidad de influir en el diseño y la construcción de las instalaciones. Pueden seleccionar materiales de construcción que optimicen las condiciones internas de la bodega, eligiendo aquellos que mejoren el aislamiento y faciliten la gestión del flujo de líquidos. Esta capacidad de personalizar el entorno de trabajo permite a los enólogos y enólogas asegurar que sus bodegas sean funcionales y estén equipadas para mantener la calidad del vino durante todo el proceso de producción.

La formación en enología abarca no solo aspectos técnicos y científicos, sino también un estudio de la historia de la viticultura y la evolución de las técnicas enológicas. Los enólogos y enólogas estudian el desarrollo histórico de su profesión para entender cómo se han perfeccionado las prácticas y tecnologías a lo largo del tiempo. Esta perspectiva histórica les permite apreciar los avances en la elaboración del vino y adaptar las mejores prácticas del pasado a las innovaciones actuales.

Como en muchas profesiones en constante evolución, la enología exige que sus profesionales se mantengan actualizados con las últimas tendencias y técnicas. La enología no es estática; está en continua transformación debido a los avances científicos y tecnológicos. Por ello, los enólogos y enólogas deben estar al tanto de las nuevas investigaciones, herramientas y métodos para garantizar la calidad y la competitividad de sus productos.

Un componente esencial de la formación enológica es el conocimiento de la reglamentación y normativa relacionada con la calidad del vino, así como los requisitos específicos para la importación y exportación. Los enólogos y enólogas deben saber cómo organizar la producción de manera que se ajuste a las demandas del mercado, las posibilidades técnicas y las restricciones económicas y legales. Este conocimiento les permite

gestionar adecuadamente los aspectos legales y comerciales de su labor, asegurando que los vinos cumplan con los estándares internacionales y nacionales.

La cata del vino es otra área en la formación enológica. Los profesionales deben desarrollar una aguda sensibilidad para identificar y describir una amplia gama de aromas y sabores. Durante su formación, los enólogos y enólogas participan en catas ciegas, un ejercicio que les ayuda a perfeccionar su habilidad para evaluar la calidad del vino sin prejuicios.

Por otro lado, el trabajo de laboratorio es una de las facetas más complejas y exigentes de la enología. Las técnicas de laboratorio implican una intervención directa en el vino, un proceso que puede ser delicado y riesgoso. Los enólogos y enólogas deben manejar con precisión las herramientas y métodos de análisis para asegurar que el vino no solo tenga la calidad deseada, sino que también esté libre de contaminantes o defectos. A menudo, el trabajo de laboratorio comienza desde que la vid está en el campo.

Un momento clave en la formación de los enólogos y enólogas es su participación en la vendimia, un evento que marca el inicio de un ciclo apasionante y demandante en la elaboración del vino. La vendimia, o cosecha de la uva, no es simplemente un proceso agrícola; es el primer paso en una serie de transformaciones que definirán la calidad y el carácter del vino (Riggio, 2019).

La vendimia y las fases subsiguientes representan un ciclo de trabajo intenso y exigente. Los enólogos y enólogas deben diseñar meticulosamente un plan de vendimia, enfrentando y adaptándose a una serie de eventualidades imprevistas: madurez de la uva que varía, lluvias prematuras, levaduras que no fermentan como se espera, insumos que no llegan a tiempo y temperaturas que no descienden como deberían. La capacidad de manejar estas incertidumbres es esencial para el éxito del proceso.

Esta época de alta presión y esfuerzo no solo afecta a los enólogos y enólogas, sino a cada miembro del equipo de la bodega, desde el personal de campo hasta los técnicos de laboratorio. La intensidad y el ritmo frenético de esta temporada son una prueba del compromiso y la pasión que requieren estos profesionales para producir un vino de alta calidad (Riggio, 2019).

La oportunidad de ver materializado el esfuerzo de todo un año durante la vendimia y el proceso de elaboración es una experiencia gratificante. Como uno de los entrevistados

comentó, esta etapa es lo que a menudo les motiva a dedicarse a la enología, destacando cómo el desafío y la satisfacción de transformar la uva en vino es el núcleo de su vocación.

Ante la gran variedad de tareas que abarca la profesión de enólogo y enóloga, no es raro que muchos elijan especializarse en un área específica. Esta especialización puede tomar muchas formas, desde dedicarse exclusivamente al laboratorio y el análisis de vinos, hasta concentrarse en las catas, donde se evalúan y describen los perfiles sensoriales de los vinos. Otros enólogos y enólogas, especialmente aquellos con formación previa en agronomía o agricultura, pueden enfocarse en la gestión del viñedo, supervisando todo el proceso de cultivo y cosecha.

No obstante, es importante tener en cuenta que la formación en enología no siempre es académica. Muchos profesionales en el campo adquieren sus habilidades a través de la práctica directa en bodegas, sin haber pasado por un programa educativo formal. En el ámbito de la enología, aquellos que elaboran vino pero que no cuentan con una formación académica oficial, a menudo se denominan o son denominados como “winemakers”. Esta distinción entre enólogos y winemakers será explorada en profundidad en secciones posteriores.

Con la creciente popularización de la enología, las tareas asociadas con la profesión también se han diversificado. Hoy en día, es cada vez más común encontrar enólogos y enólogas involucrados en áreas que pueden parecer distantes de su formación original. Por ejemplo, algunos se dedican a la mercadotecnia y ventas de vinos, mientras que otros se especializan en enoturismo, promoviendo la experiencia del vino a través de visitas guiadas y eventos en bodegas.

Un caso particularmente interesante que se ha presentado durante este estudio es el de una enóloga con formación adicional en psicología laboral. Esta profesional trabaja en una agencia de recursos humanos, donde se especializa en reclutar enólogos y enólogas para diversas bodegas y proyectos. Su labor combina de manera única sus dos áreas de experiencia, lo que le permite ofrecer un enfoque especializado en la selección y gestión del talento enológico.

Esta especialización y diversificación en la profesión de enología refleja cómo el campo se adapta a las demandas cambiantes del mercado y a las habilidades particulares de sus profesionales. La enología, por lo tanto, no solo se trata de ciencia y técnica, sino también de

un abanico de posibilidades en los ámbitos de marketing, gestión, y más allá, donde los conocimientos y habilidades pueden combinarse de formas innovadoras y efectivas.

En el imaginario colectivo, se suele pensar que el trabajo de los enólogos y enólogas se limita a las bodegas y viñedos. Sin embargo, el campo de la enología ofrece una gama mucho más amplia y diversa de oportunidades profesionales. A continuación, se exploran algunos de los roles y áreas de empleo en los que estos especialistas pueden desempeñarse:

- Consultores Independientes (Flying Winemakers): Estos enólogos y enólogas trabajan como asesores para diferentes bodegas, a menudo viajando a diversas regiones para ofrecer su experiencia en la elaboración del vino. Su papel puede incluir desde la optimización de técnicas de vinificación hasta la introducción de nuevas prácticas innovadoras.
- Analistas de Laboratorio Independientes: Algunos profesionales de la enología operan sus propios laboratorios móviles, ofreciendo servicios de análisis de vinos a bodegas que no disponen de equipos propios. Estos analistas realizan pruebas esenciales para asegurar la calidad y el perfil del vino, sin necesidad de contar con instalaciones permanentes.
- Auditores de Calidad: Con un conocimiento de las normativas y regulaciones del sector, los auditores de calidad revisan los procesos y sistemas en bodegas. Pueden realizar auditorías, recomendar mejoras y asegurar que las bodegas cumplan con las normativas vigentes. Su experiencia les permite recomendar la adquisición de equipos o la implementación de procedimientos específicos para mejorar la calidad del vino.
- Miembros de Organismos Reguladores o Gubernamentales: Los enólogos y enólogas también pueden participar en organismos reguladores que establecen y supervisan las normas de producción y comercialización del vino. Su labor contribuye a garantizar que los productos en el mercado cumplan con los estándares establecidos y que se protejan los intereses de los consumidores.
- Compraventa de Insumos para Viñas y Bodegas: Algunos profesionales se especializan en la comercialización de insumos y equipos necesarios para la producción de vino. Esto incluye desde fertilizantes y tratamientos para viñedos hasta herramientas y tecnologías para bodegas.

- Profesores Universitarios: La formación académica en enología es otra área de empleo. Los enólogos y enólogas pueden dedicarse a la enseñanza en instituciones educativas, formando a futuras generaciones de profesionales en el campo.
- Críticos de Vino: La crítica del vino es un rol que combina la experiencia enología con la capacidad de evaluación sensorial. Los críticos de vino examinan y califican diferentes vinos, influyendo en las percepciones del mercado y en las decisiones de los consumidores.
- Comunicadores y Periodistas del Vino: En el ámbito de los medios, algunos enólogos y enólogas se especializan en la comunicación y la divulgación sobre el vino. Trabajan como periodistas, redactores o comunicadores, produciendo contenido sobre las últimas tendencias, eventos y noticias del mundo vitivinícola.

Cada una de estas especializaciones ofrece un camino único dentro del universo de la enología, demostrando que el trabajo en este campo puede extenderse mucho más allá de las paredes de las bodegas y viñedos.

Si bien la creciente diversidad en el campo laboral de la enología es ampliamente reconocida y celebrada, también ha dado lugar a una cierta polarización en cuanto a sus causas y su origen. Algunos enólogos y enólogas sostienen que esta expansión refleja el crecimiento y la madurez de la carrera profesional. Según esta perspectiva, la diversificación de roles y especialidades es una señal positiva del desarrollo de la profesión, que ha permitido a los profesionales explorar nuevas áreas y adaptar sus habilidades a una gama más amplia de necesidades del mercado.

Por otro lado, hay quienes argumentan que esta diversidad ha surgido como una respuesta a la falta de empleo dentro de las bodegas y a las limitadas oportunidades de avance profesional en ese entorno. Desde esta visión, la multiplicidad de roles y campos en los que se insertan los enólogos y enólogas no sería tanto un signo de prosperidad sino una necesidad dictada por la escasez de puestos tradicionales y la falta de crecimiento en el ámbito de las bodegas.

Un análisis preliminar sugiere que la realidad es una combinación de ambas perspectivas. El crecimiento de la carrera y la diversificación de roles pueden ser vistos como reflejos del avance en la profesionalización de la enología, pero también responden a desafíos y

limitaciones en el mercado laboral tradicional. A continuación, presentamos un testimonio que ejemplifica estas posturas:

> Hoy en día, sigue existiendo el enólogo clásico, el que vinifica y es la cara visible de la viña. Sin embargo, también hay colegas involucrados en diversas áreas. Si te planteas como enólogo trabajar en distintos ámbitos, las oportunidades son mucho más amplias. Está la academia, las empresas de insumos enológicos, que se enfocan más en el área económico-comercial, como las empresas de levaduras, filtros, o madera, entre otras. También está el sector gubernamental, donde puedes trabajar en el servicio agrícola ganadero o en organismos que regulan el negocio vitivinícola, e incluso en la compra y venta de uva. Por otro lado, está el área vitícola, donde los enólogos ahora pueden encargarse directamente de los viñedos, algo que antes no se veía, como es mi caso.
>
> Existen varias rutas en las que los enólogos pueden desempeñarse, más allá de lo que uno imagina como el enólogo clásico, que probablemente representa solo el 10%. Hay muchos enólogos que trabajan en áreas como el marketing o el área comercial. Ahora, si tu objetivo es ser el 'enólogo de revista', el enólogo clásico, ese camino es bastante difícil. Debes empezar con sueldos muy bajos, pasar por situaciones duras, y depender de tener suerte al encontrarte con algún padrino, algún enólogo reconocido que se fije en ti. Tienes que hacer todo de manera impecable, destacar en cada bodega en la que trabajes y no cometer errores, para finalmente llegar a convertirte en ese enólogo tipo.
>
> Te diría que eso es aún más duro. Son muchos años ingratos, con mucho trabajo y poco sueldo, donde prácticamente no existes, y los méritos se los lleva otra persona. Por eso es fundamental distinguir entre el 'enólogo de caricatura', ese idealizado, y el verdadero trabajo enológico, que ofrece muchas otras oportunidades reales para desarrollarse profesionalmente. (Saúl Lares, 43 años, licenciado en enología, consultor nacional e internacional con negocio propio, chileno, entrevista realizada vía zoom, 10 de octubre 2021)

Este testimonio ilustra la complejidad del tema, mostrando cómo la evolución del campo de la enología puede ser vista tanto como un signo de avance profesional como una adaptación a las limitaciones del mercado laboral. En las próximas secciones, se profundizará en este análisis para entender mejor las dinámicas que impulsan la diversificación en la enología.

Los enólogos y enólogas que trabajan en bodegas experimentan una amplia gama de roles y responsabilidades, los cuales están influenciados por las características y el estilo de trabajo de cada bodega. Esta variabilidad en las funciones es un reflejo de la estructura y el tamaño de las bodegas, así como de sus enfoques operativos.

En bodegas grandes con un perfil más empresarial, los enólogos y enólogas suelen formar parte de equipos especializados. Estas bodegas, a menudo organizadas de manera jerárquica, dividen las tareas en diferentes áreas de responsabilidad. Por ejemplo, pueden contar con enólogos y enólogas responsables de la vinificación, otros encargados de la viticultura, y especialistas en control de calidad o enoturismo. En estas organizaciones, los roles están claramente delineados, y los equipos trabajan de manera colaborativa para asegurar la calidad y la eficiencia en la producción.

Por otro lado, en bodegas más pequeñas, especialmente las de tipo familiar, las funciones tienden a ser mucho más variadas y amplias. En estos casos, un solo enólogo o enóloga puede encargarse de múltiples aspectos de la producción, desde la supervisión de la viña hasta el proceso de vinificación, pasando por el embotellado y la comercialización. La falta de un equipo grande implica que el profesional debe tener habilidades en diversas áreas y adaptarse a una amplia gama de responsabilidades.

Dentro de las bodegas grandes, la estructura jerárquica puede incluir varias categorías de enólogos y enólogas, tales como enólogo principal, enólogo de segunda línea o asistente. Esta jerarquía, sin embargo, no siempre se basa únicamente en el grado académico. En este estudio se observa que otros factores, como el origen nacional, el género y la clase social, también juegan un papel importante en la determinación de estos roles y posiciones.

Por ejemplo, en algunas bodegas, el enólogo principal puede ser alguien con una sólida trayectoria internacional o con una red de contactos influyente, mientras que los asistentes o enólogos de segunda línea pueden tener roles más especializados o de apoyo.

La variabilidad en la estructura organizativa y en los roles de los enólogos y enólogas refleja una interacción compleja entre las características de las bodegas, las habilidades de los profesionales y los factores externos que afectan la industria del vino. En las siguientes secciones profundizaré en cómo estos factores influyen en la práctica diaria y en las oportunidades de desarrollo profesional en el campo de la enología.

-Impactos de la pandemia y el confinamiento en diferentes rubros del trabajo enológico

En la introducción, planteé inicialmente una investigación con la pregunta central: ¿Cómo se han modificado las estrategias y las tendencias en la movilidad de las y los enólogos a raíz de la pandemia ocasionada por el COVID-19, y cómo serán las tendencias y las estrategias en la llamada nueva normalidad de acuerdo con su género, origen nacional, recursos de clase y edad? La hipótesis propuesta sostenía que la movilidad e inmovilidad de estos profesionales se verían afectadas de manera diferenciada debido a las condiciones impuestas por la emergencia sanitaria y las restricciones de movilidad, tales como el cierre de fronteras.

Sin embargo, al comenzar el análisis de la información de campo, se reveló la necesidad de reformular la investigación, como ya ha sido señalado en los primeros capítulos. Aunque los enólogos y enólogas, al igual que el resto de los trabajadores en el mundo, enfrentaron dificultades significativas debido a la pandemia, las estrategias de movilidad no se determinaron únicamente por sus decisiones individuales. Más bien, estas estrategias se vieron condicionadas por decisiones tomadas por propietarios, empresarios y autoridades gubernamentales y de salud.

En lugar de depender exclusivamente de las acciones individuales de los enólogos y enólogas, la movilidad y la inmovilidad durante la pandemia se vieron afectadas por factores externos y decisiones de alto nivel. Las restricciones de movilidad, los cierres de fronteras y las políticas gubernamentales dictaron en gran medida la capacidad de los profesionales para moverse y adaptarse a la nueva realidad.

Este análisis sugiere que la movilidad y las estrategias de adaptación durante la pandemia no solo reflejaron las respuestas individuales a una crisis global, sino también la interacción de estas respuestas con las decisiones y restricciones impuestas por factores externos. Por lo tanto, el enfoque de la investigación ha sido redirigido para considerar cómo estos factores externos moldearon las experiencias y estrategias de los enólogos y enólogas en lugar de enfocarse únicamente en sus decisiones individuales.

En el siguiente apartado, profundizaré en los resultados obtenidos, explorando cómo las decisiones de los actores externos, tales como los dueños de bodegas, empresarios y autoridades, afectaron las estrategias y la movilidad de los enólogos y enólogas durante la

pandemia, y cómo estas experiencias pueden informar las tendencias y estrategias en la nueva normalidad.

El texto aborda cómo la pandemia de COVID-19 impactó la movilidad y las estrategias laborales de los enólogos y enólogas, destacando factores como el género, origen nacional y recursos de clase. En términos de desigualdad, este análisis es importante porque da luz sobre las diferencias entre los enólogos y enólogas, según el contexto y el cruce entre las diferencias interseccionales antes mencionadas.

En algunos países, los enólogos y enólogas fueron clasificados como personal esencial, lo que les permitió continuar trabajando. Sin embargo, esta clasificación varió según el país, lo que refleja cómo las políticas locales también contribuyen a desigualdades en el impacto laboral. La capacidad para adaptarse a las nuevas normativas sanitarias también estuvo marcada por el tipo de bodega y su localización. Las bodegas más pequeñas, sin recursos tecnológicos como maquinaria avanzada, tuvieron que depender más de mano de obra, lo que generó desafíos adicionales.

En este apartado muestra cómo la pandemia exacerbó las desigualdades ya existentes dentro del sector vitivinícola, tanto entre diferentes tipos de bodegas como entre profesionales en distintos países. Factores como el acceso a recursos, políticas gubernamentales y la estructura de la industria influyeron en la experiencia de los enólogos y enólogas, revelando diferencias en sus capacidades para adaptarse y sobrevivir durante la crisis.

La relevancia del tema la podemos encontrar en trabajos como el realizado por Martha Judith Sánchez, Patricia Tomic, Ricardo Trumper, Hugo Santos,Germán Quaranta, María Brignardello y Raúl Novello en el texto Trabajo y Covid-19 en cuatro zonas vitivinícolas (2021). Los autores analizan cómo la pandemia de Covid-19, que comenzó en marzo de 2020, impactó a la vitivinicultura en Canadá, Estados Unidos, Argentina y España. La vitivinicultura fue considerada una actividad esencial, lo que permitió que continuara a pesar de las restricciones. Sin embargo, esta industria depende de una mano de obra precaria, racializada, móvil y global. A lo largo del estudio, se evidencian las condiciones desiguales y vulnerables de estos trabajadores, que, a pesar de su esencialidad, siguen marginados.

El estudio revela que, aunque la pandemia puso de relieve la importancia de los trabajadores vitivinícolas, no se produjeron cambios significativos en sus condiciones

laborales. La vitivinicultura continúa dependiendo de una mano de obra vulnerable, mal pagada y racializada. Las políticas implementadas por los gobiernos y los empresarios no han sido suficientes para mejorar la situación de estos trabajadores, y en muchos casos, la pandemia solo exacerbó la precarización de sus vidas y trabajos.

La mayoría de los enólogos y enólogas que participaron en esta investigación no interrumpieron su labor debido a la pandemia. La principal razón de esta continuidad es que los procesos de elaboración del vino, al ser biológicos por naturaleza, no pueden ser pausados ni acelerados a voluntad. Los enólogos y enólogas enfrentaron la necesidad de adaptar sus actividades a los nuevos protocolos de salud para garantizar la continuidad de la producción.

Esta adaptación variaba significativamente en función de diversos factores. En primer lugar, estuvo determinada por las regulaciones sanitarias a nivel mundial y las disposiciones específicas de cada país. La magnitud de la bodega también jugó un papel esencial en cómo se gestionó la pandemia. Las bodegas transnacionales, con grandes volúmenes de producción y equipos numerosos, pudieron enfrentar los desafíos con una infraestructura más robusta. En contraste, las bodegas familiares o tipo boutique, con producción más reducida y menos personal, enfrentaron desafíos distintos, aunque también tuvieron que ajustar sus operaciones para cumplir con las normativas sanitarias.La mayoría de los enólogos y enólogas adaptaron sus prácticas de trabajo para alinearse con las restricciones de salud, como el distanciamiento social y las medidas de higiene, pero pudieron mantener sus actividades fundamentales en funcionamiento.

En el contexto mexicano, el impacto de la pandemia en el trabajo de los enólogos y enólogas fue relativamente limitado. A diferencia de otros países, México no implementó cierres de fronteras durante la pandemia, lo que permitió que la movilidad de los profesionales del vino no se viera tan afectada. Esto resultó en una continuidad en las operaciones y en una percepción de que el impacto de la pandemia era menor en comparación con otras regiones.

Algunos enólogos entrevistados en México señalaron que la pandemia no alteró significativamente su trabajo cotidiano. Atribuyeron esta estabilidad a la clasificación de la vitivinicultura como una actividad esencial, lo que les permitió circular libremente. De hecho, algunos mencionaron que el trabajo se volvió más ágil debido a la reducción del tráfico y a la organización más controlada que las medidas de distanciamiento social permitieron.

En cuanto a otros factores que afectaron la dinámica de la pandemia en diferentes países, la etapa agrícola al momento del inicio del aislamiento también fue decisiva. En el caso de Argentina, por ejemplo, la vendimia se completó antes de que se decretara el confinamiento social obligatorio. Esto permitió a la mayoría de las bodegas recoger toda la uva antes de las restricciones. Además, en Argentina, el reconocimiento temprano de la viticultura como una actividad esencial por parte de los gobernadores provinciales facilitó que las bodegas pudieran continuar operando durante la pandemia. Los permisos necesarios se otorgaron con prontitud, permitiendo que la industria vitivinícola se adaptara rápidamente a las nuevas circunstancias y continuara con sus operaciones sin interrupciones significativas.

Por otro lado, en Chile, la pandemia coincidió con el estallido social[13], complicando aún más la situación. La vendimia, que comienza en febrero y marzo, se realizó en un contexto de incertidumbre debido a las restricciones de movilidad y los toques de queda impuestos. Esta combinación de crisis sanitaria y social generó desafíos adicionales para la industria vitivinícola chilena, dificultando tanto la recolección de la uva como la gestión general de la producción.

Italia y España enfrentaron sus propios retos. Aunque el vino fue clasificado como un producto alimenticio esencial, los largos periodos de incertidumbre causados por la emergencia sanitaria afectaron significativamente la vendimia, que en ambos países ocurre en septiembre y octubre. En particular, en España, los enólogos reportaron una caída drástica en las ventas al inicio de la pandemia, y se sintieron frustrados por la tardanza en la legislación de permisos de libre circulación. Esta falta de claridad y las restricciones prolongadas afectaron la operación y la planificación de la vendimia.

Una enóloga argentina compartió su experiencia, describiendo un escenario que, aunque desafiante, le permitió mantener su trabajo con una flexibilidad inusual. Vivía en la finca familiar, que estaba estratégicamente situada junto a la bodega. Esta proximidad geográfica

[13] El estallido social en Chile hace referencia a una serie de manifestaciones masivas y graves disturbios que comenzaron en Santiago y se extendieron rápidamente a todas las regiones del país, con un impacto significativo en las capitales regionales. Este período de intensa agitación tuvo su punto álgido entre octubre de 2019 y marzo de 2020.

se convirtió en una ventaja invaluable en tiempos de incertidumbre. A pesar de los constantes cambios en los protocolos de salud y en los permisos de trabajo, los cuales podían modificarse hasta las 11 de la noche, ella pudo manejar las nuevas normativas directamente desde su lugar de residencia. Desde la finca, organizaba y enviaba las actualizaciones y permisos necesarios al resto del equipo que no vivía allí, asegurando la continuidad del trabajo. Además, en previsión de posibles dificultades para obtener los permisos de movilidad, habían diseñado un plan alternativo: un grupo de trabajadores se mudaría temporalmente a la finca, eliminando la necesidad de desplazamientos y de trámites adicionales.

En contraste, el relato de un enólogo español en una bodega industrial ilustra una experiencia muy distinta. Su bodega, que antes contaba con un equipo de 30 trabajadores, se vio reducida a solo 7 personas debido a las restricciones impuestas por la pandemia. Esta reducción drástica en el personal significó que el equipo reducido tuviera que asumir todas las responsabilidades, desde la producción hasta el cumplimiento de pedidos para supermercados. La complejidad de la situación se incrementó debido a las exigencias específicas de sus clientes internacionales. Por ejemplo, uno de sus principales clientes se encontraba en Corea, lo que requería que el vino estuviera etiquetado conforme a normativas muy precisas, incluyendo etiquetas en hangul[14]. Afortunadamente, a pesar de las restricciones y el confinamiento, la bodega contaba con su propia máquina para imprimir etiquetas, lo que permitió al equipo cumplir con estos requisitos esenciales sin depender de proveedores externos en tiempos de cierre generalizado.

Estos ejemplos destacan cómo mientras que algunas bodegas pudieron mantener su funcionamiento relativamente intacto gracias a su flexibilidad y recursos internos, otras enfrentaron desafíos significativos que pusieron a prueba su capacidad de resiliencia y adaptabilidad.

En medio del torbellino que trajo la pandemia, las bodegas con un gran número de empleados se enfrentaron al desafío de cómo mantener la operación sin poner en riesgo la salud de su equipo ni recurrir a despidos masivos. La solución adoptada por muchas de estas bodegas fue dividir al personal en equipos, alternando turnos para evitar la concentración de

[14] Es el sistema de escritura oficial del idioma coreano, utilizado tanto en Corea del Sur como en Corea del Norte.

trabajadores en el mismo espacio al mismo tiempo. Esta estrategia no solo permitió que las bodegas continuaran operando, sino que también ayudó a preservar el empleo de muchos.

Sin embargo, la implementación de esta medida no fue uniforme ni exenta de dificultades. La capacidad de cada bodega para adaptarse y seguir adelante dependía en gran medida de su situación financiera al momento del brote de la emergencia sanitaria. El contraste entre bodegas con diferentes fortalezas económicas ilustró la variabilidad de las respuestas ante la crisis.

Consideremos el caso de una enóloga argentina que trabajaba para una bodega transnacional con sede en España. A pesar de estar vinculada a una empresa de alcance global, la situación financiera de la bodega se había deteriorado antes de la pandemia y se agravó aún más con la emergencia sanitaria. La bodega matriz en España se vio obligada a cerrar sus puertas, aunque logró mantener operativa su filial en Argentina. Sin embargo, la situación financiera comprometida forzó a la filial a tomar decisiones drásticas.

En un giro desafortunado, la bodega argentina tuvo que implementar cambios significativos para ajustar su estructura de costos. Entre estas medidas, se incluyó el despido de empleados con contratos a tiempo parcial o temporales. La enóloga, quien había estado trabajando a tiempo parcial en la bodega, se vio afectada directamente por estas reducciones de personal y se quedó sin empleo.

En las bodegas familiares y boutique, donde la tradición se entrelaza con el arte de la vinificación, la pandemia de COVID-19 dejó una marca peculiar. Estas bodegas, por lo general pequeñas y con un equipo reducido de entre cuatro y cinco trabajadores, encontraron en su tamaño compacto una ventaja inesperada. La crisis global, aunque implacable en muchos aspectos, no alteró su ritmo de trabajo habitual. Al no enfrentarse a un exceso de personal ni a la necesidad de realizar recortes drásticos, la mayoría de los enólogos y enólogas empleados en estas bodegas lograron conservar sus puestos, manteniendo el curso de su labor a pesar de los vientos adversos.

Entre los múltiples problemas que los entrevistados de todos los países señalaron, dos se destacaron con claridad, la paralización de las actividades turísticas y la escasez de mano de obra. Los efectos de la pandemia resonaron en el ámbito del enoturismo, un sector vibrante y esencial para muchas bodegas. Las puertas de las bodegas, que solían recibir a visitantes ávidos de descubrir los secretos del vino, tuvieron que cerrarse. Las visitas guiadas, las catas

y los eventos especiales quedaron en suspenso, sumiendo a estas bodegas en una quietud inesperada.

Este cierre no solo impactó la experiencia del enoturismo, sino que también tuvo consecuencias significativas en las ventas. Con la clausura de vinotecas, supermercados y restaurantes, los canales de distribución habituales se desvanecieron. En respuesta a este vacío, emergió con renovado vigor el comercio electrónico. La venta directa por internet se convirtió en un salvavidas, permitiendo a las bodegas adaptarse y conectar con sus clientes a través de nuevas avenidas digitales.

La pandemia provocó un impacto devastador en el mundo vitivinícola, dejando cicatrices en el corazón de la industria del vino ya que las bodegas que dependían exclusivamente de ventas en restaurantes, tiendas locales o del turismo, enfrentaron el golpe más duro. La parálisis del sector de la hospitalidad y el cierre de puntos de venta provocaron un colapso en las ventas. Muchas de estas bodegas, atrapadas en una tormenta de inactividad y falta de ingresos, se vieron obligadas a cerrar sus puertas o a acumular deudas con tal de sobrevivir.

Por otro lado, la escasez de mano de obra durante la vendimia creó un desafío adicional. Las bodegas familiares y de producción pequeña, aquellas que en tiempos normales operaban con un equipo reducido y cercano, se encontraron trabajando al límite de sus capacidades. Los miembros de la familia y el personal fijo, que normalmente se encargaban de tareas específicas, se vieron obligados a asumir roles adicionales y a redoblar esfuerzos para completar el trabajo.

En contraste, las bodegas más grandes, con sus amplios recursos y capacidades logísticas, optaron por la mecanización como solución a la falta de personal. La tecnología se convirtió en su aliada, con cosechadoras mecánicas recorriendo los viñedos en lugar de los tradicionales equipos de trabajo manual. Sin embargo, este enfoque no estuvo exento de controversia. Para las bodegas pequeñas, la mecanización es a menudo vista como una opción poco viable. El costo de invertir en maquinaria especializada para una producción limitada resulta prohibitivo, y muchos enólogos y enólogas consideran que el uso de cosechadoras mecánicas puede afectar negativamente la calidad del vino.

Aunque algunos se muestran escépticos, no descartan la posibilidad de adoptar la cosecha mecánica en el futuro. Mientras tanto, la estrategia preferida sigue siendo buscar soluciones

alternativas. En lugar de invertir en costosos equipos, los pequeños productores consideran la contratación de mano de obra proveniente de otras comunidades y países.

Es importante destacar que la falta de mano de obra en el sector vitivinícola en Chile y Argentina no es un problema que surgiera con la pandemia, aunque la emergencia sanitaria sin duda exacerbó la situación. Antes de 2020, las bodegas ya enfrentaban dificultades para encontrar trabajadores dispuestos a laborar en el campo. La población local, atraída por otras oportunidades de empleo, mostraba cada vez menos interés en las arduas tareas agrícolas. La pandemia, lejos de ser la causa del problema, solo amplificó una tendencia preexistente.

A medida que avanzaba 2021, se albergaba la esperanza de que la pérdida masiva de empleos debido a la pandemia motivaría a muchas personas a recurrir al trabajo en el campo. Sin embargo, esta expectativa no se materializó. La escasez de mano de obra persistió, llevando a muchas bodegas a adoptar la mecanización como una solución a largo plazo para asegurar una cosecha efectiva y mantener la producción en marcha.

Además, los enólogos de Chile, Argentina y México señalaron otro desafío significativo, el aumento de los costos de insumos. La pandemia provocó un alza en los precios del transporte, la importación y la disponibilidad de materiales como las botellas. En países como México, donde la dependencia de insumos importados es alta, estos incrementos resultaron particularmente dolorosos. La falta de materiales y el aumento de costos representaron una carga adicional.

Pero ¿qué sucedió con los enólogos y enólogas que no trabajaban directamente en bodegas? Para estos profesionales, los impactos de la pandemia se vivieron de manera más individual y variada, reflejando un espectro de adaptaciones y desafíos únicos.

Tomemos el caso de un enólogo chileno que desempeñaba su labor como asesor comercial, vendiendo insumos enológicos como corchos, barricas, bombas y maquinaria para bodegas. Con el confinamiento y las restricciones de movilidad, este enólogo se vio forzado a trasladar sus ventas a plataformas digitales. Las reuniones y negociaciones se realizaron a través de Zoom, Teams y otras redes sociales. Sin embargo, el verdadero reto surgió al intentar entregar los pedidos a sus clientes. La dificultad para obtener permisos de circulación a tiempo provocó retrasos significativos en las entregas e, incluso, la cancelación de algunos pedidos. Esta situación reflejó cómo la pandemia no solo transformó la manera de hacer negocios, sino también complicó aspectos logísticos esenciales.

Por otro lado, enólogos y enólogas que ofrecían servicios de asesoría a nivel local en países como España, Italia, Francia, Argentina o Chile también enfrentaron desafíos. Muchos perdieron proyectos debido a la incertidumbre y a las restricciones impuestas por la pandemia. Ante esta situación, algunos optaron por priorizar su atención a los clientes con proyectos más grandes y rentables, mientras que los clientes de menor escala recibieron asesoría en línea. Esta estrategia les permitió gestionar mejor sus recursos y mantener relaciones clave en tiempos inciertos.

Curiosamente, algunos enólogos y enólogas ya habían iniciado su transición hacia lo digital antes de la pandemia, impulsando proyectos y estrategias en línea. Para estos profesionales, la pandemia representó una aceleración de un proceso que ya habían comenzado, facilitando su adaptación a las nuevas condiciones del mercado. Su experiencia previa en el ámbito digital les permitió manejar con mayor fluidez la transición obligada por la emergencia sanitaria.

Para los enólogos y enólogas que desempeñaban su labor como asesores internacionales, la pandemia presentó una serie de experiencias contrastantes y a menudo sorprendentes. Para algunos, la crisis sanitaria se transformó en una inesperada oportunidad para disfrutar de un tiempo prolongado en casa, rodeados de sus familias. La imposibilidad de viajar convirtió ese período en una especie de pausa en su frenético itinerario global, que utilizaron como una oportunidad para poner en orden asuntos urgentes a través de llamadas telefónicas y videoconferencias. Lo que inicialmente parecía una limitación impuesta por la pandemia se convirtió en un tiempo de reconexión familiar y personal, permitiendo a estos profesionales reflexionar y replantear su equilibrio entre el trabajo y la vida personal.

Por otro lado, no todos vivieron la pandemia con la misma perspectiva positiva. Para muchos enólogos y enólogas, la incapacidad de viajar resultó en la pérdida de proyectos valiosos y la imposibilidad de generar nuevos negocios. Aunque podían recibir muestras de vinos y datos a través del correo electrónico, la falta de contacto físico y de presencia en el terreno complicó enormemente la elaboración de estrategias para la vendimia. La imposibilidad de realizar visitas y supervisiones in situ incrementó la incertidumbre y la ansiedad sobre la calidad de las decisiones tomadas basadas en información del pasado. La frustración por no poder estar directamente involucrado en el proceso, y la dependencia de estrategias antiguas, añadió un nivel de estrés que estos profesionales no habían anticipado.

En otros casos, la pandemia obligó a muchos enólogos y enólogas a adaptarse rápidamente, aprendiendo a delegar tareas con mayor eficacia a sus homólogos en otros países. Un enólogo italiano que trabaja como asesor internacional compartió su experiencia de forma reveladora. En cada país donde asesora, mantiene un equipo compuesto por un ingeniero agrónomo y un enólogo interno que lo mantienen al tanto de las novedades locales. Sin embargo, él siempre tiene la última palabra en las decisiones tanto en el campo como en la bodega. Durante la pandemia, se vio forzado a mejorar los canales de comunicación remota y a confiar más en sus equipos internacionales, adaptándose a la nueva realidad. A pesar de una buena coordinación con los equipos a distancia, el enólogo enfrentó un desafío significativo, la enología es una disciplina que implica una inmersión sensorial que, para él, no puede ser completamente capturada a través de una pantalla de Zoom. Esta limitación le resultó frustrante y puso a prueba su capacidad para delegar y confiar en sus colegas externos. La responsabilidad recayó en gran medida sobre los equipos locales y la sensación de perder el control directo sobre el proceso generó una tensión constante, ya que el prestigio y la reputación de su asesoría estaban en juego.

A pesar de los desafíos y adversidades que la pandemia de COVID-19 impuso, también se observaron efectos positivos inesperados en la industria del vino. En particular, los enólogos y enólogas argentinas destacaron un notable incremento en el consumo durante el aislamiento. Con las restricciones de movilidad y el auge del trabajo desde casa, muchas personas redirigieron el presupuesto que solían gastar en salidas y actividades sociales hacia la compra de vino en línea. Este cambio en los hábitos de consumo permitió a los consumidores explorar y adquirir vinos de alta gama o nuevas variedades que antes podrían haber sido menos accesibles.

Según los datos proporcionados por varios enólogos y enólogas, este aumento en el consumo osciló entre el 25% y el 30% en ventas en línea en comparación con los niveles reportados en 2019. No solo en Argentina, sino también en Estados Unidos, España y México, se observaron tendencias similares. En estos países, el consumo de vino experimentó un repunte significativo, reflejando un cambio en las prioridades y hábitos de los consumidores durante el confinamiento.

Este aumento en la demanda tuvo un impacto positivo en la estabilidad laboral de muchos enólogos y enólogas, al permitirles mantener sus empleos y, en algunos casos, abrir nuevas

oportunidades. La pandemia, al obligar a las personas a desacelerar sus rutinas diarias, les ofreció más tiempo para disfrutar de su hogar y, por ende, de un buen vino. En las grandes ciudades, donde el ritmo de vida agitado y los largos desplazamientos suelen relegar el consumo de vino a ocasiones especiales, la situación excepcional permitió que el vino se convirtiera en una experiencia cotidiana.

Los profesionales del sector alimentario y de bebidas vieron este cambio como una oportunidad para capitalizar el aumento del tiempo disponible para el consumo. La pandemia brindó a las personas la posibilidad de disfrutar de momentos relajantes en casa, descubriendo y apreciando vinos de una manera que antes podría haber sido reservada para eventos especiales o celebraciones. En este contexto, la industria del vino encontró un respiro y un campo fértil para fomentar el aprecio por el vino y consolidar su presencia en la vida diaria de los consumidores.

En respuesta a la crisis provocada por la pandemia, surgieron innovadoras estrategias para mantener y fomentar el consumo de vino, adaptándose a las nuevas realidades del confinamiento. Una de las estrategias más destacadas fue la implementación de catas virtuales, una iniciativa que permitió a los enólogos y enólogas conectar con los consumidores a través de plataformas digitales como Facebook, Instagram, Zoom y Google Meet.

Estas catas en línea no solo ofrecieron la oportunidad de degustar vinos desde la comodidad del hogar, sino que también incluyeron una variedad de productos locales como quesos, embutidos, mermeladas y frutos secos. La idea era crear una experiencia sensorial completa, que transportara al consumidor a las regiones vinícolas a pesar de la distancia física.

Al principio, las catas virtuales se organizaron principalmente entre grupos de amigos y conocidos de los enólogos y enólogas, con el fin de probar y ajustar el formato. Con el tiempo, estas experiencias se abrieron al público general, expandiendo su alcance y atrayendo a una audiencia más amplia. En España, por ejemplo, se establecieron tarifas que oscilaban entre 35 y 40 euros por participante. Los paquetes de cata enviados a los hogares incluían tres botellas de vino y tres productos variados de la región, ofreciendo una experiencia auténtica y diversa.

Las sesiones de cata virtual tenían una duración de entre una hora y 90 minutos, aunque en ocasiones se extendían según el interés y la participación de los asistentes. Esta modalidad permitió a los enólogos y enólogas mantener el contacto con sus clientes, compartir su pasión por el vino y fomentar una cultura de apreciación, todo mientras se adaptaban a las restricciones impuestas por la pandemia.

La creatividad y flexibilidad demostradas en la implementación de estas catas virtuales no solo ayudaron a sostener el interés por el vino, sino que también innovaron en la forma de conectar con los consumidores en un momento en que las interacciones físicas eran limitadas. Esta adaptación al entorno digital representó una oportunidad para explorar nuevas formas de enganchar al consumidor y demostrar que, incluso en tiempos difíciles, la industria del vino puede reinventarse y prosperar.

En medio de la pandemia, muchos enólogos y enólogas encontraron formas innovadoras de adaptarse a las restricciones y mantener el vínculo con sus clientes, a pesar de la crisis sanitaria global. Mientras algunos se lanzaron a la venta directa en línea, otros decidieron no interferir en el trabajo de sus distribuidores. En lugar de establecer sus propios canales de venta directa, optaron por potenciar su presencia en redes sociales como Instagram. A través de estas plataformas, facilitaban la comunicación entre sus clientes y los distribuidores o vinotecas locales, dirigiendo las consultas y compras directamente a estos intermediarios establecidos.

Este enfoque permitió a los enólogos y enólogas mantener una relación fluida con sus clientes sin socavar el papel de sus socios distribuidores. La inversión en redes sociales no solo ayudó a mantener la visibilidad y el interés en sus productos, sino que también fortaleció las conexiones dentro de la cadena de distribución, asegurando que el flujo de ventas continuara, aunque de manera indirecta.

Por otro lado, la pandemia también se convirtió en una oportunidad para la autoformación y el crecimiento profesional. Algunos enólogos y enólogas aprovecharon el tiempo adicional en casa para ampliar sus conocimientos y habilidades. Un enólogo mexicano, que trabajaba en una bodega pequeña con una carga laboral reducida, relató cómo utilizó este periodo para actualizarse. Se dedicó a ver videos educativos, repasar notas universitarias, escuchar podcasts relevantes y leer sobre las últimas tendencias en enología. Esta inversión en educación y autoformación no solo le permitió mantenerse al día con los avances en su

campo, sino que también le proporcionó nuevas perspectivas y conocimientos que podrían ser valiosos para su carrera futura.

Estos esfuerzos reflejan una adaptabilidad y resiliencia admirables dentro de la industria del vino, mostrando cómo, a pesar de las dificultades, los profesionales del sector encontraron maneras creativas de continuar su desarrollo y fortalecer sus redes de contacto. En definitiva, la pandemia, a pesar de sus desafíos, también sirvió como catalizador para la innovación y el aprendizaje continuo en el mundo de la enología.

En contraste con otros enólogos y enólogas que adoptaron estrategias digitales de manera proactiva, algunos profesionales más maduros, quienes por razones de edad debieron resguardarse en casa, encontraron en la pandemia una oportunidad inesperada para acortar la brecha generacional en el ámbito tecnológico. Este fue el caso de una enóloga mexicana que, a pesar de ser un referente en su campo, enfrentaba desafíos significativos con las nuevas tecnologías.

Debido a su edad y al ser considerada población de riesgo, la enóloga tuvo que abstenerse de acudir a la bodega. Sin embargo, su labor no se detuvo, ya que la bodega necesitaba que ella proporcionara información y asesoría esencial para las operaciones en curso. Esta situación la llevó a pedir ayuda a sus familiares más jóvenes, quienes se convirtieron en sus instructores en el mundo digital. Así, comenzó un proceso de capacitación intensiva en herramientas como Zoom, una plataforma con la que hasta entonces no tenía familiaridad.

Este esfuerzo por adaptarse a las nuevas tecnologías no solo incluyó el aprendizaje de habilidades técnicas, sino también un proceso de reestructuración en la manera de comunicarse. Para la enóloga, aprender a manejar estas herramientas representó no solo un desafío técnico, sino una transformación en su forma de interactuar con colegas y clientes. La experiencia se convirtió en una lección sobre la importancia de la comunicación a través de medios digitales y la adaptación a un entorno laboral que, en muchos casos, había cambiado irreversiblemente debido a la pandemia.

Los enólogos y enólogas reconocen que la pandemia presentó un desafío sin precedentes, un periodo en el que la confusión inicial dio paso a una serie de adaptaciones y aprendizajes. En el primer año, el panorama era incierto y las dinámicas laborales se vieron alteradas. Sin embargo, a medida que pasaron los días y las semanas, muchos encontraron maneras de sortear los obstáculos y adaptarse a las nuevas realidades.

Uno de los aprendizajes más significativos de la pandemia fue la necesidad de trabajar con una anticipación mucho mayor. Aunque la anticipación ya era una práctica habitual en el campo de la enología, la magnitud del desafío que presentó la pandemia exigió un nivel de previsión sin precedentes. Los enólogos y enólogas tuvieron que adaptar sus planes de acción de manera más flexible, ajustándose a cambios rápidos y a menudo inesperados. Este aumento en la planificación y la flexibilidad se convirtió en uno de los mayores desafíos, pero también en una oportunidad para fortalecer sus habilidades de organización y previsión.

Durante este periodo, se evidenció un notable potencial en áreas como la comunicación. Los profesionales del vino experimentaron un incremento en la publicidad a través de diversas plataformas digitales. Las bodegas y proyectos nuevos encontraron en los medios sociodigitales un canal vital para darse a conocer, superando barreras físicas y llegando a una audiencia más amplia. Esta visibilidad aumentada permitió que muchas bodegas que antes operaban en un perfil bajo ganaran notoriedad, y que nuevos emprendimientos emergieran con fuerza en el mercado.

No obstante, a pesar de estos avances tecnológicos y de la integración de herramientas digitales en su estrategia, los enólogos y enólogas son conscientes de que estos medios no pueden sustituir la interacción personal. La comunicación digital, aunque efectiva para amplificar el alcance y la visibilidad, no puede reemplazar la calidez y la cercanía que caracterizan la experiencia sensorial de disfrutar del vino. Para comunicar el vino de manera eficaz, es esencial mantener ese contacto personal que permite transmitir la riqueza del producto y la experiencia que lo acompaña.

2.2.3 Conociendo el universo de estudio. Características generales de las y los enólogos de esta investigación.

Para adentrarnos en el análisis de esta investigación, es necesario conocer a los enólogos y enólogas que han aportado sus perspectivas a través de las entrevistas, compartiendo sus valiosas anécdotas y conocimientos. A lo largo de este estudio, se han mencionado algunos de estos profesionales, pero es importante profundizar en sus perfiles para comprender mejor sus experiencias y aportaciones.

Se realizaron un total de 50 entrevistas semiestructuradas, todas llevadas a cabo de manera virtual mediante plataformas como Zoom, videollamadas y Google Meet. Esta técnica

permitió superar las restricciones impuestas por la pandemia y garantizó la continuidad del proceso de recolección de datos.

A continuación, se detallan las características y perfiles de los entrevistados:

Distribución por Género:

- 20 entrevistadas son mujeres.
- 30 entrevistados son hombres.

Distribución por Nacionalidades:

- Argentina: 13
- Argentina-Italia: 1
- Brasil: 1
- Chile: 7
- Chile-Italia: 1
- España: 7
- Estados Unidos: 4
- Francia: 3
- Italia: 3
- México: 9
- Portugal: 1

La tabla siguiente incluye detalles adicionales de los participantes, tales como:

- Nombre: Se ha cambiado por razones de confidencialidad.
- Origen nacional: Especifica el país de origen del entrevistado.
- Género: Todos los participantes se identifican como hombres o mujeres; no se ha encontrado ninguna identificación de género neutro o no binario en este estudio.
- Edad: Rango de edad de los participantes.
- Tipo de Formación: Formación académica y profesional de los entrevistados.
- Tipo de Trabajo: Tipo de empleo y rol dentro de la industria del vino.

La tabla está organizada por país, en orden alfabético, para facilitar la consulta y análisis de la información. Este desglose permite una visión clara de la diversidad de los perfiles de los entrevistados y proporciona un contexto importante para interpretar los datos recogidos.

Nombre	Origen nacional	Género	Edad	Tipo de formación	Tipo de trabajo
Adriana Álvarez	Argentina	Mujer	28 años	Formación profesional, tecnicatura en enología	Trabaja en bodega familiar y ocasionalmente para otras bodegas
Ángel Lara	Argentino	Hombre	42 años	Sin formación profesional en enología, título de ingeniero agrónomo	Trabaja en bodega
Armando Oropeza	Argentino	Hombre	55 años	Formación profesional, título en enología en industria frutihortícola	Asesor comercial en una empresa de insumos para vino y proyecto personal de vinos
Daniel Ibarra	Argentino	Hombre	39 años	Formación profesional, licenciatura en enología	Consultor y trabaja en bodega
Emilio Durán	Argentino	Hombre	42 años	Formación profesional, licenciatura en enología	Consultor, gerente en área vitícola y profesor
Julia Mena	Argentina	Mujer	40 años	Sin formación profesional en enología, título de ingeniera agrónoma	Trabaja en bodega y en un proyecto personal
Felipe Oropeza	Argentino	Hombre	45 años	Formación profesional, maestría en viticultura y enología	Consultor y trabaja en bodega
Gisela Darico	Argentina	Mujer	28 años	Formación profesional, tecnicatura en enología	Trabaja en bodega y continúa estudiando
Jazmín Collado	Argentina	Mujer	27 años	Formación profesional, tecnicatura en enología	Dejó su trabajo en bodega para continuar sus estudios universitarios
Liliana Nabil	Argentina	Mujer	33 años	Formación profesional, tecnicatura en enología	Trabaja en bodega y sigue estudiando
Manuel Palermo	Argentino	Hombre	34 años	Formación profesional, licenciatura en enología	Trabaja en bodega
Sofía Bueno	Argentina	Mujer	37 años	Formación profesional en enología, tecnicatura en enología	Laboratorio de análisis propio y trabajo de consultoría
Benjamín Mercado	Argentino	Hombre	38 años	Formación profesional, licenciatura en enología	Trabaja en bodega familiar y prestador de servicios, provisiones e insumos enológicos
Ada Novelo	Argentina-Italiana	Mujer	37 años	Formación profesional, tecnicatura en enología	Comunicadora del vino, programa de radio
Ray Vhelo	Brasileño	Hombre	34 años	Formación profesional, licenciatura en enología	Consultor y crítico en diferentes concursos a nivel regional
Adrián Nimbe	Chileno	Hombre	36 años	Formación profesional, licenciatura en enología y en economía	Área financiera de emprendimientos y empresas
Alejo Nuño	Chileno	Hombre	41 años	Formación profesional, maestría en enología	Consultoría y proyecto propio
André Puente	Chileno	Hombre	40 años	Formación profesional, maestría en enología	Gerente vinícola y de sustentabilidad, miembro de un organismo regulador y con proyecto propio
Lore Matías	Chilena	Mujer	39 años	Formación profesional, tecnicatura en enología	Trabaja en bodega
María Yaca	Chilena	Mujer	32 años	Formación profesional, licenciatura en enología	Trabaja en bodega
Nina Alemán	Chilena	Mujer	47 años	Sin formación profesional en enología, licenciatura en psicología laboral y sommelier	Consultora, sommelier y psicóloga laboral especialista en reclutar personal para bodegas
Saúl Lares	Chileno	Hombre	43 años	Formación profesional, licenciatura en enología	Consultor y negocio propio
Giovanna Cortes	Chilena-italiana	Mujer	45 años	Formación profesional, licenciatura en enología	Consultora y proyecto propio
Alicia Agnes	Española	Mujer	50 años	Formación profesional, sommelier y técnica en enología	Consultora y funcionaria de enoturismo

Carlos Mora	Español	Hombre	42 años	Formación en enología, licenciatura en enología	Trabaja en bodega y en proyecto propio
Carmen Palacios	Española	Mujer	35 años	Formación profesional, maestría en bebidas fermentadas con especialidad en enología	Directora técnica y enóloga
Daniel Lagunes	Español	Hombre	47 años	Formación profesional, licenciatura en enología	Consultor y proyecto propio
Edu Ugalde	Español	Hombre	34 años	Sin formación profesional en enología, técnico eólico	Trabaja en bodega familiar y en otro empleo no relacionado a la enología
Emmanuel Lora	Español	Hombre	57 años	Formación profesional, licenciatura en enología	Trabaja en bodega propia
Patricia Alva	Española	Mujer	36 años	Formación profesional, licenciatura en enología	Trabaja en bodega
Sandy Sharp	Estadounidense	Mujer	42 años	Formación profesional, licenciatura en enología	Trabaja en bodega y tiene un proyecto propio
Oliver Richard	Estadounidense	Hombre	37 años	Formación profesional, licenciatura en enología	Consultor, trabaja en bodega y tiene proyecto propio
Rita Austin	Estadounidense	Mujer	36 años	Formación profesional, doctorado en viticultura y enología	Trabaja en bodega familiar y consultoría
Sam Moore	Estadounidense	Hombre	37 años	Formación profesional, licenciatura en enología	Gerente comercial en bodega
Bernard Revel	Francés	Hombre	41 años	Formación profesional, licenciatura en enología y sommelier	Consultor y trabaja en bodega
Maurice Vergel	Francés	Hombre	40 años	Formación profesional Licenciatura en enología	Consultor y trabaja en bodega
Simon Cassals	Francés	Hombre	61 años	Sin formación profesional, músico	Trabaja en bodega familiar
Alessandro Totti	Italiano	Hombre	39 años	Formación profesional, licenciatura en enología	Proyecto personal
Michell Campanella	Italiano	Hombre	42 años	Formación profesional, licenciatura en enología	Consultor y trabaja en bodega
Roberto Crisol	Italiano	Hombre	58 años	Formación profesional, licenciatura en enología	Consultor y proyecto propio
Andrina Mesa	Mexicana	Mujer	30 años	Formación profesional, licenciatura en enología	Trabaja en la bodega familiar
Edgar Nieto	Mexicano	Hombre	40 años	Sin formación profesional en enología, formación en alimentos y bebidas	Proyecto propio y estudia actualmente para obtener el título en enología
Juan Picazo	Mexicano	Hombre	30 años	Sin formación profesional en enología, formación como ingeniero agrónomo	Trabaja en bodega
Lisa Zepeda	Mexicana	Mujer	57 años	Formación profesional, maestría en enología	Consultora y proyecto propio
Marco Caballero	Mexicano	Hombre	26 años	Formación profesional, maestría en enología	Estudiante
Olivia Aguilar	Mexicana	Mujer	33 años	Formación profesional, maestría en enología	Trabaja en bodega
Omar Gómez	Mexicano	Hombre	35 años	Formación profesional, Especialidad en enología	Trabaja en bodega, miembro de un organismo nacional de vino
Samuel Lima	Mexicano	Hombre	40 años	Sin formación profesional en enología, estudios en ingeniería y administración	Consultor y trabaja en la bodega familiar
Virginia Martínez	Mexicana	Mujer	41 años	Formación profesional, maestría en enología	Consultora proyecto propio
Josué Canales	Portugués	Hombre	52 años	Sin formación profesional en enología, doctor en ciencias de la tierra	Consultor y profesor en una universidad

Capítulo III Del aula al vino: Un Análisis de las Trayectorias Educativas y Profesionales de Enólogos y Enólogas"

Este primer apartado se enfoca en el desarrollo de las trayectorias formativas de los enólogos y enólogas que participan en esta investigación, con el objetivo de analizar cómo dichas trayectorias influyen en sus oportunidades y éxito dentro del campo enológico. A través de este análisis, se examinan las diferencias en el acceso a la formación especializada y las oportunidades educativas, y se indaga cómo estos factores contribuyen a las disparidades en las trayectorias profesionales. Además, se explora de qué manera las experiencias formativas iniciales pueden convertirse en determinantes clave para el éxito o el estancamiento y como se ven afectadas por el prestigio y la movilidad en la enología.

El proceso mediante el cual enólogos y enólogas buscan alinearse con las demandas del mercado global es complejo y diverso. Lejos de partir de una base uniforme, sus trayectorias están moldeadas por distintos niveles de capital cultural, económico y social. Este capítulo se adentra en las estrategias que estos profesionales emplean para adaptarse a un entorno vinícola en constante transformación, y cómo estas tácticas se entrelazan con marcadores interseccionales como el origen nacional, el género y los recursos de clase. A partir de este análisis, se examina cómo dichos marcadores interactúan, generando experiencias y enfoques diversos en la industria del vino, y revelando tanto desigualdades como oportunidades que configuran el panorama actual en la enología.

Estas dimensiones interseccionales no solo afectan el acceso a la profesión, sino también la manera en que los profesionales son percibidos y valorados dentro del campo enológico. Desde una perspectiva interseccional, estas desigualdades y ventajas se presentan de forma diversa según el contexto global, mostrando cómo distintas regiones enfrentan desafíos y aprovechan oportunidades de maneras únicas dentro del sector del vino.

3.1 La Formación Profesional en Enología: Una Perspectiva Interseccional

La elección de una carrera es un acto tan revelador como trascendental, un punto de inflexión que reverbera en múltiples dimensiones: emocional, personal, laboral, familiar y profesional. Es un momento en el que convergen pasado, presente y futuro, pues en esta decisión se proyectan no solo los aprendizajes acumulados y las circunstancias que definen el aquí y el ahora, sino también las esperanzas y expectativas que delinean un mañana aún incierto. Como

un viaje que apenas inicia, la elección profesional está rodeada de caminos visibles e invisibles, algunos de los cuales han sido labrados durante generaciones, mientras que otros se ven truncados o limitados por condiciones estructurales y culturales.

Este proceso no ocurre en un vacío ni es enteramente libre; se encuentra en una encrucijada de factores que entretejen la vida de cada persona. El género, por ejemplo, no solo influye en las elecciones, sino que marca de manera sutil y persistente los caminos percibidos como viables o deseables. Las expectativas de la sociedad respecto a roles masculinos o femeninos condicionan el acceso y la aceptación en ciertas áreas, reforzando barreras que son difíciles de derribar. Al mismo tiempo, el nivel socioeconómico actúa como un filtro que determina la amplitud del horizonte, estableciendo límites casi imperceptibles pero contundentes que afectan desde la calidad de la educación recibida hasta las redes de apoyo disponibles.

Los estereotipos profesionales funcionan como una especie de brújula distorsionada, que inclina las decisiones hacia ciertos destinos y disuade de otros, configurando así las oportunidades reales o percibidas. En conjunto, estos factores se convierten en fuerzas modeladoras, definiendo no solo el que sino el cómo y hasta dónde de las trayectorias profesionales posibles. A medida que cada persona toma su decisión, un acto que podría parecer individual y autónomo, en realidad se revela como el reflejo de un complejo entramado social, donde la elección personal se entrelaza con las expectativas y las limitaciones impuestas desde el exterior.

En esta encrucijada, la elección de carrera se convierte en un campo de batalla interno y social, en el que cada persona intenta alinear sus deseos personales con las realidades estructurales. Cada decisión es un intento por conciliar sueños y realidades, en un proceso que no solo define una ocupación, sino también una identidad y una posición en el mundo. El interés por la enología brota de un abanico de experiencias, y cada trayecto hacia esta carrera se convierte en un relato tan diverso como apasionante. Para algunos, el ingreso al mundo del vino parece más una casualidad que una elección deliberada, hay enólogos y enólogas que describen cómo una serie de coincidencias o momentos fortuitos los condujeron, casi sin proponérselo, a este universo de aromas, texturas y tiempos lentos. Cada testimonio revela un inicio único que, lejos de ser solo una anécdota profesional, abre ventanas hacia una travesía de autodescubrimiento, reflexión y persistencia.

Estas historias personales trascienden lo anecdótico y tejen un mapa intrincado de caminos que convergen en la enología. En ellas, se entrevén factores, como las motivaciones que guían sus pasos, las barreras que desafían en el camino y las oportunidades que se despliegan. En la complejidad de estos itinerarios, se pueden analizar las influencias del contexto social y económico, el peso de los lazos familiares y la seducción de la herencia cultural. Cada elección, cada desvío imprevisto, no solo modela una carrera, sino que se convierte en un capítulo de la historia de quienes encuentran en el vino un sentido, un arte y una forma de vida.

Esta diversidad de caminos sugiere preguntas que invitan al análisis ¿Qué impulsa a alguien a comprometerse con una vocación en la enología, un campo que combina técnica, sensibilidad y resistencia? ¿Cómo enfrentan los obstáculos propios de una industria en la que la tradición se cruza con la innovación y los desafíos culturales? Así, estas trayectorias se elevan a una categoría más amplia, convirtiéndose en objetos de estudio desde perspectivas que abordan la intersección de lo personal y lo profesional, y reflejan cómo, detrás de cada copa de vino, hay una historia de búsqueda, hallazgo y dedicación.

> Bueno, en realidad mi historia es bastante particular. Comencé a trabajar en una bodega porque la situación económica no me favorecía en ese momento; mi esposo había perdido su trabajo y, buscando empleo en un periódico (en la sección donde se ofertan empleos en el periódico), encontré una oportunidad (de trabajar en una bodega) y me presenté. Me ofrecieron trabajo limpiando la bodega, y acepté. Me dijeron que tendría que limpiar los baños y todos los rincones de la bodega, y que con el tiempo el enólogo me enseñaría a hacer algunos análisis si podía ayudarle en esa área. Empecé con la limpieza, pero poco a poco los análisis comenzaron a llamarme la atención. Me gustaba lo que hacía, y el enólogo me enseñó mucho sobre enología. Fue entonces cuando me enteré de que cerca de mi casa abrirían una carrera de Tecnicatura en Enología, y además sería gratuita. (Liliana Nabil, 33 años, Tecnicatura en Enología, trabaja en bodega y continúa estudiando, Argentina, entrevista vía zoom, 20 de octubre de 2021).

> No me lo vas a creer, pero yo decidí ser enóloga por una telenovela mexicana. Una de esas donde los personajes viven en un viñedo, en una hacienda. Recuerdo que, de repente, en la telenovela decían: “ya va a venir el enólogo”, y sonaba como si se

> tratara de alguien súper importante. Yo quería ser ese personaje. Es tontísimo, ¿no? Me imaginaba entrando a la hacienda y que la gente dijera lo mismo de mí. Así fue como comencé a investigar hasta poder convertirme en "la enóloga". (Jazmín Collado, 21 años, tecnicatura en enología, dejó su trabajo en bodega para continuar con sus estudios en enología, argentina, entrevista vía zoom, 16 de septiembre 2021)

> Esto del vino nace, esto de la carrera nace… no, no vengo yo de una familia de viticultores ni de elaboradores de vinos. Esto simplemente fue porque, bueno, en esa época no había tantas bodegas como las que hay ahora. Viene porque me interesó ver una carrera nueva. Bueno, decía: "a ver qué tan interesante puede ser trabajar en la bodega". Yo no sabía nada de bodegas, nada, nada. No tenía ni idea, solo veía una bodega céntrica que, actualmente, todavía está ahí. Cuando pasaba, la veía muy elegante, muy linda. En ese momento trabajaba en una tienda. Entonces, (la bodega) era algo nuevo, novedoso, y fue ahí cuando empecé a estudiar. (Sofía Bueno, 37 años, tecnicatura en enología, laboratorio de análisis propio y trabajo de consultoría, argentina, entrevista vía zoom, 13 de julio 2021)

> Pues mira, yo empecé... cuando salí de la carrera en 2017. Estudié psicología laboral, pero la verdad es que aquí, donde vivimos, la psicología –y en especial la psicología laboral– apenas comenzaba a ser reconocida como una carrera. No había muchas opciones de empleo. Al mismo tiempo, en mi familia estaban abriendo un laboratorio de análisis de vinos, así que me dijeron: "¿Por qué no me ayudas mientras encuentras trabajo y te metes al laboratorio?". Y yo, bueno, dije que sí, que mientras encontraba trabajo podía hacerlo. Me metí… y me quedé. Comencé a hacer análisis en 2017 y me empezó a gustar tanto que poco a poco me fui involucrando más y más. Como que no me gustaba el no tener el papel (título universitario en enología), el haber aprendido, así como que empíricamente. Entonces ya abre la especialidad aquí en Ensenada, he ingreso a estudiar ahí. (Andrina Mesa, 27 años, maestría en enología, trabaja en bodega familiar, mexicana, entrevista vía zoom, el 14 de enero 2022)

Para Jazmín y Sofía, la imagen del enólogo tenía una fuerza particular, casi mítica, mucho antes de que pisaran una bodega como profesionales. Su fascinación era como una semilla

plantada en su imaginación, una idea del enólogo no solo como técnico, sino como figura de respeto y símbolo de sofisticación en la industria. Esta visión inicial, cargada de simbolismo, resalta cómo el rol del enólogo o enóloga está imbuido de prestigio incluso fuera del ámbito académico o profesional, proyectando una figura que permea el imaginario colectivo en la industria vitivinícola.

En Argentina, un país donde el vino no solo se produce, sino que se celebra y honra como parte de la identidad cultural, este prestigio adquiere un matiz adicional. Las telenovelas y otros medios populares han contribuido a consolidar esta imagen del enólogo y la enóloga como un personaje influyente, en una narrativa de viñedos y haciendas que, más que productos, cultivan historias. Esta representación del enólogo y la enóloga no solo embellece el trabajo, sino que lo convierte en un símbolo cultural aspiracional.

Liliana y Andrina, en cambio, se encontraron con esta motivación en sus propios caminos, y fue en ese proceso que descubrieron el valor de la profesionalización. Para Liliana, cada paso en el ámbito enológico le revelaba una capa más de un mundo que quería comprender mejor, hasta el punto en que buscar la profesionalización se volvió un objetivo casi inevitable. Andrina, quien ya había forjado una carrera en otro campo, halló en el vino un llamado inesperado que le prometía una renovación en su trayectoria. Ambas mujeres se encontraron atrapadas por el prestigio de la enología, llevadas a repensar sus caminos y a ver en esta profesión una promesa de reconocimiento y realización personal.

En sus historias, se entrelaza la complejidad de cómo el prestigio y la pasión por el vino se convierten en fuerzas determinantes, guiando decisiones y moldeando trayectorias. La profesionalización, lejos de ser solo un requisito académico, se presenta como una reafirmación del deseo de pertenecer a un mundo que exige compromiso y conocimiento, pero que recompensa con una distinción que las vincula a una tradición cultural venerada.

Antes de adentrarme en el análisis formal de la profesionalización, es inevitable detenerme en un detalle fascinante del relato de Andrina. Su entrada al mundo de la enología no es un simple giro del destino ni una elección al azar, como podría parecer en el caso de otras entrevistas. En su caso, la invitación a involucrarse en el laboratorio provino de un lugar más íntimo y significativo, su propia familia. Este punto de partida marca una diferencia fundamental en su trayectoria.

A diferencia de otras enólogas y enólogos que llegan a la industria del vino desde rutas menos directas o sin una tradición familiar que las respalde, Andrina creció en un entorno donde el lenguaje del vino y sus misterios estaban ya entrelazados con su vida cotidiana. Sus primeros acercamientos a este mundo no ocurrieron en un aula ni en una bodega externa, sino en su propia casa, en las conversaciones familiares, en los rituales cotidianos y en las historias que tejían el pasado de quienes le precedieron. Así, su conexión con la enología es menos azarosa y más un legado silencioso, una invitación implícita a formar parte de un linaje que ya había sido trazado antes de que ella pudiera elegirlo.

Este detalle aparentemente anecdótico ilumina aspectos sobre cómo la pertenencia a una familia en el ámbito del vino configura las trayectorias de sus miembros. No se trata solo de una puerta abierta por familiares; es, en cambio, una transmisión de valores, conocimientos y expectativas que moldea no solo el interés profesional de Andrina, sino también su identidad dentro del campo de la enología. Su historia nos permite cuestionar hasta qué punto esta "invitación familiar" establece una relación diferente con la profesión, una donde los lazos afectivos y el capital cultural familiar se entrelazan, generando una base sólida, casi inevitable, para su inserción y permanencia en este ámbito.

Con Andrina, entonces, observamos no solo una profesionalización en términos técnicos, sino también una especie de capital simbólico que diferencia su historia de las otras entrevistadas.

Andrina, como tantos otros enólogos y enólogas, encontró sus primeras raíces en el mundo del vino a través de un ámbito familiar. Su historia parece un reflejo de esos relatos pasados, donde el conocimiento de la enología no se adquiría en aulas o laboratorios, sino en el vaivén de las estaciones, los aromas de las bodegas, y el eco de voces que transmitían un saber empírico, cuidadosamente traspasado de generación en generación. En ese entonces, la enología no era una disciplina legitimada por diplomas o academias; era, más bien, un arte custodio, ejercido por figuras que iban desde el patriarca de la familia hasta el operario más experimentado, todos compartiendo una habilidad tácita y ancestral para comprender la tierra y los procesos del vino.

Sin embargo, las experiencias familiares que marcan el destino de un enólogo o enóloga pueden variar tanto como el sabor de un vino tras el paso de los años. El acceso a recursos y el estatus de cada familia imprimen una diferencia significativa en cómo este saber es

adquirido y transmitido. No es igual crecer en el seno de una familia que posee una bodega transnacional, cuyas exportaciones cruzan continentes, a formarse en un viñedo pequeño, dedicado al autoconsumo y a una elaboración íntima y artesanal. En el caso de Andrina, el paisaje era distinto, su familia no tenía grandes viñas ni barricas de renombre; su mundo giraba en torno a un laboratorio modesto, donde el enfoque estaba en la precisión científica, y no en el volumen o el prestigio. Allí, Andrina absorbía un conocimiento diferente, uno que vinculaba la enología con un enfoque de investigación y experimentación.

Así, este primer contacto de Andrina con la enología revela cómo la intersección de recursos, posición social y entorno puede definir las trayectorias profesionales y personales. En un laboratorio modesto, ella comenzó a entrever las posibilidades de la enología no solo como un legado familiar, sino como un campo profesional y científico en expansión. Y, aunque la profesionalización formal aún parecía lejana, esa temprana vivencia familiar configuraba, silenciosa y poderosa, los primeros pasos de lo que sería su vida en el mundo del vino.

La auténtica riqueza de pertenecer a una familia con raíces en la viticultura no radica únicamente en la tradición de cultivar uvas o en la herencia de un viñedo. Es una puerta abierta a mundos ocultos de privilegios y relaciones exclusivas, un pasaje a redes de contactos y conocimientos transmitidos con la naturalidad de un secreto bien guardado. Para los enólogos y enólogas, crecer en este entorno significa una especie de adiestramiento inconsciente que impregna cada gesto y cada decisión, moldeando un habitus de clase que les facilita el acceso a posiciones de élite en la industria.

Desde temprana edad, estas personas absorben no solo el oficio y la técnica, sino también modos de percibir y actuar sobre su entorno que resultan determinantes. En el ambiente familiar, rodeados de historias sobre cosechas, sabores y conexiones, aprenden los códigos sociales que les abren las puertas de círculos exclusivos y les enseñan a navegar con soltura en un campo donde la distinción y la reputación lo pueden llegar a ser todo. Esta formación implícita les otorga una ventaja sutil, pero poderosa, para construir su identidad profesional en un universo donde el prestigio se convierte en la moneda de cambio más valiosa.

Así, la relación de estos enólogos y enólogas con la viticultura no solo marca sus conocimientos técnicos; también configura sus aspiraciones y su lugar en el mundo del vino,

donde el acceso y el poder simbólico se entrelazan para definir el destino de quienes nacen dentro de las viñas y de quienes observan desde fuera, soñando con entrar.

El habitus, uno de los pilares en la teoría de Pierre Bourdieu, no es solo una serie de disposiciones o habilidades es en realidad, una forma de "respirar" el mundo que se hereda, se vive y se reproduce en el día a día. Este sistema de percepciones y prácticas internalizadas marca la vida y la identidad de quienes nacen en familias vitivinícolas. Para los enólogos y enólogas que crecen rodeados de viñedos, tanques de fermentación y conversaciones sobre técnicas de cultivo y mercado, la enología no es simplemente una elección profesional: es una forma de vida que absorben desde la infancia, casi sin darse cuenta. Así, el conocimiento y las habilidades que otros deben aprender de manera formal, ellos los adquieren de manera casi orgánica, en un entorno donde las estaciones del año se cuentan en vendimias y la historia familiar está atada a la tierra y al vino que produce.

Este habitus vitivinícola, que parece casi una extensión de su ser, les permite moverse con una seguridad y naturalidad en el campo que para otros resulta inalcanzable. Su integración en el mundo del vino fluye con una facilidad que suele pasar desapercibida, pues ellos mismos apenas perciben el privilegio de esta herencia invisible pero palpable. En contraste, quienes no cuentan con este respaldo familiar deben emprender una ruta de aprendizaje más ardua, en la que cada logro supone no solo una conquista personal, sino un reto constante para demostrar su legitimidad y destreza. Estos "forasteros" en el campo del vino se ven obligados a construir su capital cultural desde cero, enfrentándose a miradas escépticas y, en ocasiones, a un entorno que protege y enaltece la tradición familiar por encima del talento y esfuerzo individuales.

La trayectoria de estos enólogos sin linaje vitivinícola es, en cierta medida, una epopeya, deben aprender las reglas del juego mientras se juegan su lugar en el campo, esforzándose doblemente para que su falta de herencia no pese sobre sus capacidades. Así, el habitus se convierte en un legado que para algunos es ventaja y para otros, un desafío que deben superar para afirmarse en el mundo del vino. La diferencia entre tener y no tener esta herencia es tan sutil como decisiva, marcando quién puede entrar al campo con paso seguro y quién debe abrirse camino con tenacidad y constancia.

El concepto de capital social de Bourdieu resulta particularmente revelador en el análisis de las trayectorias formativas en el campo vitivinícola, donde pertenecer a una familia de

tradición no garantiza, como podría pensarse, el acceso a una abundante base de capital económico. Lejos de ello, los jóvenes nacidos en el seno de familias vitivinícolas comienzan su andadura formativa con una ventaja diferente, una suerte de privilegio heredado que se revela en los saberes, prácticas y contactos a los que pueden acceder casi por osmosis, como parte de su vida cotidiana.

Es en los viñedos familiares donde estos jóvenes inician su aprendizaje autodidacta, ganando experiencia práctica mucho antes de su entrada a las aulas. Desde la infancia, están expuestos a los secretos de la enología, inmersos en el aroma de las barricas, las técnicas de fermentación y las conversaciones técnicas entre expertos en la materia. Este aprendizaje temprano les otorga una especie de capital cultural específico del mundo vitivinícola, una formación implícita que los sitúa en un punto de partida diferente.

A medida que crecen, las oportunidades para profundizar en esta vocación se multiplican: pueden optar por programas de profesionalización, realizar viajes formativos, y sobre todo, beneficiarse de una red de contactos dentro de la industria que les abre puertas que, para otros, permanecen cerradas. Estos vínculos son mucho más que simples conexiones laborales; representan una forma de estabilidad y seguridad en un mercado volátil, y se constituyen en un capital social de peso. No se trata solo de conocer a las personas adecuadas, sino de pertenecer a un entramado de relaciones que pueden ser activadas estratégicamente, movilizadas para acceder a conocimientos especializados, oportunidades de trabajo, o alianzas comerciales.

Así, el capital social, entendido en el sentido bourdiano, no solo fortalece la posición de estos jóvenes en el campo del vino, sino que también es la clave de su movilidad ascendente. Al final, la acumulación de estas relaciones estratégicas y la posibilidad de traducirlas en beneficios concretos confirman que, en la enología, el valor de una tradición familiar va más allá de la herencia económica, es un recurso social vivo, un ecosistema de alianzas y conocimientos que puede abrir tantas puertas como el capital financiero.

Contar con un sólido capital social abre puertas que trascienden el acceso directo a instituciones educativas, es un recurso invaluable que proporciona una ventaja inicial al conocer de antemano las particularidades y requisitos de aquellas universidades de interés. Quienes disponen de este capital suelen tener acceso a mentores externos, figuras que no solo los guían en el proceso de aplicación, sino que los preparan de manera estratégica para

enfrentarse a cada paso de esta travesía académica. Muchos centros educativos, especialmente en disciplinas como la enología o la agronomía, exigen prerrequisitos que pueden intimidar a quien no tenga un respaldo adecuado como cartas de recomendación, experiencia en campos específicos, conocimientos avanzados en agricultura o incluso el dominio de un idioma extranjero. Aquí es donde el capital social se convierte en un recurso invaluable, pues permite cubrir estas demandas desde el inicio, e incluso facilita prácticas en bodegas de miembros de la misma red, donde el aprendiz no solo afina su formación, sino que comienza a tejer lazos dentro de la industria misma.

Esta red de apoyo se extiende aún más allá de las fronteras locales. Para quienes desean cursar estudios en el extranjero, contar con contactos adecuados no solo les permite acceder a información privilegiada sobre el centro educativo, sino que también les facilita aspectos tan esenciales como el hospedaje y la adaptación a la vida en una ciudad desconocida. En muchos casos, esta red actúa como un ancla emocional y logística, ofreciendo orientación práctica sobre el entorno y ayudando a suavizar el choque cultural. Así, el capital social no solo acerca oportunidades educativas de gran calibre, sino que también acompaña al estudiante en cada paso del camino, moldeando su experiencia académica y allanando el terreno hacia una inserción profesional exitosa.

La familiaridad que los enólogos y enólogas desarrollan con el campo de la viticultura y la enología, alimentada por su contacto previo y sus conocimientos iniciales, se convierte en un factor determinante en su motivación durante la etapa formativa. Esta base sólida no solo fortalece su compromiso con la carrera, sino que también contribuye a que se registren bajos índices de deserción. La seguridad que les otorgan estos conocimientos previos los impulsa a ir más allá de los estudios básicos, llevando a muchos a buscar oportunidades adicionales como maestrías, posgrados, diplomados e incluso intercambios académicos. En un proceso paralelo, quienes inician sus estudios con un conocimiento limitado o inexistente del área enfrentan un panorama más desafiante. Estas dificultades, especialmente en materias técnicas y específicas, pueden generar en ellos sentimientos de incertidumbre respecto a su futuro profesional, llevándolos en algunos casos a reconsiderar su permanencia en la carrera. La brecha entre estos dos grupos no solo refleja disparidades en el punto de partida, sino que también evidencia las complejas interacciones entre motivación, capital cultural y las expectativas de inserción laboral.

El capital simbólico, en este contexto, emerge como un actor principal, cargado de poder y significados. Este tipo de capital no solo se refiere al prestigio, honor o reconocimiento que un individuo o familia puede acumular dentro de un campo determinado, sino que se convierte en un elemento que atraviesa y condiciona las trayectorias profesionales, marcando la diferencia entre quienes lo poseen y quienes luchan por conseguirlo. Para los enólogos y enólogas que provienen de familias vitivinícolas, el capital simbólico actúa como una suerte de pasaporte privilegiado que otorga acceso no solo a recursos materiales y culturales, sino también a un halo de legitimidad inquebrantable. Este prestigio heredado, ligado íntimamente al nombre y la historia de la familia, no es solo un honor superficial; es una fuerza que facilita su aceptación y promoción en el campo, abriendo puertas que permanecen cerradas para aquellos que carecen de esta ventaja.

Es fascinante cómo, en este mundo de las vides y el vino, el capital simbólico se convierte en un factor decisivo, que no se limita únicamente a los confines de la práctica cotidiana, sino que se proyecta también en las entrevistas personales, aquellos rituales de selección en los que las instituciones educativas o profesionales se ven obligadas a tomar decisiones. En estos momentos, el capital cultural y simbólico de los aspirantes resalta de manera casi palpable, influyendo en el juicio de quienes deciden quiénes forman parte de las élites de la enología. Esto es especialmente evidente en instituciones de gran renombre, donde la necesidad de preservar un cierto nivel de estatus y reputación se convierte en un criterio decisivo. En estos escenarios, aquellos que no tienen una familia vitivinícola detrás de ellos deben enfrentarse a un reto aún mayor, construir una reputación desde cero, un proceso que demanda tiempo, esfuerzo y, a menudo, una lucha constante contra los prejuicios que limitan las oportunidades de los que no nacieron bajo el auspicio de un apellido ilustre en la industria.

Este contraste entre los que poseen y los que carecen del capital simbólico no es meramente una cuestión de prestigio superficial, sino una estructura que moldea y define las trayectorias de los profesionales dentro del campo de la enología.

En el fascinante mundo de la enología, donde el vino no solo es un producto, sino una tradición, el apellido de un individuo se convierte en una llave maestra que abre puertas en un círculo restringido. Este apellido, en muchos casos, no es simplemente un identificador personal, sino un símbolo de herencia, de conexión con familias cuyos nombres resuenan en las viñas desde generaciones pasadas. Pertenecer a una familia con una trayectoria

vitivinícola reconocida no solo significa tener acceso a recursos y redes, sino que, a menudo, garantiza una ventaja significativa, incluso ante aquellos que poseen calificaciones académicas o habilidades técnicas excepcionales, pero carecen de este linaje ancestral. Este fenómeno, tan palpable en muchas industrias, se revela de manera especialmente intensa en el sector vinícola, donde la tradición y el prestigio familiar se imponen sobre otras formas de capital.

Para explorar más a fondo esta dinámica, resulta revelador el análisis de Verónica Filardo (1995) en su obra El lugar de la cultura en la reconversión tecnológica del sector vinícola nacional. Filardo, en su estudio no solo rastrea las huellas de la evolución tecnológica dentro del sector, sino que ilumina la compleja intersección entre la cultura del vino y el proceso de transmisión generacional. Según Filardo, los apellidos en la enología no son meros signos de identidad, sino auténticos portadores de un capital simbólico que, lejos de ser un vestigio de la antigüedad, sigue siendo un recurso activo que sustenta la legitimidad y el acceso dentro de esta esfera. A través de su investigación, Filardo nos invita a reflexionar sobre cómo, en esta industria, la herencia de un apellido puede ser tan determinante como cualquier título universitario o formación técnica, configurando un sistema de distinciones que no solo preserva el conocimiento, sino también las jerarquías de poder, prestigio y oportunidad.

El capital social, por ejemplo, se construye a través de relaciones familiares y contactos que atraviesan generaciones, conectando a estos individuos con figuras clave del sector: enólogos de renombre, bodegueros influyentes, y otras personas que son la columna vertebral de la industria. Pero la familia también ofrece un acceso a un capital cultural intrínseco, transmitido de padres a hijos, no solo en términos de conocimientos técnicos sobre la producción del vino, sino también en el entendimiento de las sutilezas del mercado, las tradiciones y las expectativas que rigen este mundo.

Además, el capital simbólico, la percepción de ser parte de una familia históricamente vinculada al vino, confiere un prestigio inmediato. Esta herencia no solo se traduce en un respaldo social, sino en una forma de reconocimiento que genera confianza entre los actores del sector y abre puertas que de otro modo permanecerían cerradas. En muchas ocasiones, no es tanto la competencia técnica lo que hace la diferencia, sino la historia que una familia lleva consigo, la historia que valida la posición de un individuo dentro del campo de la enología.

Por otro lado, quienes no tienen la fortuna de esta pertenencia familiar deben caminar un sendero mucho más arduo, uno que demanda una construcción casi artesanal de sus propios capitales, desde la base. La falta de un linaje vitivinícola implica la necesidad de forjar relaciones desde cero, de aprender a través de un trabajo constante y de ganar poco a poco el reconocimiento que otros ya heredan. Esta tarea requiere no solo de habilidad, sino de una persistencia casi titánica, ya que cada avance debe ser negociado, ganado y consolidado.

Ahora bien, para comprender con mayor claridad cómo este conjunto de recursos afecta las trayectorias profesionales, es útil analizar algunos ejemplos de enólogos y enólogas que, gracias a su pertenencia a familias vitivinícolas, han logrado ascender en la industria. Estos casos ilustran cómo la herencia no solo les ha proporcionado un acceso privilegiado, sino que también ha favorecido el desarrollo de sus carreras de manera exponencial, abriendo puertas y ampliando horizontes de una forma que los profesionales que no cuentan con estos recursos solo podrían soñar.

Al adentrarnos en estos ejemplos, se revela la verdadera magnitud del poder de la pertenencia familiar en un sector tan competitivo y cargado de historia como el del vino:

> De la zona que yo soy, esto es en Palencia con "P", era común tener bodegas familiares para elaborar el vino de consumo familiar, o sea, para el año. Entonces, mi abuelo hacía vino; no era, o sea, son bodegas excavadas en la tierra, pequeñas, donde se guarda el vino para la familia del año (es decir, para el consumo de vino de todo el año). Mi abuelo era el que hacía vino con su padre en el pueblo y es el que mantuvo la tradición aquí al hacer el vino. Yo me acuerdo de ser muy crío, con cuatro años, de bajar con el abuelo a hacer el vino, y bueno, fue algo que te va gustando, que te anima. (Daniel Lagunes, 47 años, licenciatura en enología, consultor con proyecto propio, español, entrevista vía zoom, 24 de abril de 2021)

> Estoy un poco metida en esto porque tengo una hermana mayor que también es enóloga, así que por ahí viene un poco la idea. Además, vivo en una zona importante, la Ribera del Duero, lo que hace que el ambiente sea propicio. (Patricia Alva, 36 años, licenciada en enología, enóloga que trabaja en bodega, española, entrevista vía zoom, 28 de octubre 2021)

> Desde la familia, tenía parientes que han estado trabajando en finca; mi padre y mi hermano también tuvieron una finca. Entonces, el contacto es muy cercano. Te hablo de cuando yo era niño, cuando era chico y todo eso. O sea que uno conoce de las bodegas y conoce de los viñedos por una cuestión del lugar donde uno nació, de Montpellier. (Simon Cassals, 61 años, sin formación profesional, trabaja en bodega familiar, francés, entrevista vía zoom, 28 de octubre 2021)

> Mira, yo a lo que me dediqué, o me estoy dedicando, a la enología es porque soy de Parras, Coahuila. Prácticamente nací en Torreón, pero toda mi familia es de Parras, donde ellos habían invertido un poco en el negocio del vino, que también es un centro enológico. Desde niño, me llamó mucho la atención todos los procesos de cómo la uva se iba transformando en algo totalmente diferente, porque entraba a las bodegas y olía precioso; me encantaba ese olor. Entonces, me llamó mucho la atención desde pequeño. De adolescente, tuve la oportunidad de seguir con esa curiosidad y de que mis papás me apoyaran para que yo entrara a Casa Madero. (Omar Gómez, 35 años, especialidad en enología, enólogo que trabaja en bodega y es miembro de un organismo nacional de vino, mexicano, entrevista vía zoom, 4 de octubre 2021).

En los testimonios, se observa que el amor por el vino se ha transmitido de generación en generación, ya sea porque el consumo de vino era común en el hogar o porque los padres estaban directamente involucrados en la industria vitivinícola, ya sea como bodegueros, propietarios de viñas o profesionales vinculados al vino. Esta tradición no solo genera una pasión intrínseca por el vino, sino que también impulsa a los descendientes a profesionalizarse en el campo para aportar nuevos conocimientos y continuar con el legado familiar.

Acceder a una familia vitivinícola, aunque a menudo se perciba como un privilegio, no implica necesariamente contar con los recursos económicos necesarios para cubrir todos los aspectos de la formación enológica. Aunque el hecho de pertenecer a una familia con vínculos en el mundo del vino puede ser un beneficio notable, no se debe subestimar el costo asociado a la carrera de enología. Esta es una disciplina que, como muchas otras profesiones

especializadas, demanda una considerable inversión de recursos económicos, tanto en términos de matrícula como en lo que respecta a materiales, prácticas y viajes educativos.

La enología, al igual que otras carreras, requiere no solo de un compromiso académico, sino también de un considerable esfuerzo económico a lo largo de su trayectoria. En muchos casos, los enólogos y enólogas, conscientes de los altos costos asociados a su formación, se ven obligados a recurrir a becas, préstamos estudiantiles o incluso a trabajos paralelos para costear sus estudios. Esta necesidad de conjugar trabajo y estudio es una constante en el recorrido formativo, lo que obliga a los futuros profesionales a desarrollar una resiliencia financiera que no solo les permita cubrir sus gastos inmediatos, sino también pensar en el largo plazo.

Más aún, es habitual que, una vez concluidos sus estudios iniciales, los enólogos y enólogas busquen continuar su formación con maestrías o posgrados. Sin embargo, muchos de ellos no emprenden esta etapa educativa de inmediato. En lugar de ello, esperan a haber trabajado y ahorrado lo suficiente para afrontar los elevados costos de estos estudios adicionales. Esta estrategia no solo habla de la necesidad de una planificación financiera, sino también de un enfoque pragmático hacia una inversión que promete rendir frutos a largo plazo.

Otro aspecto relevante es la necesidad de actualización continua en el campo de la enología. La constante evolución de la industria exige que los profesionales no solo se dediquen a su trabajo diario, sino que también inviertan tiempo y recursos en diplomados, cursos especializados y otros programas de formación que les permitan mantenerse a la vanguardia en un sector cada vez más competitivo. Los interlocutores de esta investigación subrayan la importancia de esta actualización constante, que no solo es importante para el éxito profesional, sino también para mantener la relevancia en un mercado globalizado y en constante cambio.

En resumen, el acceso a una familia vitivinícola, aunque pueda ofrecer ventajas estratégicas, no resuelve por sí solo los desafíos financieros que implica una carrera como la enología. La profesión demanda una inversión constante de recursos, tanto económicos como de tiempo, lo que obliga a los futuros enólogos y enólogas a balancear su formación con otros trabajos, y a desarrollar una conciencia de la importancia de seguir aprendiendo y actualizándose a lo largo de toda su carrera profesional.

Retomando los testimonios, destacan particularmente los relatos de Patricia, proveniente de Ribera del Duero, y Simon, de Montpellier, quienes introducen una variable de análisis esencial, el origen nacional. Esta dimensión, estrechamente vinculada en términos de prestigio, a la pertenencia a una familia vitivinícola, emerge como un factor determinante en la trayectoria formativa de los enólogos y enólogas, comparable a los recursos inherentes a la familia vitivinícola, en tanto es algo que no se elige, pero cuya influencia es innegable.

El respaldo que un enólogo o enóloga puede recibir a partir de su origen nacional es un fenómeno que, aunque a menudo se pasa por alto, tiene un impacto tangible en las decisiones formativas y en las oportunidades que se presentan a lo largo de su carrera. Así como pertenecer a una familia vitivinícola otorga ciertas ventajas, el nacer en un país con una tradición vinícola consolidada facilita el acceso a una red de conocimientos, instituciones educativas y vínculos laborales que no están al alcance de todos.

En las entrevistas, tanto Patricia como Simon resaltaban cómo su país de origen no solo determinó su interés por la enología, sino que además les brindó acceso a centros de estudio especializados, una ventaja considerable frente a aquellos que, a pesar de su vocación y esfuerzo, no cuentan con el mismo respaldo institucional. Esta relación entre lugar de nacimiento y formación enológica se convierte, por tanto, en un factor decisivo que no solo moldea las trayectorias profesionales, sino que también evidencia una realidad de estratificación implícita, donde la geografía y la historia vinícola de un país condicionan en gran medida el acceso a la profesionalización y a las oportunidades dentro del campo.

Este análisis invita a reflexionar sobre cómo la formación de los enólogos y enólogas no solo está mediada por sus propios esfuerzos individuales, sino también por las estructuras sociales que operan más allá de su control. En este sentido, la pertenencia a una tradición vinícola ya sea a través de la familia o del país de origen, se configura como un capital simbólico que abre puertas y marca una diferencia sustancial en las posibilidades de desarrollo profesional. Veamos algunos testimonios:

> Sí, efectivamente, me formé en Argentina, en Mendoza, que es el polo vitivinícola más grande del país. Estudié en la Facultad Don Bosco, una escuela vitivinícola que es una de las primeras en Latinoamérica en otorgar el título de enología. En realidad, empecé en este campo desde pequeño, ya que fue una decisión que tomé cuando era

niño. Mi papá tenía viñedos, no bodegas, sino viñedos que eran de mi abuelo y que habían sido heredados de mi bisabuelo. Crecí entre las hileras de vides, entre la tierra, y fue allí donde comencé a interesarme y, en cierto modo, a enamorarme de la vitivinicultura. Además, a nivel cultural, en mi casa siempre se almorzaba y se cenaba con vino, lo que lo hacía algo muy natural en mi entorno. Luego, a los 15 o 16 años, conocí la química, y esta me fascinó. Como era de Mendoza, hice un trabajo de química en una bodega de la zona, lo que consolidó aún más mi interés por la enología. (Manuel Palermo, 34 años, licenciatura en enología, trabaja en bodega, argentino, entrevista vía zoom, 3 de marzo 2022)

Bueno, yo creo que no he tenido muchos problemas (para ingresar a estudiar enología) porque siempre he estado, de una manera o de otra, en el mundo del vino. Para mí, no ha sido complicado. Aquí en España, siendo un país productor, elaborador y también exportador e importador, la verdad es que no he enfrentado grandes dificultades en ese sentido. Ha sido fácil para mí. (Alicia Agnes, 50 años, sommelier y técnica en enología, consultora y funcionaria de enoturismo, española, entrevista vía zoom, 1 de marzo 2022)

Bueno, yo comencé en el mundo del vino hace varios años. En realidad, no vengo de una familia vinculada a este ámbito, ni mucho menos. Mi papá trabajaba en una fábrica y mi madre era maestra, daba clases en una escuela primaria. Yo empecé a estudiar en realidad después de terminar la primaria. Fui a un colegio agrícola que ofrecía una orientación enológica. Siempre me ha gustado mucho el campo, y la verdad es que inicialmente iba a estudiar agronomía. Sin embargo, después de una pasantía que hice en una bodega aquí en Borgoña, en 1999, decidí que quería estudiar enología. Fue allí, en Borgoña, donde realmente me enamoré del mundo del vino, y fue esa experiencia la que me motivó a tomar la decisión de estudiar la carrera. Yo ya venía trabajando desde el año 92, empecé a trabajar en bodega, y me pagué mis estudios trabajando en bodega, la verdad que para mí fue bastante sencillo, en esa época había estabilidad en mi vida económicamente, entonces pude hacer especialidad, pude recorrer varia zonas del país (Mauricio Vergel, 40 años,

licenciatura en enología, consultor y trabaja en bodega, francés, entrevista vía zoom, 26 de febrero 2022)

¿Cómo me introduje en esto? Es bastante sencillo, porque me gustaba el vino. En la secundaria, cuando llegamos a quinto año, teníamos que decidir qué carrera o profesión elegir. Tuve una profesora de química que también daba clases en la universidad de enología. La universidad de enología aquí es privada y está vinculada a la congregación Salesiana. El fundador de la enología en Argentina fue un sacerdote salesiano llamado Francisco Oreglia, quien fundó la licenciatura en enología en Mendoza. Él fue quien creó la bodega, el instituto y la facultad. (Emilio Durán, 42 años, licenciado en enología, consultor, gerente en área vitícola y profesor, argentino, entrevista vía zoom, 7 de julio de 2021)

Explorar cómo el país de origen influye en la formación de enólogos y enólogas revela dos factores clave que operan en este campo. En primer lugar, siguiendo los planteamientos de la sociología de las profesiones, el reconocimiento y el estatus de una profesión están íntimamente vinculados a su capacidad para controlar el conocimiento especializado y establecer estándares de calidad ampliamente aceptados, tanto por la comunidad profesional como por el público. En el ámbito de la enología, las regiones históricas y con una tradición vitivinícola consolidada han sido las responsables de definir estos estándares, estableciendo un modelo que dicta lo que constituye un vino de calidad y consolidando así su autoridad indiscutible en el campo. Sin embargo, esta autoridad va más allá de la mera calidad técnica del vino; está reforzada por una narrativa histórica y cultural que otorga a sus productos y a sus profesionales un prestigio que parece inherente y difícil de replicar en otras latitudes.

Este entorno privilegiado, comparable al capital cultural que heredan algunas familias, dota a los enólogos y enólogas de esas regiones con conocimientos y una sensibilidad hacia el vino que empieza mucho antes de cualquier formación académica formal. La cultura del vino se convierte en una especie de habitus, donde la exposición temprana a los saberes y tradiciones vitivinícolas configura el gusto, las aspiraciones y, a menudo, el propio destino profesional. En los testimonios recopilados, encontramos ejemplos que ilustran esta influencia: incluso quienes no provienen de familias dedicadas al vino han crecido rodeados

de una tradición vitivinícola que, aunque de manera sutil e inconsciente, moldeó su elección profesional, dotándolos de cierta familiaridad y fluidez en el mundo del vino.

Esta influencia cultural, entonces, no solo representa una ventaja inicial para quienes provienen de regiones vitivinícolas históricas, sino que también establece una barrera tácita para aquellos que, desde otras geografías, intentan incursionar en el campo. La formación académica en enología, aunque universal en sus principios, se enriquece y se particulariza de manera inevitable según el contexto cultural, histórico y social que rodea al profesional en formación.

En segundo lugar, en el paso del recorrido histórico por el desarrollo de la enología, es posible observar cómo ciertas ciudades han emergido como auténticos epicentros de prestigio para el estudio de esta disciplina, destacando no solo por su tradición vitivinícola, sino también por la presencia de instituciones académicas centenarias que continúan formando a las generaciones futuras de enólogos y enólogas. Estas ciudades, con un legado de excelencia y arraigo en la cultura del vino, han consolidado su reputación a lo largo del tiempo, convirtiéndose en referentes académicos cuyos nombres evocan una formación sólida y de alta calidad en el ámbito enológico.

Aunque en tiempos recientes han surgido nuevas escuelas que ofrecen programas de enología de gran nivel, el aura de prestigio que rodea a estas instituciones tradicionales subraya la importancia de estos espacios en la consolidación del conocimiento enológico. Estos centros tradicionales no solo se han dedicado a transmitir técnicas y saberes de generación en generación, sino que también actúan como guardianes de una cultura enológica enraizada, que proporciona a los estudiantes no solo una educación formal, sino también una inmersión en el arte y la historia de la producción vinícola. En este sentido, las ciudades que albergan estas instituciones representan mucho más que simples localizaciones geográficas; son puntos de convergencia donde se encuentra la esencia del saber enológico y se cultiva la identidad profesional de aquellos que aspiran a desempeñarse en este campo. Con su legado histórico, siguen ejerciendo una importante influencia en las normas y estándares globales. Este predominio, está fundamentado en siglos de tradición y refinamiento, por lo que sigue siendo el sueño y la meta de muchos enólogos y enólogas en diversas partes del mundo.

Para las nuevas generaciones de enólogos y enólogas, el sueño compartido se centra en alcanzar una educación integral que combine una sólida formación técnica con experiencias

inmersivas en las regiones icónicas de la enología mundial. Así, lugares como Burdeos o la Toscana, con su legado y tradiciones en la ciencia del vino, representan mucho más que simples destinos académicos, son el epicentro de sistemas de conocimiento y prácticas enológicas que han resistido la prueba del tiempo.

En estas regiones, los estudiantes no solo se familiarizan con técnicas tradicionales y estándares de calidad, sino que también se sumergen en una historia vitivinícola que se transmite de generación en generación, una historia impregnada de saberes ancestrales y de respeto por la tierra. Esta educación, además de impartir habilidades técnicas, cultiva en los futuros profesionales del vino un entendimiento respetuoso de los principios esenciales de la enología, elementos que constituyen la base para cualquier carrera que aspire a influir en el campo. En cada viñedo y bodega, enólogos y enólogas encuentran una oportunidad de aprender los secretos que residen en el suelo, en las uvas y en las manos de quienes, durante siglos, han perfeccionado este arte. Así, se forma una profesión holística, donde lo técnico y lo histórico convergen para inspirar el compromiso de quienes buscan preservar y evolucionar una tradición viva.

Mientras que por otro lado estos profesionales también buscan una formación en las regiones vitivinícolas emergentes para alinearse con las tendencias más recientes, explorar técnicas vanguardistas y adoptar estándares creativos y disruptivos, su objetivo no es solo preservar el legado de las tradiciones vitivinícolas. También desean adaptarlo a contextos en constante cambio, fusionando lo antiguo y lo nuevo en un equilibrio que respeta la tradición sin dejar de innovar. Esta formación dual, que abarca tanto los conocimientos ancestrales como las prácticas contemporáneas, no solo enriquece su comprensión del oficio, sino que les permite contribuir de forma integral y actualizada a la industria. Al integrar ambos enfoques, estos enólogos y enólogas se posicionan como agentes de cambio, capaces de mantener viva la esencia de la enología mientras promueven avances significativos que impulsan el desarrollo de la industria en todas sus dimensiones.

Para algunos enólogos y enólogas, la decisión de trazar su trayectoria formativa implica un delicado equilibrio entre tradición e innovación, entre lo conocido y lo emergente. Muchos optan por iniciar sus estudios en una región vitivinícola con una sólida herencia enológica, donde las prácticas y saberes han sido pulidos por siglos, para luego aventurarse a una región emergente en busca de experiencias que completen su visión y técnicas en el campo. Este

proceso les permite obtener un aprendizaje completo; primero, empapándose de la riqueza y profundidad del Viejo Mundo, para luego expandir sus horizontes hacia territorios donde la enología se reinventa constantemente, adaptándose a nuevos contextos culturales, climáticos y económicos.

Sin embargo, esta estrategia no está igualmente al alcance de todos. Para quienes provienen de regiones de larga tradición enológica, acceder a estos intercambios resulta más sencillo debido a sus recursos y redes preexistentes, que facilitan tanto los desplazamientos como la admisión en programas académicos internacionales. En cambio, aquellos enólogos y enólogas que provienen de regiones emergentes enfrentan mayores desafíos. Para ellos, la formación comienza necesariamente en su región natal, con la esperanza de que, en algún momento, logren reunir los recursos necesarios o las oportunidades de apoyo que les permitan explorar las prácticas consagradas en una región de mayor renombre. Así, su experiencia formativa suele estar marcada por un proceso de espera y preparación, en el que el viaje a una región tradicional se convierte en una aspiración que simboliza tanto un logro profesional como un reconocimiento de su esfuerzo y dedicación.

Este contraste subraya una dinámica de desigualdad en el acceso a las oportunidades de movilidad formativa, donde el origen nacional y los recursos disponibles influyen decisivamente en el tipo de experiencias y conocimientos a los que cada enólogo o enóloga puede acceder.

Ahora bien, dentro de los mismo países existen diferencias regionales que posicionan algunos centros de estudio por encima de otros, ya sea porque tienen mayor trayectoria histórica o porque ofrecen grados académicos mayores. Tomemos como ejemplo el caso de Mendoza en Argentina, frente a otros centros educativos en el norte argentino. Mendoza, con su dominio en la producción de vino y su reputación establecida, se erige como un centro de poder educativo en el campo de la enología. Los enólogos y enólogas formadas en esta región suelen tener mayores demanda para la formación y reconocimiento en comparación con aquellos de otras regiones menos prestigiosas. De manera similar ocurre en México con la percepción de Baja California como el epicentro del conocimiento vinícola. Veamos algunos ejemplos:

> Lo que falta en el valle (Cafayate) sería un complemento más de estudio, porque aquí solo tenemos la tecnicatura. Hemos tratado de solicitar la licenciatura o algún complemento

> para la carrera. Y mira, como la tecnicatura no era muy sólida, como te estoy diciendo, traían muchos enólogos de afuera. Nos referimos a "fuera", pero son mendocinos, de Mendoza; así que los llamamos gente de afuera, aunque son de la provincia de Mendoza. Ellos ya son licenciados, enólogos, con más formación, incluso doctorados. Entonces, todas las bodegas de aquí prefirieron eso (Gisela Darico, 28 años, tecnicatura en enología, trabaja en bodega y continúa estudiando, argentina, entrevista vía zoom, 13 de junio 2021)

> Me he sentido discriminada en otros lugares, especialmente en bodegas un poco más grandes, donde el enólogo es de afuera. En esos casos, parece que prefieren contratar a personas externas; por ejemplo, si ven a otro mendocino o a un sanjuanino, le dan un lugar a esa persona y nosotros quedamos un poco de lado. Aunque nosotros somos técnicos, ellos tienen más seguridad y experiencia, así como habilidades que, a nosotros, que somos del Valle (Cafayate), nos faltan. A veces somos un poco más cerrados; ellos vienen de la ciudad y cuentan con otra experiencia y formación que quizás nos falta. Somos un poco más tímidos; podemos tener el conocimiento, pero no siempre nos animamos a expresarlo o a hacerlo de la misma manera. No creo que lo que decimos esté mal; simplemente, no nos atrevemos a decirlo. Esa es mi percepción: nosotros, los del valle (Cafayate), enfrentamos esa situación. Por eso, a veces, la gente de otros lugares consigue más trabajo y ocupa un nivel diferente de puestos; creo que esa también puede ser la razón. (Sofía Bueno, 37 años, tecnicatura en enología, laboratorio de análisis propio y trabajo de consultoría, argentina, entrevista vía zoom, 13 de julio 2021)

Los testimonios analizados revelan una preferencia marcada por aquellos títulos y formaciones que provienen de regiones reconocidas como bastiones de prestigio en el mundo de la enología, destacándose particularmente Mendoza. Para muchos entrevistados, el origen geográfico de su formación, junto con el tipo de titulación obtenida, parece revestir un valor simbólico y práctico que puede moldear sus oportunidades futuras. Al comparar experiencias, mencionan las distinciones entre una tecnicatura y una licenciatura, y cómo estas diferencias, a menudo percibidas como sutiles, pueden tener repercusiones en su inserción en el mercado laboral.

Esta diferenciación, que a simple vista puede parecer formal o arbitraria, se convierte en

un criterio tácito que abre o cierra puertas a determinadas oportunidades. En su discurso se percibe cómo la tecnicatura se asocia frecuentemente con tareas prácticas o limitadas en cuanto a alcance profesional, mientras que la licenciatura es vista como un título que ofrece mayor versatilidad y reconocimiento en el mercado, incluso cuando las competencias desarrolladas sean similares. En este sentido, la trayectoria formativa no solo aporta conocimientos técnicos, sino que también actúa como un marcador de prestigio y capital simbólico que determina la movilidad y posicionamiento profesional.

Además, como ocurre en muchos sectores globalizados, los desplazamientos dentro del propio país o región, cuando son por motivos de formación, pueden convertirse en desafíos logísticos y económicos. Esta movilidad, vista por algunos como una necesidad y por otros como un privilegio, evidencia que el acceso a una educación de prestigio no solo depende del talento individual, sino también de factores como la disponibilidad de recursos y la red de apoyo. Así, en cada desplazamiento se negocian tanto las aspiraciones profesionales como las posibilidades reales de acceso, creando una dinámica compleja que desafía la concepción de la formación como una herramienta únicamente académica, revelando también sus implicaciones sociales y económicas.

Las entrevistas revelan una percepción sobre la jerarquía implícita en la formación enológica, el prestigio otorgado a instituciones reconocidas a nivel internacional fortalece un sistema que, paradójicamente, subestima el conocimiento local y las contribuciones desarrolladas en contextos menos visibles. Este esquema de valoración contribuye a que los enólogos y enólogas interioricen estas distinciones, llegando a percibir su propia formación como menos valiosa o “inferior” cuando se compara con la de colegas formados en centros de renombre. Es un proceso de autopercepción que trasciende la cuestión de la competencia profesional para convertirse en una vivencia casi existencial, donde los actores del campo sienten que el prestigio personal está intrínsecamente ligado al lugar de estudio.

En los testimonios de quienes estudian en distintas regiones, se observa también cómo esta jerarquización se reproduce y perpetúa dentro de las fronteras nacionales. En Argentina, por ejemplo, la provincia de Mendoza emerge como un centro hegemónico en la producción de vino, no solo por su volumen y tradición, sino por la asociación cultural y profesional que la sitúa como el epicentro del saber enológico en el país. Los enólogos formados en Mendoza son percibidos como portadores de un conocimiento “superior”, y este prestigio les precede,

otorgándoles una ventaja tácita frente a colegas de otras regiones. Esta percepción se traduce en divisiones regionales, como en el caso del valle de Cafayate, donde los profesionales, a pesar de su formación y experiencia, son vistos en ocasiones como "menos cualificados" en virtud de su origen académico y geográfico.

Así, el prestigio de ciertos centros de formación no solo estructura la competencia profesional, sino que define en gran medida el acceso a posiciones de poder y reconocimiento dentro del campo enológico. Este entramado de prestigios y exclusiones revela, en última instancia, una dinámica que no es solo educativa, sino social, en la que la formación y el lugar de origen constituyen marcadores de estatus y validación.

Con el paso del tiempo, los enólogos y enólogas, sin importar su país de origen, pertenencia a una familia vitivinícola, o los recursos y oportunidades de formación a su disposición, han abrazado cada vez más la profesionalización. ¿Qué impulsa esta tendencia? El cambio de contexto, pero más específicamente, la imparable globalización del vino. En un mercado globalizado, las bodegas y las industrias vitivinícolas ya no pueden depender únicamente de técnicas heredadas o del prestigio local; deben adaptarse y comprender las dinámicas complejas de los mercados internacionales, donde la competencia y las oportunidades son constantes. Esto requiere una estrategia mucho más deliberada y precisa, definir objetivos claros a mediano plazo, identificar los recursos técnicos y financieros necesarios y, sobre todo, planificar de forma coherente para alcanzarlos.

La globalización ha impuesto una estandarización en los conocimientos y habilidades esperados de los profesionales del vino. A medida que los consumidores internacionales se vuelven más exigentes y diversificados en sus preferencias, y con la aparición de nuevas regiones vitivinícolas competidoras, la necesidad de profesionalización ya no es una opción, sino un requisito para destacar y responder adecuadamente a las expectativas del mercado. En este contexto, la profesionalización se presenta como un medio de legitimación y reconocimiento, que no solo abre puertas en términos de empleabilidad, sino que también les permite a los enólogos y enólogas posicionarse en un campo dominado históricamente por redes familiares y estructuras de poder local.

Para estos profesionales, la profesionalización también representa una vía para diversificar sus competencias y adaptarse a las demandas de consumidores cada vez más informados y selectivos. Así, un enólogo y enóloga no solo debe dominar los secretos de la

fermentación o la vinificación, sino que debe estar familiarizado con el lenguaje de los negocios globales y las tendencias de consumo que transforman el mercado. En consecuencia, la formación y la experiencia práctica en un entorno globalizado se han convertido en un capital simbólico que otorga prestigio y visibilidad en el campo vitivinícola. Este proceso, por tanto, no solo refleja un cambio en las trayectorias individuales, sino que también redefine las jerarquías y los espacios de autoridad en la industria, modificando el perfil y la identidad misma de lo que significa ser un enólogo o enóloga en el siglo XXI.

El auge del comercio internacional de vinos ha desencadenado un flujo constante y significativo de capitales entre fronteras, alterando el paisaje vitivinícola mundial. Esta circulación de recursos financieros ha incentivado no solo la expansión de los viñedos y bodegas, sino también una creciente inversión en investigación vitícola y enológica. Desde los métodos de producción en campo hasta las estrategias de comercialización en mercados emergentes y consolidados, el vino se ha convertido en un objeto de estudio complejo y altamente especializado.

Este proceso de transformación ha traído consigo una nueva dinámica en la gestión de recursos humanos, en la que cada vez más se apuesta por la contratación de personal altamente calificado, capaz de innovar y adaptar las prácticas tradicionales a los estándares y exigencias de un mercado globalizado. No es casualidad que en esta era de la globalización del vino surja un fenómeno conocido como enomarketing: la integración de la enología y el marketing en una estrategia destinada a maximizar la competitividad. Los y las enólogas, ahora también deben ser expertos en tendencias de consumo, análisis de mercado y proyecciones de ventas, con lo que se convierten en agentes clave para el éxito de una bodega en el panorama mundial.

Además, la incorporación de estas prácticas innovadoras ha permitido a las empresas vitivinícolas diferenciar sus productos no solo por la calidad de sus uvas o la antigüedad de sus viñedos, sino también por su capacidad de respuesta ante los cambios en las preferencias del consumidor y su habilidad para anticipar nuevas tendencias. En este sentido, el enomarketing no solo se limita a las tácticas de venta, sino que también abarca un conocimiento de las expectativas culturales y estéticas que rodean al consumo de vino. Así, la enología y el marketing convergen para moldear una identidad de marca que no solo retiene clientes leales, sino que también atrae a nuevas generaciones de consumidores.

Este enfoque multidisciplinario en la viticultura y el comercio del vino representa un nuevo paradigma en el que la tradición se entrelaza con la innovación, y donde la sabiduría acumulada por siglos de cultivo se adapta a los imperativos de un mercado en constante cambio.

Los profesionales de la enología, sin importar su lugar de origen, se enfrentan a un desafío, encontrar el equilibrio entre la tradición, que preserva el legado de siglos, y la innovación, que impulsa la evolución de la industria. En este delicado balance, navegan por un entorno dinámico en el que tanto las estructuras de poder tradicionales como las nuevas formas de influencia siguen modelando el rumbo del sector. La globalización, lejos de ser un fenómeno aislado, ha transformado no solo las prácticas técnicas y comerciales, sino también las relaciones de poder y las expectativas dentro del campo de la enología. Este fenómeno ha aumentado considerablemente la presión sobre los enólogos y enólogas para adaptarse rápidamente a un mercado en constante cambio.

Aquellos que vivieron el auge de la globalización han sido testigos de una transformación particularmente intensa en sus prácticas y enfoques. La velocidad de los cambios ha redefinido sus expectativas profesionales, al mismo tiempo que les ha obligado a adaptarse a un entorno que constantemente exige innovación y flexibilidad, sin perder de vista los fundamentos de una tradición arraigada. Estos enólogos y enólogas se encuentran en un proceso continuo de renegociación de su identidad profesional, ya que las demandas del mercado global y la creciente competencia internacional imponen nuevas formas de ejercer su oficio, desafiando las antiguas certezas y abriendo la puerta a nuevas oportunidades, pero también a nuevas tensiones.

Esta presión se origina en un mercado laboral cada vez más competitivo, donde la profesionalización se ha consolidado como un factor clave para destacar. En un mundo en el que la especialización es la norma, poseer un título académico en enología no solo se traduce en un conocimiento técnico robusto, sino también en un símbolo de estatus y legitimidad que otorga reconocimiento dentro de la industria. En este contexto, para quienes carecen de los recursos económicos necesarios, la formación formal se convierte en un puente esencial hacia mejores oportunidades laborales. La obtención de credenciales académicas, en un entorno en el que estas son cada vez más valoradas, no solo abre puertas, sino que también proporciona

la competitividad necesaria para prosperar en un campo que, además de habilidades técnicas, exige validación profesional.

Los enólogos y enólogas que han alcanzado un alto nivel de cualificación, respaldado por certificaciones académicas, disfrutan de una ventaja significativa en comparación con aquellos que no cuentan con estas credenciales. Este distintivo no solo les abre las puertas a un abanico más amplio de oportunidades laborales, sino que también les permite ascender con mayor facilidad en las estructuras jerárquicas del sector, facilitando su movilidad dentro de un campo profesional en constante transformación. Además, estas certificaciones actúan como un potente símbolo de competencia y profesionalismo, posicionándolos como referentes en un ámbito donde, aunque la experiencia sigue siendo un criterio de relevancia, las credenciales académicas han adquirido una importancia significativa.

En este contexto, las credenciales académicas se han convertido en un sello distintivo, una especie de pasaporte que otorga a los profesionales una visibilidad y un reconocimiento a nivel global. La academia, en este sentido, se ha erigido como un catalizador fundamental para el éxito profesional, marcando la diferencia entre aquellos que navegan con facilidad en las aguas del mercado global y aquellos que, sin esta ventaja, deben luchar por hacerse un hueco en la industria.

Para los enólogos y enólogas provenientes de regiones emergentes, el desafío se presenta en múltiples capas. No solo deben navegar por las exigentes demandas del mercado global, sino que también se enfrentan a las restricciones impuestas por su entorno local. Estas limitaciones, incluyen la falta de acceso a recursos fundamentales, como tecnologías de vanguardia para la formación, redes de colaboración internacionales para intercambios o, incluso, la posibilidad de contar con un centro de formación enológica.

La brecha de conocimiento y prestigio frente a sus colegas que pudieron acceder al mercado de trabajo antes de la globalización es notable. Estos últimos, quienes ya han logrado alcanzar una posición de reconocimiento, disfrutan de trabajos bien remunerados y con cierta estabilidad profesional. Su experiencia, acumulada durante años de práctica, les ha permitido construir un capital simbólico que les ha conferido un prestigio difícil de disputar. Como resultado, la necesidad de seguir profesionalizándose o incluso de adaptarse a las nuevas exigencias del mercado global puede parecerles superflua. Este fenómeno se extiende también a aquellos enólogos y enólogas cercanos a la jubilación, quienes, tras décadas de

trayectoria, no perciben como urgente la necesidad de actualizarse o adaptarse a las nuevas realidades del sector. La profesionalización, entonces, se presenta como una opción más que como una obligación, y la actualización constante parece pertenecer solo a quienes aún se encuentran en la fase formativa de su carrera o a quienes buscan revalidar su posición en el mercado.

Veamos cómo se ha sentido este proceso de profesionalización debido a la globalización, con algunos testimonios de los enólogos y enólogas que participaron de este estudio

> Y el enólogo hoy en día está no solo, como decís vos, en la bodega y en el laboratorio, sino que también está en la parte económica de la bodega, hablando con los proveedores, viendo que no se gaste de más en un producto, que, si se puede cambiar por otro, atendiendo a que vienen de otras empresas a hacer ensayos, a buscar productos nuevos, atendiendo al personal también. Es como que, en cierto modo, el enólogo se ha convertido en un ejecutivo de las bodegas. Por eso siempre tenés en las bodegas grandes el sector de enología, y tenés al director y al resto del equipo que lo acompaña. Tenés al que se encarga de las grandes vinificaciones y de los micros, al del sector de barricas, al del sector de los tanques... es donde tenés el nicho siendo joven para poder entrar a trabajar en una empresa. Así es como todos han arrancado, todos empiezan haciendo vendimia y después continúan. Pero sí, el enólogo también es el que, después, sale a vender. (Adriana Álvarez, 28 años, tecnicatura en enología, trabaja en bodega familiar y ocasionalmente para otras bodegas, argentina, entrevista vía zoom, 14 de marzo de 2021)

> Para mí, un vino tinto de calidad—y esto puede ser resultado de mi formación profesional en Burdeos—debe tener mucho cuerpo y una buena extracción, además de que la fruta utilizada no presente astringencias. De esta manera, estoy definiendo un vino tinto que cumpla con las características mínimas que debe poseer, características que cuentan con el respaldo de muchos enólogos formados en estas grandes zonas, al igual que yo. Por eso, no puedo alinearme con la tendencia actual en el consumo de vino tinto. Hoy en día, los consumidores buscan un vino tinto muy afrutado, fácil de beber, con ligeros toques a madera, que no sea astringente y que carezca de cuerpo; para mí, eso ya no es un tinto. En realidad, es lo opuesto a lo que

> me gustaría, porque se están descuidando los aspectos esenciales en favor de prioridades comerciales. (Roberto Crisol, 60 años, formación profesional, licenciatura en enología, Consultor y proyecto propio, italiano, entrevista vía Zoom, 30 de septiembre de 2021)

Aunque Adriana Álvarez trabaja en una bodega familiar en Argentina, su testimonio refleja cómo, incluso en entornos más tradicionales, los retos que enfrenta van más allá de las cuestiones técnicas inherentes a la vinificación. La necesidad de mantenerse competitivo en un mercado globalizado ha obligado a la bodega a innovar en la gestión, el marketing y la distribución, aspectos que, si bien no forman parte de la vinificación en sentido estricto, son esenciales para la sostenibilidad y el crecimiento del negocio.

A pesar de que la globalización ha reconfigurado el mercado del vino, impulsando un giro hacia opciones más accesibles y menos estructuradas que conquistan a un consumidor global y diverso, Roberto se mantiene firme en su resistencia a esta transformación. Para él, las nuevas preferencias comerciales no solo son una adaptación a las demandas del mercado, sino una amenaza que compromete la esencia misma del vino tinto tradicional. En su mirada crítica, las vinificaciones más modernas, más adaptadas al gusto contemporáneo, parecen diluir lo que considera la auténtica nobleza del vino, una esencia que debe preservarse más allá de los vaivenes comerciales.

Esta postura no es solo una cuestión personal, sino una reflexión sobre cómo la globalización desafía las nociones que los centros tradicionales del vino han establecido a lo largo de los siglos. En su resistencia, Roberto encarna una tensión palpable, una lucha entre el legado histórico y las exigencias de un mercado que, por su naturaleza expansiva y homogénea, busca adaptar incluso lo más ancestral a las demandas de una cultura de consumo global. En este conflicto, lo que está en juego no es solo un producto, sino una forma de entender y valorar el vino como parte de una tradición que se resiste a ser diluida por el huracán de novedades y modas impulsadas por la globalización.

La búsqueda de la profesionalización, en el contexto de las trayectorias de los y las enólogas, tiene una meta adicional que trasciende el simple ejercicio técnico o el dominio de una disciplina, el prestigio. Este concepto, clave en el análisis de la sociología de las profesiones, se vincula estrechamente con la consolidación de la enología como una profesión en sí misma, un proceso que se define por una serie de características distintivas

que la separan de lo que podría considerarse simplemente una ocupación. Para comprender la magnitud de esta distinción, es necesario recordar que las profesiones se definen no solo por el conocimiento especializado que requieren, sino también por un estatus social elevado y un código ético que regula la práctica y orienta las decisiones de quienes las ejercen. En cambio, las ocupaciones, aunque pueden implicar habilidades y competencias específicas, no siempre demandan una formación académica rigurosa ni alcanzan la misma posición de prestigio social.

La enología, al pasar de ser una práctica rudimentaria a convertirse en una profesión formalmente reconocida, ilustra este proceso de diferenciación y legitimación dentro del campo de las ciencias sociales. En este contexto, el prestigio que acompaña a la profesión no solo se construye sobre la base de conocimientos técnicos, sino sobre el control y la defensa de un cuerpo de saber especializado. Según Andrew Abbott (1988), el prestigio de una profesión está vinculado a su capacidad para gestionar un conocimiento único y especializado, así como para consolidar una jurisdicción profesional que sea clara y aceptada tanto por los miembros del campo como por la sociedad en general.

En el caso de la enología, este prestigio se manifiesta de manera concreta no solo en el reconocimiento social que se le otorga a las y los enólogos, sino en su influencia directa sobre la producción vitivinícola y en su capacidad para preservar tradiciones culturales que, en muchos casos, se han transmitido de generación en generación. Este control sobre el conocimiento técnico y cultural relacionado con el vino otorga a los enólogos y las enólogas no solo una posición de autoridad dentro de la industria, sino también un lugar destacado en la cultura más amplia, en la que el vino sigue siendo considerado un bien simbólico cargado de significados. La profesionalización, por tanto, no es solo una cuestión de acceso a un estatus o a un conocimiento especializado, sino también de poder, el poder de definir y resguardar las tradiciones, el poder de decidir sobre el rumbo de la producción vitivinícola, y el poder de influir en las dinámicas sociales que dan forma a este campo.

A lo largo del análisis, ha quedado claro que el prestigio constituye un capital de gran relevancia dentro de la industria vitivinícola, un recurso en constante disputa en el ámbito de la formación académica. Aunque la profesionalización académica indudablemente agrega valor, las entrevistas revelan que el verdadero eje del prestigio en este sector sigue siendo el

origen nacional, una variable que, a diferencia de un título universitario, no puede adquirirse o elegirse.

El origen nacional, con su peso simbólico y cultural, parece dotar de un estatus inicial que supera el mérito académico. Este factor, arraigado en las dinámicas históricas de la industria, se convierte en un marcador de distinción, una especie de pasaporte implícito hacia el reconocimiento y la legitimidad en ciertos círculos profesionales. Así, quienes provienen de países con una larga tradición enológica acceden a una legitimidad instantánea que facilita su inserción y ascenso en la jerarquía profesional.

Por el contrario, aquellos con origen en regiones menos reconocidas se enfrentan a una barrera invisible, difícil de franquear solo mediante la acumulación de títulos o logros profesionales. Este sistema reproduce una desigualdad estructural en la que el prestigio se distribuye de manera asimétrica, favoreciendo a ciertos grupos y limitando a otros. La paradoja aquí radica en que el prestigio, en teoría alcanzable mediante el esfuerzo académico y la experiencia, en realidad se ve condicionado en gran medida por un aspecto no electivo, el lugar de origen.

En el campo de la enología, existen profesionales que construyen gran parte de su éxito sobre el prestigio inherente a su origen nacional, aprovechando la reputación histórica y cultural de sus países en el ámbito del vino. Estos enólogos y enólogas, provenientes de regiones vitivinícolas reconocidas como Francia e Italia, saben que su origen nacional actúa como un sello de calidad casi inquebrantable en el sector. Conscientes de esta ventaja, a menudo la utilizan como una poderosa carta de presentación que puede, en muchos casos, compensar posibles brechas en su formación académica.

En estos contextos, los profesionales franceses e italianos, por ejemplo, suelen beneficiarse de una percepción global de “talento natural” en enología y viticultura. Este reconocimiento les permite, de manera estratégica, apoyarse en credenciales que, aunque limitadas a diplomados o cursos especializados, son percibidas como garantías de excelencia. Este fenómeno refleja cómo el origen nacional y la herencia cultural pueden funcionar como recursos simbólicos, otorgando acceso privilegiado a un mercado global altamente competitivo.

Así, para estos enólogos y enólogas, el prestigio de su origen nacional no solo actúa como un pasaporte profesional, sino que además moldea las expectativas y oportunidades a las que

pueden aspirar. En un mercado donde la experiencia y la formación académica suelen ser requisitos primordiales, esta legitimidad implícita les permite sortear algunas de las exigencias que enfrentan profesionales de otros países, quienes deben demostrar su competencia a través de certificaciones más formales y reconocidas. Veamos algunos testimonios:

> Tengo buenos amigos y colegas mexicanos; de hecho, dos de mis grandes amigos y colegas son enólogos mexicanos que se formaron fuera de México. Uno de ellos, en particular, ha tenido una de las mejores formaciones académicas que he visto. Sin embargo, he notado que, en México, a veces, las oportunidades laborales se les dan a extranjeros. No voy a hablar de los argentinos, porque, bueno, los argentinos somos odiados en todo el mundo, y nos lo hemos ganado a pulso -aunque no yo, sino los de la capital-. Pero, por ejemplo, a veces se prioriza a un español que ha hecho un diplomado de seis meses, no se sabe dónde, pero llega con cierto acento y cierta actitud, y se le valora más que a un mexicano que se ha formado en el extranjero, con licenciatura, ingeniería o ambas, además de formación en investigación, mucha experiencia y 10 años trabajando con grandes enólogos a nivel mundial. Noto que no se le otorga el mismo valor que a un extranjero que viene con cierta actitud o personalidad. Me ha pasado con colegas españoles, chilenos e incluso franceses. Hay franceses que están a cargo de proyectos solo por ser franceses, sin tener realmente formación. Eso es tristísimo, especialmente para quienes somos un poco nerds, a los que nos gusta estudiar e investigar. En Argentina, estuve en dos vinícolas en el área de investigación, y esas son experiencias que te quitan el sueño, a las que dedicas muchísimo tiempo para lograr un mejor producto. Hoy en día, veo que eso no se valora, y lo mismo está ocurriendo con los nuevos profesionales formados en México. (Daniel Ibarra, 39 años, licenciatura en enología, consultor que trabaja en bodega, argentino, entrevista vía zoom, 26 de febrero 2022)

> Siento que todavía persiste esa idea de que, cuando dicen “ah, es que es un enólogo chileno o argentino”, automáticamente se piensa que va a tener más conocimiento. Creo que, en muchos casos, la mayoría sigue inclinándose un poco más hacia ese aspecto. (Samuel Lima, 40 años, sin formación profesional en enología, estudios en

ingeniería y administración, consultor y trabaja en la bodega familiar, mexicano, entrevista vía zoom, 27 de junio de 2021)

> En las grandes bodegas, creo que sí es así, y no lo veo tan mal. Al final del día, si hablamos de un enólogo chileno, argentino, americano, de donde sea, estamos hablando de personas que nos llevan muchos, muchos años de ventaja en la producción de vino, con grandes volúmenes y muchas cajas al año. En Sudamérica, por ejemplo, los enólogos sudamericanos, que son los más comunes aquí en México, tienen una formación sólida, ya que muchos han estudiado en Francia o Estados Unidos. Esa es su ventaja, porque en México no contamos con una escuela de enología de alto nivel como las que tienen en Sudamérica o en otros países. Aunque hay mexicanos con excelentes estudios, como Verónica Santiago, que tiene una maestría en Adelaide, Australia, una gran escuela, o un chico que vive en Australia cuyo nombre no recuerdo, aquí en México son pocos los enólogos con esos títulos o esas universidades. También está Santiago, graduado de UC Davis, que sí trae esa formación. Las grandes bodegas como Monte Xanic o Santo Tomás buscan, obviamente, el título del enólogo y su experiencia, y esa es la ventaja que ellos tienen frente a nosotros." (Edgar Nieto, 40 años, sin formación profesional en enología, formación en alimentos y bebidas, proyecto propio y estudia actualmente para obtener el título en enología, mexicano, entrevista vía zoom, 27 de junio de 2021)

El testimonio de Edgar resuena con una preocupación compartida en el campo de la enología en México, la ausencia de escuelas de alto nivel en el país. En su relato se percibe una mezcla de frustración y aspiración, que revela las limitaciones con las que tropiezan muchos enólogos mexicanos en su formación y trayectoria profesional. Mientras que países como Francia y Estados Unidos cuentan con instituciones de renombre, México enfrenta una notable carencia en este ámbito. Esta brecha no solo representa un obstáculo tangible para quienes buscan una formación vinícola de prestigio en su propio país, sino que también contribuye a consolidar la percepción de que los profesionales formados en el extranjero, especialmente en naciones con reconocidas tradiciones enológicas, poseen un prestigio superior, no se diga los que tienen un origen nacional en esas regiones.

Esta percepción puede generar un ciclo de dependencia hacia las instituciones extranjeras, lo que, paradójicamente, limita el desarrollo de un enfoque propio en la enología mexicana, capaz de valorar y explotar las características únicas del terroir nacional. La historia de Edgar, entonces, no solo es un testimonio de la importancia del origen nacional, sino una ventana a la compleja interrelación entre educación, prestigio y oportunidades en el campo de la enología en México y plantea un desafío para pensar en la creación de programas que respondan a estas necesidades desde un contexto cultural propio y desde una visión nacional del desarrollo de la enología.

La sociología de las profesiones profundiza en el estudio de las barreras de entrada que restringen el acceso a diversas ocupaciones, destacando cómo estos límites no son siempre explícitos ni sencillos de superar. Estas barreras pueden manifestarse de manera formal, como los requisitos académicos, certificaciones o licencias que se exigen a quienes desean integrarse en una profesión; requisitos que, en teoría, buscan garantizar un nivel mínimo de conocimiento y competencia, pero que en la práctica también pueden excluir a quienes no tienen acceso a las instituciones educativas de prestigio o a los recursos necesarios para cumplirlos.

Sin embargo, las barreras informales suelen ser igual o más determinantes, aunque menos visibles y tangibles. Aquí, factores como las redes sociales, el capital cultural y el conocimiento implícito del campo juegan un rol esencial. No se trata solo de conocer el contenido de una profesión, sino de entender sus códigos, acceder a círculos de influencia y participar en espacios que muchas veces se mantienen herméticos. Las conexiones personales y profesionales, esas redes tejidas en entornos privilegiados, pueden ser el verdadero pasaporte de entrada.

Desde esta perspectiva, el acceso a las profesiones no es únicamente una cuestión de mérito o habilidad, sino de capitales simbólicos y sociales que, al combinarse, generan una especie de 'blindaje' en torno a determinadas áreas. De este modo, la sociología de las profesiones revela cómo las barreras formales e informales contribuyen a perpetuar la desigualdad estructural en el acceso y permanencia dentro de las ocupaciones, reforzando dinámicas de exclusión y elitismo que configuran el tejido mismo de cada profesión.

En este escenario de competencia surgen otros marcadores de diferenciación, como los recursos de clase, que añaden nuevas capas de complejidad. Por ejemplo, los enólogos y

enólogas del Sur Global que, pese a las barreras estructurales, cuentan con recursos económicos y una posición privilegiada, se destacan no solo por su acceso al capital social, sino por su habilidad para abrirse camino en círculos que antes parecían exclusivos. Muchos de ellos heredan negocios familiares o emplean su red de contactos para acceder a oportunidades formativas en las mejores instituciones, tanto locales como internacionales.

A nivel local, este título profesional representa mucho más que una credencial; es una forma de segmentación que determina quién pertenece al grupo de expertos reconocidos y quién, aunque posea el talento y el conocimiento práctico, queda fuera de este círculo de élite. Esta distinción alimenta una rivalidad adicional entre los enólogos y enólogas con título formal y los "winemakers" que, aunque dominan el arte de hacer vino, no han pasado por la validación académica. En el fondo, este enfrentamiento entre la legitimidad formal y la experiencia práctica encarna una dicotomía de saberes en el mundo del vino, donde el conocimiento se disputa entre quienes pueden acreditar su formación y aquellos que confían en el legado de generaciones y en la intuición afinada por la práctica.

Para comprender el término "winemaker" y sus matices en distintos contextos, es esencial explorar cómo se construyen las identidades profesionales en el ámbito de la enología. Los testimonios recabados revelan que la figura del "enólogo" o "enóloga" representa algo más que una simple ocupación, es una identidad ligada a una formación científica formal en enología, con una base sólida en biología, química y prácticas técnicas certificadas. En cambio, el "winemaker" evoca una conexión más empírica y artesanal con el proceso de hacer vino, donde la tradición, la experiencia acumulada y el conocimiento tácito del oficio superan a la formación académica formal.

Esta distinción no es trivial, pues subraya la interacción entre el conocimiento científico y la experiencia práctica en la creación del vino. En este sentido, mientras que todos los enólogos y enólogas pueden ser considerados también "winemakers" por el dominio del oficio que su formación les permite alcanzar, no todos los "winemakers" son enólogos. Los "winemakers" sin estudios formales, aunque no poseen las certificaciones académicas que definen a un enólogo, han aprendido su oficio mediante una transmisión generacional, una relación íntima con la tierra y las uvas, o a través de la práctica autodidacta.

Este contraste entre la enología académica y el vinicultor artesanal resalta una tensión implícita entre lo que podría considerarse el vino como producto científico y el vino como

una obra de arte y tradición. En el caso de las y los enólogos, la certificación es un aval de conocimiento que les permite acceder a determinadas oportunidades laborales y reconocimiento en el mercado vitivinícola global. Por el contrario, los "winemakers" sin estudios formales encuentran en la práctica y la creatividad un espacio para innovar y perpetuar técnicas ancestrales, desafiando la normatividad científica y dando lugar a una diversidad de estilos y sabores únicos. Así, esta dualidad entre "enólogo" y "winemaker" revela no solo una diferencia de roles, sino también una diferenciación de saberes, prácticas y legitimidad en el campo del vino.

Para los enólogos y enólogas de países con una rica y antigua tradición vitivinícola, como Francia e Italia, el debate en torno a las distinciones entre "enólogo" y "winemaker" pierde relevancia. Estas culturas vinícolas consolidadas miran con familiaridad a los profesionales que, aunque no posean títulos académicos formales, dominan el arte del vino tras una vida dedicada al aprendizaje práctico y a los saberes transmitidos a través de generaciones. Aquí, la experiencia acumulada en bodegas y viñedos familiares no solo es válida, sino valiosa. En estos contextos, el reconocimiento profesional traspasa los requisitos de una educación formal y está más ligado a la pericia y al linaje enológico. Es por ello que, fuera de sus países, estos profesionales son considerados "enólogos" por mérito y tradición, sin importar si poseen o no un diploma.

La situación cambia sutilmente en países con industrias vitivinícolas emergentes o en expansión, como Estados Unidos, donde la línea entre enólogos y winemakers también tiende a diluirse. Sin embargo, comienzan a aparecer matices que resaltan diferencias contextuales. En Argentina, por ejemplo, la división no surge tanto de la formación académica sino de factores regionales, los enólogos de Mendoza disfrutan de mayor reconocimiento y acceso a recursos especializados, en contraste con aquellos de otras regiones, quienes enfrentan retos geográficos y educativos. Así, se revela una segmentación geográfica que va más allá del título profesional y responde a una jerarquía de recursos y prestigio.

En México, esta distinción adquiere matices sociales aún más evidentes. Aquí, la diferencia entre enólogos y enólogas académicamente formados y "winemakers" autodidactas se convierte en un reflejo de las dinámicas de clase y las barreras implícitas en el acceso a las oportunidades del sector. Si bien ambos perfiles pueden desempeñar funciones similares en la creación de vino, aquellos con formación académica tienden a ser vistos con

mayor legitimidad profesional, lo cual les da una ventaja competitiva en el mercado laboral. Los "winemakers" sin formación académica, en cambio, deben superar obstáculos adicionales para obtener el mismo reconocimiento, enfrentándose a un sesgo que privilegia la profesionalización formal y los recursos educativos que ésta implica. Veamos algunos testimonios:

> Yo sé que tengo todo el conocimiento; tomé un diplomado como sommelier, pero nunca me interesó formarme más allá porque ese no era mi objetivo. Mi objetivo era trabajar e impulsar la bodega. Ahora, aquí entre nos, pues sí, yo puedo decir que soy enólogo, pero si lo digo delante de un enólogo que tiene el título y que se la pasó años estudiando, olvídate, se enojan inmediatamente y te señalan. Se enojan mucho (Edgar Nieto, 40 años, sin formación profesional en enología, formación en alimentos y bebidas, proyecto propio y estudia actualmente para obtener el título en enología, mexicano, entrevista vía zoom, 27 de junio de 2021)

> En México lo que hacen falta son enólogos, no hay enólogos, hay winemakers, pero no hay enólogos, enólogos los puedes contar con la mano, los enólogos mexicanos los cuentas con una mano. (Marco Caballero, 26 años, maestría en enología, estudiante, mexicano, entrevista vía zoom el 10 de enero 2022)

A partir de los testimonios recopilados, se podría asumir que los winemakers mexicanos, al carecer de una formación académica formal en enología, tendrían limitadas oportunidades en comparación con sus colegas enólogos con títulos universitarios. Sin embargo, la realidad en el sector desafía esta suposición por al menos dos factores decisivos

Primero, el respaldo de recursos económicos familiares. Una proporción considerable de estos winemakers proviene de familias de alta posición económica, propietarias de bodegas o con vínculos laborales en negocios familiares vitivinícolas. Este apoyo les otorga una estabilidad y un acceso privilegiado a oportunidades dentro del sector, que en muchos casos suple, e incluso supera, el peso de una educación formal. La infraestructura familiar no solo les asegura un espacio en la industria, sino que también les brinda una plataforma desde la cual pueden influir en el mercado y ganar visibilidad, aprovechando tanto la reputación familiar como los recursos disponibles para innovar y diversificar su experiencia.

En segundo lugar, destaca la experiencia internacional adquirida por aquellos winemakers con el capital necesario para viajar y formarse en diversas regiones vitivinícolas del extranjero. Esta vivencia práctica, lejos de ser simplemente una adición curricular, amplía su dominio del oficio y contribuye a un entendimiento de la enología en distintos contextos culturales y climáticos. Además, esta experiencia global les permite construir redes de contactos internacionales, lo que fortalece su prestigio y aumenta su influencia en el sector, compensando ampliamente la ausencia de un título formal. Así, los vínculos internacionales y el conocimiento adquirido en escenarios diversos les dotan de un perfil híbrido que equilibra el conocimiento empírico con una visión globalizada y adaptativa de la enología.

En conjunto, estos elementos delinean un perfil de winemakers cuya posición en la industria no solo depende de la formación académica, sino de un capital multifacético que, sustentado en recursos económicos y experiencia internacional, les permite sortear los desafíos de la profesionalización académica en enología. Este fenómeno ilustra cómo la trayectoria profesional en el ámbito vitivinícola puede ser forjada tanto desde el capital cultural como desde el económico, resaltando la importancia de factores extrainstitucionales en la consolidación de una carrera en este campo.

En el contexto mexicano, el peso del origen nacional y los recursos de clase suele eclipsar la formación académica, una realidad que revela tensiones y prioridades dentro del sector enológico. Esta dinámica invita a reflexionar sobre la insistencia en distinguir entre enólogos académicos y winemakers, ¿es esta distinción una afirmación de los recursos invertidos en educación formal, o realmente refleja las oportunidades disponibles en el mercado laboral? Para abordar esta cuestión, analizaremos dos casos paradigmáticos que ilustran cómo la tradición familiar y el capital social pueden, en algunos casos, relegar la formación académica a un segundo plano.

El primer ejemplo nos lleva a la historia de una informante que creció inmersa en el mundo del vino, su madre fue una de las primeras enólogas mexicanas en dirigir bodegas a nivel nacional. Aprendió inicialmente bajo su tutela, asumiendo el rol de winemaker por tradición antes que por formación. La decisión de formalizar sus conocimientos y estudiar enología no surgió de un deseo propio, sino como respuesta a la presión social ejercida por sus pares en el gremio. Sin embargo, el título no transformó su situación laboral ni le abrió puertas a nuevas oportunidades; sigue trabajando en la bodega familiar, donde su trayectoria ha sido

sostenida principalmente por el legado de su madre y el capital social acumulado en el negocio. Este caso subraya cómo, en contextos donde la tradición y el linaje familiar son preponderantes, la educación formal pierde peso frente a la fuerza del capital social y la continuidad de una herencia consolidada.

En el segundo caso, encontramos a un informante proveniente de una familia de viticultores y bodegueros, cuya tradición ya abarcaba tres generaciones. Aunque en un inicio optó por estudiar abogacía, pronto abandonó esta carrera para unirse al negocio familiar. Más tarde, decidió profundizar en el ámbito enológico y viajó al extranjero para obtener experiencia y formación en enología. A su regreso a México, el capital social y las redes familiares, reforzadas por las conexiones internacionales que construyó mientras estudiaba, le permitieron establecerse como asesor en otras bodegas de la región, extendiendo la influencia de su familia en la industria local. En este caso, la educación formal en enología enriqueció su formación, pero fue su red de contactos y el prestigio familiar lo que verdaderamente determinó su acceso y éxito en el mercado laboral.

Estos ejemplos contrastan con las experiencias de enólogos y enólogas que, al no contar con una base económica o social sólida, encuentran en la formación académica un capital esencial, uno de los pocos activos que poseen y en el que han invertido tiempo y recursos. Para ellos, el título académico no solo es una credencial profesional; es también una estrategia de movilidad social y una herramienta para ingresar a oportunidades que, de otro modo, les estarían vedadas. Sin embargo, estos casos también ponen de relieve una verdad incómoda en el mercado laboral enológico, el capital académico, aunque relevante, rara vez es suficiente por sí mismo. En última instancia, factores como el capital social y económico pueden tener un peso mayor, moldeando las trayectorias y las posibilidades de éxito con una fuerza que la educación formal, en muchos casos, no puede igualar.

Este análisis sugiere que, en el campo enológico mexicano, la formación académica puede actuar más como un símbolo de reivindicación personal y esfuerzo, que como un verdadero diferenciador laboral. La distinción entre enólogos y winemakers podría estar menos vinculada a una evaluación objetiva de habilidades y más a una competencia simbólica por validar las inversiones personales en educación y formación profesional.

Pero si este panorama ya de por sí no fuera lo suficientemente complejo, es necesario incorporar un último marcador interseccional, el género. Al examinar el impacto de este

factor en la formación enológica, surge una realidad, que no solo revela las desigualdades, sino también los esfuerzos por transformarlas. Si bien tanto enólogos como enólogas reconocen la persistencia del machismo y la exclusión femenina dentro de la industria, se percibe, al mismo tiempo, un impulso renovado para disminuir estas disparidades y fomentar una mayor inclusión. Sin embargo, la trayectoria de las mujeres en el mundo del vino no ha sido sencilla; ha estado plagada de dificultades, siempre marcada por una historia de relegación a roles secundarios. Las mujeres, durante mucho tiempo, han sido consideradas figuras marginales en la elaboración del vino, confinadas a tareas que no les permitían acceder a las esferas de poder ni al reconocimiento pleno en un campo históricamente dominado por hombres. Esta exclusión, enraizada en prejuicios de género, no solo ha condicionado sus posibilidades de ascenso, sino que también ha influido en la forma en que se perciben sus capacidades y aportes dentro de la profesión.

El análisis de las trayectorias formativas de las enólogas nos invita a reflexionar sobre las tensiones entre el deseo de visibilidad y la realidad de las barreras estructurales que aún persisten. La complejidad de este camino no solo radica en las resistencias individuales, sino en las dinámicas institucionales y sociales que continúan configurando las oportunidades dentro de la enología, en un contexto donde el género no es un simple factor de identidad, sino un elemento entrelazado con las jerarquías de poder y prestigio.

Es fascinante advertir una distinción clara en las trayectorias formativas de las mujeres que participaron en esta investigación. Todas ellas, sin excepción, poseen títulos académicos que van desde tecnicaturas especializadas hasta doctorados, lo que refleja el compromiso con su formación profesional. Este dato cobra una relevancia aún mayor cuando se contrasta con la trayectoria de algunos hombres dentro de la industria, quienes, en algunos casos, carecen de títulos académicos formales.

Este fenómeno plantea una cuestión relevante sobre las diferencias estructurales que subyacen en la construcción de las trayectorias profesionales dentro del campo de la enología. Las mujeres, al parecer, han tenido que recurrir a una formación académica sólida y extensa para consolidar su presencia y autoridad. Esta tendencia no solo resalta una disparidad en términos de educación formal, sino que también señala las dinámicas de acceso y reconocimiento dentro de la industria. Así, la diferencia en las trayectorias académicas no solo se convierte en un indicador de los recursos disponibles para cada género, sino que

también refleja las estrategias empleadas por las mujeres para superar las barreras que impone una estructura profesional que, en ocasiones, sigue priorizando la experiencia directa sobre la formación académica formal.

La diferencia fundamental entre las trayectorias formativas de hombres y mujeres radica en la continuidad con la que suelen desarrollarse estas trayectorias, una continuidad que, en el caso de los hombres, se extiende de manera casi lineal desde la licenciatura hasta el doctorado. En contraste, las mujeres frecuentemente enfrentan interrupciones en su camino académico, un fenómeno que no solo es recurrente, sino también estructural. Estas interrupciones no responden a un desfase en su capacidad o interés, sino que están intrínsecamente relacionadas con las responsabilidades personales y familiares que históricamente se han asignado a las mujeres.

Las trayectorias de las mujeres, por lo tanto, no se desarrollan dentro del mismo marco temporal fluido que caracteriza a muchos de sus contrapartes masculinas. Mientras los hombres continúan su formación profesional con pocos o nulos obstáculos, las mujeres deben navegar por un terreno plagado de exigencias externas, que muchas veces provienen del ámbito doméstico. Esta constante necesidad de equilibrar las demandas académicas con las responsabilidades familiares provoca un desajuste en sus trayectorias formativas, generando una desconexión entre los momentos en los que una mujer puede continuar con su educación y aquellos en los que se ve forzada a priorizar otras tareas.

Así, el tiempo, esa dimensión tan esencial en el desarrollo de la carrera académica, se convierte en un elemento que juega en su contra, dejando a las mujeres con un desfase que se amplifica con el paso de los años. A menudo, cuando logran retomar su camino, se encuentran con un panorama formativo donde la brecha de tiempo se convierte en una barrera difícil de superar. Esto no solo impacta su formación académica, sino que también tiene repercusiones en su integración en el mercado laboral, donde las interrupciones en su trayectoria profesional se traducen en desventajas comparativas frente a sus colegas masculinos, que han podido mantener una línea continua de progreso.

Esta disparidad, lejos de ser un asunto aislado, refleja las estructuras de género que atraviesan las decisiones sobre el tiempo y el espacio dedicados al trabajo académico, situando a las mujeres en una constante negociación entre sus aspiraciones profesionales y sus responsabilidades personales. La trayectoria formativa de una mujer se convierte,

entonces, en un campo donde la interrupción se entrelaza con la resiliencia, un espacio donde las tensiones entre la vida personal y profesional definen, en gran medida, el rumbo de su carrera.

La necesidad de equilibrar las responsabilidades personales y familiares impacta en las trayectorias educativas de las mujeres, configurando un escenario en el que las exigencias cotidianas del cuidado, los roles familiares impuestos por una sociedad que aún sostiene estructuras patriarcales, y los estereotipos tradicionales sobre la feminidad, se entrelazan y condicionan su acceso a una formación académica continua. Estas dinámicas, lejos de ser simples obstáculos, actúan como factores decisivos que no solo interrumpen, sino que, en muchos casos, extienden la duración de los estudios más allá de lo inicialmente planeado. El tiempo que las mujeres deben dedicar a labores de cuidado, generalmente no remuneradas y socialmente invisibilizadas, resta horas preciosas que podrían invertirse en el estudio o en la obtención de títulos de mayor nivel. De este modo, el acceso a grados académicos avanzados, como maestrías o doctorados, se convierte en una meta lejana o, en muchos casos, inalcanzable para muchas de ellas.

Este patrón de interrupciones o prolongaciones en las trayectorias académicas tiene consecuencias directas sobre la profesionalización de las mujeres en diversos campos, incluido el vitivinícola, donde el acceso a roles de liderazgo y especialización está intrínsecamente vinculado a la formación académica y la acumulación de experiencia profesional. La diferencia en el ritmo de las trayectorias educativas crea una disparidad que no solo limita las oportunidades de ascenso en la jerarquía profesional, sino que también perpetúa la imagen de que las mujeres no son igualmente competentes o capaces de asumir posiciones de alta responsabilidad. Este fenómeno no es solo una cuestión de tiempo o disponibilidad; es una cuestión de percepción social que contribuye a una división desigual en la representación y el reconocimiento dentro de la industria, donde las mujeres, a pesar de su experiencia y capacidades, se ven relegadas a un segundo plano, casi invisibles en las esferas de decisión y especialización más prestigiosas.

En última instancia, este desajuste entre las trayectorias formativas de hombres y mujeres no es solo un reflejo de la desigualdad de género en el acceso a la educación, sino también un espejo de la distribución asimétrica del poder, que se proyecta en las estructuras de autoridad y en las posibilidades de influencia dentro de un sector que, como muchos otros,

continúa estando dominado por patrones de exclusión y subrepresentación. Veamos algunos testimonios:

> Por ahí, al principio, el hombre de los Valles (Cafayate) de acá es machista. Con mi pareja, sí, me costó un poquito, porque él era muy machista y no quería que estudiara. Sin embargo, yo continué mis estudios, tratando de no descuidarlo. Igualmente, realizo mis trabajos, porque el trabajo de enología requiere mucho tiempo; tienes que estar de un lado para otro, en una bodega y en otra, lo cual lleva tiempo. Él lo supo entender, y hasta ahora ve lo que hago, reconoce que he progresado y que lo logré porque realmente lo quería para mí. Ahora me ayuda y me acompaña. En aquellos tiempos, me decía un poco: "¿para qué? ¿de qué te va a servir?" Pero lo ha entendido y, como te digo, ha visto que he logrado varias cosas y que quiero seguir perfeccionándome y alcanzando metas para mí, así que me acompaña. (Sofía Bueno, 37 años, tecnicatura en enología, laboratorio de análisis propio y trabajo de consultoría, argentina, entrevista vía zoom, 13 de julio 2021)

> Sí, es complicado cuando ya tienes hijos, y más si son chiquitos, pero yo me supe manejar bien. Mi familia me súper apoyó; o sea, mi mamá, mis tíos, todos, porque yo me separé hace un año y medio del papá de mi nena, así que soy madre soltera. A partir de ahí, suspendí los estudios y me dediqué de lleno al trabajo. Tengo la tecnicatura, claro, pero espero poder licenciarme ahora que la nena esté más grande. (Gisela Darico, 28 años, tecnicatura en enología, trabaja en bodega y continúa estudiando, argentina, entrevista vía zoom, 13 de junio 2021)

> En su momento, para mí la prioridad era trabajar. La verdad es que, incluso con ayuda, no da tiempo para nada más. Creo que ahora que los niños han crecido, y que uno de ellos es casi adolescente, me será más fácil, ¿sabes? Por ahí ellos ya van agarrando camino y yo, en una de esas, logro pagarme una pasantía fuera o sacar el grado. (Ada Novelo, 37 años, tecnicatura en enología, comunicadora del vino, programa de radio, argentina-italiana, entrevista vía zoom, 29 de septiembre 2021)

Estos testimonios revelan, de manera palpable, cómo las responsabilidades familiares y las expectativas de género juegan un papel decisivo en la trayectoria profesional de las mujeres

en la enología. Cada historia es un reflejo de cómo las mujeres deben sortear un sinfín de obstáculos relacionados con la conciliación entre la vida personal y profesional, desafíos que, en general, los hombres no enfrentan con la misma intensidad ni de la misma forma. La persistente influencia de actitudes machistas, sumada a la carga de las responsabilidades de cuidado, se convierte en un factor que limita el tiempo y la energía disponible para continuar con la formación académica y avanzar en el desarrollo profesional. Estos factores no solo condicionan su tiempo, sino también las oportunidades que pueden aprovechar a lo largo de su carrera.

Sin embargo, es fundamental no perder de vista que, aunque nos encontramos centrando el análisis en las desigualdades de género, no debemos dejar de considerar otros marcadores interseccionales que también impactan de manera significativa. La experiencia de desigualdad o desventaja en el ámbito educativo y profesional no es homogénea para todas las mujeres dentro del campo de la enología. En este sentido, las mujeres que provienen de países tradicionalmente reconocidos por su prestigio en la producción vinícola cuentan con una ventaja sustancial. Su origen nacional les otorga un capital simbólico que les facilita la construcción de una carrera, incluso de manera más rápida que a algunos hombres. Este fenómeno también se observa en aquellas mujeres que disponen de recursos económicos, que les permiten delegar las responsabilidades de cuidado a otras personas. De esta manera, pueden dedicarse a tiempo completo a sus estudios y a su carrera profesional, una ventaja que no está al alcance de todas las mujeres, pero que sí les permite, en muchos casos, competir en igualdad de condiciones con sus colegas masculinos.

Lo que esta reflexión pone de manifiesto es la necesidad de analizar, además del género, los diversos factores sociales, económicos y culturales que entrelazan y matizan las trayectorias profesionales de las mujeres en la enología, reconociendo la complejidad de las desigualdades que enfrentan y cómo estas se manifiestan de maneras distintas según su contexto específico.

Aunque no existe un registro preciso que marque el momento exacto en que las mujeres comenzaron a formar parte de manera formal en la industria del vino y en la enología, las narrativas históricas y testimonios recopilados a lo largo del tiempo sugieren que su presencia en este ámbito data de épocas remotas. Desde hace tiempo, las mujeres han estado involucradas en el proceso de elaboración del vino, aunque su papel ha sido, en su mayoría,

invisible o relegado a tareas secundarias. Las crónicas hablan de su presencia en actividades esenciales, pero a menudo subestimadas, como la limpieza de barricas, el cuidado de las viñas o la supervisión de procesos menores. Pese a la relevancia de estas tareas, su contribución ha sido históricamente desestimada, marcada por un invisibilizado esfuerzo que no recibía el reconocimiento que merecía.

Esta falta de visibilidad en la narrativa oficial del vino no es simplemente el reflejo de una ausencia, sino el resultado de una serie de dinámicas sociales y culturales que han limitado las funciones de las mujeres en el mundo vitivinícola. A lo largo de siglos, el trabajo de las mujeres ha sido considerado accesorio, relegado a los márgenes del proceso, mientras que la figura del hombre como productor y creador ha sido exaltada. Esta invisibilidad se ha mantenido incluso a medida que la industria del vino ha ido profesionalizándose, dejando a las mujeres en un espacio de marginalidad, a pesar de su continua y significativa participación.

La historia de las mujeres en la enología, aunque se encuentra en gran parte silenciada, constituye un hilo subterráneo que recorre la evolución de esta industria. Y aunque el reconocimiento ha llegado de manera tardía, este proceso de visibilización, lento pero constante, revela que las mujeres no solo han sido parte de la historia del vino, sino que, en muchos casos, han sido las guardianas silenciosas de su tradición y de su futuro.

El proceso de profesionalización de la enología marca un punto de inflexión importante en la evolución de esta disciplina. Como ya vimos en sus primeros días, la enología era un campo cuya transmisión de conocimientos ocurría de manera informal y a menudo hereditaria, dentro de las familias vitivinícolas. Sin embargo, con el tiempo, la enología comenzó a consolidarse como una disciplina académica formal, lo que abrió la puerta a nuevas posibilidades. La creación de programas educativos especializados y la obtención de títulos profesionales brindaron a las mujeres no solo la oportunidad de acceder a un conocimiento sistematizado, sino también la capacidad de ganar visibilidad y legitimidad en un ámbito que previamente les era ajeno.

La institucionalización de la enología, acompañada del creciente movimiento feminista y la evolución de las políticas de inclusión, ha permitido que las mujeres se inserten en espacios que antes les eran inaccesibles. En muchos casos, su presencia comenzó en los rincones periféricos de la industria, pero poco a poco, a medida que se consolidaron como expertas y

profesionales certificadas, comenzaron a ocupar roles más prominentes y especializados. Esta transformación ha sido posible no solo gracias a las reformas estructurales dentro de la educación y la formación profesional, sino también a la lucha persistente por la igualdad de género, que desafió las normas tradicionales que históricamente relegaban a las mujeres a posiciones marginales y subordinadas.

La entrada de las mujeres a estos nuevos roles no solo ha implicado un cambio en la distribución del poder y el prestigio en el campo de la enología, sino que también ha comenzado a transformar las percepciones sobre las capacidades y la autoridad profesional de las mujeres. Este fenómeno, aunque reciente en términos históricos, señala una redefinición de las jerarquías tradicionales, y muestra cómo, a través de la profesionalización y la visibilidad, las mujeres han empezado a desmantelar los límites impuestos por una estructura patriarcal que aún impregna muchas otras disciplinas.

Sin embargo, lejos de ser un proceso lineal y exento de obstáculos, esta visibilidad ha sido acompañada de retos persistentes que continúan acechando a las mujeres en el sector. A pesar de los esfuerzos por promover la equidad, las mujeres enólogas siguen enfrentando barreras de gran calado, muchas de las cuales se fundamentan en estereotipos de género arraigados. La concepción de que la viticultura y la enología son campos eminentemente masculinos sigue vigente en muchos ámbitos, lo que obliga a las mujeres a estar en una constante lucha por demostrar su competencia y habilidades, a menudo en condiciones desiguales. No es raro que se enfrenten a discriminación tanto explícita como sutil, que las subvalora o las coloca en situaciones de desventaja frente a sus colegas masculinos, desafiando así la plena integración y equidad de género en este entorno profesional. En este contexto, la competencia y el reconocimiento no solo se basan en el mérito, sino que se entrelazan con las luchas por la aceptación y el respeto dentro de una industria que, aunque ha dado pasos hacia la inclusión, sigue anclada en estructuras de poder que favorecen a los hombres. Veamos algunos testimonios:

> En el ámbito de la enología, es mucho más para los varones y recién ahora están surgiendo las mujeres. Antes no había muchas enólogas aquí en lo que es el valle Calcha, y en Salta, y en Mendoza tampoco hay muchas. Pero yo me recibí y tengo una amiga, una colega, con la cual me gradué. (Gisela Darico, 28 años, tecnicatura en enología, trabaja en bodega y continúa estudiando, argentina, entrevista vía zoom, 13 de junio 2021)

> Es un área muy machista, pero la mujer empieza a tomar fuerza en la enología y a meterse de a poquito; sin embargo, siempre ha sido un lugar muy machista. (Ada Novelo, 37 años, tecnicatura en enología, comunicadora del vino, programa de radio, argentina-italiana, entrevista vía zoom, 29 de septiembre 2021)

> La verdad, esta es una profesión que tiende a ser machista. En el pasado, era prácticamente reservada en general para hombres. Esto no es solo una opinión mía; es una percepción que he compartido con colegas enólogas. Siempre he sido transversal en esto: en mi equipo, siempre contrato hombres y mujeres sin distinción, tratando de valorar las capacidades por encima de cualquier otro aspecto. Sin embargo, son ellas las que me señalan que esta profesión es machista, y cuando lo analizó, efectivamente, sí, lo es. (Alejo Nuño, 41 años, maestría en enología, consultaría y proyecto propio, chileno, entrevista vía zoom, 13 de junio 2022)

> Filosóficamente sí, en la práctica es un poco más complejo; siempre ha sido más machista. La empresa siempre es más machista, pero las chicas son muy aferradas. El interés de las mujeres ha ido creciendo mucho, de lo que yo he visto. Hay muchas mujeres haciendo vino ahora. No sé cuántas veces han elegido a una mujer como mejor enóloga. Sí, cuando trabajé en empresas había mujeres, pero claro, el sistema aún es machista. (Carlos Mora, 42 años, licenciatura en enología, trabaja en bodega y en un proyecto propio, español, entrevista vía zoom, 15 de agosto, 2021)

A partir de la información obtenida en campo y de la revisión documental, es posible identificar tres momentos clave en la incorporación de las mujeres a la industria vitivinícola, cada uno reflejando transformaciones tanto en la práctica como en la percepción de las capacidades y el rol de las mujeres dentro de este ámbito.

El primer momento que abordo en este análisis lo denomino: Antes de la Profesionalización. En esta etapa, que se extiende hasta bien entrado el siglo XX, la viticultura se desarrollaba mayoritariamente en el ámbito doméstico, como una actividad familiar y artesanal, alejada de los códigos de la profesionalización moderna. Las familias elaboraban vino de forma casera, sin que la mayoría de los participantes contara con formación formal en técnicas vinícolas.

El trabajo vitivinícola, con su exigencia física y su vinculación al campo, se veía como una actividad predominantemente masculina. En este contexto, las mujeres eran percibidas como inadecuadas para asumir funciones relacionadas con el manejo de las viñas y la vinificación en sí, dado que estos roles eran considerados demasiado arduos y, en cierto modo, incompatibles con los valores tradicionales de feminidad. Así, las mujeres se encargaban de tareas como la recolección, la selección de uvas y algunas labores complementarias durante la fermentación, pero las decisiones más críticas y las funciones que implicaban el manejo técnico del vino permanecían bajo el dominio de los hombres.

La transmisión del conocimiento vitivinícola ocurría de manera empírica y, en su mayoría, se realizaba de padres a hijos varones. La relación entre las mujeres y el saber vinícola estaba marcada por la exclusión, sólo en circunstancias excepcionales algunas esposas o hijas eran introducidas en los secretos de la vinificación, y siempre en un contexto de dependencia y subordinación al conocimiento masculino. Este sistema de transmisión de saberes reflejaba la estructura de poder y de género vigente, que relegaba a las mujeres a un rol auxiliar y marginal dentro de una actividad que, aunque fundamental para la economía familiar, no les otorgaba un espacio de autoridad o visibilidad.

Este período, por lo tanto, se caracteriza no solo por una división de tareas desigual, sino también por la invisibilización de la contribución femenina en el proceso vitivinícola, una situación que se prolongaría hasta bien entrada la profesionalización de la industria, que alteraría drásticamente estas dinámicas.

El segundo momento lo denominare: Profesionalización y expansión de roles. La profesionalización de la industria vitivinícola, que tomó impulso a mediados del siglo XX en numerosos países, se convirtió en un punto de inflexión para la participación femenina en el campo de la viticultura y la enología. Este proceso no solo trajo consigo la formalización de conocimientos y técnicas, sino también una serie de transformaciones que cambiarían para siempre el rostro de la industria. Las mujeres, que durante siglos habían sido relegadas a tareas informales y menos reconocidas, comenzaron a acceder a roles más visibles y estratégicos, marcando un hito en la historia de la vitivinicultura. Sin embargo, detrás de estos avances aún se cernían barreras visibles e invisibles, las dificultades que enfrentaban las mujeres no se limitaban a los desafíos propios del trabajo, sino que incluían también una serie de prejuicios latentes en la percepción pública y profesional.

A medida que la globalización expandía las fronteras de la industria, también se abrían nuevas puertas en el ámbito académico. La creciente demanda de educación formal y certificaciones técnicas en enología y viticultura se convirtió en una oportunidad inédita para muchas mujeres, que ahora podían prepararse académicamente y obtener las credenciales necesarias para ejercer roles especializados. La profesionalización, sin embargo, también fue un arma de doble filo: si bien proporcionaba legitimidad y prestigio a quienes lograban obtener una certificación, también significaba que las mujeres debían luchar en un nuevo "campo de batalla" en busca de reconocimiento y legitimación. Aunque muchas obtuvieron las credenciales necesarias, se encontraron con una resistencia persistente, enfrentándose no solo a la crítica de sus colegas masculinos, sino a las ideas que limitaban su propio papel en la enología. Así, para cada paso adelante que daba una mujer en la industria, a menudo surgía un obstáculo cultural que amenazaba con hacerla retroceder.

El proceso de profesionalización no se limitó al ámbito técnico; también se extendió a áreas estratégicas de la industria que requerían nuevas habilidades, como la administración, el marketing y la cata profesional de vinos. En este contexto, muchas mujeres que provenían de familias vitivinícolas de renombre comenzaron a asumir roles de liderazgo y gestión. Las esposas, hijas y familiares de estos linajes aprovecharon su posición para tomar las riendas en áreas clave, aportando una nueva perspectiva a la industria. Esta expansión de roles, aunque significativa, también revelaba una estratificación de clase. Las mujeres que lograban destacarse en estos nuevos espacios solían ser aquellas que contaban con el respaldo de una familia con recursos, contactos y una red establecida dentro del sector vitivinícola. Este acceso diferencial les facilitó un camino que, para muchas otras, aún estaba bloqueado o restringido.

Sin embargo, el impacto de estas primeras mujeres en el ámbito enológico fue decisivo y tuvo efectos transformadores para las generaciones futuras. Aunque su presencia no eliminó por completo las desigualdades en el sector, sí abrió una brecha por la que otras mujeres, con menos privilegios de clase, comenzaron a abrirse camino. Estas pioneras, provenientes de familias de renombre, no solo ofrecieron modelos a seguir para otras mujeres, sino que también desafiaron las normas de género predominantes y contribuyeron a ampliar las oportunidades para quienes aspiraban a construir su propio lugar en el sector. La visibilidad y el trabajo de estas primeras mujeres no solo evidencian la expansión del rol femenino en la

industria, sino que además subrayan el poder simbólico que se desprende de su presencia, sus logros no fueron meros actos individuales, sino pasos colectivos que siguen resonando y estimulando a otras mujeres a soñar, trabajar y desafiar los límites impuestos por las convenciones de género.

Así, la profesionalización y la expansión de roles en la vitivinicultura no solo transformaron la estructura de la industria, sino que sembraron las semillas de un cambio social, en el que cada mujer que entraba a este campo se convertía en un eslabón en la cadena de transformación de la igualdad y la diversidad en la industria del vino.

Al llegar a la era contemporánea, una nueva fase se despliega: La era contemporánea y la lucha por la igualdad en el ámbito vitivinícola, donde la presencia femenina ha alcanzado un nivel sin precedentes. Las mujeres han emergido en roles clave de producción, comercialización y liderazgo, configurando un panorama más inclusivo que, aunque esperanzador, continúa enfrentando desafíos. La creciente visibilidad de las mujeres y su acceso a posiciones de poder y especialización simbolizan avances notables, pero este progreso también ilumina las barreras persistentes, la representación limitada, el reconocimiento desigual y las oportunidades aún restringidas.

Las voces de enólogas y profesionales del sector, recopiladas a través de entrevistas y testimonios, dibujan un mapa de tensiones entre lo logrado y lo que aún queda por conquistar. Para muchas de estas mujeres, la inserción tardía en la academia de enología fue, en sí misma, una barrera que evidenció las raíces de las actitudes de género y los sesgos estructurales. Aunque ahora pueden aspirar a los mismos grados académicos que sus colegas varones, las dinámicas laborales les siguen presentando obstáculos. Algunas enólogas entrevistadas expresaron cómo la escasez de oportunidades específicas para mujeres dentro del campo las llevó a dudar de su lugar en esta industria.

Además, la percepción generalizada de limitadas opciones laborales en enología afecta la decisión de muchas mujeres de especializarse en el campo, lo que se traduce en una representación femenina más baja en las aulas y, por ende, en un menor número de profesionales que acceden a posiciones prominentes en la industria. Este fenómeno crea un ciclo donde las aspiraciones individuales chocan contra la realidad de un mercado laboral que, aunque cambiante, sigue dominado por la imagen del enólogo varón como figura de autoridad. Sin embargo, las nuevas generaciones de enólogas parecen decididas a cambiar

este imaginario, impulsadas por la convicción de que la paridad es posible y necesaria para que el sector alcance su máximo potencial.

A medida que se exploran estas experiencias, la historia de la industria vitivinícola y el rol de las mujeres dentro de ella se revelan no solo como una lucha por la inclusión, sino como una redefinición de los valores, competencias y perspectivas que enriquecen la vitivinicultura en su conjunto. Así, la era contemporánea se perfila no solo como una etapa más de la cronología industrial, sino como un punto de inflexión en el cual la igualdad de género deja de ser una meta abstracta para convertirse en una construcción cotidiana y desafiante.

En contraste, varios enólogos sugieren que las mujeres suelen orientarse hacia áreas afines a la enología, como la sommelierías o el enoturismo, disciplinas que, si bien están vinculadas al mundo del vino, se perciben como menos técnicas o desafiantes en comparación con la enología tradicional. Esta preferencia, apuntan, no responde únicamente a un interés espontáneo, sino también a la influencia de factores sociales y profesionales que moldean las expectativas y las posibilidades de las mujeres en este campo. En efecto, el sommelier y el enoturismo, aunque requieren formación en viticultura y enología, son alternativas vistas como espacios donde la mujer puede desarrollarse con mayor facilidad y prestigio. En estas especialidades, los desafíos estructurales que a menudo enfrentan en la enología, como las barreras de género, el escepticismo en roles de liderazgo técnico y las expectativas de desempeño en un entorno predominantemente masculino pueden ser menos imponentes o incluso mitigados.

Este desvío hacia roles considerados más "accesibles" o "elegantes" refleja una tensión entre el deseo de profesionalización y las restricciones que encuentran en la práctica. En el ámbito de la sommelierías, por ejemplo, el conocimiento del vino y la capacidad de comunicar sus matices en contextos gastronómicos exclusivos otorgan una visibilidad y una autoridad que, aunque distinta a la de la enología tradicional, es reconocida y valorada en el sector. El enoturismo, por su parte, ofrece la posibilidad de desempeñar un rol de "embajador del vino", en el que las mujeres son percibidas positivamente, ya que este espacio permite conjugar conocimientos técnicos con habilidades sociales, favoreciendo la comunicación y la creación de experiencias en torno al vino. Así, se perpetúa la idea de que estos espacios son naturalmente más adecuados para las mujeres, limitando su incursión en el núcleo duro de la

enología, que exige un involucramiento directo en la producción y técnicas de laboratorio, áreas donde aún persiste una significativa brecha de género. A continuación, algunos testimonios:

> La enología es una profesión sucia; siempre vas a estar manchado, mojado, sucio, con las botas enlodadas. En fin, implica mucho esfuerzo físico. En cambio, como sommelier no vas a tener ese problema; siempre vas a mantener una buena imagen, ya que es un trabajo más cercano al público. Algunas compañeras, yo creo, que prefieren eso. (Samuel Lima, 40 años, sin formación profesional en enología, estudios en ingeniería y administración, consultor y trabaja en la bodega familiar, mexicano, entrevista vía zoom, 16 de febrero 2022)

> Para empezar, hay temas por los que un hombre no se va a preocupar. Por ejemplo, en una cata o un evento; estos eventos involucran alcohol, son en la noche y no quiero sonar anticuada o prejuiciosa. Pero tú, como mujer, sí tienes que preocuparte por darte a respetar y por controlar la cantidad que bebes. ¿Tú crees que a un hombre eso le preocupa? ¿Que lo piense siquiera? Por supuesto que no, porque si algo sale mal, te van a culpar a ti como mujer. Y sé que suena como de mamá, pero es un consejo que yo les sigo dando a las enólogas más jóvenes o a la gente que trabaja conmigo. (Lisa Zepeda, 57 años, maestría en enología, consultora y proyecto propio, mexicana, entrevista vía zoom, 21 de enero 2022)

En la enología, persiste una percepción que asocia la profesión con un rigor físico que, históricamente, ha servido como barrera para la plena inclusión de las mujeres. Este estereotipo de género, que presenta la enología como una labor "dura y físicamente exigente", parece contribuir a la subrepresentación femenina en esta área. Algunas de las entrevistadas expresan que, a menudo, las mujeres que desean hacer carrera en la industria del vino se sienten atraídas hacia roles que se perciben como menos demandantes físicamente. Así, profesiones como la de sommelier, que proyectan una imagen más sofisticada y menos intensiva en el aspecto físico, se presentan como alternativas viables y atractivas en un entorno que sigue cargado de expectativas de género.

Sin embargo, las barreras que las mujeres enfrentan en la enología no se limitan al prejuicio sobre la fuerza física. En el fondo, también subsisten antiguos prejuicios morales

que han justificado, durante siglos, la exclusión de las mujeres no solo de la producción del vino, sino incluso de su consumo. Dado que el vino es una bebida alcohólica, se ha asociado con la posibilidad de desinhibición, una característica que en contextos patriarcales ha sido vista con sospecha y rechazo cuando involucra a mujeres. De este modo, el verdadero temor no radicaba tanto en los efectos del consumo de vino en sí, sino en la percepción de que la desinhibición de las mujeres pudiera atentar contra el honor y el respeto que las normas sociales exigían hacia los hombres. La mujer que bebía vino no solo estaba violando una norma de género; podía también poner en duda el equilibrio moral y el prestigio familiar, dañando con ello la reputación masculina asociada a ella.

A pesar de los avances en la inclusión y aceptación de las mujeres en el ámbito enológico, estos prejuicios, aunque atenuados, siguen vivos en ciertos contextos. En muchos casos, las mujeres en la industria deben navegar cuidadosamente las expectativas sociales y culturales que, directa o indirectamente, cuestionan su rol. Este entramado de normas y prejuicios no solo moldea las trayectorias laborales de las mujeres, sino que también configura las oportunidades y los obstáculos que encuentran en su camino. La lucha contra estos estereotipos implica no solo una confrontación con las expectativas de género tradicionales, sino también un cuestionamiento de las narrativas que se han construido en torno a la feminidad, la moral y la reputación dentro de la enología.

Este aspecto pone de relieve una carga invisible, pero constante, que recae de manera desproporcionada sobre las mujeres, quienes enfrentan un escrutinio social al que rara vez son sometidos los hombres en circunstancias similares. En el mundo de la enología, un hombre puede participar libremente en eventos de cata y actividades sociales, experimentando un sentido de pertenencia sin la presión de preocuparse por el impacto de cada uno de sus gestos o palabras. Sin embargo, para una mujer enóloga, cada paso dentro de estos eventos requiere un cuidadoso balanceo entre su rol profesional y las expectativas externas, debe medir cada interacción, cada sorbo de vino, cada risa, con la conciencia de que cualquier actitud puede ser observada, juzgada, y, en última instancia, objeto de crítica.

Esta carga no es accidental ni específica de la enología; es el resultado de normas de género que imponen un nivel de control y vigilancia sobre las mujeres en múltiples profesiones, limitando su capacidad de moverse con la misma libertad que sus colegas hombres. Lo que experimentan las enólogas en estos espacios es, en términos de Connell

(1987), la manifestación de los "regímenes de género" sistemas estructurales que regulan y condicionan las prácticas y los comportamientos esperados según el género. Estos regímenes moldean no solo la percepción pública del comportamiento femenino, sino también el entorno laboral, donde cada interacción se convierte en un acto que, voluntaria o involuntariamente, desafía o reafirma los roles de género impuestos.

De este modo, el peso de las normas de género trasciende la vida profesional de las enólogas, revelando cómo los estereotipos de género se infiltran incluso en sus momentos de socialización profesional, afectando la autenticidad y el desenvolvimiento de su identidad dentro de la profesión. A diferencia de sus pares masculinos, las mujeres enólogas deben lidiar con la complejidad de este equilibrio, donde la búsqueda de reconocimiento profesional está intrínsecamente ligada a la vigilancia de su comportamiento para evitar ser objeto de estigmatización o desacreditación.

A pesar de las barreras históricas y culturales, resulta alentador celebrar la creciente incorporación de las mujeres en la industria del vino y, en particular, su acceso a la formación académica especializada en enología. Este avance simboliza un cambio, las mujeres no solo han logrado abrirse paso, sino que también han comenzado a construir trayectorias formativas que implican movilidad, ampliando sus horizontes profesionales y personales en un sentido geográfico y cultural. Este fenómeno de "movilidad formativa" no es exclusivo de las mujeres, ya que también los hombres han encontrado en esta industria un campo fértil para el desarrollo y diversificación de sus experiencias de aprendizaje y perfeccionamiento profesional. Sin embargo, para las mujeres, este proceso suele implicar un doble desafío, pues no solo enfrentan las dificultades inherentes a la movilidad, sino que también deben superar estereotipos de género y equilibrar las demandas familiares y laborales. En el próximo apartado, profundizaremos en estas trayectorias móviles y en cómo los distintos géneros abordan y negocian los retos de movilidad en el contexto de la enología.

3.3. Patrones de movilidad e (in) movilidad en las trayectorias formativas de acuerdo con el origen nacional, el género y los recursos de clase

En esta investigación, los enólogos y enólogas en formación son comprendidos como migrantes calificados, una categoría que no solo refleja su búsqueda de conocimiento y competencias, sino que también señala cómo la movilidad se entrelaza con sus trayectorias

profesionales. Desde sus primeros pasos en el campo de la enología, el traslado geográfico no es simplemente una elección, sino una necesidad casi inherente al crecimiento profesional y personal en esta disciplina. Así, esta movilidad no solo facilita su acceso a un mercado laboral altamente competitivo, sino que, en muchos casos, constituye el factor que define su inserción profesional en dicho mercado.

Al adoptar nuevas perspectivas sobre la movilidad calificada, ampliamos nuestro análisis del perfil de quienes eligen desplazarse en busca de algo más que una educación, buscan una formación vivencial en el corazón de las diversas regiones vitivinícolas del mundo. Este fenómeno va más allá de la acumulación de competencias o la obtención de títulos, apuntando hacia la creación de un capital cultural y simbólico que solo es accesible al experimentar en persona las prácticas, costumbres, y técnicas de elaboración de vino características de cada lugar. La movilidad, entonces, emerge no solo como un medio para adquirir destrezas, sino como un proceso formativo que aporta profundidad, diferenciación y un sentido de pertenencia a un oficio global.

Así, los enólogos en formación no son simples receptores de conocimientos técnicos; cada desplazamiento les permite ser observadores activos y participantes de tradiciones enológicas locales que moldean su perspectiva profesional y enriquecen su identidad como especialistas. La experiencia directa en regiones vitivinícolas específicas les da acceso a una diversidad de métodos y estilos que, en el conjunto, los forma como expertos versátiles y culturalmente sensibles, capaces de adaptarse a los retos y particularidades de cualquier entorno vitivinícola. Con cada viaje, van esculpiendo una identidad profesional que no se define solo por sus conocimientos, sino también por una trayectoria que ha tejido conocimientos locales en una red de habilidades y competencias de alcance global.

En palabras de Charlotta Mellander y Richard Florida (2021), el mundo se encuentra inmerso en una auténtica "revolución de las cualificaciones", una transformación que va más allá de un simple cambio de paradigma económico. No se trata solo de dejar atrás el modelo industrial que dominó el siglo pasado; es una transición hacia una economía que premia el conocimiento, la creatividad y las habilidades altamente especializadas. En este nuevo contexto, el capital humano se convierte en un recurso estratégico, y los estudios sobre las clases creativas y ocupacionales revelan el creciente valor de estas competencias como motor de innovación y desarrollo.

Este cambio de enfoque ha disparado un interés renovado en entender cómo se distribuyen y movilizan las competencias dentro de las zonas trabajo. Ya no basta con poseer habilidades; el "dónde" se vuelve igualmente importante. Las ciudades y regiones, dotadas de servicios específicos, universidades, y una diversidad cultural creciente, se han vuelto atractores naturales para el talento y la creatividad. Estas características locales no solo promueven la concentración de habilidades, sino que actúan como imanes que atraen y retienen a individuos altamente cualificados, impulsando así una localización desigual del conocimiento y la innovación en distintas áreas geográficas.

Mellander y Florida (2021) destacan cómo los territorios influyen en la dispersión y movilidad de competencias, creando dinámicas de atracción y exclusión que pueden fortalecer o debilitar regiones enteras. La presencia de una base sólida de servicios educativos y culturales no solo estimula la economía local, sino que moldea una identidad de lugar que invita a los creativos a permanecer y florecer. Así, la revolución de las cualificaciones no es solo un fenómeno económico; es una transformación social y cultural que reconfigura la forma en que las ciudades y regiones se presentan y se proyectan en el escenario global, modificando, en última instancia, la estructura misma de las oportunidades y del desarrollo humano.

En el entramado de la movilidad calificada, surgen distintos caminos que los estudiantes y profesionales pueden recorrer en su afán de adquirir nuevos saberes y experiencias. Para algunos, los acuerdos entre universidades abren puertas, facilitando su tránsito hacia otras instituciones y culturas académicas. Para otros, sin embargo, el viaje es más desafiante y depende casi exclusivamente de sus propios recursos, una realidad que se vuelve particularmente evidente en el caso de los enólogos y enólogas.

En este grupo, el desplazamiento suele estar entrelazado con el marcador de clase, pues son las propias capacidades económicas de cada individuo las que determinan hasta dónde pueden llegar en su búsqueda de conocimientos. Para muchos enólogos y enólogas, los recursos de clase actúan como el eje central que define sus posibilidades de movilidad, aquellos con mayor respaldo financiero pueden explorar regiones vitivinícolas distantes, mientras que quienes cuentan con menos recursos enfrentan mayores limitaciones.

Las motivaciones para este desplazamiento, sin embargo, son tan diversas como significativas. En primer lugar, la adquisición de competencias y conocimientos

especializados en el ámbito de la enología se alza como un deseo compartido, una necesidad de perfeccionamiento que lleva a muchos a cruzar fronteras y adaptarse a nuevas prácticas y técnicas de vinificación. Pero la búsqueda de conocimiento no es la única fuerza en juego. También está el anhelo de vivir experiencias transformadoras en regiones vitivinícolas distintas, donde el clima, la geografía, y las tradiciones enológicas ofrecen una perspectiva única del arte y la ciencia de la elaboración del vino.

Por último, la falta de oportunidades de formación avanzada en sus países de origen impulsa a los enólogos y enólogas a mirar hacia otros horizontes. Esta carencia no solo subraya las desigualdades en la distribución de recursos educativos a nivel global, sino que también actúa como un factor de expulsión, obligando a quienes buscan una formación integral y especializada a salir de su contexto para desarrollarse plenamente. Así, la movilidad de estos profesionales no es solo un movimiento físico; es también un acto de resistencia y de construcción de una identidad profesional en un contexto que demanda adaptabilidad y resiliencia frente a los desafíos socioeconómicos y culturales.

En suma, la movilidad de los enólogos y enólogas revela un complejo juego de factores estructurales y motivacionales, donde el recurso de clase se presenta como un filtro de posibilidades, y el deseo de crecimiento personal y profesional se convierte en el motor que empuja a estos profesionales a adentrarse en territorios desconocidos, en busca de conocimientos y experiencias que enriquecerán sus trayectorias y, con ello, el desarrollo del sector vitivinícola en sus países de origen.

Este análisis interseccional pone de manifiesto que, aunque la movilidad calificada constituye un componente esencial para el desarrollo profesional en la enología, no todos tienen el mismo acceso a ella. Las desigualdades estructurales, marcadas por el origen nacional, el género y los recursos de clase, se entrelazan de manera compleja para delinear un mapa de oportunidades que no es uniforme. La movilidad, entendida tanto en términos educativos como profesionales, se convierte en un privilegio que solo unos pocos pueden disfrutar, mientras que otros, a menudo invisibilizados por las estructuras sociales dominantes, quedan fuera de este circuito.

El origen nacional, por ejemplo, establece barreras significativas, las personas de países con menos recursos o con un acceso limitado a redes internacionales enfrentan obstáculos adicionales para integrarse en un campo profesional globalizado, como lo es la enología. De

manera similar, el género introduce otra capa de exclusión, pues, a pesar de los avances hacia la igualdad, las mujeres siguen enfrentando dificultades estructurales que limitan su movilidad tanto en el ámbito académico como en el laboral, desde prejuicios implícitos hasta la falta de reconocimiento de sus logros. Finalmente, los recursos de clase, ya que aquellos con mayor capital económico pueden permitirse desplazarse, estudiar en instituciones de prestigio o acceder a las redes profesionales que facilitan el ascenso en la jerarquía de la enología.

Al examinar la falta de oportunidades de formación en los países de origen como un motor clave de la movilidad, es fundamental profundizar en las complejidades que subyacen a esta afirmación. Aunque en países como México o Brasil la oferta educativa especializada en enología sigue siendo limitada, no resulta completamente preciso sostener que estas naciones carezcan de instituciones dedicadas a la formación vitivinícola. En realidad, existen escuelas y programas de formación que, si bien en su mayoría son jóvenes y con una infraestructura aún en desarrollo, abren puertas para los interesados en el campo del vino. Sin embargo, el desafío radica en que estas instituciones no han alcanzado el nivel de prestigio ni los estándares académicos que caracterizan a sus contrapartes en regiones con una tradición vinícola más consolidada, como lo son Francia, Italia o España. Este contraste, marcado por la historia, el capital cultural y simbólico asociado a las grandes regiones vitivinícolas, incide en la percepción que se tiene de la formación enológica en estos países emergentes, lo que, a su vez, impacta la decisión de los profesionales en formación de buscar oportunidades en el extranjero. La movilidad, por tanto, se presenta no solo como una respuesta a la falta de oferta educativa, sino también como una búsqueda por alcanzar el reconocimiento y la legitimación que la formación en estas naciones tradicionales otorga.

Las oportunidades de movilidad y el acceso a redes internacionales no son fenómenos neutros; están marcadas por los recursos de clase y el capital social. A lo largo de las entrevistas realizadas, se destacó recurrentemente la existencia de barreras que limitan el acceso a estas posibilidades para quienes no cuentan con las conexiones o los recursos necesarios. Los testimonios analizados son claros al respecto, aquellos sin un respaldo económico o social adecuado se ven atrapados en un ciclo de exclusión que les impide aprovechar las oportunidades internacionales que podrían mejorar su trayectoria profesional.

Los enólogos y enólogas entrevistados expresaron que una parte significativa de su capital

económico, cultural y social se invierte estratégicamente en la búsqueda de movilidad. La movilidad, entendida no solo como un desplazamiento físico, sino como un proceso de formación profesional, se convierte en un objetivo primordial. No se trata simplemente de estar en el lugar correcto en el momento adecuado, sino de hacer uso de todos los recursos disponibles, redes de contactos, prestigio académico, posicionamiento en la industria para alcanzar una mejor posición en el competitivo mundo del vino.

En muchos casos, la movilidad profesional se ve como un juego de estrategias que dependen no solo de la habilidad o del mérito individual, sino también de las redes sociales en las que se está integrado. Aquellos con un acceso privilegiado a estas redes, ya sea a través de vínculos familiares, contactos dentro de instituciones prestigiosas o alianzas estratégicas con actores clave en la industria, tienen una ventaja considerable. Mientras tanto, quienes carecen de estos recursos encuentran obstáculos que son determinantes para su avance profesional.

La movilidad profesional, lejos de ser una mera oportunidad de avance individual, revela una compleja jerarquía estructurada en torno al origen nacional. En este entramado, los enólogos y enólogas provenientes de países emergentes se ven atrapados en un ciclo de subestimación que niega su capacidad para generar conocimiento nuevo o para hacer contribuciones significativas a los saberes consolidados dentro del campo de la enología. Esta dinámica, no solo refleja una desigualdad evidente, sino que también actúa como un mecanismo de perpetuación de esa misma desigualdad, al relegar a estos profesionales a una posición subordinada dentro de la estructura global del conocimiento enológico.

Lo que esta lógica impone es una narrativa en la que los enólogos y enólogas de los países más consolidados en la industria del vino se presentan como los únicos portadores del saber legítimo, los exclusivos agentes capaces de transferir ese conocimiento a otras latitudes. En consecuencia, las y los enólogos de los países emergentes se ven despojados de la posibilidad de construir o enriquecer el conocimiento global, lo cual no solo desvaloriza sus capacidades y aportes, sino que también refuerza la hegemonía de los países del Viejo Mundo como los centros de la producción intelectual y práctica enológica. Este fenómeno no solo limita las oportunidades de estos profesionales para posicionar a sus instituciones educativas en el escenario global, sino que contribuye a una visión distorsionada de la distribución del conocimiento, donde la experiencia de ciertos países es vista como universal, mientras que

las innovaciones o enfoques de los países emergentes son relegados al silencio. Veamos los siguiente testimonios:

> Tuve la oportunidad de hacer el máster en España. Cuando regresé a México y comencé a buscar trabajo, me di cuenta de que me contrataban por esa razón: porque había estudiado en España. Parecía que era lo único que les importaba de mi CV. Literalmente, le gané el trabajo a enólogos con mayor trayectoria, que habían trabajado en grandes bodegas, solo porque yo venía de fuera. (Andrina Mesa, 27 años, maestría en enología, trabaja en bodega familiar, mexicana, entrevista vía zoom, el 14 de enero 2022)

> O sea, el enólogo mexicano no tiene un reconocimiento, así que nos ven como aprendices todavía porque, obviamente, somos nuevos. Por lo tanto, toda bodega de México siempre busca ayuda del exterior y no apuesta por lo que tiene, ya que siempre está en busca de querer ser como los países productores. Siento que todo es un proceso que debe llevarse a cabo paso a paso, porque Roma no se construyó en un día. Chile, por ejemplo, tiene una historia de años en el consumo y producción de vino. Desafortunadamente, si buscas en alguna bodega, no hay un verdadero compromiso con lo que somos y con lo que hacemos. Lamentablemente, tenemos que salir, conocer el mundo enológico, absorber todo lo que podamos y regresar. En mi caso, regresar y aplicar todo eso. Solo así, si conoces el extranjero, apuestan por ti. Si solo tienes una experiencia universitaria en el extranjero, pero no te interesa eso, no apuestan por ti, no te contratan; solo te mandan como practicante y no te ofrecen algo seguro. Cuando sales del país, valoras lo que tienes en tu país y te das cuenta de que en otros lugares no es lo mismo. Esa fue una parte complicada: adaptarme. El sistema educativo es muy diferente al de México. En México nos enseñan "este es el concepto", pero aquí no; el razonamiento es distinto. Prácticamente, hay que olvidar todo lo que sabías previamente sobre el tema, así que fue algo muy nuevo y difícil debido al sistema educativo al que estaba acostumbrado. Fue un proceso de adaptación complicado, pero, al final, con paciencia, se logró. (Marco Caballero, 26 años, maestría en enología, estudiante, mexicano, entrevista vía zoom el 10 de enero 2022)

Marco se detiene a reflexionar sobre una de las distinciones más reveladoras que ha observado a lo largo de su trayectoria, la disparidad en los enfoques pedagógicos entre México y el extranjero. Para él, esta diferencia no se limita a un simple contraste entre métodos, sino que se manifiesta como una cuestión de fondo en la manera en que se entiende y se aborda el conocimiento. En México, la formación enológica tiende a centrarse en un enfoque más conceptual, donde el énfasis recae en comprender teorías y principios generales que, si bien son fundamentales, a veces se desconectan de la aplicación práctica en el terreno. Es una formación que invita a la reflexión, a la abstracción, pero que en ocasiones deja de lado las dinámicas reales del campo.

Por otro lado, en el extranjero, especialmente en países con una tradición enológica consolidada, se valora más el pensamiento aplicado y la capacidad de innovación dentro de contextos concretos. En estos lugares, la educación no solo prepara a las y los enólogos para comprender los principios científicos que rigen la producción del vino, sino que también los desafía a desarrollar nuevas metodologías, a experimentar con técnicas no convencionales y a responder de manera creativa a los retos del mercado global. Esta orientación hacia lo práctico y lo innovador refleja una filosofía pedagógica que no solo busca formar expertos en teoría, sino individuos capaces de transformar el conocimiento en soluciones tangibles.

Así, la diferencia educativa que Marco señala no es meramente académica, sino que se inscribe en visiones más amplias sobre el propósito de la formación enológica, mientras que en México prevalece una tradición que valora el conocimiento de los fundamentos, en otros países se destaca la capacidad para transformar ese conocimiento en nuevas prácticas, adaptadas y optimizadas según las necesidades del mercado y las demandas del contexto global. Esta diferencia no solo habla de métodos, sino de cómo se concibe el rol del enólogo y la enóloga en la sociedad y en la industria, lo que, a su vez, influye directamente en las trayectorias profesionales y las necesidad de movilizarse para estar a la vanguardia.

Los enólogos y enólogas provenientes de países tradicionalmente vinícolas no se mueven únicamente por la necesidad de obtener un título universitario de una institución prestigiosa. Aunque, por supuesto, tienen acceso a programas académicos de alta calidad en sus países de origen, su motivación para desplazarse más allá de sus fronteras es mucho más enriquecedora. Para ellos, el viaje no es solo una cuestión de formalizar conocimientos en una institución reconocida, sino una oportunidad para sumergirse en nuevas experiencias,

aprender de diversas prácticas vitivinícolas y absorber la riqueza de terroirs distintos. Esta búsqueda de experiencia no se limita a la obtención de un diploma, sino que se convierte en una travesía que amplía su visión y les permite construir una trayectoria profesional más sólida y diversa. Al moverse entre regiones vitivinícolas, los enólogos y enólogas no solo amplían su *expertis* técnico, sino que también enriquecen su formación cultural, desarrollando una perspectiva única que los posiciona como profesionales con un capital simbólico invaluable en el campo. En este proceso, cada destino se convierte en una clase magistral, donde el aprendizaje va más allá de los libros, tomando forma en las viñas, las bodegas y las interacciones con otros expertos del sector.

La enología, como carrera profesional, es un camino que exige una inversión considerable, y no solo en términos de tiempo y esfuerzo, sino también en recursos económicos. Este aspecto, aunque a menudo dado por sentado, tiene implicaciones en la estructura misma de la profesión. Como se evidencian en los relatos de los entrevistados, la posibilidad de acceder a experiencias formativas en el extranjero, tan valoradas dentro del campo, queda restringida a aquellos enólogos y enólogas que cuentan con los recursos financieros necesarios para costear estos programas. Esta limitación no es simplemente un obstáculo aislado, sino un reflejo de las desigualdades estructurales que permean el acceso a oportunidades educativas y profesionales dentro de la enología. A través de este filtro económico, se revelan las dinámicas de exclusión que afectan a aquellos con menos capital cultural, social y, sobre todo, económico, quienes se ven en la imposibilidad de enriquecer su formación con experiencias internacionales. Así, la movilidad formativa, tan fundamental para el prestigio y la evolución profesional en este campo, se convierte en un privilegio que profundiza las divisiones de clase dentro del sector. La brecha entre los que pueden viajar y los que no puede ampliarse, no solo como una cuestión de acceso a la educación, sino también como un reflejo de las jerarquías sociales que estructuran y, en muchos casos, determinan las trayectorias enológicas. Veamos algunas experiencias:

> Cuando revisé los requisitos para ingresar (en la Universidad de Burdeos) lo primero que pedían era el idioma. Entonces me dediqué 2 años y medio a dominar por completo el francés, para poder alcanzar el nivel que pedían. Trabajaba en bodega y todo el tiempo libre estaba metida en el idioma. (Sandy Sharp, 42 años, licenciada en

> enología, enóloga que trabaja en bodega y tiene un proyecto propio, estadounidense, entrevista vía zoom, 17 de agosto de 2021)
>
> Por ejemplo, Marcelo Perelletti que es muy reconocido de Monte Viejo (bodega argentina), esta donde esta porque desde muy chico pudo viajar a Francia y hacerse de contactos, ¿pero cuantos tienen la posibilidad de hacer eso? (Ada Novelo, 37 años, tecnicatura en enología, comunicadora del vino, programa de radio, argentina-italiana, entrevista vía zoom, 29 de septiembre 2021)

A lo largo de las entrevistas, emergió una constante que atravesaba las experiencias de muchos enólogos y enólogas, el deseo de acceder a una formación en el extranjero. Sin embargo, este anhelo no era alcanzado de inmediato, sino que requería, en la mayoría de los casos, un proceso previo de construcción de recursos y oportunidades. Los primeros pasos de este camino solían estar marcados por una serie de trabajos temporales, a menudo en el mismo país, que les permitieran reunir el dinero necesario para cubrir los gastos del viaje. Esta fase de preparación no solo implicaba la acumulación de recursos financieros, sino también una serie de sacrificios y desafíos personales.

La formación en el extranjero, en particular en el ámbito de la enología, no solo se veía como una cuestión de acceso a conocimientos avanzados, sino también como una puerta de entrada a un mundo de posibilidades profesionales. Sin embargo, para muchos de estos aspirantes, la movilidad internacional venía acompañada de barreras adicionales, como los requisitos de las universidades que pedían, en muchos casos, un dominio específico del idioma. Este requisito no solo exigía una inversión adicional de tiempo para perfeccionar la lengua extranjera, sino también un gasto económico para financiar cursos de preparación.

No obstante, más allá de la necesidad económica, las primeras experiencias laborales adquirían un valor significativo. A menudo, estas no solo eran una fuente de ingresos, sino que también se convertían en una plataforma que les permitía acceder a programas de intercambio, prácticas profesionales o incluso redes sociales que facilitaban la movilidad. El hecho de haber trabajado en el sector no solo les otorgaba los recursos financieros necesarios para emprender su viaje formativo, sino que, en algunos casos, también abría puertas a conexiones internacionales que serían determinantes en su futuro profesional.

Este proceso no era lineal ni fácil, y estaba plagado de obstáculos, pero para muchos de estos enólogos y enólogas, esas primeras experiencias laborales representaban no solo una necesidad económica, sino también una oportunidad estratégica para avanzar en su formación y construir las bases de su carrera a nivel global.

Aunque para muchos enólogos y enólogas, el acceso a las prestigiosas universidades del Norte Global representa el destino final de sus aspiraciones académicas, la realidad de sus trayectorias está marcada por fuerzas más sutiles, pero igualmente determinantes, los recursos de clase y el capital social, como ya mencionaba. Estos elementos, muchas veces son los verdaderos arquitectos de su movilidad. Mientras que el deseo de formarse en instituciones de renombre internacional es palpable, la falta de recursos financieros y la limitada red de contactos pueden convertirse en barreras insuperables.

En este escenario, los aspirantes se ven obligados a recalibrar constantemente sus objetivos y aspiraciones. Las decisiones educativas y profesionales se toman en función de lo que es viable, no de lo que podría haber sido posible en un mundo ideal. El sueño de viajar al Norte Global para completar su formación permanece en su horizonte, pero este sueño está teñido de una constante ilusión de que, en algún momento, todo encajará y las circunstancias cambiarán, permitiendo materializar lo que por ahora parece inalcanzable. Esta expectativa, aunque persistente, se convierte en una doble carga, por un lado, mantiene viva la esperanza, pero por otro, perpetúa una sensación de estancamiento y renuncia a alternativas más cercanas, aunque tal vez más accesibles. Veamos algunos ejemplos:

> Está planeado para Argentina, específicamente en Mendoza. La elección se debe, en parte, a los contactos y al apoyo que facilita el ingreso a la región. Sin embargo, si tuviera la oportunidad, mañana mismo me iría a Italia, ese sería el destino que elegiría, por su arquitectura y la tradición en la elaboración de vinos. Me atrae la forma en que producen sus vinos. Aun así, creo que Argentina también tiene un potencial enorme. Hay bodegas que operan de diversas maneras; algunas ya no utilizan tanto equipo y adoptan prácticas más biodinámicas, aprovechando la gravedad y alternativas como el uso de concreto, acero inoxidable y madera en la elaboración. Por lo tanto, creo que Argentina está un poco más desarrollada y ofrece más oportunidades en este momento, mientras junto el dinero. (Juan Picazo, 30 años, Sin formación profesional

> en enología, formación como ingeniero agrónomo, trabaja como enólogo en una bodega, mexicano, entrevista vía zoom, 20 marzo 2022)
>
> Comenzaba a frustrarme no encontrar trabajo, así que decidí postularme para hacer la maestría en Chile. Fui aceptado, pero no pude realizar el viaje en ese momento porque no contaba con el dinero. Imagínate, me frustré el doble. (Marco Caballero, 26 años, maestría en enología, estudiante, mexicano, entrevista vía zoom, el 10 de enero 2022)

Esta situación se replica a nivel local, donde también emerge con claridad un anhelo compartido entre los enólogos y enólogas en formación, la búsqueda de una educación de excelencia dentro de sus propios países. Esta aspiración se dirige, casi de manera inevitable, hacia las instituciones de mayor prestigio, aquellas que, además de ofrecer un riguroso programa académico, proporcionan un acceso privilegiado a recursos de vanguardia, investigaciones avanzadas y redes de contacto profesional que abren puertas a un futuro prometedor. Sin embargo, el camino hacia estas instituciones, tan deseadas como inaccesibles, se ve marcado por múltiples barreras. No solo los estrictos criterios de admisión académica ponen a prueba la capacidad de los aspirantes, sino que también es la capacidad económica lo que, en muchos casos, determina quiénes podrán ingresar y quiénes quedarán excluidos. Los costos asociados con la matrícula, los materiales de estudio e incluso, en ocasiones, la necesidad de reubicarse geográficamente para estudiar, se convierten en obstáculos de peso para aquellos cuyo acceso a estos recursos está limitado por su condición económica. Así, mientras el deseo de formar parte de estas instituciones se mantiene intacto, la realidad de la desigualdad económica se erige como una barrera insalvable para muchos, como en el caso de las siguientes entrevistada:

> Y bueno, económicamente era inviable que pudiera estudiar porque tenía que ir a Mendoza. O sea, alguna de las opciones era Mendoza, San Juan, y Salta, donde creo que en ese momento se ofrecía la tecnicatura. Pero era inviable, ya que teníamos que comprar o alquilar departamentos, y yo era muy joven para quedarme sola en un lugar donde no conocía a nadie. (Adriana Álvarez, 28 años, tecnicatura en enología, trabaja en bodega familiar y ocasionalmente para otras bodegas, argentina, entrevista vía zoom, 14 de marzo de 2021)

> Mira, en este momento estoy buscando la posibilidad de hacer algún curso. Quisiera obtener la Licenciatura en Enología, ya que mi título me lo permite; con solo dos años más, ya sería licenciada. Estoy investigando eso, pero estoy considerando hacerlo a distancia, porque ahora se me complica irme a Mendoza. No conozco a nadie allí, tendría que alquilar un lugar, y con mi hija, la situación se vuelve un poco más complicada. (Gisela Darico, 28 años, tecnicatura en enología, trabaja en bodega y continúa estudiando, argentina, entrevista vía zoom, 13 de junio 2021)

> Estoy en Cafayate, una localidad de Salta, que es una provincia más al sur. Lo habitual habría sido irme a Mendoza, que es lo que más se reconoce a nivel mundial. Sin embargo, por cuestiones de tiempo y dinero no pude inscribirme, y además, Mendoza me quedaba muy lejos. En cambio, Cafayate está a solo 5 horas de donde vivo, así que, por ese lado, me fue bastante bien. (Jazmín Collado, 21 años, tecnicatura en enología, dejó su trabajo en bodega para continuar con sus estudios en enología, argentina, entrevista vía zoom, 16 de septiembre 2021)

En el otro extremo de la balanza, se encuentran aquellos enólogos y enólogas que, en virtud de los recursos de los que disponen, logran navegar con fluidez las fronteras internacionales y locales durante su formación, lo que otorga a sus trayectorias una característica distintiva: la hipermovilidad. Esta noción, más que un simple desplazamiento físico, alude a un patrón continuo y expansivo de traslados, tanto geográficos como profesionales, que marcan la vida de estos individuos. La hipermovilidad, entendida en este contexto, no se limita a la cantidad de kilómetros recorridos, sino que refleja una dinámica estratégica de búsqueda constante de oportunidades excepcionales, el acceso a redes de contacto clave y la adquisición de experiencias transformadoras en diversos escenarios y culturas.

Para estos enólogos y enólogas, la movilidad no solo es una necesidad, sino una estrategia que define sus trayectorias. Los viajes frecuentes no solo enriquecen su currículum, sino que también amplían su perspectiva sobre el mundo del vino, dándoles acceso a una serie de capitales simbólicos y materiales que otros, menos afortunados en recursos, no pueden alcanzar. Esta movilidad, cargada de intencionalidad, se convierte en una herramienta para acumular conocimientos especializados y formar parte de redes de influencia que trascienden

fronteras nacionales. Cada nuevo destino, cada país visitado, cada viñedo explorado, no solo suma un logro profesional, sino que también actúa como un escalón hacia un estatus más elevado dentro del campo de la enología. En este contexto, la hipermovilidad se presenta como una ventana abierta a una multiplicidad de posibilidades, pero también como una estrategia de diferenciación, un modo de alcanzar un capital simbólico que otorga reconocimiento y prestigio.

La hipermovilidad durante la etapa formativa de los enólogos y enólogas no solo debe entenderse como un desplazamiento físico, sino como una estrategia cuidadosamente tejida para la consolidación del capital social. Al estar en constante movimiento, estos profesionales del vino no solo atraviesan fronteras geográficas, sino también las barreras que separan diversos contextos vitivinícolas a nivel global. Este proceso de movilidad extensiva se convierte en una oportunidad para edificar redes de relaciones que, por su alcance y diversidad, permiten la creación de un entramado de conexiones profesionales de un valor incalculable.

En estos desplazamientos, los enólogos y enólogas se insertan en distintos entornos y culturas vitivinícolas, desde los clásicos del Viejo Mundo hasta las emergentes regiones del Nuevo Mundo. Cada nueva experiencia y cada nueva red de contactos se traduce en un acceso ampliado a oportunidades formativas, colaborativas y de desarrollo profesional. En muchos casos, estas conexiones no solo enriquecen la trayectoria individual, sino que potencian su visibilidad en el competitivo campo global del vino, permitiéndoles participar en proyectos que de otro modo habrían quedado fuera de su alcance si se hubieran limitado a un entorno local más restringido.

Así, la movilidad se transforma en un medio a través del cual los enólogos y enólogas no solo perfeccionan su formación técnica y académica, sino que también se posicionan estratégicamente en el mercado global, obteniendo recursos de capital social que les otorgan ventajas competitivas. En un campo donde el acceso a ciertas oportunidades depende frecuentemente de la pertenencia a redes específicas, la hipermovilidad se configura como un factor crucial para aquellos que buscan destacarse y prosperar en un mundo profesional cada vez más interconectado.

En un escenario diametralmente opuesto, aquellos profesionales de la enología que se ven privados de capital social y carecen de los recursos necesarios para facilitar su movilidad, se

enfrentan a trayectorias laborales marcadas por una hipomovilidad persistente. Este fenómeno es particularmente visible entre los enólogos y enólogas provenientes de países con una tradición vinícola menos consolidada o con recursos limitados. En estos casos, el horizonte de movilidad se restringe notablemente, y las trayectorias formativas tienden a ser más estáticas, con desplazamientos esporádicos y una marcada tendencia a la estabilidad local. Esta estabilidad, que en apariencia podría interpretarse como una ventaja, en realidad encierra un dilema, al permanecer más anclados en un contexto geográfico restringido, estos profesionales se ven privados de la posibilidad de acceder a experiencias internacionales y a las redes globales que, sin duda, enriquecerían y diversificarían su desarrollo profesional. Así, la movilidad no solo implica un traslado físico, sino una puerta abierta hacia el intercambio de conocimientos, prácticas y contactos. La falta de acceso a estas dinámicas interconectadas limita el crecimiento de los individuos y refuerza las desigualdades en el acceso a los capitales simbólicos que determinan el prestigio y la visibilidad en la profesión.

Veamos algunos ejemplos de movilidad durante la formación:

> Postulé para irme a Italia, donde realmente hice mi formación en la Universidad de Torino, en Piamonte. Allí me gradué como doctora en viticultura y enología. Estuve cuatro años en Piamonte y, durante ese tiempo, la universidad se destacó por su calidad; actualmente está catalogada como una de las mejores en Europa, especialmente en viticultura y enología. De hecho, tienen una escuela específica para la formación de enólogos, porque, como bien sabrás, los italianos están muy arraigados a tres cosas: los carros, el vino y la moda. En esos cuatro años, la escuela se especializó en formar viticultores y enólogos, ya que antes estaban separadas. Entonces, los italianos decidieron que para ser enólogo hay que ser viticultor y, para ser viticultor, hay que saber de enología, ¿no? Para entender qué es lo que quieres producir. Así que unieron las carreras y se creó una carrera especializada en el Instituto de Enología. Además, te daban vacaciones durante la vendimia para que pudieras adquirir experiencia sin conflictos con la escuela. Las vacaciones eran siempre de agosto, septiembre y octubre. Durante este periodo, tuve la oportunidad de trabajar en dos vinícolas, una en la Toscana y otra en Barolo. Después de eso, me titulé y realicé una última experiencia, pero me fui a Portugal, donde pasé tres meses durante la vendimia. La verdad es que me gustó mucho Portugal. Luego llegué aquí

a Napa porque quería hacer la maestría. Hice la maestría en Francia, en Champaña, sobre la producción de espumosos, porque quería algo diferente y más específico, es decir, vinos especiales. Después de Italia, estuve en Champaña durante dos años, y luego regresé a Portugal. A partir de ahí, fueron puras experiencias. (Rita Austin, 36 años, doctorado en viticultura y enología, enóloga en bodega familiar y consultora, estadounidense, entrevista vía zoom, 18 de enero de 2022)

En ese momento, también me fui un año a Estados Unidos. Como era uno de los pocos enólogos que habíamos estudiado y comenzado a hacer carrera, conseguí un intercambio entre europeos y americanos y fui a la Universidad de Davis en California, donde trabajé en una bodega de San José. Imagínate, ahora tengo 49 años, y me fui con 21, lo que nos lleva al año 94. En ese momento no había Internet ni nada, así que te tenías que buscar un poco la vida. Llegabas al aeropuerto de San Francisco y tenías que espabilarte; para mí fue totalmente novedoso. Aquí en España cosechábamos la uva a mano, mientras que en Estados Unidos utilizaban máquinas, y no era como ahora, que todo está muy globalizado. Para mí, fue muy importante poder ir a Estados Unidos en ese momento. Imagínate que, como estábamos aquí en España "atrasados", mi madre decía: "Pero ¿qué vas a hacer ahí? Te van a matar en Estados Unidos", y mi padre decía que no tenía dinero para pagarme los estudios. Logré conseguir una beca española, lo que me permitió ir a estudiar. Realmente, fue una experiencia muy valiosa, porque cuando regresé, muchas bodegas me querían contratar y recibí varias ofertas. Además, aprendí el idioma bastante bien allí. Aquí sabía algo del colegio y quizás de alguna academia, pero eso no es suficiente; tienes que viajar a otro país para aprender y practicar el idioma. A mí me gustó mucho y lo recuerdo como el mejor año que pasé en California. (Emmanuel Lora, 57 años, licenciatura en enología, trabaja en bodega propia, español, entrevista vía zoom, 3 de agosto, 2021)

Yo nací en Francia y toda mi familia es mitad sueca, mitad francesa. Mi padre es de una ciudad cercana a Borgoña, que está relacionada con la región vitivinícola, una zona importante. Con el tiempo, nos mudamos a París, donde realicé mis estudios primarios, en los años 90. A mediados de esa década, comenzó a despertarse en mí el

> interés por la tierra de origen de mi padre, así como por el mundo del vino y el de los quesos. Creo que estos dos universos tienen un hilo conductor: el tema de la fermentación. Entonces, dejé todo lo que hacía y me fui a Borgoña a estudiar, cerca del hogar de mi padre. Lo que hago es algo bueno que me permite vivir de ello. Mientras estudiaba, empecé a trabajar en bodegas, así que adquiría experiencia al mismo tiempo que continuaba mis estudios. Luego, cuando terminé el curso, me postulé para ingresar en una bodega muy famosa. Así fue como comencé a trabajar allí y tuve la oportunidad de conocer el mundo. (Bernard Revel, 41 años, licenciatura en enología y sommelier, consultor y trabaja en bodega propia, francés, entrevista vía zoom, 3 de julio 2021)

A lo largo de este apartado, los testimonios que se han analizado no solo exponen el deseo de los y las enólogas por trasladarse a los principales centros de formación enológica en sus respectivos países y fuera de ellos, sino que también revelan las complejidades y dificultades inherentes al género. Un caso particularmente revelador es el de las enólogas que, al momento de tomar decisiones clave en sus trayectorias formativas, ya son madres. Esta situación pone en evidencia cómo las responsabilidades familiares, en su mayoría asociadas a las mujeres, no solo condicionan su capacidad de movilidad, sino que también actúan como un factor determinante en su acceso a las oportunidades de formación profesional dentro del campo enológico.

De este modo, las dinámicas de género, lejos de ser elementos secundarios, constituyen un aspecto trascendental que interfiere en las trayectorias formativas de las mujeres en este sector. La carga de trabajo doméstico y de cuidados, a menudo invisible pero estructuralmente pesada, limita de manera directa su capacidad para desplazarse a los centros de formación o para aprovechar otras oportunidades profesionales que se presentan en el camino. Así, lo que inicialmente podría parecer una cuestión de elección personal, se revela como una imposición de los contextos sociales y familiares en los que estas mujeres se insertan, marcando una diferencia sustancial en sus trayectorias formativas.

La capacidad de una mujer enóloga para avanzar en su carrera no se reduce únicamente a sus logros académicos o a la destreza que haya adquirido en su oficio; su movilidad profesional está influenciada por un conjunto de factores interrelacionados, entre los que destaca su red de apoyo. Esta red, que puede ser tanto familiar como profesional, tiene el

poder de abrir o cerrar puertas, ofreciendo recursos vitales o, en ocasiones, imponiendo restricciones que limitan sus opciones. Así, cuando nos adentramos en el análisis de la trayectoria profesional de las enólogas, es importante no solo examinar los aspectos individuales de su formación y capacidades, sino también considerar las dinámicas de género que se tejen en torno a ellas.

Estas dinámicas no operan de manera aislada, sino que se entrelazan con las estructuras familiares y sociales que influyen en su vida profesional. En muchas ocasiones, las mujeres enólogas enfrentan la carga adicional de las expectativas de cuidado familiar, lo que puede afectar su capacidad para desplazarse o comprometerse con nuevas oportunidades de formación. La movilidad, por tanto, no es solo una cuestión de voluntad o esfuerzo individual, sino que está condicionada por el marco social y familiar en el que se inscribe. En este sentido, las barreras que enfrentan las enólogas no son simplemente individuales o aisladas, sino que reflejan estructuras de poder más amplias que perpetúan desigualdades históricas y sociales.

Las responsabilidades vinculadas al cuidado del hogar y de los hijos se presentan como factores clave que condicionan la movilidad de las enólogas, funcionando como una barrera persistente en su trayectoria formativa. En este contexto, el apoyo familiar emerge como un pilar fundamental para que las enólogas puedan sortear estos obstáculos. Este respaldo les permite, en muchos casos, delegar las responsabilidades domésticas y de cuidado, brindándoles el espacio necesario para dedicarse plenamente a su formación académica y profesional. Así, el apoyo familiar no solo facilita la movilidad geográfica, sino que también se convierte en un factor determinante en la posibilidad de acceder a redes profesionales y de generar nuevas conexiones dentro del campo de la enología. Sin este respaldo, la brecha de género en la movilidad profesional de las enólogas no solo se amplificaría, sino que las oportunidades de crecimiento se verían considerablemente reducidas. En definitiva, la capacidad para conciliar estas esferas de la vida personal y profesional es lo que, en muchos casos, marca la diferencia entre una trayectoria exitosa y una limitada.

Una observación relevante en el análisis de las trayectorias móviles de las mujeres en el campo de la enología es la clara distinción entre la movilidad en su fase de formación y en su vida laboral. Durante la etapa formativa, las enólogas muestran una flexibilidad significativa para trasladarse a diferentes regiones o incluso países, buscando enriquecer su

conocimiento y adquirir habilidades. Este periodo se caracteriza por un dinamismo que les ofrece una oportunidad invaluable para explorar nuevas técnicas, métodos y filosofías de vinificación en distintos contextos geográficos y culturales.

Sin embargo, esta movilidad parece reducirse considerablemente al ingresar al mercado laboral. La entrada a la vida profesional, lejos de ser un proceso lineal, se ve marcada por una serie de restricciones vinculadas, principalmente, a las responsabilidades familiares. En este sentido, el equilibrio entre las demandas del trabajo y las obligaciones domésticas impone un límite práctico y emocional a la movilidad laboral de las enólogas. Las expectativas sociales sobre el papel de la mujer en el hogar, sumadas a las estructuras laborales poco flexibles y la falta de redes de apoyo efectivas, dificultan que las enólogas se desplacen para aceptar nuevas oportunidades laborales en lugares distantes. La necesidad de cuidar a los hijos, otros familiares o el hogar, junto a las exigencias de un entorno profesional que no siempre favorece la conciliación.

Así, mientras que en la formación las mujeres encuentran un espacio de exploración y expansión, en el ámbito laboral se enfrentan a un paisaje más rígido, donde la movilidad no solo depende de las oportunidades profesionales, sino también de las estructuras de apoyo y las normativas sociales que siguen limitando, de manera sutil pero significativa, sus trayectorias. Esta tensión entre la aspiración a la profesionalización plena y las demandas de la vida cotidiana subraya una de las contradicciones más complejas y persistentes en la experiencia de las enólogas, quienes, en muchos casos, deben negociar constantemente entre su ambición profesional y las expectativas familiares y sociales que les imponen ciertos límites.

Para concluir este apartado sobre la movilidad, cabe resaltar que, durante el periodo formativo, este fenómeno se configura como un elemento esencial para muchos enólogos y enólogas. La capacidad para desplazarse y acceder a nuevas experiencias académicas y profesionales se presenta, en muchos casos, como la llave para acceder a recursos, capitales y prestigio dentro del campo de la enología.

Sin embargo, la realidad es mucho más compleja y desigual. No todos los enólogos y enólogas tienen el mismo acceso a estas oportunidades. La falta de capital económico es una barrera evidente, pero no la única. Los capitales sociales, entendidos como las redes de apoyo y las conexiones profesionales, juegan un papel fundamental, y no todos los profesionales

cuentan con las mismas redes de respaldo que faciliten sus desplazamientos o su integración en círculos prestigiosos. Además, el género se erige como una limitación adicional, ya que las mujeres, en particular, se enfrentan a barreras estructurales que dificultan su movilidad, tanto en términos de apoyo familiar como en cuanto a la percepción social y profesional de sus trayectorias.

Estas restricciones, en conjunto, limitan las posibilidades de ciertos enólogos y enólogas para movilizarse hacia regiones o instituciones de mayor renombre, donde podrían tener acceso a una mayor acumulación de capital profesional y simbólico. Así, la movilidad, lejos de ser un fenómeno universal, se revela como un proceso desigual, condicionado por un entramado de factores que, lejos de ser ajenos a las dinámicas del campo de la enología, configuran de manera decisiva las trayectorias de quienes aspiran a consolidarse en él.

En este capítulo, me he adentrado en el análisis de las trayectorias formativas de enólogos y enólogas, trazando los caminos sinuosos que transitan, salpicados de desafíos, desencuentros y, a la vez, de potenciales áreas de oportunidad. A través de la riqueza de los testimonios recopilados, hemos sido testigos de cómo los marcadores interseccionales como el género, el origen nacional y los recursos de clase se entrelazan de manera intrínseca para modelar y transformar estas trayectorias. Estas variables, lejos de ser meros matices, son factores decisivos que juegan un papel fundamental en la configuración de los trayectos individuales de los actores enológicos, en una búsqueda constante de prestigio y movilidad social, dentro de un contexto que permanece marcado por desigualdades y una competencia feroz.

Los testimonios revelan con claridad que la enología, como campo profesional, no es solo una disciplina técnica, sino un espacio estructurado por dinámicas de prestigio, control del conocimiento y barreras de acceso que condicionan las trayectorias individuales. Quienes se aventuran en este campo deben enfrentarse a estructuras jerárquicas y sociales que no solo limitan el acceso a determinados roles, sino que también redefinen qué significa alcanzar el éxito en este ámbito. Estas dinámicas de poder y exclusión configuran un panorama donde la movilidad no es simplemente un deseo personal, sino una lucha constante contra normas preestablecidas.

A su vez, el proceso de profesionalización en la enología no se reduce a un simple reconocimiento técnico de habilidades o conocimientos, sino que funciona como un

mecanismo importante para la movilidad social. Aquellos que logran ingresar a la comunidad profesional se ven dotados no solo de un prestigio que otorgan los títulos y las credenciales, sino de la posibilidad de ascender en un sistema que premia la capacidad de participar en la creación y mantenimiento de los estándares profesionales y culturales en la industria del vino.

Este proceso de profesionalización se convierte, en última instancia, en una clave fundamental para acceder a nuevas oportunidades, generar conexiones estratégicas y fortalecer el capital simbólico dentro del ámbito vitivinícola. No obstante, estas oportunidades no están al alcance de todos por igual; las disparidades vinculadas a los recursos de clase, el origen nacional y, por supuesto, el género, siguen siendo barreras que limitan las posibilidades de muchos actores para alcanzar una formación plena dentro del mundo de la enología.

En el ámbito de la enología, uno de los factores más determinantes para la trayectoria profesional de los enólogos y enólogas es, sin lugar a dudas, el origen nacional y la pertenencia a una familia con tradición vitivinícola. Aquellos que carecen de este tipo de respaldo pueden enfrentarse a obstáculos considerables, que no solo tienen que ver con las limitaciones del entorno, sino con las barreras estructurales que dificultan su inserción en este campo tan competitivo, a pesar de contar con una sólida preparación académica y profesional. La falta de capital social y de una red de contactos influyentes les deja en una posición de vulnerabilidad, donde el mérito propio no siempre es suficiente para sortear las dificultades.

Al profundizar en el análisis de las trayectorias formativas de los enólogos y enólogas, es importante tener en cuenta cómo estos factores se entrelazan con otras variables interseccionales, creando un contexto complejo que modela las oportunidades y los desafíos a los que se enfrentan. La intersección del género, el origen nacional y los recursos de clase genera un entramado de desigualdades que, lejos de ser simples, se manifiestan de maneras diversas y a menudo sutiles. A través de esta lente, es posible entender las dinámicas de inclusión y exclusión que operan en el mundo de la viticultura, así como las posiciones desiguales que los profesionales del vino ocupan dentro de la industria.

A pesar de los desafíos que enfrentan, los enólogos y enólogas no dejan que estos obstáculos definan su destino. Con una resiliencia notable, se esfuerzan por superar las barreras que encuentran a lo largo de su camino, utilizando diversas estrategias para mejorar

sus perspectivas y consolidar su futuro en la industria. El siguiente capítulo analizo cómo estos factores estructurales y personales se conjugan para configurar sus trayectorias profesionales, explorando cómo las experiencias formativas y las estrategias de movilidad inciden en el desarrollo de sus carreras en el mundo de la enología.

Capítulo IV Construyendo Carreras en el Vino: Un Estudio de las Trayectorias Laborales de Enólogos y Enólogas

En el capítulo anterior, nos adentramos en las primeras etapas de las trayectorias formativas de los enólogos y enólogas, un proceso decisivo que les abre las puertas al universo de la enología. A través de este recorrido, los enólogos y enólogas no solo adquieren los conocimientos técnicos y científicos necesarios, sino que también comienzan a familiarizarse con las normas implícitas y explícitas del sector, que dictan no solo la práctica, sino la interacción dentro de una red de relaciones sociales y profesionales. Este proceso formativo, esencialmente, les permite adentrarse en el intercambio y acumulación de diversos tipos de capitales que definirán su lugar en el campo laboral del vino.

Sin embargo, como vimos, detrás de esta aparente apertura de oportunidades, subyace un contexto complejo de desigualdades que modela la percepción y valorización de las trayectorias formativas, así como el prestigio que los individuos logran alcanzar a lo largo de sus carreras. Las desigualdades de género, recursos de clase y origen nacional juegan un papel importante en este proceso, influyendo en las oportunidades disponibles y en las barreras que se deben superar. Así, el recorrido hacia la legitimación profesional en el campo de la enología no es solo una cuestión de capacitación técnica, sino también una travesía marcada por los silenciosos mecanismos de distinción social, donde la pertenencia a determinadas familias vitivinícolas, los recursos educativos previos y las conexiones sociales desempeñan un papel fundamental en la jerarquización del campo.

Este escenario, por tanto, no solo pone de manifiesto las dinámicas de aprendizaje, sino también las estructuras de poder que las atraviesan. El acceso a los círculos de influencia, la participación en redes profesionales y el reconocimiento de los logros dependen no solo de la habilidad técnica, sino también de cómo los enólogos y enólogas logran navegar las expectativas y los prejuicios que dictan qué trayectorias son consideradas legítimas y valiosas.

Cuando estos profesionales finalizan su formación y emprenden su camino laboral, ya no se presentan como aprendices inexpertos, sino como agentes que han acumulado ciertos capitales, los cuales les otorgan una primera legitimidad y reconocimiento en la industria. Estos capitales no solo son una colección de habilidades, sino un signo de prestigio que, en el lenguaje de Bourdieu, legitima su posición en el campo y establece relaciones de poder.

Cada logro académico, cada red de apoyo y cada experiencia formativa se convierte en una pieza fundamental que, una vez ensamblada, permite a los enólogos y enólogas posicionarse con autoridad en su profesión. Esta estructura de capitales se traduce en una herramienta que moldea las oportunidades y, en muchos casos, el éxito que alcanzarán en su trayectoria laboral, diferenciando a aquellos que cuentan con redes de apoyo, orígenes familiares o recursos culturales significativos de quienes carecen de ellos, y profundizando así las jerarquías y desigualdades.

En este sentido, el habitus y el capital acumulado actúan como un prisma a través del cual los enólogos y enólogas son percibidos y valorados en el campo profesional. El prestigio y la legitimidad que obtienen no dependen únicamente de sus habilidades enológicas, sino también de su habilidad para movilizar estos capitales de manera estratégica. Este proceso hace que la inserción laboral y el reconocimiento en la enología no sea una simple cuestión de mérito, sino el reflejo de una construcción social donde el habitus y los capitales, especialmente el simbólico, definen la forma en que son acogidos y valorados en su campo, moldeando así tanto sus oportunidades como sus limitaciones.

La acumulación desigual de capitales durante la etapa de formación es el cimiento sobre el cual se erigen trayectorias laborales divergentes en el campo de la enología. Los enólogos y enólogas que han tenido acceso a recursos y experiencias formativas de alta calidad, ya sea por pertenecer a familias influyentes, contar con respaldo económico o acceder a una red de contactos privilegiada, tienden a ingresar al gremio enológico en posiciones iniciales ventajosas. Estas oportunidades no solo aceleran su ascenso en la jerarquía profesional, sino que también les permiten situarse en un lugar de prestigio y visibilidad dentro del sector. En cambio, quienes carecen de estos recursos enfrentan una trayectoria más accidentada, en la que los desafíos y limitaciones se convierten en obstáculos constantes que ralentizan su progreso y restringen su acceso a espacios de mayor influencia.

Esta dinámica no es un fenómeno aislado; es una manifestación de las estructuras de poder que operan en el campo enológico, donde la formación y las experiencias acumuladas actúan como filtros que organizan a los profesionales en distintos estratos. Siguiendo las perspectivas de la sociología de las profesiones, se puede observar cómo este proceso contribuye a la formación de un campo enológico estratificado, donde el capital obtenido en

la etapa de formación se traduce en posiciones diferenciadas de prestigio y poder en lo laboral.

Esta configuración de desigualdad tiene implicaciones que trascienden las fronteras nacionales, influyendo en la proyección de los enólogos y enólogas en el mercado internacional del vino. Aquellos con una acumulación favorable de capitales no solo obtienen ventajas en el mercado local, sino que también poseen una mayor capacidad para insertarse en el ámbito global, accediendo a redes y circuitos que amplían su influencia y reconocimiento. En contraste, aquellos con menos recursos ven sus opciones limitadas tanto en el mercado interno como en el internacional, lo que perpetúa una segmentación que marca el campo de la enología a nivel global, por eso la movilidad sigue siendo un elemento tan importante tanto en las trayectorias formativas como en las laborales.

El análisis de las trayectorias laborales de los enólogos y enólogas, con sus marcadas desigualdades, complejas estratificaciones y las áreas de oportunidad que emergen en medio de estas dinámicas, será el eje central de este último capítulo. A lo largo de este recorrido, nos adentraremos en las estrategias que estos profesionales han ido desarrollando para sortear los desafíos que plantea su entorno, buscando no solo su inserción y consolidación dentro del campo vitivinícola, sino también posicionarse en un sector caracterizado por sus complejas jerarquías y dinámicas de poder. Este análisis no solo me permitirá comprender las trayectorias laborales en su faceta más estructural, sino también las decisiones individuales, las negociaciones de la identidad profesional y las luchas por la visibilidad y el reconocimiento en un campo plagado de desafíos tanto internos como externos.

4.1 La trayectoria laboral del enólogo y la enóloga desde una mirada interseccional

En el mundo de la enología, los enólogos y enólogas no son solo profesionales especializados en la ciencia y el arte del vino; son parte de un grupo que, como cualquier otra profesión, está marcado por una estratificación interna. Esta estratificación no es un simple reflejo de la jerarquía profesional, sino un entramado de factores en los que la movilidad o la falta de ella juega un papel central en la construcción de su prestigio y en la definición de sus trayectorias. En los primeros análisis, se asumió que los diferentes estratos dentro de la enología estaban íntimamente ligados a la movilidad profesional, suponiendo que aquellos que lograban una mayor movilidad ocupaban automáticamente una posición superior en la escala jerárquica de

este campo. Sin embargo, esta percepción es en parte una simplificación, ya que las realidades de la estratificación y el prestigio en la enología resultan ser más complejas.

La figura emblemática de esta percepción simplificada es el "wine flyermaker" o creador de vinos trotamundos, o enólogo volante. Estos individuos hipermóviles parecen encarnar la definición misma de éxito en el mundo del vino, se desplazan constantemente entre regiones y continentes, poseen un notable capital económico y cultural, y gozan de un prestigio que atraviesa fronteras. Su visibilidad y reconocimiento en la escena internacional les otorgan una posición destacada, convirtiéndolos en símbolos de una enología cosmopolita y moderna. Estos wine flyermakers no solo elaboran vinos, sino que también venden una narrativa personal de aventura y exclusividad, al estilo de los maestros que llevan su sello personal a cada bodega que tocan. En ellos se cristaliza una imagen de éxito profesional, donde la movilidad no es solo un medio, sino una manifestación tangible del capital simbólico y social que han acumulado.

Sin embargo, esta imagen del enólogo o enóloga hipermóvil y exitoso no representa la totalidad de las trayectorias profesionales dentro del campo enológico. Detrás de la aparente correlación entre movilidad y prestigio se esconden capas de desigualdad y diversas estrategias de posicionamiento que pueden ser invisibles para quienes solo observan el glamour superficial de los creadores de vinos más reconocidos. Muchos enólogos y enólogas, con trayectorias igualmente comprometidas, desarrollan sus carreras en contextos más locales o dentro de los márgenes de esta movilidad internacional. Sus contribuciones son igualmente valiosas, aunque operan en espacios donde el reconocimiento no siempre se traduce en visibilidad global. Para estos profesionales, la inmovilidad o la movilidad limitada no necesariamente implica una falta de éxito, sino que refleja la pluralidad de caminos que puede seguir un enólogo o enóloga en función de factores como los recursos de clase, el origen nacional, y el género.

Así, el análisis de la estratificación en la enología debe ir más allá de la movilidad para abarcar un espectro de variables interseccionales que definen el capital simbólico y material de cada profesional. La enología, como campo, muestra cómo la movilidad y la inmovilidad pueden ser herramientas y barreras de prestigio que, en última instancia, reflejan las complejas realidades de cada enólogo y enóloga en su búsqueda de reconocimiento y autenticidad.

En este análisis, la estratificación profesional en el campo de la enología se despliega como un entramado complejo, una narrativa tejida de posiciones, competencias y distinciones que no pueden ser comprendidas únicamente a través del lente de la movilidad. Siguiendo a Pierre Bourdieu, podemos observar que el campo enológico comparte con otros campos una característica esencial, su estructura está marcada por la dinámica del capital. Así, en este ámbito profesional, la competencia y la posición no dependen exclusivamente de los méritos individuales o de las habilidades técnicas, sino de una acumulación diferenciada de capitales que se van disponiendo y reconfigurando en la medida en que los actores ocupan y transforman sus posiciones en el campo, como lo vimos en la etapa de formación.

La estratificación entre los enólogos y enólogas responde a un juego intrincado de capitales, el capital cultural, social y simbólico adquieren protagonismo en tanto definen las fronteras del prestigio y la autoridad. El capital cultural, por ejemplo, se manifiesta en el conocimiento especializado y en el dominio de técnicas avanzadas de enología, habilidades que se valoran y respetan dentro de la profesión. A su vez, el capital social tejido en redes de relaciones con otros profesionales, productores de vino, críticos y consumidores permite acceder a círculos de influencia que pueden catapultar a ciertos individuos a posiciones privilegiadas. Por último, el capital simbólico, que se construye en torno al reconocimiento y al prestigio, otorga legitimidad a la trayectoria y a la experiencia acumulada.

La distribución de estos capitales y su acumulación a lo largo de la trayectoria de cada enólogo o enóloga trazan un mapa de jerarquías en el que la movilidad no es siempre una garantía de ascenso. Más bien, la posición ocupada depende de la capacidad para intercambiar y convertir distintos tipos de capital en beneficios que refuercen su estatus profesional. De esta manera, el campo de la enología revela una estratificación que, lejos de ser estática, está en constante redefinición, impulsada por la competencia y las alianzas estratégicas, donde cada actor intenta consolidar su lugar en un tablero que se reorganiza constantemente.

En este contexto, la acumulación diferencial de capitales y las habilidades para operar dentro de estas reglas del juego terminan por moldear las posiciones de estatus y poder en el campo. Este proceso de estratificación, al ser dinámico y contextual, abre una puerta a preguntas sobre cómo los enólogos y enólogas navegan los desafíos del reconocimiento y

cómo las estructuras de poder tradicionales se reflejan en un campo aparentemente moderno y global. En este escenario, los marcadores de origen nacional, recursos de clase y género actúan como coordenadas que pueden abrir o cerrar puertas a quienes buscan abrirse paso en el campo.

El origen nacional, en muchos casos, es el primero de estos elementos determinantes. Provenir de una familia con una tradición vitivinícola consolidada no solo implica un legado cultural, sino también un acceso anticipado a prácticas, conocimientos y contactos que, en otros contextos, resultarían difíciles de adquirir. Aquellos que heredan esta pertenencia a una familia con renombre en el sector se ven beneficiados por una especie de capital simbólico que, desde su formación, facilita el acceso a oportunidades que muchos otros no tienen. Este capital simbólico les permite establecer una relación de familiaridad con el campo de la enología, una relación que se traduce en una ventaja significativa para acceder a espacios de aprendizaje y consolidación profesional.

Los recursos de clase, por otro lado, amplían o restringen el acceso a instituciones educativas prestigiosas y redes internacionales, dos elementos clave para posicionarse en la enología a nivel global. Las formaciones de élite, por su exclusividad y la reputación de excelencia que proyectan, funcionan como un filtro social: quienes pueden costearlas no solo obtienen conocimientos técnicos, sino que también se vinculan con figuras influyentes, expandiendo sus redes y potenciando su capital social y cultural. Así, la educación en este sector se convierte en algo más que un medio de formación; es un símbolo de distinción y pertenencia, un pasaporte que diferencia a quienes aspiran a ocupar un lugar de relevancia en el campo de aquellos cuyas oportunidades son más limitadas.

El género, como tercer marcador fundamental, introduce complejidades adicionales, dado que las percepciones y oportunidades dentro de la enología están fuertemente influenciadas por normas y estereotipos de género. La presencia femenina en la enología, aunque en aumento, aún enfrenta barreras y prejuicios que tienden a limitar el reconocimiento y las oportunidades de las enólogas. Las mujeres en el campo a menudo deben demostrar un nivel de competencia y dedicación excepcional para obtener el mismo reconocimiento que sus pares masculinos, y enfrentan retos en cuanto a movilidad y visibilidad, que pueden ser obviados para sus contrapartes masculinas.

Analizar la configuración de las jerarquías en el campo de la enología nos sumerge en una trama compleja donde el prestigio, la legitimidad y el reconocimiento no son simples adornos, sino poderosos recursos de capital simbólico que elevan a ciertos enólogos y enólogas a posiciones de privilegio. ¿Pero porque es tan importante para los y las enólogas alcanzar ese prestigio, legitimidad y reconocimiento? Porque es gracias a estos factores que alcanzarán un estatus destacado dentro del gremio; con lo que, consolidan su capacidad para imponer su interpretación de la enología como la visión predominante, la que establece los cánones y directrices de esta disciplina.

A través de los ojos de Pierre Bourdieu, esta dinámica se revela como una forma de hegemonía cultural, un dominio que opera sobre las reglas del juego en el campo enológico. Bourdieu conceptualiza esta autoridad en su obra sobre "Alta cultura y alta textura" (2002), en la que expone cómo ciertos campos culturales se constituyen alrededor de una élite que mantiene una posición distintiva. En la enología, esta élite define qué prácticas, conocimientos y estilos son valorados, construyendo un campo cultural delimitado por aquellos que dominan las credenciales de "buen gusto" y "alta cultura".

A medida que se afianza esta hegemonía cultural, la enología deja de ser solo una práctica técnica y se convierte en un espacio de producción simbólica. Aquellos enólogos y enólogas con capital simbólico construyen una narrativa que legitima sus métodos y conocimientos como verdades inapelables, mientras los profesionales que carecen de esta validación deben esforzarse por adaptarse, buscando algún resquicio en el sistema para legitimar sus propias aportaciones. Esta imposición de visión es tan poderosa que llega a definir qué es “legítimo” dentro de la disciplina y qué no lo es, relegando al margen otras posibles aproximaciones y tradiciones que no comparten la misma carga de prestigio y autoridad.

Así, las jerarquías dentro de la enología funcionan como filtros que seleccionan y promueven una serie de valores culturales, posicionando a sus actores más destacados en la cima de un campo que, aunque técnico, se convierte en un espacio simbólico que refleja las desigualdades y las luchas de poder que configuran no solo quién tiene el derecho de hablar, sino de definir qué es la enología.

Dentro del diverso y competitivo campo laboral del vino, lo que está en juego no es simplemente la destreza técnica ni el conocimiento sobre las variedades de uvas, sino el acceso a las posiciones más prestigiosas, aquellas que otorgan a los enólogos y enólogas la

capacidad de establecer una hegemonía cultural. Esta hegemonía funciona como una brújula dentro del universo del vino, orientando las prácticas, los valores y las decisiones dentro de la industria. Quienes ocupan la cúspide de esta pirámide laboral, aquellos que han logrado acumular una legitimidad sólida y una autoridad indiscutible en su profesión, son los encargados de dictar los estándares de excelencia que otros deben seguir. Son ellos quienes, al consolidarse como referentes, proyectan su propio habitus sobre el campo enológico, transformando sus creencias, preferencias y prácticas en las normas que regulan el sector.

Este proceso de construcción de legitimidad y poder no es meramente simbólico. Los estándares establecidos por este grupo selecto de enólogos y enólogas no solo se aceptan, sino que se internalizan como verdades objetivas, creando una falsa ilusión de consenso. Sin embargo, la distribución del poder dentro de este campo no es uniforme. A medida que descendemos por la pirámide, los enólogos y enólogas se dispersan en diversos estratos que varían en reconocimiento y prestigio. En la base se encuentran aquellos que, aunque técnicamente competentes, carecen del mismo capital simbólico y cultural. Este grupo se distingue por un perfil más técnico, que se limita a seguir las normas establecidas por los más altos rangos, sin la capacidad de imponer su propio criterio ni de desafiar las convenciones que dictan los líderes del campo.

La cuestión entonces es cómo se llega a la cima de esta jerarquía. ¿Qué factores determinan el ascenso de un enólogo o enóloga hasta las posiciones más privilegiadas del campo? ¿De qué depende esa estratificación de las trayectorias laborales, y qué elementos están en juego cuando se lucha por acceder al reconocimiento y la autoridad dentro de este sistema? Estas son las preguntas que nos permiten desentrañar no solo las dinámicas de poder que estructuran el mundo del vino, sino también los mecanismos que determinan el acceso a los círculos de influencia que definen el panorama vitivinícola global.

El análisis que se presenta es complejo, ya que revela la diversidad de los testimonios y las experiencias iniciales de los y las enólogas, que, aunque varían considerablemente, ofrecen una visión clara de las múltiples estrategias empleadas por estos profesionales para integrarse en el mercado. Al examinar estos relatos, se puede observar cómo cada enólogo y enóloga ha seguido un camino único, condicionado por factores como el origen social, el acceso a redes profesionales, y las oportunidades formativas. Estas trayectorias no solo reflejan las distintas formas de entrar al campo de la enología, sino que también permiten

comprender las estrategias específicas que cada uno ha desarrollado para posicionarse y destacar.

Este mosaico de experiencias, lejos de ser homogéneo, se muestra como un conjunto de relatos que destacan las tácticas individuales y colectivas mediante las cuales los enólogos y enólogas han logrado superar barreras económicas, sociales y de género. Así, en lugar de seguir una ruta uniforme, cada testimonio ilustra una serie de decisiones estratégicas que van desde la búsqueda de formación académica de prestigio hasta la construcción de alianzas profesionales, pasando por la adaptación a las demandas del mercado global del vino. Veamos algunos ejemplos en los que algunos enólogos nos cuentan cómo fue su incorporación al mercado de trabajo por primera vez y el lugar que tienen ahora:

> En general, no sé si tú conoces el trabajo del enólogo en la bodega. Uno empieza haciendo vendimias, como se llaman, que es todo el proceso de vinificación, trabajando como un obrero más. Bueno, como en todos los trabajos agrícolas, se comienza en el campo. Yo, por ejemplo, empecé haciendo turnos de noche. Fueron varias vendimias nocturnas, imagínate, dos o tres meses enteros trabajando en la noche. Pero bueno, en ese tiempo tenía aguante y disposición al sacrificio. Después de eso, alterné con otros trabajos. Salí de la universidad y, mientras hacía mi tesis, trabajaba seis meses en la bodega; aproveché también para hacer un viaje a Estados Unidos y pasé seis meses en una bodega en California. Luego, en verano, hacía otro tipo de trabajos. Así, fui alternando sin tener un trabajo fijo, hasta que me contrató una empresa comercial dedicada a la venta de insumos y productos para bodegas, donde también prestábamos asesorías. Esa experiencia me dio la posibilidad de conocer a muchas personas, enólogos, dueños de bodegas y trabajadores agrícolas, y al final logré construir una red de contactos bastante amplia. Más tarde, ya trabajando en esta empresa, por el año 2009, empecé con una pequeña asesoría o consultoría, no sé cómo lo llaman ustedes. Fue un proyecto pequeño como consultor, pero ahí ya comencé a desarrollarme como enólogo y a hacer vino. Lo interesante fue que me metí en un nicho de alta gama, produciendo en una bodega especializada. A partir de eso, me surgieron nuevas asesorías, incluyendo algunas en bodegas más grandes. (Saúl Lares, 43 años, licenciado en enología, consultor nacional e internacional con negocio propio, chileno, entrevista realizada vía zoom, 10 de

octubre 2021)

Mis abuelos siempre cultivaron la vid, pero se dedicaban a vender la uva. En un momento, tuvieron una cooperativa grande donde elaboraban su propio vino y después lo vendían a granel. En esa época yo todavía no había nacido, pero crecí con la idea de ver qué era eso porque, desde muy pequeño, prácticamente mamé el viñedo; a los 10 años ya estaba involucrado. Quería entender qué se lograba con tanto esfuerzo y trabajo, el sacrificio de un año completo. Todo eso me llevó a querer vinificar y salir a venderlo yo mismo. Empecé poco a poco con mi propio proyecto en 2011; a los 21 años elaboré mi primer vino. A medida que pasaba el tiempo, trabajaba en distintas bodegas, pero nunca dejé de lado mi proyecto personal. Finalmente, en 2017 o 2018, me enfoqué al 100% en lo mío, y ahora estoy elaborando bastante, tanto para mí como para clientes. (Alessandro Totti, 39 años, licenciatura en enología, proyecto personal, italiano, entrevista vía zoom, 4 de abril de 2021)

Fácil y difícil. Fácil porque cuando decidí regresar (de Argentina donde estudiaba), ya tenía trabajo allá, así que no fue una decisión tomada a la carrera. Me di el tiempo de encontrar una oferta laboral, la misma en la que actualmente me desempeño, y cuando regresé ya estábamos en pláticas avanzadas. Sin embargo, en ese momento no logramos llegar a un acuerdo satisfactorio, y me vi en la necesidad de salir a buscar trabajo nuevamente porque la negociación no se resolvió favorablemente en ese instante. Y cuando sales a buscar, realmente es difícil; hay muy poca oferta laboral. Existen muchas opciones, pero son limitadas porque algunas bodegas simplemente dicen: ‘no puedo darme el lujo de tener un enólogo de planta’. Realmente es complicado. Es una carrera que está en auge, pero termina siendo muy mal pagada; uno acaba trabajando para muchos y es difícil, realmente difícil. Afortunadamente, en ese momento encontré otra bodega, y al año la primera bodega me volvió a llamar y me quedé ahí. Sin embargo, creo que esta es una profesión que requiere muchos años de experiencia en la bodega para poder completar ciclos y alcanzar una mejor oferta laboral. (Sam Moore, 37 años, licenciatura en enología, gerente comercial en bodega, estadounidense, entrevista vía zoom, 23 de junio de 2021)

> Al inicio es complicado y puedes tener mejor o peor suerte. La verdad que la primera experiencia fue muy mala, con un sueldo muy bajo y mal, o sea, realmente mal, no estuve más de tres meses, no por mi culpa sino por el empresario, porque su idea era pagar menos que lo que pedía el convenio y eran muchas horas, bueno, o sea que no, no te compensaba y luego vine aquí a esta bodega, que es en la que luego ya entré a trabajar y estoy aquí desde diciembre del 2018. (Daniel Lagunes, 47 años, licenciatura en enología, consultor con proyecto propio, español, entrevista vía zoom, 24 de abril de 2021)

> Fue fácil porque la universidad empezó como a dividir a todos los estudiantes por regiones, dependiendo del área de interés. Entonces a mí me mandaron a un instituto experimental de investigación y la universidad me apoyó, fue muy padre muy, muy padre. Entonces, allá tuvimos chances de estudiar y entonces, tuvimos mucha suerte los poquitos que nos tocó, porque duró poco el programa. Ahí hice experiencia y fue fácil encontrar una bodega después. (Michell Campanella, 42 años, licenciatura en enología, consultor y trabaja en bodega, italiano, entrevista vía zoom, 23 de agosto de 2021)

Los testimonios revelan una diversidad rica y compleja en las primeras inmersiones al campo laboral, donde distintos factores se entrelazan en un tapiz de experiencias únicas. A simple vista, podría parecer difícil identificar un patrón uniforme; sin embargo, al observar con mayor detenimiento, emergen ciertos elementos recurrentes que aportan una estructura sutil a estas trayectorias iniciales. Uno de estos factores es la formación académica, cuya importancia es casi innegable en el camino hacia la profesionalización en la enología. Esta educación no solo proporciona conocimientos técnicos indispensables, sino que también sirve como una carta de presentación en el competitivo mercado laboral.

Además, las redes de contactos, en particular aquellos de origen familiar, se perfilan como un recurso esencial en el proceso de inserción laboral. La pertenencia a una familia ya establecida en el sector vitivinícola otorga una ventaja significativa, no solo en términos de acceso a oportunidades laborales, sino también en el desarrollo de una identidad profesional vinculada a la tradición y la continuidad generacional.

Finalmente, el origen nacional, especialmente cuando se trata de un país con una tradición vitivinícola consolidada, añade otra capa de prestigio y legitimidad a los perfiles de quienes ingresan al campo. Ser originario de una nación reconocida por su historia y calidad en la producción de vino puede jugar un rol importante, pues asocia a los profesionales con prácticas ancestrales y un conocimiento transmitido de generación en generación. Así, la combinación de formación académica, contactos familiares y pertenencia a una región tradicional en la enología configura, en muchos casos, una ventaja competitiva en las primeras etapas de la trayectoria laboral de los y las enólogas.

Dentro de esta lógica, los enólogos y enólogas de los países con mayor tradición vitivinícola parecen tener una ventaja estructural, poseen no solo los recursos económicos y culturales que les permiten acceder a las mejores instituciones y redes, sino también un reconocimiento casi implícito que otorga el contexto geográfico. Este prestigio, que a menudo se da por sentado, se construye sobre una historia de privilegios y tradiciones de vinificación que se remontan siglos atrás, y que posiciona sus producciones y conocimientos en la cúspide de la jerarquía enológica. La fuerza de esta ventaja no reside únicamente en la calidad de sus vinos, sino en la percepción generalizada de que ellos representan el estándar, el punto de referencia al que otros deben aspirar.

Este posicionamiento privilegiado no solo influye en cómo se interpretan y valoran sus aportaciones en el campo de la enología, sino que también perpetúa una estructura de dominación simbólica que condiciona la entrada y ascenso de enólogos de otras latitudes. En consecuencia, aquellos que provienen de regiones emergentes enfrentan una doble barrera, la del acceso a los recursos materiales y culturales necesarios para hacerse un nombre, y la de un sistema de valores en el que los enólogos y enólogas de las regiones tradicionales mantienen una posición jerárquica que en muchos casos es decisiva en la consolidación de sus trayectorias y en su reconocimiento dentro del campo.

Sin embargo, esta hegemonía cultural no es incuestionable. La entrada de nuevas regiones vitivinícolas, la apertura de espacios de aprendizaje menos convencionales y el crecimiento de redes profesionales de enólogas, por ejemplo, son fuerzas que desafían la concepción de lo que tradicionalmente se ha considerado como “buen gusto”. Para los nuevos actores y las regiones emergentes el camino hacia un estatus equivalente es más desafiante y sinuoso. Su falta de una "tradición" vitivinícola comparable y la percepción de ser nuevos en el juego les

imponen una batalla adicional, no solo deben demostrar calidad y excelencia, sino también navegar las barreras simbólicas y culturales que han sido erigidas para sostener el poder y el prestigio en las regiones tradicionales.

La sociología de las profesiones ofrece una lente fundamental para desentrañar las complejas dinámicas de poder y prestigio que estructuran el campo de la enología. Explican como la autoridad enológica se convierte en un recurso restringido y codificado, al cual solo tienen acceso quienes han transitado por circuitos formativos específicos y han interiorizado las normas, técnicas y retóricas establecidas en estos espacios. Este control de acceso no solo determina las carreras individuales, sino que traza un mapa global de desigualdades en el que los enólogos y enólogas formadas en ciertas regiones y bajo ciertos métodos de enseñanza tienen mayores oportunidades de reconocimiento y movilidad. De esta manera, el dominio de la enología queda en manos de quienes no solo poseen el conocimiento, sino que también manejan los códigos de poder que establecen el horizonte de "excelencia" en este campo.

En consecuencia, estudiar la enología desde la sociología de las profesiones permite comprender cómo se generan y perpetúan estas desigualdades, así como identificar las barreras implícitas que condicionan quiénes pueden llegar a la cúspide de la jerarquía enológica y bajo qué términos. Veamos algunos testimonios que evidencian la preferencia laboral por origen nacional:

> Mira, yo creo que hay una preferencia clara por los enólogos que estudiaron en Europa. Esa preferencia es obvia, ya que, a mi parecer, las mejores escuelas están allá; eso es indiscutible. Y no se trata de toda Europa, sino de tres países que realmente destacan en esta educación de altísimo nivel: Francia, Italia y Alemania. Fuera de esos tres, claro, hay buenas escuelas en otros lugares, como en Portugal o España, pero hoy en día las mejores están en Francia, Italia y Alemania. Siento que sí hay una preferencia por esos profesionales, especialmente por aquellos que no solo se formaron en Europa, sino que también adquirieron experiencia en otros países, particularmente en esa misma región. Pero también depende del propietario y de sus gustos. Sé de propietarios a los que les encanta Argentina y buscan enólogos argentinos. Los enólogos argentinos, al menos los que yo he conocido, suelen venir de vinícolas que operan casi como fábricas, y esa es una buena experiencia para quienes quieren ese estilo de producción. Sin embargo, creo que hoy en día muchos propietarios ya tienen un conocimiento más profundo sobre el vino y

pueden notar estas sutilezas. Algunos dirán: ‘no quiero un enólogo que haya trabajado en una fábrica, quiero alguien que haya trabajado en buenas regiones, en buenas vinícolas, con una sólida experiencia y una excelente formación académica’. (Rita Austin, 36 años, doctorado en viticultura y enología, enóloga en bodega familiar y consultora, estadounidense, entrevista vía zoom 18 de enero de 2022)

Tengo un proyecto bien armado en Borgoña, en Francia. Para un italiano, ir a hacer vino en Francia es, imagínate, lo máximo. Por un lado, está esa rivalidad histórica entre italianos y franceses, y por otro, Francia es como una quimera, es la Meca para el Islam, el Vaticano para un cristiano. Es lo máximo por el terroir, y el tema de Francia me fascina, me engancha muchísimo. (Robert Crisol, 60 años, formación profesional, licenciatura en enología, Consultor y proyecto propi, italiano, entrevista vía zoom, 30 de septiembre 2021)

Los franceses somos como referentes mundiales y a lo largo de la vida, son gente que vivifica, que ha unificado y ha asesorado diversos proyectos en todos lados del mundo, en todas las regiones del mundo (Bernard Revel, 41 años, licenciatura en enología y sommelier, consultor y trabaja en bodega propia, francés, entrevista vía zoom, 3 de julio 2021)

Los testimonios revelan una trama compleja en la que los y las enólogas no solo comparten sus experiencias laborales, sino que también se posicionan y se autodefinen dentro de un campo marcado por jerarquías, estereotipos y percepciones influenciadas por el origen nacional. En el mundo del vino, las distinciones se dibujan con claridad, quienes cuentan con una formación en regiones de renombre, como Francia o Italia, suelen gozar de un prestigio casi inmediato en comparación con aquellos cuya experiencia se forjó en entornos menos célebres. Esta distinción va más allá del simple reconocimiento profesional; es una línea divisoria que afecta la forma en que estos enólogos y enólogas son recibidos y valorados en el campo laboral.

El origen nacional, en este sentido, no solo facilita el acceso al mercado, sino que también influye en el tipo de oportunidades que se les asignan desde el inicio. Los enólogos y enólogas

procedentes de regiones vitivinícolas prestigiosas encuentran puertas abiertas con mayor facilidad, y una vez dentro de las bodegas, la percepción de su valor profesional moldea los roles y responsabilidades que se les otorgan. Estos enólogos y enólogas, respaldados por la reputación de sus regiones de origen, son considerados aptos para asumir tareas de alta complejidad creativa, aquellas que no solo exigen habilidades técnicas, sino también una sensibilidad particular, una conexión con el arte y la tradición que impregna cada botella de vino. En cambio, quienes llegan de regiones menos conocidas suelen verse relegados a roles más operativos y rutinarios, sin la misma libertad para expresar una visión artística.

Así, el origen nacional se convierte en un factor determinante que no solo facilita la entrada al mercado laboral, sino que también define el rango y categoría en los que cada enólogo o enóloga se inserta. Esta jerarquización basada en el prestigio cultural del terroir de procedencia revela un proceso de estratificación que atraviesa el campo de la enología, donde la valoración de la creatividad y la tradición está íntimamente ligada al origen nacional. En cada relato, se revela cómo los estereotipos y percepciones sobre el país de origen condicionan el trayecto profesional, definiendo las oportunidades y el potencial para participar en el lado más artístico y visionario de la producción vinícola.

Dentro de la amplia gama de estratos en el campo de la enología, pueden identificarse dos grandes categorías que estructuran el sector la "clase creativa" y la "clase trabajadora". La primera, la clase creativa, agrupa a aquellos profesionales que se dedican a conceptualizar y dar forma al vino desde una perspectiva artística y visionaria. Este grupo suele incluir a enólogos y enólogas que, además de una formación técnica, poseen un acceso privilegiado a recursos e influencias que les permiten experimentar, innovar y, en muchos casos, definir tendencias en la industria. La creatividad en este contexto no se limita al proceso de vinificación en sí, sino que se extiende a aspectos como la construcción de marcas y la creación de experiencias de consumo, todo lo cual contribuye a dotar al vino de un significado cultural y simbólico.

Por otro lado, la clase trabajadora representa a quienes ejecutan las labores técnicas y manuales que sustentan la producción vinícola, desde el cultivo de las uvas hasta las tareas de bodega y embotellado. Este grupo, aunque menos visible en términos de prestigio, desempeña un rol fundamental en la cadena de valor de la enología, ya que su conocimiento práctico y su conexión directa con el terroir aseguran la calidad y consistencia del producto

final. Sin el esfuerzo diario y la habilidad de esta clase trabajadora, la visión creativa de la élite enológica no podría materializarse en un vino que conserve las características deseadas.

Así, estas dos clases la creativa y la trabajadora, no solo conviven en el ámbito de la enología, sino que se complementan y, en muchos casos, se necesitan mutuamente. En conjunto, configuran una estructura jerárquica en la que el capital cultural, la experiencia técnica y el acceso a redes profesionales se distribuyen de manera desigual, reflejando una división del trabajo que es tan antigua como la misma tradición vinícola.

La llamada "clase creativa", como la definen Mellander y Florida (2019), se distingue por su capacidad para moldear y transformar ideas, trabajar con conceptos complejos y aplicar conocimientos especializados en sus respectivos campos. En el universo de la enología, los enólogos y enólogas que se inscriben en esta categoría son aquellos que han trazado un camino singular en la industria del vino, destacándose tanto por su formación académica en instituciones de renombre, como por su experiencia en algunas de las regiones vinícolas más prestigiosas del mundo, tales como Francia, Italia o Alemania.

Este recorrido profesional, más allá de las técnicas enológicas adquiridas, les confiere un capital cultural y simbólico que les vincula no solo con la tradición y el saber hacer enológico, sino también con el reconocimiento y respeto que otorgan esos espacios de prestigio. En consecuencia, este capital se convierte en una fuente de autonomía, les permite, en gran medida, ser arquitectos de sus propios proyectos y decisiones, guiados por la autoridad y legitimidad que su trayectoria ha construido. Así, el enólogo o enóloga de la clase creativa no es un simple ejecutor de técnicas, sino un intérprete de una cultura y un lenguaje que trasciende fronteras y se inserta en la alta cultura del vino, donde el conocimiento es a la vez un recurso económico y un símbolo de distinción social.

La labor de estos enólogos y enólogas trasciende la simple producción de vino ellos son los verdaderos arquitectos de tendencias, figuras clave que marcan la pauta en la industria vitivinícola global. Con acceso a recursos, conocimientos y redes que les permiten aventurarse en terrenos experimentales, estos profesionales encuentran en cada botella una oportunidad para innovar y expresar su visión única. Cada nueva técnica que implementan y cada producto que lanzan no solo amplía los límites de lo posible en el ámbito enológico, sino que también construye su reputación como pioneros. Al igual que los diseñadores de alta costura descritos por Bourdieu (2002), su obra se percibe como una manifestación de

arte, imbuida de un prestigio y exclusividad que otorgan un valor simbólico que trasciende el producto mismo.

Así, la "firma" de estos enólogos y enólogas en una etiqueta se convierte en un sello de calidad, capaz de asegurar el éxito de un vino en el competitivo mercado internacional. Este reconocimiento les abre puertas para diversificar sus actividades, expandiendo su influencia más allá del viñedo. No es raro verlos involucrarse en iniciativas paralelas, como la creación de experiencias de turismo enológico, la escritura de libros en los que comparten su visión y técnica, o incluso la enseñanza en instituciones de renombre, donde transmiten su conocimiento a futuras generaciones. Este espectro de actividades refleja su habilidad para integrar el arte, la técnica y el negocio, y por lo tanto amplificar sus oportunidades laborales.

Otra de las ventajas para estos enólogos y enólogas es la capacidad de delegar tareas físicas y operativas a otros profesionales en el campo de la enología, lo que les permite a una mayor libertad para concentrarse en las actividades de conceptualización y diseño creativo de sus vinos. Esta delegación no solo les permite ahorrar tiempo, sino también optimizar sus recursos, consolidando una imagen de creadores y líderes estratégicos en la industria. Al priorizar la fase conceptual y estética de su trabajo, estos enólogos y enólogas proyectan una identidad de "artistas del vino", una reputación que les otorga un prestigio y una diferenciación notable en un mercado cada vez más competitivo.

La autonomía que logran gracias a esta delegación estratégica no se limita únicamente a sus procesos creativos, sino que también influye directamente en sus patrones de movilidad. Al no depender de tareas operativas, estos enólogos pueden permitirse participar en proyectos simultáneos a nivel internacional, lo que les abre oportunidades para colaborar con viticultores de otras latitudes, experimentar con diferentes terroirs y técnicas, y expandir su visión y experiencia en el campo. Esta movilidad no solo diversifica sus conocimientos y habilidades, sino que también fortalece su red de contactos, consolidando un capital social invaluable que amplifica su influencia y reputación global en la industria del vino.

En este sentido, la movilidad adquiere un rol estratégico, ya que les permite no solo generar vínculos profesionales, sino también posicionarse como referentes en la enología internacional. Este acceso a redes y proyectos de alto nivel refuerza su autonomía profesional, al mismo tiempo que amplía las posibilidades de innovación y de enriquecimiento en su

práctica enológica, nutriendo de prestigio y distinción su figura en un sector donde la originalidad y el liderazgo son distintivos codiciados.

En contraste, los enólogos y enólogas de la clase trabajadora y de servicios viven una realidad marcada por limitaciones estructurales. Estos profesionales se ocupan de las tareas prácticas y rutinarias. Sin embargo, este rol esencial rara vez se traduce en reconocimiento o movilidad dentro de la industria. Carentes del capital económico, social o simbólico que les permitiría proyectarse hacia esferas más altas, estos enólogos y enólogas encuentran pocas oportunidades para escapar de su posición subordinada.

A pesar de su destreza técnica y conocimiento del proceso productivo, sus posibilidades de influir en las decisiones estratégicas o en las innovaciones del sector son limitadas. Mientras que la clase creativa goza de visibilidad y poder para moldear tendencias, el trabajo de estos profesionales queda relegado, invisibilizado bajo la etiqueta de lo "meramente operativo". Esta brecha de reconocimiento no solo refleja una jerarquización en la valoración del trabajo dentro del campo de la enología, sino que también perpetúa desigualdades más amplias. Con menos oportunidades de avanzar hacia roles con mayor prestigio y autoridad, estos enólogos y enólogas enfrentan una movilidad restringida que, en muchos casos, los ata a sus posiciones de origen, reduciendo el potencial de renovación que podrían aportar al sector vitivinícola.

Las ataduras de la dependencia económica y la necesidad imperiosa de estabilidad laboral marcan cada una de sus decisiones, limitando su capacidad para asumir riesgos o embarcarse en proyectos que no les garanticen un retorno seguro y tangible. Aunque algunos logran contar con su propia bodega o negocio, la falta de capital social y económico les impone una constante participación en todos los aspectos operativos, desde el arduo proceso de producción hasta las complejidades de la comercialización. Esto restringe considerablemente sus oportunidades de explorar iniciativas creativas o expandir sus actividades de manera significativa. A diferencia de sus pares en la denominada clase creativa, quienes gozan de mayores recursos para delegar tareas y enfocar sus esfuerzos en la innovación, ellos se ven atrapados en un ciclo de trabajo implacable. Un ciclo que, pese a demandar un compromiso exhaustivo, resulta escasamente recompensado en términos de prestigio profesional y social, limitando sus oportunidades de ascender en la jerarquía.

La división entre estas dos clases en el campo de la enología va más allá de una simple separación de roles laborales; se configura como una jerarquía social y simbólica con repercusiones en las trayectorias de quienes integran este sector. La denominada "clase creativa", al concentrar un capital cultural y simbólico elevado, se sitúa en una posición de poder desde la que define los valores, estándares y prácticas de la industria. Sus miembros gozan de una movilidad que no solo es geográfica, sino también social, permitiéndoles ascender y acceder a círculos de mayor prestigio y reconocimiento.

Este grupo se convierte en el guardián de una “alta cultura” enológica, cultivando el conocimiento técnico y el refinamiento cultural que otorgan legitimidad y autoridad en el campo. En este contexto, la movilidad geográfica para asistir a catas, conferencias internacionales o colaboraciones en prestigiosas bodegas no es solo un desplazamiento físico, sino una estrategia de visibilidad y consolidación de su posición en la jerarquía profesional.

En contraste, la clase trabajadora y de servicios, cuya labor es fundamental para sostener las operaciones del día a día en viñedos y bodegas, se enfrenta a una movilidad limitada. Tanto en términos de ascenso social como de posibilidades de desarrollo profesional, sus integrantes quedan “atrapados” en un espacio restringido, donde el reconocimiento y el prestigio están mayormente fuera de su alcance. Esta clase no solo experimenta una menor movilidad en sus trayectorias, sino también en sus aspiraciones, al quedar subordinada al control de la clase creativa y relegada a roles operativos que, si bien esenciales, no son valorados de la misma manera dentro de la estructura social de la enología.

En esta dinámica, la división de clases no solo reproduce las desigualdades estructurales de la industria, sino que también perpetúa un ciclo de exclusión simbólica en el que las barreras culturales y sociales refuerzan el distanciamiento entre quienes poseen el capital necesario para alcanzar una visibilidad privilegiada y quienes, sin él, quedan en el anonimato del trabajo cotidiano.

Este análisis encuentra eco en la teoría de Andrew Abbott (1988), quien propone que las profesiones no existen de forma aislada, sino en constante interacción y competencia con otras, definiéndose y estructurándose a partir de disputas por jurisdicciones y áreas de especialización. En el mundo de la enología, estas luchas jurisdiccionales se vuelven visibles en cómo ciertos enólogos y enólogas, especialmente aquellos vinculados a la clase creativa, logran establecer áreas exclusivas de influencia y reconocimiento. Este posicionamiento

jerárquico genera una especie de "nicho jurisdiccional", donde sus competencias y legitimidad se reconocen no solo dentro del gremio enológico, sino también en el mercado del vino, consolidando así la hegemonía de su experiencia y el monopolio simbólico de su práctica.

Por otro lado, los enólogos y enólogas que provienen de la clase trabajadora y del sector de los servicios se hallan atrapados en una posición de subordinación dentro de la jerarquía profesional que estructura el campo de la enología. Esta situación no es casual ni circunstancial, sino que responde a una serie de condiciones estructurales que están ancladas en la distribución desigual del capital cultural y simbólico.

Al carecer de un acceso amplio a los recursos que les permitirían fortalecer su prestigio y su autoridad en el campo, estos profesionales se ven privados de las oportunidades necesarias para disputar las jurisdicciones dominantes o para redefinir las fronteras de la profesión. En otras palabras, están excluidos de las dinámicas que podrían permitirles escalar hacia posiciones de mayor influencia, ya sea en términos de reconocimiento académico, liderazgo de proyectos innovadores o representación en los foros más relevantes del sector.

En el marco teórico de Pierre Bourdieu, el campo de la enología se configura como un espacio de lucha constante, donde los agentes que lo habitan buscan acumular y transformar diversos tipos de capital. Entre ellos, los enólogos y enólogas creativos, aquellos con una formación académica de élite y una destacada trayectoria internacional, se erigen como los árbitros de este campo. Su posición dominante no solo se debe a la cantidad de capital cultural que poseen, aquella acumulación de conocimientos, formación en instituciones prestigiosas y acceso a redes de influencia global, sino también al capital simbólico que han logrado forjar a lo largo de su carrera, una reputación sólida, el reconocimiento como visionarios y, en muchos casos, la consagración de su enfoque hacia la enología como un arte.

Estos enólogos y enólogas, al estar en posesión de tan valiosos recursos, tienen el poder de definir las reglas no escritas del juego, de trazar las fronteras de lo que se considera valioso o legítimo dentro del campo. A través de su influencia, han logrado establecer jerarquías que no solo exaltan su visión estética del vino, sino que también contribuyen a marginalizar a aquellos que, por diversas razones, no se alinean con esta perspectiva.

Por otro lado, los enólogos provenientes de la clase trabajadora y aquellos que se encuentran en el ámbito de los servicios, a menudo relegados al trabajo más técnico y menos

visible en el proceso de producción del vino, poseen una cantidad significativamente menor de estos dos tipos de capital. En lugar de ser reconocidos por su destreza y contribución esencial al producto final, son percibidos desde un lugar de inferioridad, con un capital cultural y simbólico mucho más limitado. Esta desigualdad en la distribución del capital los coloca en una posición de desventaja frente a sus contrapartes más prestigiosas, a pesar de que su rol en la cadena de producción es, en muchos casos, fundamental para el buen funcionamiento de la industria. Sin embargo, su trabajo sigue siendo minimizado o incluso invisibilizado, ya que no se ajusta a las reglas del juego que imponen los actores dominantes, quienes dictan los términos de lo que es considerado valioso dentro del campo de la enología.

Por su parte Claude Dubar explora cómo las identidades profesionales se construyen a través de procesos de socialización y negociación en contextos laborales específicos. En el ámbito de la enología, los enólogos y enólogas creativos desarrollan una identidad profesional que se alinea con la idea de ser artistas o creadores de cultura. Esta identidad se construye y refuerza a través de interacciones con otros actores del campo que reconocen y validan su capital cultural y simbólico. Por otro lado, los enólogos y enólogas de la clase trabajadora y de servicios desarrollan una identidad profesional que está más ligada a la noción de trabajo físico y técnico, y que a menudo se construye en oposición a la identidad creativa. Esta diferenciación no solo refleja una estratificación laboral, sino también una jerarquía simbólica que otorga mayor valor a ciertos tipos de trabajo y conocimiento sobre otros. Lo que impacta directamente en términos prácticos como la remuneración económica. Según Dubar, esta socialización dentro de la profesión no solo refuerza las jerarquías existentes, sino que también limita las posibilidades de cambio y transformación dentro del campo de la enología. Veamos algunos testimonios de enólogos considerados creativos, en contraste con aquellos que siguen buscando subir estratos dentro del sector:

> Tengo un equipo en el que puedo delegar varias tareas. En el área de hospitalidad, por ejemplo, para las personas que nos visitan, hay quienes organizan las degustaciones y los tours dentro de las bodegas. En la oficina, cuento con una secretaria que se encarga de la parte administrativa, y además tengo un enólogo interno que supervisa las tareas diarias, como la logística, los fraccionados y el movimiento general. También tengo dos bodegueros, uno de los cuales es ingeniero agrónomo; él se ocupa del campo y de lo que sucede a diario en las distintas parcelas que están relacionadas

con la bodega. Además, tengo un director operativo, y, por otro lado, algunas figuras externas: dos ingenieros agrónomos en Italia que me asesoran en diferentes temas. Al final, yo siempre tengo la última palabra en cualquier decisión que afecte al campo o a la bodega.

Ahora, como una apuesta personal, estoy recuperando una antigua fábrica que estaba completamente abandonada. Le estoy dando una nueva vida, transformándola en una bodega que también será una biblioteca, un laboratorio, una vinoteca, un espacio donde se pueda vivir una experiencia completa con el vino. Mi siguiente paso será plantar viñedos alrededor de esa bodega, un proyecto que tiene un significado especial, porque quiero que explore elementos de arqueología, de historia antigua, de mística. Es, en cierto sentido, mi propio 'Disney World del vino'. Estoy reuniendo una colección de suelos de diferentes partes del mundo, cada uno vinculado a una copa de vino y una etiqueta. También tengo una sala con 450 barricas, una biblioteca con más de mil libros sobre vino, y un laboratorio bien sofisticado. Estamos bastante reconocidos; tanto que hoy en día estoy intentando cerrar un poco el asesoramiento en Italia para dedicarme a los proyectos que tengo en el extranjero y enfocarme en este 'Disney World' que estoy construyendo, mi casa, mis cosas, mi vino.

Entre los enólogos italianos, admiro mucho a Attilio Pagli. Es un enólogo extraordinario, tiene una intuición y una capacidad para interpretar los vinos que es impresionante. Él mezcla la poesía con el conocimiento, la sensibilidad con la experiencia. Hay otros enólogos muy capaces, pero suelen ser más técnicos, más fríos, como arquitectos. Attilio Pagli, en cambio, es un arquitecto y también un pintor, un artista." (Robert Crisol, 60 años, formación profesional, licenciatura en enología, Consultor y proyecto propi, italiano, entrevista vía zoom, 30 de septiembre 2021)

Desde siempre, he tenido familia trabajando en fincas; mi padre y su hermano también tuvieron una finca. Entonces, el contacto con este mundo es muy cercano. Te hablo de cuando era niño, cuando era chico y estaba rodeado de bodegas y viñedos por el simple hecho de haber nacido en Montpellier. Con el paso de los años, mi carrera tomó otro rumbo, obviamente hacia la música, que ha sido el motor de mi vida. Sin embargo, uno de los enólogos más reconocidos del mundo, Michel Rolland, me dijo hace unos nueve años: 'Mira, Simón, como representante de la música que exporta al

mundo, también deberías tener un vino que nos represente y llevarlo afuera, abrirlo al mundo.' Y es que, aunque nunca me alejé del vino, siempre estaba volviendo. Así que, bueno, ahí comenzamos el proyecto.

Aunque no me formé profesionalmente en enología, él me invitó a la bodega, y la primera vez que fui ya con la intención de hacer un corte entre los distintos varietales, me di cuenta de que fue algo mágico. La calidad de las personas y del equipo a cargo, tanto en el viñedo como en la bodega y en el sector de la enología, es impresionante. Todos están comprometidos y alineados con el mismo objetivo: hacerlo lo mejor posible. (Simon Cassals, 61 años, sin formación profesional, trabaja en bodega familiar, francés, entrevista vía zoom, 28 de octubre 2021)

Y básicamente, depende de presentar currículos en diferentes bodegas, pasar las entrevistas que te hacen y, luego, esperar. En lo personal, me costó muchísimo conseguir trabajo; estuve dos años sin empleo en Cafayate. Llegó un momento en que dije: ‘no puedo seguir sin hacer nada’, así que me fui a Jujuy dispuesta a trabajar en lo que fuera. Fue pura casualidad que, un día, encontré en el periódico una nota sobre un ingeniero agrónomo. Lo contacté por Facebook, sin muchas expectativas, pensando que ni me leería el mensaje. Pero, para mi sorpresa, lo leyó, y justo estaba buscando a alguien que supiera de vinos. Fue cuestión de suerte, muchísima suerte, porque encontrar algo acá es bastante difícil. Además, sigue siendo común que para entrar a trabajar en una bodega se necesiten recomendaciones. La mayoría de quienes estudian una tecnicatura terminan trabajando solo como operarios de bodega. Por eso, como proyecto personal aquí en mi provincia, también estoy organizando unos talleres sobre vino para crear algo adicional y dar a conocer mi trabajo." (Jazmín Collado, 21 años, tecnicatura en enología, dejó su trabajo en bodega para continuar con sus estudios en enología, argentina, entrevista vía zoom, 16 de septiembre 2021)

No tenía idea de nada me metí en un laboratorio, arranqué lavando, cuando uno empieza en lo que sea, arranqué lavando los instrumentales del laboratorio y bueno, ya después, en dos meses, ya estaba haciendo todos los análisis, manejando algo de bodega. Volví a la vendimia siguiente, a la otra vendimia, como no conseguía estar al lado de un enólogo, no me interesaba volver a ir a trabajar en el laboratorio porque

> los análisis iban a ser los mismos. Y bueno, a partir del 2017, la vendimia de 2014-2015, la 17, ahí conseguí trabajar en una bodega, que logré conseguir en Catamarca fue una experiencia muy buena de aprendizaje, pero no buena en lo personal porque los dueños no me querían pagar y no estaba trabajando en forma, fue una experiencia bastante, bastante complicada de hecho. Fue muy estresante, pero aprendí muchísimo y la vendimia siguiente, empecé con otra bodega de la zona, que bueno, una bodega típica que estaba también bastante para atrás, o sea, no estaba abandonada, pero la bodega sí estaba toda infectada, era muy difícil hacer buenos vinos. Empecé para trabajar en el laboratorio, lo puse en marcha de vuelta y todo porque el laboratorio estaba abandonado. Después empecé a trabajar con una chica que está en la zona, que ella es de Buenos Aires, que estaba empezando porque es casi artesanal y demás. Tampoco me fue bien porque bueno, tampoco me querían pagar bien y bueno, fue re complicado porque fue mucho el entusiasmo que le puse recién recibida y ahí dije, bueno, ya está, yo no puedo hacer más nada y en el 2018 hice una micro vinificación, un ensayo en casa que lo iba a hacer en la bodega de esta chica, al último momento me dice, 'no, no quiero meter fruta que no sea mía', bueno, mis papás me vieron tan triste y desilusionada que me dijeron 'bueno, compramos un tanque plástico y vos podés hacer tu micro vinificación a la casa'. Seguimos elaborando los vinos artesanales ahí en casa y sin querer nació la línea reserva de los vinos artesanales y bueno, llegó agosto del 2018 y yo tenía el vino en un tanque, ya había terminado de estabilizarse, pero bueno no teníamos a quien venderlo, estamos pensado incluso en regalarlo con las familias a fin de año, regalarlo con los amigos. (Adriana Álvarez, 28 años, tecnicatura en enología, trabaja en bodega familiar y ocasionalmente para otras bodegas, argentina, entrevista vía zoom 14 de marzo de 2021)

En los testimonios se revela una diversidad de experiencias que iluminan los distintos caminos hacia la consolidación profesional en la enología. En uno de los casos, por ejemplo, observamos cómo las conexiones personales resultaron ser un recurso más determinante para asegurar una carrera que la misma formación académica formal. Este aspecto pone de manifiesto la importancia de los lazos y redes sociales, a menudo invisibles, que pueden abrir puertas en un campo donde las credenciales profesionales no siempre son el único criterio para acceder a oportunidades significativas.

Por otro lado, en el testimonio de otro entrevistado, encontramos una iniciativa única, la decisión de crear su propia línea de vinos artesanales en casa. Este paso refleja un esfuerzo por movilizar tanto el capital cultural como el social de formas que desafían las estructuras jerárquicas tradicionales de la enología. Lejos de depender únicamente de las instituciones o de un acceso estructurado a bodegas establecidas, esta enóloga emplea su experiencia y conocimientos para desarrollar un producto propio. Tal decisión no solo evidencia una sólida agencia profesional, sino que también, en términos de Claude Dubar, muestra una estrategia deliberada de redefinición de identidad profesional.

A través de esta mirada, vemos cómo los enólogos y enólogas, a pesar de las restricciones que puedan enfrentar, buscan espacios alternativos para construir y afirmar su trayectoria, adaptándose y reinterpretando las normas del campo en un proceso continuo de autodefinición y reinvención.

La selección de los dos primeros testimonios, correspondientes a hombres provenientes de países tradicionales en la industria vitivinícola, no es casual. Estos ejemplos ilustran claramente cómo una trayectoria profesional puede desarrollarse de manera favorable cuando los distintos marcadores sociales operan en armonía para beneficiar al individuo, ubicándolos en una posición de ventaja y privilegio. En ambos casos, los entrevistados provienen de naciones con una sólida tradición en la producción de vino, pero, aún más relevante, sus recursos de origen nacional y de clase les permiten prescindir de ciertos requisitos que serían indispensables para otros enólogos y enólogas, como una formación académica formal. Esta omisión, que no afecta el desarrollo de sus carreras, evidencia cómo ciertos privilegios les otorgan mayor flexibilidad en sus trayectorias, permitiéndoles transitar por el campo de la enología con un margen de ventaja.

Por otro lado, la inclusión de los testimonios de mujeres no es tampoco accidental, ni lo es su procedencia. Ambas entrevistadas son argentinas, de un país con una rica y reconocida tradición vitivinícola; sin embargo, su origen regional cobra particular relevancia en sus historias. A diferencia de los hombres, ellas no provienen de Mendoza, la región argentina más prestigiosa en producción de vino a nivel internacional, sino de Jujuy y Catamarca, ubicadas en el norte y noreste del país. Estas regiones, menos favorecidas en términos de infraestructura y visibilidad en el sector vitivinícola, impactan en las posibilidades laborales y en las redes de apoyo que ambas mujeres pueden construir.

Además, las entrevistadas carecen de recursos de clase significativos, en particular capital social y económico, lo cual se convierte en un factor determinante en sus trayectorias. En su caso, los marcadores sociales interactúan de forma inversa, ubicándolas en un cruce interseccional que las coloca en una posición menos aventajada. Así, mientras los hombres en los primeros testimonios parecen avanzar casi naturalmente en sus trayectorias, estas mujeres enfrentan mayores desafíos estructurales y requieren de estrategias adicionales para compensar las limitaciones impuestas por su origen regional y su menor acceso a recursos.

Este contraste revela las desigualdades en el campo de la enología, evidenciando cómo los factores interseccionales de género, clase y ubicación geográfica se entrelazan para moldear el acceso y las oportunidades en el sector vitivinícola.

Como mencionaba anteriormente, las clases creativa y trabajadora no son las únicas categorías que podemos observar en la industria de la enología; dentro de cada una de ellas, existen estratos y subcategorías que se revelan de manera particular en el contexto de las bodegas. Es posible que esta estratificación esté presente también en otras áreas de la enología, pero es en las bodegas donde se manifiesta con mayor claridad, ya que en ellas los enólogos y enólogas desarrollan roles que tienden a ser más tradicionales.

Esta jerarquización interna se ve influenciada por factores como el origen nacional y la formación profesional de cada individuo, elementos que actúan como marcadores sociales dentro de la dinámica laboral de la bodega. Cabe destacar que esta estructura jerárquica se vuelve especialmente evidente en bodegas de gran tamaño y en aquellas de carácter transnacional, donde no basta con la presencia de un único enólogo o asesor principal. En estas empresas, los equipos están conformados por varios profesionales enológicos, cada uno asignado a roles y niveles de responsabilidad específicos y diferenciados, en función de su experiencia, formación y, en algunos casos, procedencia.

La estratificación en estas bodegas no solo refleja una división del trabajo, sino también un sistema de prestigio que posiciona a ciertos enólogos y enólogas en un lugar más alto en la jerarquía, mientras que otros ocupan posiciones más operativas o técnicas. Así, las bodegas de mayor tamaño y alcance global operan bajo una lógica que reconoce la especialización y el estatus dentro del equipo, asignando a cada miembro una función específica en la cadena de producción y toma de decisiones. Esta organización del trabajo enológico muestra, en definitiva, cómo el capital profesional y el capital simbólico en términos de reconocimiento

y valoración se distribuyen de manera desigual dentro de la industria, configurando un microcosmos de estratificación que refleja, a su vez, las dinámicas más amplias de la sociedad. Veamos algunos ejemplos:

> La verdad, me recibí y a la semana ya estaba viajando. Soy de Mendoza, mendocino, y viajé a Cafayate, que no sé si ubicás, está en Salta, una provincia en el norte de Argentina. Apenas me recibí, a la semana ya me estaban contratando. Mandé el currículo y me dijeron: 'Bueno, veníte a Cafayate, que necesitamos gente joven, sin experiencia'; justamente buscaban a alguien para formar. Así que tuve mucha suerte y conseguí trabajo inmediatamente. Acá en Argentina hubo un boom de la enología y de los técnicos entre los años 90 y 2010. Yo me recibí en el 98, a fines del 97, y en ese momento todo estaba cambiando en cuanto a las metodologías para elaborar vinos. Las bodegas empezaron a enfocarse en contratar licenciados en enología, como yo, y no solo técnicos. En Mendoza hay muchas escuelas secundarias de donde salís como técnico enólogo, y varios terciarios en los que estudiás tres años y también salís como técnico. Pero la licenciatura son seis años, y las bodegas comenzaron a buscar cada vez más licenciados. En una bodega mediana, hoy tenés dos enólogos y un técnico; o sea, tres profesionales. Antes, esos tres eran todos técnicos, pero en la década del 90 y el 2000, el primer enólogo era licenciado, el segundo también, y recién el tercero era el técnico, que trabajaba en el laboratorio y hacía todos esos controles. (Emilio Durán, 42 años, licenciado en enología, consultor, gerente en área vitícola y profesor, argentino, entrevista vía zoom, 7 de julio de 2021)

> Bueno, de repente, sigue siendo comandado (la bodega) por el extranjero , por ejemplo, Michelle Roland. Ellos son como los más prestigiosos, y después hay una gran variedad en cuanto a los salarios entre los mismos enólogos. Por ejemplo, en bodegas muy grandes, hay cinco enólogos: el primero cobra bastante bien, el segundo también bien, el tercero ya empieza a cobrar un poco menos, y los otros, bueno, cobran lo que pueden o lo que queda. En mi caso particular, la bodega me paga bien, pero por día trabajado, así que te puedo decir que subo una o dos veces al mes, y eso no me es suficiente para vivir. Por eso, surge la idea de hacer un proyecto personal para generar una entrada extra. Pero sí, hay mucha disparidad, porque una bodega pequeña no se puede dar el lujo de contratar un enólogo por $100,000, y entonces

busca uno que le pueda pagar 30,000 o, a lo sumo, 50,000 (pesos argentinos). Mientras tanto, otros enólogos de bodegas muy grandes e internacionales ganan un millón. Ahí es donde está la disparidad, porque no tenemos una legislación o un organismo que regule cuánto debe cobrar un enólogo, independientemente de la bodega en la que trabaje." (Jazmín Collado, 21 años, tecnicatura en enología, dejó su trabajo en bodega para continuar con sus estudios en enología, argentina, entrevista vía zoom, 16 de septiembre 2021)

Trabajar como enólogo en Chile sí es rentable, pero requiere muchísimo tiempo y esfuerzo para hacerse de un nombre. Son pocos los enólogos que ocupan el puesto de jefe en cada viña. En Chile, hoy en día, deben haber alrededor de 700 viñas, quizá un poco más, debido a la proliferación de viñas boutique y pequeñas. Cada una de esas viñas debería contar, al menos, con un enólogo jefe. Además, están los enólogos asistentes, los enólogos de área, los viticultores o enólogos de producción, y el jefe de bodega, que no siempre es enólogo, sino que muchas veces es un técnico agrícola especializado en viticultura. En términos generales, podríamos decir que una viña estándar debería tener al menos tres enólogos. Las viñas más grandes, en cambio, pueden llegar a contar con 20 o 30 enólogos en diferentes niveles. Acceder al puesto de enólogo jefe o director en estas viñas requiere de 20 o 25 años de mucha persistencia y dedicación. Los sueldos, en general, han ido disminuyendo con el tiempo. Son cada vez más bajos debido a la creciente competencia y a la escasez de cargos disponibles. Como te decía, la mayoría de los enólogos aspira a alcanzar ese título mayor, el de enólogo jefe. Ese puesto sí tiene una buena remuneración, un nombre importante y, aún hoy, sigue siendo un cargo de prestigio. Sin embargo, el resto de los puestos, como asistente enólogo, por ejemplo, pueden implicar trabajar durante 10 o 15 años con un sueldo estándar, que puede rondar los 2.000 dólares. (André Puente, 55 años, maestría en enología, gerente vinícola y de sustentabilidad, miembro de un organismo, chileno, entrevista vía zoom, 13 de noviembre 2021)

La estratificación dentro del campo de la enología no solo se manifiesta en las diferencias de prestigio que los enólogos y enólogas pueden alcanzar, sino que también tiene un impacto tangible y directo en aspectos más concretos de su vida profesional, como lo son sus salarios.

Esta estratificación, como una sombra persistente, se proyecta de manera inequívoca sobre la estructura salarial del sector, un fenómeno que es revelador sobre las disparidades económicas que atraviesan las distintas bodegas.

Las grandes bodegas, aquellas con mayor músculo financiero y acceso a recursos económicos, se erigen como los actores privilegiados dentro de este sistema, ofreciendo salarios elevados y condiciones laborales que, en muchos casos, resultan significativamente más atractivas que las que se ofrecen en otras partes del sector. Estas bodegas, generalmente de carácter internacional, no solo cuentan con la capacidad de invertir en sus empleados, sino que también disponen de estructuras jerárquicas complejas y sofisticadas que permiten una mejor distribución de los recursos. En este entorno, los enólogos y enólogas se benefician de oportunidades que trascienden lo económico, ya que las grandes bodegas también pueden ofrecer un prestigio adicional, una forma de capital simbólico que se asocia directamente con el renombre de la bodega.

Por otro lado, las bodegas más pequeñas, aquellas de carácter local o regional, se encuentran ante una realidad bien distinta. Con presupuestos limitados, estas bodegas deben adaptarse a condiciones más austeras, lo que se traduce en salarios considerablemente más bajos para sus empleados, que a menudo se ven forzados a aceptar estas condiciones debido a la falta de alternativas. La estructura organizacional de estas bodegas, más sencilla y menos compleja que la de sus competidoras más grandes, influye decisivamente en la distribución de las oportunidades laborales y en las remuneraciones ofrecidas. Aquí, la capacidad económica no solo limita el salario, sino que también restringe las perspectivas de desarrollo profesional y el acceso a beneficios adicionales.

Este marcado contraste en las condiciones laborales y salariales crea una dinámica de desigualdad dentro del sector vitivinícola, donde las grandes bodegas se posicionan como los centros de poder y privilegio. Este fenómeno, además de reflejar las disparidades económicas, actúa como un catalizador que empuja a muchos enólogos y enólogas a buscar oportunidades más allá de las bodegas tradicionales. La necesidad de diversificar sus trayectorias profesionales, de ampliar sus horizontes laborales y de escapar de las limitaciones impuestas por las condiciones salariales y de trabajo, los lleva a explorar nuevas avenidas dentro de la industria. En este contexto, la movilidad laboral se convierte en una herramienta esencial para aquellos que buscan mejorar su situación económica, acceder a

mejores oportunidades y, en última instancia, mejorar su capital simbólico en un mercado altamente estratificado.

A pesar de la creciente diversidad de ofertas laborales que se han ido abriendo en el sector vitivinícola, persiste una clara tendencia entre los enólogos y enólogas de optar por trabajar en bodegas, ya sea al inicio de su trayectoria profesional o en algún momento posterior de su carrera. Esta preferencia no es fortuita, sino que responde a una serie de factores arraigados en la estructura misma del campo de la enología. Las bodegas continúan siendo, sin lugar a dudas, los núcleos más prestigiosos y visibles dentro del sector, constituyendo el verdadero epicentro de la enología profesional.

El atractivo que ejerce el trabajo en bodegas va más allá de la simple cuestión de empleo; se vincula estrechamente con el capital simbólico asociado a ellas. A lo largo de los años, estas instituciones han logrado posicionarse como los espacios que no solo permiten el acceso a un mayor reconocimiento profesional, sino que también otorgan una validación pública y social de las habilidades y conocimientos adquiridos. En este sentido, las bodegas se erigen como los lugares donde los enólogos y enólogas consolidan su prestigio y se legitiman dentro de la jerarquía profesional.

El hecho de que trabajar en una bodega siga siendo una de las opciones más deseadas dentro de la enología también revela la persistencia de una estructura de poder y prestigio, donde los espacios más visibilizados son, a su vez, los más valorados. Así, la bodega no es solo un lugar de trabajo, sino un símbolo de estatus y de pertenencia a una élite dentro del campo vitivinícola. Esta dinámica, aunque cambiante, sigue marcando la orientación de las trayectorias profesionales en el sector, creando un campo laboral donde las opciones más prestigiosas parecen seguir concentradas en esos enclaves tradicionales.

Es importante matizar que la relación entre las bodegas y los enólogos, aunque a menudo vista como una colaboración profesional, tiene una dimensión en la que ambos actores se benefician y dependen mutuamente de manera intrínseca. En este escenario, los enólogos y las enólogas no solo aportan sus conocimientos técnicos y su habilidad para crear vinos de calidad excepcional, sino que también imprimen su sello distintivo en los productos que elaboran, lo que se convierte en una parte esencial del reconocimiento de la bodega. A su vez, las bodegas proporcionan a estos profesionales los recursos tangibles e intangibles necesarios para desarrollar sus habilidades, desde la infraestructura y los equipos

especializados hasta la valiosa reputación que las precede. Esta infraestructura no solo facilita el proceso de producción, sino que ofrece una plataforma para que los enólogos y enólogas avancen en sus carreras y ganen visibilidad en el competitivo mercado del vino.

Varios entrevistados en el campo de la viticultura coinciden en que esta relación simbiótica es la columna vertebral que sustenta el desarrollo tanto de las bodegas como de los enólogos y enólogas. Sin la bodega, el enólogo o la enóloga carecería del acceso a los recursos y la visibilidad necesaria para posicionarse en el sector. Del mismo modo, sin el talento, la visión y la destreza técnica del enólogo y la enóloga, la bodega perdería la capacidad de crear productos que puedan destacarse en un mercado saturado, donde la calidad es el principal diferenciador. Así, se configura un lazo estrecho, casi inseparable, donde el éxito de uno es indiscutiblemente el éxito del otro. Esta dinámica no solo impulsa el crecimiento de la industria vitivinícola, sino que también redefine el significado de la colaboración dentro de un espacio profesional altamente especializado, en el que el conocimiento y la infraestructura se entrelazan de manera que benefician a ambas partes. Veamos como lo expresan algunos de los entrevistados:

> Si hablamos de bodegas con una gran trayectoria, que ya cuentan con vinos de alta calidad y que logran vincularse eficazmente con el marketing del enólogo, es cierto que la bodega le da prestigio al enólogo. Un claro ejemplo de esto es Alejandro Vigil, un enólogo de gran renombre en Argentina. Él ha trabajado extensamente con Catena Zapata, una bodega con una historia impresionante, que lleva muchos años de trayectoria. Además, trabaja codo a codo con Laura, quien también es enóloga y la propietaria de la bodega. Esta colaboración ha sido fundamental para que Alejandro pueda ascender con su propio proyecto, ya que, al ser Alejandro Vigil, enólogo de Catena Zapata, su nombre pesa mucho en el sector.
>
> Por otro lado, tenemos a enólogos como Marcelo Peretti, quien, aunque respaldado por capitales extranjeros, logró crear su propia identidad. Él es, sin duda, la imagen de la bodega y el motor detrás de la elaboración de sus vinos. Fue él quien elevó a Monte Viejo, colocándola en el mapa de las bodegas más prestigiosas. De hecho, es la bodega que todos quieren visitar, y esto se debe principalmente al trabajo de Peretti. Un ejemplo claro de su influencia es el caso de Michelle Rowland, quien, al visitar Monte Viejo, decidió hacer su parada más larga allí, lo que demuestra cómo él, con

su dedicación y visión, logró no solo forjar su propia reputación, sino también posicionar a la bodega en el mercado." (Adriana Álvarez, 28 años, tecnicatura en enología, trabaja en bodega familiar y ocasionalmente para otras bodegas, argentina, entrevista vía zoom 14 de marzo de 2021)

Pues mira, hay un poco de todo. Considero que, en general, existen vinícolas que ya están muy bien posicionadas, y son justamente esas las que cualquier enólogo desearía tener en su currículum, aunque fuera desempeñando tareas humildes, como un auxiliar que limpie los baños. Todos quisiéramos poder decir que hemos trabajado en una vinícola tan prestigiosa como la que produce el Vega Sicilia, por ejemplo. Aunque, como menciono, sea solo para hacer labores de mantenimiento, lo cierto es que quienes crearon y contribuyeron a la creación de Vega Sicilia fueron los enólogos que pasaron por allí. Si no hubieran estado, esos vinos simplemente no habrían existido. Fueron enólogos muy talentosos los que hicieron posible que esos vinos se elaboraran. (Josué Canales, 52 años, sin formación profesional en enología, doctor en ciencias de la tierra, enólogo consultor y profesor universitario, portugués, entrevista vía zoom, 14 de septiembre 2021)

Es una relación de ganar-ganar, un equilibrio de 50/50, y esto sucede con bastante frecuencia. Creo que realmente funciona de esa manera. Hay bodegas que ya cuentan con un prestigio establecido, y al asociarnos con ellas, nos brindan un poco de ese prestigio. Pero también está el caso de las bodegas nuevas, donde nosotros, como enólogos, ponemos todo nuestro empeño desde el principio para que la bodega crezca, se dé a conocer y gane reconocimiento. A medida que la bodega empieza a destacar y a ganar premios, ese prestigio también nos beneficia a nosotros. Es un proceso en el que, al mismo tiempo que estamos contribuyendo al renombre de la bodega, también vamos ganando reconocimiento personal. La bodega se va consolidando a través de sus productos y del trabajo que realizamos, y ese reconocimiento se refleja en todos los involucrados. (Juan Picazo, 30 años, Sin formación profesional en enología, formación como ingeniero agrónomo, trabaja como enólogo en una bodega, mexicano, entrevista vía zoom, 20 marzo 2022)

La relación entre el prestigio y las bodegas de renombre en el mundo de la enología es,

sin lugar a dudas, un fenómeno complejo y marcado por estructuras de poder y redes sociales. Se observa que, aunque la reputación de estas bodegas actúa como un faro de reconocimiento dentro del sector, el acceso a ellas no es simplemente una cuestión de habilidad técnica o conocimiento académico, sino que está intrínsecamente ligado al capital social que cada enólogo o enóloga posee. Es decir, el prestigio de una bodega, más allá de su excelencia en la producción vinícola, refleja una exclusividad que solo aquellos con las conexiones adecuadas logran alcanzar.

Este fenómeno no es fortuito. En muchas ocasiones, ingresar a una de estas bodegas de prestigio se convierte en un desafío cuyo primer requisito es una red de contactos amplia, que facilite las puertas a esos espacios cerrados. Las conexiones no solo abren el camino hacia oportunidades de empleo, sino que actúan como un filtro que determina quiénes son considerados aptos para formar parte de esas élites vinícolas.

El capital social, por tanto, se convierte en un activo invaluable, uno que muchas veces se teje desde las primeras etapas de formación académica. En el caso de los enólogos y enólogas, aquellos que logran acceder a escuelas de enología de renombre se ven favorecidos no solo por la calidad educativa recibida, sino también por la posibilidad de integrarse a redes profesionales que están estrechamente vinculadas con las bodegas más prestigiosas. En estas instituciones académicas, los convenios establecidos con importantes bodegas permiten a los estudiantes participar en programas de pasantías, creando así una vía directa que, en muchos casos, culmina en contrataciones permanentes.

Una de las principales puertas de acceso a una bodega de prestigio se abre a través del apadrinamiento por parte de un enólogo o enóloga de renombre. Este tipo de mentoría, que se extiende más allá de la simple transmisión de conocimientos técnicos, se convierte en un vínculo estratégico que ofrece no solo la oportunidad de adquirir una vasta experiencia profesional, sino también el acceso a redes sociales y profesionales de alto nivel. A través de estos lazos, el aprendiz no solo se ve inmerso en un entorno de aprendizaje intensivo, sino que también se beneficia de un capital social, que lo conecta con las esferas más influyentes del sector. Este acceso, de otro modo inaccesible, abre puertas a una serie de oportunidades laborales que, sin este apoyo, podrían permanecer fuera de su alcance. La mentoría, entonces, no solo actúa como un puente hacia el saber, sino también como un catalizador para la integración en círculos profesionales cerrados, que a menudo definen las trayectorias más

exitosas dentro de la industria vitivinícola.

Para los enólogos y enólogas que buscan diversificar su trayectoria profesional más allá de los puestos disponibles en las bodegas, el panorama se presenta desafiante y está influenciado por el contexto geográfico y económico del país de origen. Este desafío se ve particularmente acentuado por la disparidad en las oportunidades laborales que existen entre los países con tradiciones vitivinícolas consolidadas y aquellos donde la industria del vino aún está en sus primeras fases de desarrollo. En las regiones con una larga y sólida historia vitivinícola, la competencia por los puestos dentro de las bodegas es indudablemente intensa, pero, a su vez, se ofrece una gama más amplia de opciones profesionales.

En estos territorios, la industria del vino se ha consolidado no solo en términos de producción, sino también en una infraestructura de investigación, marketing, y consultoría, lo que crea un ambiente laboral más diverso. Los enólogos y enólogas en estas áreas tienen acceso a una variedad de empleos fuera del ámbito de la bodega, desde labores de asesoría técnica para viñedos, pasando por puestos en el desarrollo de nuevas tecnologías aplicadas a la viticultura, hasta cargos en instituciones académicas y organismos de certificación de calidad. Esto contrasta con los países emergentes en la producción vinícola, donde la industria aún lucha por establecer una infraestructura similar, limitando las alternativas laborales fuera del entorno de la bodega.

En estas latitudes en desarrollo, la escasez de empleos fuera de las bodegas se debe, en parte, a la juventud de la industria y a la falta de una estructura consolidada que permita la expansión de fuentes laborales paralelas. Aunque existen algunas oportunidades, estas suelen ser menos accesibles y, en muchos casos, las trayectorias profesionales en este contexto se ven restringidas a un número reducido de opciones dentro del sector. La falta de inversión en innovación y en la creación de redes laborales amplias también limita las perspectivas para los enólogos y enólogas que buscan expandir su horizonte profesional.

Aunque existen excepciones notables en algunos países emergentes, donde la industria vitivinícola crece a un ritmo acelerado, la realidad general sigue siendo que, en muchas de estas regiones, la viticultura está apenas en sus etapas iniciales. En tales contextos, tanto enólogos como enólogas locales se ven con la oportunidad de desempeñar roles más significativos en el desarrollo de la industria local. Este fenómeno no solo refleja la expansión del sector, sino también el reconocimiento del valor de los conocimientos y las prácticas

tradicionales que emergen en estos nuevos territorios vitivinícolas.

Sin embargo, no podemos pasar por alto una dinámica compleja que se da en paralelo, la marcada preferencia por enólogos y enólogas provenientes de países con una larga y consolidada tradición vitivinícola. En estos mercados emergentes, las habilidades y experiencias de los profesionales provenientes de regiones vitivinícolas establecidas son frecuentemente altamente valoradas. Esto les permite acceder a puestos de trabajo con una relativa facilidad, a menudo en detrimento de los profesionales locales. Este fenómeno responde, en gran medida, a un sistema global de jerarquías que prioriza la experiencia proveniente de las regiones históricas del vino.

Ahora bien, no debemos perder de vista que estas dinámicas no son estáticas ni unidimensionales; están marcadas por una serie de factores que afectan la trayectoria profesional de cualquier enólogo o enóloga, independientemente de su origen nacional. El capital social, el nivel educativo, la movilidad profesional, y el contexto regional juegan un papel fundamental en la configuración de las oportunidades disponibles. Así, las barreras de acceso para los enólogos y enólogas locales no solo son producto de una preferencia por la experiencia extranjera, sino que también reflejan las estructuras sociales y económicas que moldean la viticultura en cada país.

Para ilustrar este fenómeno, consideremos algunos ejemplos de cómo se configuran las trayectorias de diferentes enólogos y enólogas, respondiendo a la interacción de diversas variables:

> En 2013, estaba trabajando en el área de investigación de Bodegas Salentein, una de las más reconocidas de Mendoza, cuando me surgió la inquietud de que ya había vivido lo que tenía que vivir allí. Decidí entonces buscar una vendimia en Napa, California. El problema fue que, cuando tomé la decisión, me demoré mucho en actuar y, al final, ya todas las vacantes para practicantes o trabajadores de vendimia, como se les suele llamar, estaban ocupadas. Sin embargo, no quise rendirme. Pensé que, si no era en Napa, podía buscar en otras zonas. Empecé a investigar sobre Sonoma y el sur de California. Fue en esa búsqueda cuando encontré un directorio de bodegas, y entre las opciones, descubrí Temecula, que está muy cerca del límite con Tijuana.
>
> Fue ahí donde, por primera vez, me enteré de que había vino en México. Yo no tenía

ni idea de que existieran bodegas vitivinícolas en el país. De hecho, ni en los mapas de la universidad, que estudiamos constantemente, aparecía México como una región vitivinícola. Así que me puse a investigar más a fondo. Encontré algunas bodegas que se mencionaban en los artículos, y entre ellas estaban Casa Madero, L.A. Cetto, Santo Tomás, y creo que también Freixenet. Decidí enviar solicitudes a ver si había oportunidades para la vendimia.

Fue entonces cuando, por casualidad, descubrí que en Casa Madero Paco Rodríguez, quien hoy se ha convertido en mi padrino profesional, estaba buscando enólogos junior para que lo ayudaran durante la vendimia. Casi inmediatamente recibí una respuesta a mi solicitud. Me dijo: "Si te organizas, en una semana estás aquí".- (Daniel Ibarra, 39 años, licenciatura en enología, consultor que trabaja en bodega, argentino, entrevista vía zoom, 26 de febrero 2022)

Sin saber muy bien a qué me iba a dedicar, me ofrecieron un puesto en los viñedos de la universidad, en la facultad. Y fue allí donde realmente me enamoré de este mundo, dándome cuenta de que lo mío era el tema de los viñedos. Terminé la facultad y comencé a trabajar en Catena Zapata, donde ya llevo marcado20 años, 19 de ellos trabajando específicamente en la bodega. Desde el inicio, mi rol estuvo ligado a la parte de fincas de viñedos, y allí tuve la oportunidad de realizar vinificaciones y micro vinificaciones, a través de los ensayos que hacíamos en los viñedos. Fue en ese momento cuando me apasioné por la parte artística de hacer vino, esa combinación de ciencia y arte que implica la vinificación. A pesar de que me quedé dentro de la bodega, mi corazón sigue estando profundamente arraigado en los viñedos, sobre todo por la formación que tengo como ingeniero agrónomo. Esa es mi historia, básicamente. Yo siempre lo explico como un proceso de caminata, en el que tuve suerte porque las puertas se iban abriendo frente a mí, y yo simplemente las iba cruzando. (Felipe Oropeza, 45 años, maestría en viticultura y enología, consultor y trabaja en bodega, entrevista vía zoom, 5 de mayo de 2021)

No fue difícil, en realidad, porque entré gracias a la recomendación de una profesora. En esa bodega estaban buscando personal, y ella me recomendó. Así que, cuando llegué, no tuve ningún problema para ingresar. (Lore Matías, 39 años, tecnicatura en

enología, trabaja en bodega, chilena, entrevista vía zoom, 24 de agosto de 2021)

> Me gustó mucho Francia, y en ese momento pensé: 'Tengo que volver'. Así que decidí hacer un programa que estaba dirigido a franceses, no a extranjeros. Fue bastante difícil, pero me fue bien. Luego, sin duda, traté de quedarme, porque me parecía muy atractivo y realmente interesante. Hice muchas gestiones para quedarme a trabajar allí. Mi idea no era necesariamente vivir allí para siempre, pero sí trabajar. En esa búsqueda, empecé a enviar currículums a todos lados.
>
> Y como si fuera cosa del destino, un francés que era dueño de una bodega en Chile me contactó. Nos conocimos en Vinexpo, y en esa conversación, me preguntó si ya me había titulado en Francia. Luego de escuchar mi historia, me dijo: 'Yo necesito un enólogo, porque el que tengo, que es francés, se va'. Así que, buscando trabajo en Francia, terminé recibiendo una oferta para trabajar en Chile. Fue una oportunidad que no podía dejar pasar. Las condiciones eran mucho mejores en Chile, sobre todo si las comparaba con las que podría haber tenido trabajando en Francia. En ese momento, supe que el destino tenía un plan para mí.
>
> En 2001, me vine a Chile y me hice cargo de Viña William Fevre, una bodega chilena bastante conocida en Francia por su marca. Estuve allí por siete años, y al final asumí el cargo de director técnico." (André Puente, 55 años, maestría en enología, gerente vinícola y de sustentabilidad, miembro de un organismo, chileno, entrevista vía zoom, 13 de noviembre 2021)

El análisis de los testimonios de los enólogos y enólogas revela un panorama donde factores como la movilidad profesional, el capital social y las oportunidades que emergen en mercados tanto consolidados como nuevos, desempeñan un papel fundamental en la configuración de las trayectorias profesionales dentro del campo de la enología. La capacidad para transitar entre diferentes mercados y sectores, aprovechar las oportunidades que surgen en momentos clave, y establecer redes sólidas de contactos no solo es relevante, sino esencial para quienes buscan consolidar una carrera exitosa en este ámbito. En este contexto, las trayectorias de los enólogos muestran cómo las dinámicas globales, junto con las particularidades locales, influyen tanto en la oferta como en la demanda laboral, destacando

la importancia de los lazos profesionales y el capital social como factores determinantes en la inserción y progresión en el mundo del vino.

Las conexiones profesionales, tanto formales como informales, actúan como puente entre las oportunidades disponibles y la capacidad de aprovecharlas. Es este capital, acompañado de una aguda sensibilidad para identificar y actuar sobre las tendencias del mercado, lo que permite a los enólogos y enólogas destacar

No obstante, a pesar de la creciente profesionalización y las múltiples variables que configuran el camino hacia el éxito, el origen nacional sigue siendo un marcador significativo que incide de manera directa en las trayectorias laborales dentro de la enología. Este factor no solo determina las posibilidades de acceso a ciertos mercados, sino que también condiciona las relaciones laborales y las oportunidades de progresión dentro de los diferentes contextos geográficos y culturales. Así, en la enología, como en otras profesiones, el origen nacional continúa siendo una frontera que, aunque se diluye con el tiempo, sigue marcando una diferencia sustancial en la construcción de una trayectoria profesional.

De esta forma, los enólogos y enólogas no solo deben navegar por un mercado laboral marcado por la movilidad, las conexiones y el capital social, sino que deben también enfrentarse a las estructuras de poder y jerarquía que los definen, influenciadas en gran medida por su contexto de origen. La conjunción de estos factores, junto con la capacidad de adaptación y el dominio de las técnicas específicas del oficio, da forma a un campo profesional dinámico, pero lleno de retos que requieren un manejo estratégico de todos los recursos disponibles.

Para comprender plenamente la complejidad de las trayectorias laborales en el campo de la enología, resulta esencial incorporar la dimensión del género. Este análisis no solo revela las desigualdades persistentes, sino que también destaca las contribuciones históricas de mujeres pioneras que, a pesar de las restricciones sociales y profesionales de su tiempo, han marcado un antes y un después en la industria del vino. Como bien señala Francisca Jara (2021), comunicadora y bloguera especializada en vinos, reconocer estas contribuciones es esencial para entender cómo las mujeres han logrado, a lo largo de los siglos, superar obstáculos y forjar caminos que, aunque no siempre reconocidos de inmediato, han sido fundamentales para el desarrollo del sector.

Dentro de este panorama, figuras como Barbe-Nicole Clicquot ocupan un lugar destacado. Fue la primera mujer en dirigir una casa de champán, y su legado trasciende su capacidad para gestionar el negocio familiar, pues se la reconoce por su visión innovadora y su liderazgo en tiempos en los que el espacio para las mujeres en el ámbito empresarial era escaso. Su emprendimiento no solo consolidó la marca Veuve Clicquot, sino que también transformó la manera en que se percibía el papel de la mujer en la industria vinícola, en especial en la prestigiosa y elitista región de Champagne.

Por otro lado, Antònia Adelaide Ferreira, una figura destacada en la historia del vino portugués, es recordada por su valentía y determinación en un contexto socioeconómico que limitaba considerablemente las posibilidades de las mujeres para dirigir empresas. A lo largo del siglo XIX, Ferreira no solo se encargó de revitalizar los viñedos del Douro, sino que también contribuyó al proceso de mejora de la calidad de los vinos portugueses, colocando a Portugal en el mapa internacional de la viticultura. Su impacto fue tal que, a pesar de las limitaciones impuestas por su género, se le considera una de las grandes transformadoras del sector.

A través de los siglos, la historia de las mujeres en el vino continuó tejiendo relatos de perseverancia y éxito. Sarah Morphew Stephen, por ejemplo, fue la primera mujer en obtener el título de Master of Wine, un reconocimiento que, en su momento, estaba reservado a los hombres. Este logro, alcanzado a principios del siglo XX, simbolizó no solo la capacidad de la mujer para dominar los conocimientos técnicos más avanzados sobre el vino, sino también un desafío directo a los estereotipos de género que relegaban a las mujeres a un rol secundario.

En el siglo XX, la figura de Lalou Bize-Leroy sobresale no solo por su contribución a la viticultura orgánica y biodinámica en la región de Borgoña, sino también por su lucha por la autenticidad y la sostenibilidad en la producción de vino. Su enfoque innovador, que hoy en día es un referente, estuvo marcado por la firmeza con la que enfrentó las normativas tradicionales de la industria, todo ello mientras se consolidaba como una de las voces más influyentes dentro del mundo vinícola.

Finalmente, Jancis Robinson, una de las figuras más prominentes en la crítica y el periodismo vinícola, es conocida no solo por su labor como autora y educadora, sino también por ser la primera persona ajena a la industria vinícola en recibir el codiciado título de Master

of Wine. Su reconocimiento es particularmente significativo, dado que representa una ruptura con la visión tradicional del experto en vino, hasta ese momento asociado exclusivamente con el hombre que perteneciera a una familia vitivinícola o a un establecimiento de renombre.

En el contexto latinoamericano, se alzan con fuerza nombres de mujeres que han marcado un hito en el mundo de la enología, desafiando las estructuras patriarcales y abriendo caminos que hasta entonces parecían reservados exclusivamente para los hombres. Entre ellas, destaca Laura Zamora, la primera enóloga mexicana, cuya carrera no solo le permitió conquistar el arte de la vinificación, sino también asumir la dirección de la bodega Santo Tomás, rompiendo una barrera histórica en un país donde la tradición vitivinícola estaba dominada por hombres. En Argentina, otra figura femenina sobresale con la misma fuerza, Laura Catena, quien no solo dirige con éxito el Catena Institute of Wine, sino que también fundó este instituto con el objetivo de posicionar a la viticultura argentina en el mapa mundial, elevando su calidad y prestigio.

En Mendoza, cuna de la viticultura argentina, Melchora Lemos hizo historia al convertirse en la primera mujer propietaria de bodegas, demostrando que la propiedad y la gestión de la tierra vitivinícola no eran un dominio exclusivo del hombre. Su valentía ha sido esencial para abrir el espacio a otras mujeres en una de las regiones vinícolas más emblemáticas del mundo. Por su parte, Paz Austin se convirtió en la primera mujer en ocupar el cargo de directora general del Consejo Mexicano Vitivinícola, un organismo que ha sido clave para la promoción y regulación de la viticultura en México. Su liderazgo no solo representa un avance significativo para las mujeres en el sector, sino también una apertura hacia una gestión más inclusiva y diversa.

Estas mujeres no solo han dejado una huella indeleble en la historia de la enología, sino que, al hacerlo, han ayudado a reconfigurar las trayectorias profesionales de muchas otras que, como ellas, buscan abrirse camino. A través de sus logros, han desafiado las limitaciones impuestas por el género y han ampliado las fronteras de lo que significa ser una profesional del vino. Sin embargo, su lucha por la visibilidad y el reconocimiento continúa, y es esencial que las futuras generaciones sigan rescatando y valorando su legado.

A lo largo de los años, la enología ha vivido una transformación significativa, caracterizada por una creciente diversificación de tareas y responsabilidades. Sin embargo, esta expansión de roles no ha estado exenta de tensiones, especialmente cuando se observa

cómo, en muchos casos, las mujeres han sido relegadas a posiciones que refuerzan los estereotipos de género prevalentes en la industria. La división sexual del trabajo, presente en las estructuras laborales tradicionales, ha generado desigualdades persistentes que continúan afectando a las enólogas, sometiéndolas a retos adicionales que a menudo pasan desapercibidos en los discursos más amplios sobre la modernización del sector.

A pesar de la creciente visibilidad y participación de las mujeres en el ámbito de la enología, un fenómeno que refleja un avance importante hacia una mayor equidad de género, muchas mujeres enólogas siguen percibiendo que la cultura subyacente del sector mantiene un fuerte sesgo patriarcal. Este sentimiento no es simplemente una reacción aislada, sino una experiencia vivida que se ve reforzada por una constante subestimación de sus habilidades y capacidades, así como por la persistencia de actitudes discriminatorias basadas en la concepción de que el trabajo físico en los viñedos o las labores vinculadas a la producción de vino son tareas mejor desempeñadas por los hombres.

Pero las barreras no se limitan al terreno físico. En muchos casos, las enólogas también se enfrentan a un tipo de exclusión que está estrechamente vinculada con las expectativas de género sobre las responsabilidades de cuidado. Estas expectativas, de las normas sociales, no solo afectan la movilidad profesional de las mujeres, sino que también perpetúan la idea de que su valor en el ámbito laboral está condicionado a su rol como cuidadoras. Este conjunto de factores crea un entorno en el que las mujeres enólogas, a pesar de su creciente presencia, siguen enfrentando desafíos significativos para ser reconocidas y valoradas en pie de igualdad dentro de una industria que, aunque evoluciona, sigue arrastrando vestigios de una cultura machista que minimiza su aporte y limita sus posibilidades.

Un tema recurrente que emerge en los testimonios de las enólogas, sin importar su país de origen ni su edad, es la constante percepción de un ambiente de trabajo que se construye sobre la suposición de la incapacidad física de las mujeres o el riesgo asociado con el embarazo, utilizados como excusas para limitar su acceso a oportunidades laborales justas. Las experiencias compartidas por las entrevistadas revelan un patrón común, aunque rara vez se expresa de manera explícita, la sensación generalizada es que las mujeres no son contratadas para ciertos puestos precisamente por su condición de ser mujeres. Estas justificaciones, que se enmarcan en estereotipos de género sobre la fuerza física requerida para el trabajo o la idea de que el embarazo pone en riesgo la continuidad laboral, no son

meros prejuicios aislados, sino elementos enraizados en las estructuras de poder de la industria vitivinícola. Dichas justificaciones no solo son una forma de discriminación, sino que perpetúan la desigualdad de género, alimentando un ciclo de exclusión que se disfraza bajo argumentos aparentemente "lógicos" o "naturales". En las siguientes líneas, se expondrán y ejemplificarán estas problemáticas a través de los testimonios de las interlocutoras, cuya voz, lejos de ser un simple relato personal, se convierte en un reflejo de un sistema de relaciones laborales que, en muchos casos, aún sigue perpetuando inequidades fundamentales.

> La bodega implica, claro, un trabajo físico, pero eso se puede solucionar. Dentro de la bodega siempre hay operarios, y en bodegas más grandes hay aún más personas que pueden ayudar. Si es necesario cargar, yo lo hago, aunque probablemente tenga que pedir ayuda, pero no me importa. Lo que realmente me molesta es que, de repente, se me excluye de ciertas tareas con excusas como: 'Uy, es que no podíamos esperarte para hacer tal cosa porque, como se requería mover no sé qué tanque, lo hicimos sin ti, porque tú no ibas a poder'. (Adriana Álvarez, 28 años, tecnicatura en enología, trabaja en bodega familiar y ocasionalmente para otras bodegas, argentina, entrevista vía zoom 14 de marzo de 2021)

> No te lo dicen abiertamente, pero es evidente que no te dan el trabajo por ser mujer, porque vas a solicitar derecho de maternidad, porque la viña no espera y hay que estar allí prácticamente todo el tiempo. Al principio, a mí solo me daban trabajo temporal o solo unos días a la semana, y todo eso era debido a la niña que tengo. A ellos les molestaba tener que darme permisos, así que preferían asignarme un trabajo parcial. (Gisela Darico, 28 años, tecnicatura en enología, trabaja en bodega y continúa estudiando, argentina, entrevista vía zoom, 13 de junio 2021)

La exclusión persistente de las mujeres de los roles de mayor responsabilidad en las bodegas y su frecuente asignación a empleos temporales o a medio tiempo revelan una serie de dinámicas que impactan tanto su desarrollo profesional como su bienestar económico. Esta marginación laboral, lejos de ser una cuestión secundaria, tiene repercusiones significativas que atraviesan varias capas de desigualdad. En primer lugar, el salario de las mujeres se ve drásticamente afectado, dado que los puestos temporales o de medio tiempo

suelen estar asociados a una remuneración inferior, lo que perpetúa la brecha salarial de género en la industria vitivinícola.

Sin embargo, los efectos de esta exclusión no se limitan únicamente a la esfera económica. La asignación de las mujeres a roles marginales también las priva de oportunidades clave para avanzar dentro de la jerarquía profesional de la enología. La falta de acceso a posiciones de liderazgo no solo obstaculiza su ascenso, sino que las coloca en una trayectoria profesional limitada, donde el acceso a los recursos necesarios para una formación especializada o la visibilidad dentro de la industria se ve restringido. Este patrón de segregación laboral crea un círculo vicioso donde las mujeres, al no ser consideradas para posiciones de mayor responsabilidad, carecen de las oportunidades de mentoría, redes profesionales y visibilidad que son indispensables para cimentar su prestigio y avanzar en el campo.

Además, esta situación refleja una estructura de poder arraigada en la industria, que perpetúa una noción de la enología que excluye a las mujeres de la toma de decisiones clave y de las dinámicas de liderazgo. El hecho de que se les asigne principalmente a tareas temporales o de menor jerarquía también las coloca en una posición de vulnerabilidad frente a la falta de estabilidad laboral, lo que a su vez impacta su capacidad para proyectar una carrera de largo plazo dentro de este campo. Este fenómeno, entonces, no es solo una cuestión de desigualdad salarial, sino una barrera sistemática que limita el acceso de las mujeres a los recursos necesarios para su desarrollo profesional y su integración plena dentro de las estructuras de poder de la industria.

En el mundo de la enología, como en muchos otros campos profesionales, las estructuras jerárquicas dentro de las bodegas están rigurosamente definidas, lo que establece una clara división de roles y responsabilidades. En este contexto, es común encontrar rangos como primer enólogo, segundo enólogo, tercer enólogo o enólogo jefe, con sus respectivos asistentes. Los enólogos de mayor rango no solo detentan el poder de tomar decisiones clave que influirán en la calidad del vino y, por ende, en el perfil y éxito de la bodega, sino que también gozan de un prestigio considerable dentro del sector. Este prestigio, a su vez, se traduce en mayores oportunidades de visibilidad profesional, influencia en las políticas de la bodega y, en muchos casos, en una trayectoria laboral más estable y bien remunerada.

Sin embargo, esta estructura jerárquica, que podría parecer meritocrática, presenta importantes sesgos cuando se examinan las trayectorias profesionales de las mujeres en el

sector. Las mujeres en la enología, cuando logran acceder al campo, frecuentemente se encuentran relegadas a puestos temporales, de medio tiempo o de menor jerarquía. Esto las coloca habitualmente en niveles más bajos dentro de la estructura organizacional, como el puesto de tercer enólogo o asistente, roles que carecen de la autoridad decisional y, en muchos casos, de las posibilidades de ascenso que tienen sus colegas varones. Este fenómeno, arraigado en dinámicas de género, implica no solo una limitación en términos de responsabilidad y autonomía, sino también una visibilidad profesional significativamente menor.

Las consecuencias de este patrón son múltiples y sumamente significativas. En primer lugar, las mujeres en estos niveles más bajos de la jerarquía se ven privadas de la oportunidad de tomar decisiones estratégicas que puedan modelar el perfil de la bodega o del producto final, lo que limita su influencia en el desarrollo y éxito del vino. Además, esta segregación de roles también restringe el acceso a redes profesionales clave y a la participación en los espacios de toma de decisiones de alto nivel, elementos fundamentales para el reconocimiento y la acumulación de capital simbólico en un campo como el de la enología. Así, no solo se les niega a las mujeres el acceso a los privilegios asociados con los puestos más altos, sino que, en términos de movilidad profesional, este tipo de discriminación genera un ciclo de desventajas que se perpetúa a lo largo del tiempo, dificultando significativamente su ascenso en la jerarquía y el reconocimiento dentro del sector.

Este patrón, que se repite en distintas bodegas y regiones vitivinícolas, refleja cómo las estructuras de poder y las jerarquías en la enología, aunque aparentemente neutrales, se ven condicionadas por las dinámicas de género. En este sentido, la subrepresentación femenina en los niveles más altos de la jerarquía no solo es una cuestión de acceso desigual a puestos de liderazgo, sino también un indicador claro de cómo las prácticas profesionales y las tradiciones del sector siguen reproduciendo y consolidando desigualdades históricas. Veamos el siguiente testimonios:

> Puedes trabajar en bodega, pero es cierto que sigue habiendo menos oportunidades para mujeres como directoras técnicas. Hay chicas, sí, pero suelen estar en roles como peones de bodega. Como trabajadoras principales en bodega, en el sentido más técnico del término, no hay ninguna (Virginia Martínez, 41 años, maestría en

enología, consultora en proyecto propio, mexicana, entrevista vía zoom, 24 de abril de 2021)

En el ámbito laboral, persiste una visión dicotómica que configura una competencia desigual entre los géneros, sustentada en una comparación constante entre los atributos tradicionalmente asociados a hombres y mujeres. Este enfoque binario no solo es reductivo, sino que está arraigado en estructuras sociales que continúan favoreciendo a un sexo sobre el otro, perpetuando una jerarquía de género que subyuga a las mujeres. Lejos de reflejar la realidad dinámica y multifacética de las identidades y competencias profesionales, esta visión está anclada en estereotipos que limitan las capacidades humanas a categorías rígidas y excluyentes.

La clasificación binaria que atribuye características y roles específicos a los géneros no solo promueve una desigualdad en el acceso a oportunidades, sino que sobrevalora ciertos atributos considerados como "masculinos", mientras que disminuye o desvaloriza aquellos asociados con lo "femenino". Esta distorsión ignora las habilidades, competencias y potenciales individuales, convirtiendo las capacidades laborales en un campo de batalla de estereotipos que no reconoce la amplitud de talentos y aptitudes que una persona, independientemente de su género, puede aportar. Así, se refuerza una visión unidimensional del profesional, obviando las complejidades de la realidad laboral contemporánea.

El impacto de esta visión dicotómica va más allá de la simple valoración de atributos; contribuye a una jerarquización de género que estructura de manera desigual las relaciones laborales. Al privilegiar atributos masculinos, se consolidan barreras invisibles que afectan no solo la percepción de las mujeres en el lugar de trabajo, sino que también restringen sus posibilidades de progreso profesional. Las mujeres, constantemente confrontadas con la necesidad de desafiar este marco estructural, se ven obligadas a realizar esfuerzos adicionales para alcanzar un nivel de reconocimiento y avance equiparable al de sus colegas masculinos, quienes, en muchas ocasiones, acceden a esas mismas oportunidades sin las mismas restricciones.

Este proceso de subordinación y exclusión, en el que las cualidades asociadas a las mujeres son sistemáticamente minimizadas, perpetúa un ciclo en el que la igualdad de oportunidades se ve constantemente socavada por las estructuras de poder que definen el "valor" profesional a través de una lente de género. La permanencia de esta dicotomía, al

consolidar la desigualdad estructural, genera un entorno laboral injusto, en el que las mujeres no solo deben enfrentar el desafío de sus propios méritos, sino también el obstáculo de una discriminación implícita que las limita en su capacidad para acceder a los mismos espacios de desarrollo y reconocimiento que sus contrapartes masculinas.

Las enólogas, a lo largo de sus testimonios, revelan una sensación persistente de exclusión que trasciende las fronteras de sus equipos de trabajo. No solo se sienten marginadas por sus compañeros inmediatos, sino también por otros actores clave dentro de la industria del vino. Esta exclusión no se limita a la interacción cotidiana en el ámbito profesional, sino que se extiende a las estructuras más amplias del sector, donde su presencia parece ser sistemáticamente invisibilizada o relegada a roles secundarios. A menudo, describen situaciones en las que sus aportes, conocimientos y habilidades son subestimados o, en el mejor de los casos, reconocidos de manera superficial, sin el respaldo o el respeto que se otorga a sus contrapartes masculinas:

> De hecho, nos ocurrió en 2020, creo que fue en noviembre, cuando organizamos una degustación virtual por Zoom con mi padre. Mi papá es el ingeniero agrónomo de la bodega y yo soy la enóloga, así que nos complementamos bien. Siempre que vienen periodistas o cuando nos hacen notas, él prefiere que sea yo quien hable, por una cuestión de género, para mostrar que las mujeres también estamos trabajando en este campo. Sin embargo, para esta degustación en particular, el señor que la iba a dirigir, un hombre muy conocido, nos planteó un inconveniente. Por una cuestión personal, tiene dificultades con la idea de que las mujeres aparezcan al frente, y nos preguntó a través de mi papá si yo iba a participar. Entonces mi papá le respondió: 'Claro, la enóloga es ella.' A lo que el hombre, algo dubitativo, contestó: 'Lo tengo que consultar, porque hay muchas bodegas a las que les pesa que una mujer sea la enóloga. No quieren que una mujer aparezca hablando, porque consideran que para ciertos vinos y públicos, vende más un enólogo que una enóloga.' (Andrina Mesa, 27 años, maestría en enología, trabaja en bodega familiar, mexicana, entrevista vía zoom, el 14 de enero 2022)

> Aún siento que persiste un ambiente machista, porque, aunque lo note, en las degustaciones de vinos en la bodega, por ejemplo, se puede ver claramente. Ellos, los hombres, tienen su grupo cerrado, y es como si fuera más difícil acceder a ese círculo.

> Prefieren trabajar con un hombre porque, quizás, lo consideran más funcional: el hombre puede reparar una bomba, levantar objetos pesados, estar en varios lugares a la vez. En cambio, se supone que la mujer no puede hacer lo mismo, o al menos no con la misma fuerza. Lo que observo es que, a las mujeres, les cuesta mucho entrar en ese espacio. (Liliana Nabil, 33 años, tecnicatura en enología, trabaja en bodega y continúa estudiando, argentina, entrevista vía zoom, 20 de octubre 2021)

A lo largo de las décadas, los prejuicios sobre el vino y su consumo han quedado arraigados en las estrategias de mercadotecnia, las cuales han moldeado la percepción pública de esta bebida a través de imágenes y estereotipos consolidados. En la publicidad, las etiquetas y los comerciales, el vino ha sido retratado casi exclusivamente como un símbolo de prestigio, distinción y elegancia, valores que históricamente se han asociado con el ideal masculino. Los anuncios frecuentemente muestran a hombres sofisticados, con un aire de autoridad, disfrutando de un buen vino en escenarios de lujo, lo que refuerza la idea de que el vino es un producto destinado a un público masculino, capaz de apreciar su complejidad y refinamiento.

Por otro lado, los vinos diseñados para un público femenino han sido, en general, presentados bajo una luz diferente: suaves, delicados, aromáticos, y, en ocasiones, incluso afrutados o ligeros. Esta división de géneros en la representación del vino no es casual ni accidental; responde a una lógica de mercado que ha segmentado el consumo de vino no solo por gustos, sino por identidades de género. Así, las bodegas tradicionales, con sus décadas de historia y sus enfoques conservadores, han preferido que la creación, el diseño y la promoción de sus productos estén a cargo de hombres, un patrón que perpetúa una imagen masculina tanto en la producción como en el consumo del vino.

Este enfoque no solo refuerza estereotipos de género, sino que también invisibiliza las contribuciones y los gustos de las mujeres en el mundo del vino, limitando su participación a un espacio secundario o incluso periférico. La idea de que el vino es una “bebida de hombres” persiste en muchos aspectos de la industria, desde la creación de marcas hasta la configuración de las experiencias de cata y la venta. De este modo, las estructuras de poder dentro de la industria del vino siguen reflejando una concepción de masculinidad dominante.

Para desafiar las raíces de los estereotipos de género en la enología, las enólogas han adoptado un enfoque estratégico que va más allá de las vinificaciones tradicionales, han

apostado por la formación en comunicación y marketing del vino. Estas profesionales han comprendido que la visibilidad no solo se gana con destreza técnica, sino también a través de la capacidad de contar su propia historia. Así, han comenzado a generar contenido en plataformas sociodigitales, utilizando estas herramientas para difundir el trabajo que realizan en la industria, a menudo invisible o relegado a un segundo plano. Esta estrategia, que en sus inicios puede parecer un acto de resistencia, se ha convertido rápidamente en una poderosa forma de empoderamiento.

La creación de contenido en medios digitales no solo les permite visibilizarse y reforzar su identidad profesional, sino que también les ofrece la posibilidad de construir redes de apoyo. Estas redes, formadas por otras mujeres, aliados y actores de la industria, funcionan como espacios de solidaridad y colaboración que, a su vez, abren nuevas puertas laborales y oportunidades de crecimiento dentro de la misma. Al compartir sus historias personales, sus logros y desafíos, las enólogas no solo se presentan como expertas en su campo, sino como agentes activos en la reconfiguración de la narrativa sobre la enología. En lugar de ser percibidas como un grupo marginal, las enólogas están desafiando el mito de que el trabajo en esta disciplina está determinado por el género, demostrando que el talento, la pasión y el conocimiento no tienen fronteras sexistas.

Este giro hacia el uso de los medios sociodigitales para promover sus trayectorias refleja una transformación en las dinámicas de poder dentro de la industria. A través de su presencia en estos espacios, las enólogas no solo están promoviendo sus marcas personales, sino también creando un espacio donde el trabajo enológico se reconoce, se celebra y, sobre todo, se redefine. En última instancia, este esfuerzo colectivo contribuye a transformar el campo de la enología en uno más inclusivo, donde las mujeres no solo son una excepción, sino una parte integral de su futuro.

A medida que las enólogas comienzan a ganar visibilidad en los medios y en las estrategias de marketing, se abre ante ellas una oportunidad única para redefinir la imagen del vino, presentándolo como una bebida que abarca una rica diversidad de identidades y experiencias. En este proceso, las enólogas no solo se posicionan como figuras clave en la creación y promoción de vinos, sino que también se convierten en agentes de cambio, desafiando los viejos estereotipos que han ligado históricamente el consumo de vino a roles de género rígidos. Durante años, el vino se ha concebido en muchos contextos como una

bebida asociada principalmente al gusto y los hábitos de los hombres, mientras que las mujeres, en ocasiones, han sido relegadas a roles pasivos como consumidoras o como meras espectadoras del proceso de vinificación. Sin embargo, este nuevo enfoque está buscando precisamente desmantelar tales concepciones, proponiendo una imagen del vino más inclusiva y plural.

El desafío radica no solo en borrar las fronteras de género, sino en posicionar al vino como una bebida capaz de satisfacer una amplia gama de paladares, necesidades económicas y generaciones. En lugar de adherirse a una visión tradicionalmente polarizada, el vino se presenta ahora como un producto que puede transcender las expectativas de género, invitando a una variedad de consumidores a experimentar y a disfrutar de sus matices según sus propios gustos y preferencias. Este giro en la percepción colectiva es clave para superar las barreras de género que aún limitan el reconocimiento y el protagonismo de las mujeres en este campo. Al mismo tiempo, refleja un avance en la lucha por una representación más fiel de la diversidad que caracteriza al mundo del vino, tanto en la producción como en el consumo. Esta nueva narrativa no solo es una victoria para las enólogas, sino también para todos aquellos que buscan ver reflejada en el vino una imagen que sea verdaderamente representativa de la sociedad contemporánea.

Aunque al pensar en las enólogas como colectivo podríamos tender a una visión homogénea, la realidad es que este grupo está atravesado por una compleja red de dimensiones interseccionales que impactan sus experiencias y trayectorias, origen nacional y recursos de clase no son meros atributos personales, sino factores que, en el entramado de la industria del vino, generan diferencias significativas en las oportunidades, limitaciones y estrategias de cada enóloga. La enología no es solo un campo profesional; es un espacio de competencia, donde cada uno de estos elementos opera como filtro que define en buena medida quién accede a ciertas posiciones y qué tipo de prestigio o visibilidad puede alcanzar.

Estas dimensiones configuran una diversidad de experiencias que merece atención específica. Sin embargo, observar los desafíos comunes de las enólogas nos brinda una visión más completa del contexto en el que desarrollan su labor. Abordar esta realidad permite no solo reconocer las múltiples barreras que enfrentan, sino también identificar y fortalecer aquellas características y recursos compartidos que pueden impulsar cambios estructurales en el campo.

-Estereotipos de género en el espacio profesional y familiar: Análisis de estereotipos

El análisis de los roles de género, anclado en estereotipos culturales, revela cómo estos dictan normas tácitas y, a veces, explícitas sobre las conductas y responsabilidades asignadas a hombres y mujeres en diversos contextos. Como sostienen Elejabeitia y López-Sáenz (2003), estas construcciones culturales no solo modelan expectativas individuales, sino que también trazan límites que rara vez se cuestionan. En el ámbito laboral, uno de los estereotipos más limitantes es la persistente creencia de que el cuidado y la atención al hogar son primariamente responsabilidad de las mujeres, quienes deben velar no solo por los hijos, sino también por el bienestar de esposos y padres, como si la esfera familiar fuese una extensión natural de sus cualidades.

Este estereotipo asigna a las mujeres un carácter afectivo y una habilidad "innata" para gestionar relaciones interpersonales, sugiriendo que la organización emocional de la vida familiar es intrínsecamente parte de su identidad. Esto se traduce en una presión social que espera que las mujeres prioricen el bienestar del grupo familiar por encima de sus aspiraciones profesionales o personales, marcando una línea invisible entre el espacio de lo "público" y lo "privado" que, sin embargo, limita sus posibilidades de desarrollo en ambos. En consecuencia, esta asignación de roles no solo restringe sus trayectorias laborales, sino que configura una narrativa cultural que perpetúa desigualdades, limitando su acceso a posiciones de liderazgo o desarrollo profesional pleno. Este análisis nos invita a reflexionar sobre cómo la cultura moldea las percepciones y, en última instancia, estructura las oportunidades de mujeres y hombres en contextos laborales y familiares.

Para comprender la magnitud del impacto de este estereotipo en el ámbito laboral, es necesario explorar cómo el rol de cuidadora, atribuido cultural e históricamente a las mujeres, se convierte en una barrera casi invisible pero restrictiva para su desarrollo profesional. Este sesgo, que dicta que el lugar natural de la mujer es el hogar, no solo limita sus oportunidades de avance en el trabajo, sino que también erosiona el reconocimiento de sus logros.

La sociedad, al valorar más el trabajo remunerado que el doméstico o de cuidado, establece una jerarquía implícita, el hogar queda en segundo plano, al igual que quienes se dedican a sostenerlo. Aunque el trabajo de cuidado es esencial para el funcionamiento social, a menudo se le otorga un menor prestigio, manteniendo la desigualdad de género en múltiples

ámbitos de la vida de las mujeres. Esta división del valor no es solo una percepción abstracta; se traduce en menos oportunidades de promoción, menos acceso a posiciones de liderazgo y, en muchos casos, en una carga adicional de tareas no remuneradas que las mujeres deben equilibrar junto a sus responsabilidades laborales.

En consecuencia, el efecto de estos estereotipos es circular y persistente, mientras la labor de cuidado siga siendo percibida como una obligación casi exclusiva de las mujeres, su presencia y progreso en otros sectores continuarán siendo limitados. Este ciclo no solo afecta a las mujeres en sus experiencias individuales, sino que configura y perpetúa una estructura de género en el ámbito profesional, donde el trabajo femenino queda subsumido bajo la idea del cuidado, invisibilizando tanto su diversidad como su potencial de contribución en otros espacios.

En las últimas décadas, hemos sido testigos de un notable avance en la participación de las mujeres en el mercado laboral. Sin embargo, este progreso hacia la equidad en los espacios públicos no se ha trasladado con la misma contundencia a la esfera privada. En los hogares, la carga del trabajo doméstico y las responsabilidades familiares siguen recayendo de manera desproporcionada sobre las mujeres, quienes a menudo desempeñan dobles o incluso triples jornadas que conjugan sus labores profesionales con tareas de cuidado y administración del hogar.

Esta situación de sobrecarga constante no es solo una cuestión de distribución desigual del tiempo, sino que también tiene implicaciones para su bienestar físico y emocional. El agotamiento acumulado, el estrés y la falta de tiempo personal van erosionando el bienestar de las mujeres, afectando tanto su salud como su capacidad de proyectarse y crecer en sus carreras profesionales. Atrapadas en esta dicotomía, las mujeres se ven forzadas a desarrollar estrategias para equilibrar ambas dimensiones, lo cual suele implicar sacrificios en una o ambas esferas.

La consecuencia es una limitación estructural que impide a muchas mujeres alcanzar su máximo potencial en sus ámbitos laborales. La constante negociación entre los roles de cuidadora y profesional restringe su acceso a oportunidades de desarrollo, fomenta la consolidación de barreras de género en puestos de liderazgo y perpetúa un ciclo en el que el trabajo remunerado y el trabajo doméstico parecen competir de forma desigual.

En el campo de la enología, las jornadas laborales suelen caracterizarse por su intensidad y duración, marcadas por los ciclos de la vid, las estaciones y las exigencias incesantes del proceso de vinificación. Estos factores convierten al trabajo en un desafío que, para muchas mujeres, trasciende lo profesional y se adentra en las esferas de la vida personal. Para ellas, la tensión entre la dedicación total al trabajo y las demandas de la vida familiar es, a menudo, una cuerda floja. A diferencia de sus colegas masculinos, que históricamente han contado con estructuras de apoyo que les permiten concentrarse en su trayectoria profesional, las mujeres enólogas se enfrentan a la presión constante de equilibrar su tiempo y energía entre ambos mundos.

En este contexto, la decisión de tener hijos y asumir plenamente el rol de madre puede transformarse en una compleja encrucijada. Algunas enólogas optan por posponer la maternidad para no comprometer el avance de sus carreras, conscientes de que cada paso en el escalafón profesional requiere una dedicación total. Otras, en cambio, se encuentran ante la necesidad de tomar decisiones difíciles, sopesando los costos de abandonar oportunidades laborales o bien de ajustar sus aspiraciones profesionales para poder cumplir con los roles que se espera asuman en el hogar.

Esta realidad genera una paradoja, a medida que las mujeres avanzan en la enología y consolidan su lugar en un campo, también se les plantea la obligación de justificar constantemente su capacidad para “tenerlo todo”. Las dinámicas tradicionales de género, junto con las largas horas que demanda el trabajo, tienden a relegarlas a una situación de doble carga que no solo limita su movilidad dentro del campo, sino que también perpetúa el desafío de conciliar la vida familiar y profesional en una profesión que, en principio, debería valorar la pasión y el talento independientemente del género.

A continuación, se presentan algunos testimonios que ilustran cómo estos estereotipos de género afectan las decisiones personales y profesionales de las mujeres en el sector:

> Es mucho más fácil para una persona sin hijos, y aún más fácil para los hombres que para las mujeres. Para una mujer, si quiere tener una familia y no descuidar su lado femenino, se vuelve complicado. Es un ambiente rudo, especialmente cuando trabajas en algo industrial, donde tienes que cargar, mover cosas, y, por supuesto, por ser mujer, es como si fuera una prueba: a ver si puedes. Además, si te interesa tener una familia, debes ser consciente de que el trabajo también implica fines de semana. No

> vivimos en una cultura adaptada a que la mujer no esté en casa los sábados y domingos, o después de las cinco de la tarde. Este tipo de cosas pueden ser complicadas si no cuentas con un círculo de confianza o una familia que te apoye (Ada Novelo, 37 años, tecnicatura en enología, enóloga, comunicadora de vino con un programa de radio, argentina-italiana, entrevista vía zoom, 10 de octubre 2021)

> Yo no tengo hijos, ha sido una elección de la cual no me arrepiento, pero también creo que ha sido una ventaja para mí en este mundo masculino, ya que me ha permitido abrirme camino más fácilmente. Sin embargo, considero injusto que para aquellas mujeres que no eligieron lo mismo, ha sido mucho más difícil. Conozco a chicas que son excelentes madres y realmente me quito el sombrero ante ellas, no sé cómo lo hacen. Si tuviera que vivirlo, la verdad es que sería muy complicado, porque es, obviamente, una dedicación de tiempo y energía enorme. Pero bueno, no ha sido mi caso, ya que fue una elección de vida (Sandy Sharp, 42 años, licenciada en enología, enóloga que trabaja en bodega y tiene un proyecto propio, estadounidense, entrevista vía zoom, 17 de agosto de 2021)

En el campo de la enología, las mujeres que también son madres se enfrentan a un desafío persistente, conciliar las responsabilidades de la crianza con las demandas de su trabajo en la bodega, donde los horarios y los ritmos de la producción del vino a menudo no dan tregua. Este doble esfuerzo se ha vuelto aún más complejo en tiempos recientes. La pandemia de COVID-19, que trajo consigo un replanteamiento drástico de la vida cotidiana y profesional, añadió una capa de dificultad al ya delicado balance entre el hogar y el trabajo. Las enólogas, acostumbradas a sortear barreras estructurales y estereotipos de género, se encontraron con un reto renovado al tener que adaptar sus rutinas a las restricciones sanitarias y a las exigencias familiares, a menudo multiplicadas por el cierre de guarderías y colegios.

Frente a esta realidad, estas profesionales no solo se han adaptado individualmente, sino que han optado por crear y fortalecer redes de apoyo que no solo les brindan un espacio de contención, sino también de aprendizaje y crecimiento compartido. Estas redes, que operan en espacios formales e informales, han sido vitales para que las enólogas intercambien experiencias y estrategias de adaptación, desde la reorganización de horarios hasta la negociación de responsabilidades en el hogar. A través de grupos de apoyo, tanto presenciales

como en plataformas digitales, las enólogas han consolidado una comunidad que no solo representa un respaldo emocional, sino que también desafía los modelos tradicionales del sector vinícola.

Además, estas redes no solo responden a necesidades inmediatas; están impulsando un cambio en la industria del vino. Al compartir sus vivencias y recursos, las enólogas no solo fortalecen su presencia en la industria, sino que visibilizan las tensiones que enfrentan, promoviendo un diálogo sobre las condiciones de trabajo y el reconocimiento de sus roles dentro y fuera de la bodega. Este movimiento hacia una mayor colaboración entre enólogas es un paso fundamental en la transformación de la enología hacia un campo más inclusivo, donde las diversas trayectorias y necesidades de las profesionales sean valoradas y respetadas. En este sentido, la red de enólogas representa una resistencia silenciosa pero poderosa, que también siembra las semillas de un futuro en el que la enología abrace una visión más diversa e inclusiva.

Mujeres in Taninos es un ejemplo emblemático de cómo las redes de apoyo y colaboración pueden transformar la realidad. Fundada en Argentina por la enóloga Agostina Astegiano, esta asociación comenzó como un espacio para reunir a mujeres de distintas áreas de la industria vitivinícola, integrando no solo a enólogas, sino también a trabajadoras del campo y de la producción. Desde el inicio, el propósito de Astegiano fue claro, crear un entorno de respaldo colectivo que permitiera a las mujeres del vino fortalecer sus vínculos y, a la vez, visibilizar y potenciar sus contribuciones en el sector.

Con el tiempo, y al percatarse de la escasa representación de mujeres en la enología en México, Astegiano decidió expandir este esfuerzo al país. Fue en plena pandemia cuando este grupo mexicano lanzó un video invitando a mujeres de distintas áreas de la industria a unirse a su comunidad. El video se convirtió en un catalizador, atrayendo rápidamente a mujeres que buscaban un espacio de pertenencia y empoderamiento. Hoy en día, el grupo cuenta con 170 miembros activas en México, quienes encuentran en Mujeres in Taninos no solo un foro de intercambio de conocimiento y recursos, sino también un entorno donde el apoyo mutuo es fundamental para el desarrollo profesional.

Más que una simple asociación, Mujeres in Taninos se ha convertido en una red de sororidad que desafía las barreras tradicionales de género en el mundo del vino. A través de esta organización, sus miembros no solo comparten experiencias y aprendizajes técnicos,

sino que también construyen una comunidad sólida donde cada éxito es compartido, y cada desafío es enfrentado colectivamente.

En Chile, la Asociación de Mujeres del Vino encarna un esfuerzo colectivo y comprometido por transformar los espacios de trabajo en la industria vitivinícola. Más allá de su función como red de apoyo, esta asociación se dedica a tejer lazos sólidos y brindar a sus integrantes un valioso repertorio de experiencias, conocimientos, contactos, y acceso a proveedores, todo con el objetivo de fortalecer la presencia y participación de las mujeres en el ámbito vinícola.

Conscientes de las barreras de género enraizadas en este sector, las integrantes de la asociación impulsan activamente iniciativas que buscan no solo equilibrar las condiciones laborales, sino también cultivar un respeto mutuo y duradero en todos los niveles de la industria. Al hacerlo, se posicionan no solo como participantes de un cambio, sino como agentes estratégicas en la construcción de un entorno profesional más inclusivo y equitativo, contribuyendo a contrarrestar la persistente desigualdad de género que aún define gran parte de la estructura de poder en el mundo del vino.

Además de las asociaciones formales que estructuran el campo laboral, existen una multitud de grupos informales que, aunque menos visibles, desempeñan un papel fundamental en la dinamización del entorno profesional. Un ejemplo claro de estas redes informales son los grupos de WhatsApp, que han sido creados por trabajadoras de bodegas cercanas, provenientes de diversas áreas y roles dentro de la industria vitivinícola. Estos espacios, aunque virtuales, se convierten en puntos de encuentro imprescindibles para la creación de lazos de solidaridad y cooperación.

En estos grupos, las mujeres se unen para compartir vacantes laborales, un acto que va más allá de la simple circulación de información, se trata de un mecanismo de empoderamiento colectivo que permite a las trabajadoras apoyarse mutuamente en un mercado laboral donde, a menudo, el acceso a oportunidades está mediado por barreras invisibles. Además, los grupos sirven como foros donde se abordan las dificultades cotidianas que enfrentan las trabajadoras, desde los desafíos operativos hasta las complejidades emocionales y personales que surgen en un entorno laboral, en ocasiones, excluyente.

La ayuda en la cobertura de bajas por maternidad se convierte, en este contexto, en una de las prácticas más emblemáticas de estas redes. El respaldo mutuo no solo facilita la

continuidad de los proyectos y la operatividad de las bodegas, sino que también resalta la importancia de la colaboración entre mujeres como un mecanismo de resistencia ante las estructuras de poder tradicionales, que suelen ser menos flexibles con las trabajadoras que ejercen funciones de cuidado.

Además, estos grupos de apoyo brindan asesoría sobre problemas comunes, desde aspectos legales hasta técnicas específicas del sector, convirtiéndose en una plataforma de aprendizaje compartido que eleva la profesionalización del trabajo de las mujeres en la industria. En muchos casos, este tipo de interacción es fundamental para contrarrestar la segregación de género presente en espacios de trabajo donde el conocimiento y la visibilidad de las mujeres pueden ser sistemáticamente minimizados.

Estas redes informales, por tanto, no solo permiten la socialización de experiencias y soluciones, sino que se constituyen como un espacio vital de resistencia y solidaridad en un entorno profesional que, a pesar de los avances hacia la igualdad, sigue estando marcado por la segregación de género. En este sentido, las trabajadoras no solo se apoyan para sortear las dificultades inmediatas, sino que construyen, poco a poco, una estructura de apoyo que les permite desafiar las jerarquías y expectativas que les son impuestas.

A pesar de los avances significativos en términos de organización y apoyo para las enólogas, la sombra de los estereotipos de género persiste, limitando su desarrollo profesional de manera sutil pero constante. Estos estereotipos, aunque aparentemente positivos, terminan reforzando una desigualdad estructural en la industria del vino. A menudo, se les atribuye a las mujeres una mayor sensibilidad organoléptica y una atención meticulosa al detalle, cualidades que, en principio, podrían considerarse ventajas. Sin embargo, esta percepción, lejos de empoderarlas, las ubica en roles que se consideran "más apropiados" para su naturaleza.

Uno de estos roles es el trabajo en laboratorio, un campo fundamental para el proceso de vinificación. Aunque la labor en laboratorio es indudablemente esencial para la producción de un vino de calidad, el hecho de que las mujeres sean predominantemente asignadas a este ámbito contribuye a su exclusión de áreas con mayor visibilidad y poder dentro de la jerarquía profesional. A través de este proceso, las enólogas se ven restringidas a un lugar de subordinación, desempeñando tareas que, si bien son importantes, rara vez les permiten acceder a las posiciones de liderazgo o toma de decisiones. Este fenómeno no solo limita su

movilidad ascendente, sino que también perpetúa la visión tradicional de que los hombres, principalmente los enólogos jefes, son los verdaderos responsables de las grandes decisiones en la viticultura.

En el campo de la enología persiste un prejuicio arraigado que asigna a las mujeres la responsabilidad de la elaboración de vinos blancos y rosados, productos históricamente considerados más sencillos de producir y, además, frecuentemente asociados al consumo femenino. Este sesgo no solo refleja una percepción reduccionista del potencial de las mujeres en la industria, sino que también las limita a un ámbito estrechamente definido, relegado a la creación de vinos que, según este estereotipo, parecen estar destinados principalmente a un público femenino. En lugar de reconocer el potencial de las mujeres para desempeñar roles de liderazgo en todas las áreas de la producción vinícola, esta visión encierra sus capacidades en un espacio reducido, privándolas de la oportunidad de explorar y sobresalir en la elaboración de vinos más complejos, como los tintos de alta gama o aquellos con procesos más exigentes. Este prejuicio perpetúa una visión de la mujer como productora de lo "suave" o "fácil", limitando su acceso a las mismas oportunidades y reconocimiento que sus contrapartes masculinas, que son percibidos como más aptos para manejar la producción de vinos más prestigiosos. En este contexto, las mujeres quedan atrapadas en una estructura de trabajo que no solo subestima su competencia técnica, sino que también refuerza las divisiones de género en la profesión, veamos algunos testimonios:

> Creo que, también, el mundo del vino, a mi pesar, además de ser elitista, puede ser muy machista. Esa es una triste realidad. Hay generaciones o personas al frente de alguna bodega o empresa, y cuando llega alguien que puede aportar algo nuevo, alguien que puede ayudar a mejorar, a traer nuevas ideas siendo mujer, cuesta mucho. Yo lo viví realmente en dos trabajos. Lo viví, y es una tristeza porque, como mujer, al final no se tienen las mismas oportunidades. Creo que, incluso, hay mujeres con mayores capacidades, más estudios, y por ser mujeres no se les deja crecer. Yo realmente lo viví, muy marcado, en un trabajo. Me lo decían claramente: “es que tú eres mujer”, usando esa expresión de manera despectiva. Pues, con pena, yo también me he esforzado, yo también le he echado ganas y yo también lo merezco. No sé cómo será últimamente, pero cuando yo empecé, fue algo complicado. He escuchado incluso casos en los que, por ser mujer, te limitan en muchas cosas: “es que es mujer,

> no va a poder". Es una realidad muy triste, una realidad muy, muy triste. Necesitamos más oportunidades, no solo en el campo, la producción, la comercialización, la promoción turística, sino también en áreas como el laboratorio, por ejemplo. No debemos estar limitadas a esos espacios. (Carmen Palacios, 35 años, maestría en bebidas fermentadas con especialidad en enología, enóloga y directora técnica en una bodega, española, entrevista vía zoom, 6 noviembre de 2021)

> Aunque me siento feliz en mi trabajo, yo tuve, por así decirlo, la suerte de entrar allí porque soy mujer. Ahora parece que hay una tendencia a favorecer a las mujeres, y esa fue también la lógica de ellos. Lo vieron como 'es una mujer, está en tendencia', así que la pusieron al frente porque les conviene. ¿No sería eso también discriminatorio? Pero bueno, ellos me dieron la oportunidad en 2019, y sigo aquí porque supongo que hago bien mi trabajo, pero también porque les resulta conveniente. (Giovanna Cortes, 45 años, licenciatura en enología, enóloga consultora con proyecto propio, chilena-italiana, entrevista vía zoom, 3 de noviembre de 2021)

> Es algo totalmente de dientes para afuera, porque les conviene para las entrevistas y demás, pero realmente yo no tengo ningún poder. En la bodega, todos los chicos, mis compañeros, me hablan y así, pero fuera de allí, te digo que ni me conocen. Si me ven caminando hacia casa, haga frío o calor, ni se detienen. Soy como la mascota de la bodega, pero bueno, ahora es lo que hay y toca aguantar. (Olivia Aguilar, 33 años, maestría en enología, enóloga que trabaja en bodega, mexicana, entrevista vía zoom, 3 de diciembre de 2021)

La mayoría de las interlocutoras coinciden en señalar que, a pesar de que en muchos discursos se destaca una aparente apertura hacia la inclusión de mujeres en el campo de la enología, esta apertura con frecuencia no trasciende más allá de las palabras. Si bien empresarios e instituciones se apresuran a declarar su compromiso con la igualdad de género, en la práctica, las oportunidades reales para las mujeres se ven limitadas y, en ocasiones, reducidas a meras formalidades. Este contraste sugiere una brecha entre el compromiso verbal con la inclusión y la implementación concreta de políticas que garanticen una igualdad de oportunidades genuina, más allá de las declaraciones superficiales.

Uno de los aspectos más críticos que emergen de estas conversaciones es la tendencia a asignar a las mujeres roles que, más que fomentar una verdadera inclusión, refuerzan estereotipos de género ya establecidos. En muchos casos, las mujeres son asignadas a tareas que se perciben como menos técnicas o menos estratégicas, como la recepción de visitantes o la realización de tours por las bodegas. Estas actividades, aunque importantes, no tienen relación directa con el proceso técnico de la elaboración del vino, que sigue siendo una esfera predominantemente masculina. Este patrón de asignación de roles puede interpretarse como una manifestación de la superficialidad del compromiso institucional hacia la igualdad, donde la presencia de mujeres se convierte en una herramienta de marketing más que en una verdadera oportunidad para que ellas participen en la dimensión técnica y estratégica del sector vinícola.

Este fenómeno refleja una desconexión entre la retórica y la práctica, donde la inclusión se utiliza, en muchos casos, para mejorar la imagen de las instituciones, pero no para transformar las estructuras de poder que dominan el mundo de la enología. En lugar de abrir el camino a una participación equitativa en todos los aspectos del proceso enológico, la inclusión parece ser, en ocasiones, una estrategia destinada a preservar el statu quo, manteniendo a las mujeres en posiciones periféricas y simbólicas, pero sin otorgarles una voz real en la toma de decisiones o en el ejercicio del conocimiento técnico.

Las enólogas a menudo se enfrentan a un contexto complejo y, en muchos casos, desilusiónate en relación con las iniciativas de inclusión que se implementan. Aunque las políticas de inclusión y las cuotas de género se presentan como avances hacia la igualdad, muchas mujeres perciben estas medidas como esfuerzos superficiales, diseñados más para cumplir con expectativas externas que para provocar un cambio genuino en las oportunidades de trabajo. Esta sensación de superficialidad revela una desconexión entre los objetivos declarados de inclusión y las verdaderas transformaciones que se requieren para romper con las estructuras de poder establecidas.

Las cuotas de género, aunque bien intencionadas, a menudo son interpretadas como una solución temporal y limitada, cuyo impacto real en la industria es cuestionable. En lugar de cuestionar y desmantelar las barreras estructurales que impiden el acceso de las mujeres a posiciones de liderazgo o de toma de decisiones, estas cuotas pueden ser vistas como un parche que simplemente reduce la desigualdad a números, sin abordar las dinámicas

culturales y organizacionales que continúan excluyendo a las mujeres de manera sutil pero efectiva.

Así, la inclusión en el campo de la enología corre el riesgo de quedarse en una mera declaración de principios, sin llegar a impactar verdaderamente en las trayectorias profesionales de las mujeres, quienes siguen enfrentando obstáculos no solo en el acceso a oportunidades, sino también en su avance y reconocimiento dentro de la industria.

Aunque algunas enólogas han sabido aprovechar la coyuntura actual para promover sus proyectos personales, capitalizando la novedad que representa el consumo de vino producido por mujeres, este enfoque está lejos de ser sencillo y presenta matices complejos. Si bien esa visibilidad adicional puede ofrecer una plataforma valiosa para que las enólogas emergentes se destaquen y sean reconocidas en un mercado altamente competitivo, muchas de ellas sostienen con firmeza que no desean perpetuar la idea de que existe un vino para hombres y otro para mujeres. Este binomio de género, tan común en el imaginario colectivo del vino, les parece absurdo y carente de fundamento, una distorsión que no corresponde a la realidad de su oficio ni a la diversidad de los vinos que producen.

Las enólogas sostienen que categorizar el vino según el género no solo resulta una simplificación excesiva, sino que también contribuye a perpetuar estereotipos que limitan su apreciación en su totalidad. Según argumentan, la idea de que ciertos vinos deben asociarse exclusivamente con un género específico no solo reduce la riqueza de la experiencia enológica, sino que también refuerza un paradigma obsoleto que ignora la diversidad y complejidad inherentes al vino. Este producto va mucho más allá de las rígidas categorías de género.

El auge de la novedad en torno al vino producido por mujeres ha generado, sin duda, una oportunidad única para que las enólogas se destaquen. Esta visibilidad, aparentemente positiva, se presenta como un medio para que las mujeres consigan reconocimiento y espacio dentro de la industria. No obstante, el tratamiento de esta novedad conlleva riesgos que no deben pasarse por alto. Si bien el enfoque en el género puede abrir puertas, también puede caer en la trampa de convertirlo en un criterio fundamental para evaluar la calidad del vino, cuando, en realidad, el verdadero mérito debería residir en la habilidad técnica, la innovación y el conocimiento del arte de la enología, sin distinción de género.

Este tipo de visibilidad, lejos de empoderar a las enólogas, podría inadvertidamente reforzar estereotipos sobre las capacidades asociadas al género, transformando la autenticidad de su trabajo en una mera herramienta de marketing. La idea de que el vino de una mujer debe ser etiquetado como "vino femenino" o que la producción de vino por mujeres constituye un elemento diferenciador puede llegar a percibirse como una explotación de estos estereotipos, más que como un avance real hacia la igualdad de oportunidades. Para muchas enólogas, este tipo de visibilidad no solo resulta superficial, sino que perpetúa una narrativa que minimiza su competencia profesional, desvinculando su éxito del mérito genuino y relegándolo a una característica ajena al trabajo y la dedicación que hay detrás de su labor.

Es necesario, entonces, reflexionar sobre cómo el mercado y la sociedad perciben la relación entre género y vino. Si no se manejan con delicadeza, estos enfoques pueden ser contraproducentes, ya que la visibilidad obtenida a través de la novedad del género podría llegar a ser más una carga que un verdadero reconocimiento del valor intrínseco del trabajo de las enólogas. Solo a través de un cambio de mentalidad que promueva el mérito como criterio primordial, independientemente del género, se podrá garantizar que la visibilidad no sea una concesión vacía, sino un paso real hacia la igualdad y el reconocimiento profesional auténtico. Vemos algunos testimonios:

> Si tú me dices que haces vino para mujeres, yo espero que sea un vino que me ayude a evitar los cólicos o regule mi ciclo menstrual, vendérmelo con esa etiqueta solo porque es rosa, es una total tontería, es puro marketing y ni siquiera del bueno (Rita Austin, 36 años, doctorado en viticultura y enología, enóloga en bodega familiar y consultora, estadounidense, entrevista vía zoom 18 de enero de 2022)

> No hay suficientes estudios de mercado que demuestren que en realidad hay una preferencia de las mujeres por vinos afrutados, jóvenes o blancos, es puro prejuicio para decirte a ti como enóloga que esos son los vinos que puedes hacer (Patricia Alva, 36 años, licenciatura en enología, enóloga que trabaja en bodega, española, entrevista vía zoom, 7 de enero de 2022)

Para concluir este apartado, es importante profundizar en las estrategias que enólogos y enólogas emplean para impulsar sus trayectorias laborales, ya que estas decisiones no solo reflejan sus aspiraciones individuales, sino también las dinámicas sociales y económicas que

condicionan su desarrollo profesional. En el análisis, emergen principalmente dos enfoques clave. El primero se refiere a la búsqueda de oportunidades fuera del ámbito tradicional de la bodega, una estrategia que permite a los profesionales diversificar su perfil y, con ello, minimizar su dependencia de las rígidas jerarquías y normas de estratificación que caracterizan al trabajo en bodega. Esta decisión no es meramente una cuestión de movilidad profesional, sino también una respuesta a las limitaciones inherentes al entorno vitivinícola, donde las estructuras de poder pueden resultar restrictivas para la autonomía y la innovación. De esta estrategia ya había hablado líneas arriba.

Por otro lado, la segunda estrategia que surge es la opción de emprender proyectos propios. Esta vía, que podría interpretarse como una búsqueda de independencia total, ofrece a los enólogos y enólogas un mayor control sobre su desarrollo profesional y la posibilidad de crecer según sus propios términos. Sin embargo, detrás de esta aparente libertad se encuentra una realidad más compleja, el éxito de un emprendimiento enológico está marcado por los recursos de clase disponibles. La capacidad de acceder a financiamiento, la conexión con redes de apoyo y la habilidad para gestionar las incertidumbres del mercado son factores que dependen en gran medida del capital social y económico de los individuos. En este sentido, emprender no es solo una cuestión de voluntad y pasión por el vino, sino también de las estructuras de privilegio que pueden facilitar o dificultar el acceso a las oportunidades necesarias para convertir una idea en un proyecto exitoso.

Así, tanto la diversificación del perfil profesional como el emprendimiento reflejan no solo la capacidad de adaptación de los enólogos y enólogas, sino también las tensiones y desafíos sociales y económicos que condicionan sus trayectorias en un campo que, aunque lleno de potencial, sigue siendo permeable a las desigualdades.

El emprendimiento en el sector vinícola se erige como una de las empresas más desafiantes, principalmente debido a las barreras económicas que caracterizan este ámbito. La inversión inicial en los negocios relacionados con el vino no solo es sustancial, sino que está impregnada de un alto riesgo, ya que involucra no solo la compra de terrenos o la construcción de bodegas, sino también el cultivo y la transformación de productos que requieren un largo período de maduración antes de generar beneficios tangibles. Este panorama se agrava en países con una tradición vinícola consolidada, donde el mercado ya está saturado de bodegas que compiten ferozmente por captar la atención y el dinero de los

consumidores. La competencia, entonces, no es solo económica, sino también histórica, cultural y simbólica, pues las marcas establecidas gozan de una ventaja considerable en términos de prestigio y fidelidad. En estos contextos, los emprendedores deben navegar un terreno complejo y muchas veces incierto, donde los desafíos van más allá de la inversión financiera, tocando aspectos de diferenciación y posicionamiento en un mercado saturado. Así, la capacidad para establecer una propuesta de valor única, acompañada de una estrategia de comunicación efectiva, se convierte en un factor esencial para generar una base sólida de clientes y mantenerse a flote en este competitivo sector.

A lo largo de las entrevistas, muchos de los participantes han relatado cómo, para superar los desafíos inherentes a la construcción de sus proyectos, han tenido que equilibrar sus iniciativas emprendedoras con empleos formales. Esta estrategia, que a menudo implicaba una constante lucha entre la dedicación a sus propios proyectos y las exigencias de un trabajo asalariado, se mantuvo vigente hasta que sus emprendimientos alcanzaron un nivel de estabilidad y reconocimiento en el mercado. Esta dualidad de roles no solo pone de manifiesto las dificultades inherentes a la incursión en un mercado altamente competitivo, sino que también revela una realidad económica, la necesidad imperiosa de contar con un respaldo financiero y profesional. Dicho respaldo no solo permite sostener la inversión inicial en estos proyectos, sino que también constituye un refugio crucial ante los altibajos del camino emprendedor, brindando el sustento necesario para mantener el esfuerzo y la motivación en el largo plazo. Así, la combinación de empleo formal y emprendimiento emerge como una estrategia de resistencia, en la que la seguridad económica se convierte en un factor esencial para la supervivencia de las iniciativas, permitiendo a los emprendedores sortear las incertidumbres inherentes a la fase inicial de cualquier proyecto.

Las estrategias de diversificación laboral y emprendimiento propio emergen como dos de las principales rutas para la proyección profesional en el campo de la enología. Sin embargo, estas no son opciones universales ni accesibles de manera equitativa para todos los profesionales del vino. En su esencia, tanto la diversificación como el emprendimiento dependen del contexto económico que rodea al sector y de los recursos de clase de los individuos, lo que determina en gran medida su viabilidad y sostenibilidad.

El emprendedor enológico, por ejemplo, se enfrenta a un mercado que cambia constantemente, donde las oportunidades no son homogéneas ni están distribuidas por igual.

La posibilidad de lanzarse a la creación de una bodega o una marca de vino no solo depende de la capacitación técnica, sino también de la capacidad para adaptarse a las fluctuaciones económicas y de una infraestructura de apoyo, que en muchas ocasiones está vinculada a un acceso privilegiado a recursos financieros o conexiones dentro del mundo vitivinícola.

Así, la estrategia de diversificación laboral se convierte en una respuesta ante un entorno que exige flexibilidad y conocimiento transversal. Los enólogos deben ser capaces de ajustarse a las transformaciones del mercado, anticipando las demandas de nuevas tendencias, pero también reconociendo los límites impuestos por su capital social y económico. En países con economías más consolidadas o mercados con un enfoque más global, estas opciones pueden ofrecer mejores oportunidades de expansión, mientras que, en contextos menos favorecidos, los profesionales se ven restringidos a nichos de mercado más pequeños o menos rentables.

En ambos casos, la adaptación continua se vuelve clave. Los enólogos que optan por estas estrategias deben navegar un entorno de incertidumbre, donde el cambio es la única constante, y donde la capacidad para aprovechar las oportunidades o incluso para crearlas está estrechamente vinculada a la disposición de los profesionales para asumir riesgos y a la disponibilidad de los recursos necesarios para materializarlos. Veamos algunos ejemplos:

> Pues mira, nosotras somos dos chicas, dos hermanas, y la bodega está en un pueblo con 30 personas. Está en la Ribera del Duero, pero es un pueblo muy pequeño, por lo que es difícil ser nueva y que nadie te conozca. Empezamos justo antes de la pandemia, sin saber qué iba a pasar. Esto complicó mucho el darnos a conocer y empezar a vender y distribuir. Lo que quizás nos habría tomado un año, nos ha tomado dos. Pero, claro, hay que tener fe y trabajar muy duro para lograrlo. Es cierto que, siendo nuevas en una zona tan conocida, también es difícil. Hay que esforzarse mucho, darse a conocer constantemente, pero bueno, si haces las cosas bien, todo llega. (Patricia Alva, 36 años, licenciada en enología, enóloga que trabaja en bodega, española, entrevista vía zoom, 28 de octubre 2021)

> Hay un conflicto cuando uno es profesional empleado y quiere emprender. De partida, ya es difícil, uno tiene que conquistarlo. En Chile, en realidad, te pueden despedir porque está prohibido emprender en un rubro en el que eres empleado. Te pueden despedir mañana, entonces tienes que ir conquistando ese espacio. Yo comencé muy

> poco a poco y, al principio, avisé en mi trabajo que tenía este proyecto, aunque estaba en una fase incipiente. Luego, en los últimos años, formalicé el asunto y lo declaré oficialmente. La empresa me dio la opción, que te digo, es una conquista larga, pero con ese pase uno puede ir avanzando. Es importante también considerar que el emprendimiento propio te llena el alma, es muy interesante y entretenido. Sin embargo, puede ser una competencia desleal para tu trabajo si pasas todo el día preocupado por tu emprendimiento. Por eso, hay un tema de confianza y seriedad profesional, un equilibrio muy delicado. Yo, por ejemplo, trabajo con mi señora, quien se dedica 100% al proyecto, mientras que yo me ocupo de él en la tarde y los fines de semana. Sin embargo, mi deber es que esto no interfiera en absoluto con mi desempeño laboral. Lo importante es ver el objetivo de todo esto: mi objetivo es tener una empresa para poder renunciar lo antes posible y seguir mi propio camino. (André Puente, 55 años, maestría en enología, gerente vinícola y de sustentabilidad, miembro de un organismo, chileno, entrevista vía zoom, 13 de noviembre 2021)

> Incorporar tu marca en un mercado donde existen más de 500 o 600 bodegas, muchas de ellas muy clásicas y ya posicionadas desde hace años, que siguen trabajando arduamente para mantener esa posición, es un desafío. Imagínate un pequeño productor que viene desde atrás, con una mano adelante y la otra atrás, buscando encontrar su espacio en ese mercado. Es muy difícil. Además, también está el reto de comunicar al consumidor que se atreva a probar cosas diferentes, a explorar lo nuevo, ya que se están haciendo cosas muy buenas a pequeña escala, y está bien no perderse esa oportunidad para salir un poco de la monotonía. (Alessandro Totti, 39 años, licenciatura en enología, proyecto personal, italiano, entrevista vía zoom, 4 de abril de 2021)

A pesar de los riesgos inherentes, emprender y diversificarse se presentan ante los enólogos y enólogas como vías poderosas para forjar una trayectoria laboral que no solo se ajuste a sus aspiraciones profesionales, sino que también les permita escapar de las limitaciones impuestas por las rígidas normas y estructuras del gremio vinícola. En un campo donde las jerarquías tradicionales y las convenciones dominan, la opción de emprender emerge como un espacio de autonomía, brindando a los profesionales la capacidad de trazar

su propio camino, fundamentado en sus recursos y capitales profesionales de una manera más personalizada e individualizada.

Optar por el emprendimiento, lejos de ser una mera alternativa, se configura como una verdadera oportunidad de redefinir su carrera. No solo en términos de independencia, sino también en lo que respecta a la autoeficacia, la capacidad de actuar y tomar decisiones sin depender de los marcos establecidos. Este enfoque ofrece la posibilidad de consolidar una carrera en términos más satisfactorios, permitiendo a los enólogos y enólogas perseguir tanto metas profesionales como personales de manera más alineada con su visión de vida.

Además, el emprendimiento, al operar en un espacio menos condicionado por las normas estrictas de las bodegas tradicionales, otorga a estos profesionales la libertad de crear y adaptar sus propios nichos en el mercado. Esta libertad no solo fomenta la innovación, sino que también les da la oportunidad de moldear sus proyectos conforme a sus perspectivas individuales. En un entorno donde la adaptabilidad es clave, el emprendimiento se convierte en un terreno fértil para que los enólogos y enólogas exploren nuevas formas de trabajar, aprovechando sus habilidades y conocimientos de manera más dinámica y acorde con las tendencias emergentes del sector vinícola.

La movilidad, un tema que ha surgido repetidamente a lo largo de este análisis, se presenta como una de las estrategias fundamentales para el desarrollo y consolidación profesional dentro del campo de la enología. No se trata solo de un desplazamiento físico, sino de un acto complejo de adaptación y transformación constante que permite a los enólogos y enólogas navegar a través de diversos contextos laborales y geográficos. En un sector tan dinámico como el vino, donde las fronteras entre tradición e innovación son a menudo difusas, la capacidad de moverse y adaptarse a nuevas realidades se convierte en una herramienta esencial para expandir horizontes, abrir puertas a nuevas oportunidades y, sobre todo, acceder a experiencias que enriquecen la trayectoria profesional.

Esta movilidad no se limita a un mero cambio de lugar de trabajo, sino que se extiende a la participación en proyectos internacionales, donde el intercambio de saberes y el establecimiento de conexiones globales son esenciales. Además, la movilidad abre el acceso a redes profesionales diversas, claves para obtener visibilidad, reconocimiento y apoyo en un mundo laboral cada vez más globalizado y competitivo. Cada nuevo paso, ya sea en un viñedo de otro continente o en un proyecto innovador de colaboración interprofesional, se

traduce en una oportunidad para aprender, mejorar y contribuir a la expansión de la propia carrera.

En este sentido, la movilidad y el emprendimiento, aunque distintos en su enfoque, son dos caras de una misma moneda. Mientras el emprendimiento ofrece un camino hacia la independencia profesional, brindando a los enólogos y enólogas la capacidad de forjar su propio camino dentro de la industria, la movilidad proporciona los medios y el contexto necesarios para el crecimiento continuo, la expansión de la trayectoria laboral y la adaptación a las transformaciones del sector. Ambas estrategias, lejos de ser excluyentes, se complementan y refuerzan mutuamente, permitiendo a los profesionales del vino no solo sobrevivir, sino prosperar en un campo que exige tanto flexibilidad como visión estratégica en su constante evolución.

4.2 Patrones de movilidad e (in) movilidad en las trayectorias formativas de acuerdo con el origen nacional, el género y los recursos de clase

En el apartado anterior, he explorado brevemente cómo la movilidad emerge como una característica fundamental en las trayectorias laborales de los enólogos y enólogas. A través de sus desplazamientos, muchos logran alcanzar prestigio y éxito, al trasladarse entre diversos espacios laborales en busca de nuevas oportunidades, conocimientos y experiencias enriquecedoras. Este dinamismo, que marca las vidas de muchos profesionales del vino, se manifiesta en una búsqueda constante por reinventarse y por acceder a las mejores prácticas y saberes del oficio. Cohen y Gössling (2015) abordan el concepto de hipermovilidad como una modalidad de desplazamiento intensivo que se despliega a través de diversos niveles territoriales: local, nacional e internacional. Esta forma de movilidad no solo es una práctica cotidiana, sino que se convierte en una característica fundamental del estilo de vida y la trayectoria profesional de ciertos individuos.

La figura del "flying winemaker", un enólogo que viaja por el mundo trabajando en distintas bodegas y regiones vinícolas, es un claro ejemplo de lo que significa la hipermovilidad en el sector vinícola. Este fenómeno no solo refleja la globalización del mercado del vino, sino también la demanda de una especialización cada vez más exigente, donde los enólogos deben estar dispuestos a cruzar fronteras físicas para mantenerse a la vanguardia. La movilidad, entonces, se convierte en un factor determinante en la construcción de una carrera exitosa, abriendo puertas a una red internacional de

conocimientos y experiencias que son fundamentales para posicionarse dentro de los altos círculos de la enología.

En un mercado global tan dinámico y competitivo como el del vino, el "flying winemaker" no solo se desplaza, sino que utiliza sus traslados como una herramienta para adquirir y compartir conocimientos técnicos altamente especializados, adaptándose a las demandas de producción en distintos contextos geográficos y culturales.

A través de sus movimientos, este enólogo o enóloga se convierte en un punto de conexión entre diferentes mundos vinícolas, transmitiendo sus saberes y adaptándose a cada región en particular. Su habilidad para integrar conocimientos de diversas tradiciones vitivinícolas y aplicar técnicas específicas según las particularidades de cada terroir se convierte en un activo invaluable dentro de la industria global. De esta manera, la hipermovilidad no es simplemente un fenómeno de desplazamiento físico, sino un componente clave de una red de saberes y prácticas profesionales que trasciende fronteras y redefine el concepto de especialización dentro de un mercado globalizado.

Este tipo de movilidad, caracterizada por el desplazamiento constante, puede abrir las puertas a una serie de oportunidades excepcionales. A través de ella, los enólogos y enólogas pueden acceder a redes internacionales, colaborar con colegas de diversas partes del mundo e introducir innovaciones en regiones variadas, contribuyendo al avance y la diversificación del campo. Cada nueva experiencia en un entorno distinto se convierte en una puerta abierta a un vasto horizonte de posibilidades, donde la interacción con otros profesionales y el intercambio de conocimientos enriquece su práctica y fortalece su reputación.

No obstante, esta dinámica de movilidad constante no está exenta de sus retos. La necesidad de adaptarse de manera rápida y eficiente a nuevos contextos ya sean culturales, laborales o geográficos exige una capacidad de flexibilidad excepcional. A menudo, esto implica reinventar una y otra vez las rutinas diarias, aprender a gestionar las diferencias de cada región, y encontrar nuevas maneras de integrar el trabajo profesional con la vida personal. La tensión entre los desplazamientos frecuentes y la búsqueda de estabilidad personal y emocional puede ser una constante que exige habilidades de negociación interna y externa.

Si bien la movilidad ofrece una ventaja competitiva significativa en términos de visibilidad y acceso a mercados globales, también plantea una serie de desafíos en términos

de cohesión y equilibrio personal. La vida de un enólogo o enóloga puede verse marcada por una paradoja, la oportunidad de expandir sus horizontes profesionales, por un lado, y la amenaza de desarraigo y desconexión personal, por otro. De este modo, la constante movilidad no solo redefine su carrera, sino también sus vínculos personales y familiares, haciendo que la búsqueda de un equilibrio entre la vida profesional y la personal sea un desafío permanente, siempre en tensión.

Nachatter S. Garha y Andreu Domingo (2017) profundizan en el concepto de hipermovilidad, ampliándolo al vincularlo con el empleo estacional agrícola. En su análisis, proponen que, en este contexto, la movilidad no responde a decisiones estratégicas o a la búsqueda de oportunidades profesionales, sino que está fundamentalmente motivada por la necesidad económica. En su estudio sobre la diáspora sij en España, los autores ilustran cómo los trabajadores se desplazan constantemente dentro del territorio español, ajustándose a las fluctuantes demandas del mercado laboral estacional. Este fenómeno de desplazamiento refleja una forma de hipermovilidad marcada por una lógica de supervivencia, en la que los movimientos no son el resultado de una elección consciente ni de una aspiración profesional, sino más bien una respuesta directa a las condiciones de precariedad económica que caracterizan el empleo agrícola estacional. En este sentido, la hipermovilidad se convierte en una estrategia forzada, en la que la búsqueda de sustento y la adaptación a un entorno laboral inestable desplazan a las tradicionales opciones de movilidad vinculadas a un ascenso o a la construcción de una carrera profesional.

Esta perspectiva pone de relieve una paradoja significativa, mientras que la hipermovilidad, con su promesa de nuevas oportunidades, puede ser vista como una puerta abierta hacia el progreso, en muchos casos, no es más que una respuesta a la falta de opciones estables y seguras en el mercado laboral. En particular, los trabajadores del ámbito agrícola o estacional se ven atrapados en una movilidad forzada, una dinámica que no responde a una decisión personal o aspiracional, sino a la exigencia de un entorno económico que no ofrece alternativas viables. Para ellos, desplazarse de un lugar a otro se convierte en una necesidad más que en una elección, un mecanismo de supervivencia que, si bien puede ofrecer ciertos beneficios a corto plazo, conlleva también una serie de desafíos que son difíciles de eludir. La inestabilidad laboral, la falta de continuidad en los contratos de trabajo y la dificultad para establecerse en un solo lugar son solo algunas de las consecuencias que enfrentan. Esta

movilidad, entonces, lejos de ser un signo de prosperidad, refleja una vulnerabilidad estructural, una incapacidad del sistema para ofrecer condiciones laborales que brinden seguridad y posibilidad de arraigo.

La hipermovilidad, en el contexto de los enólogos y enólogas, se presenta como un fenómeno cargado de oportunidades y paradojas, que no solo moldea sus trayectorias profesionales, sino también sus identidades personales. Este proceso de movilidad constante les permite cruzar fronteras, tanto geográficas como culturales, estableciendo puentes entre diversas regiones vinícolas y mercados globales. El acceso a nuevas experiencias, la posibilidad de adquirir habilidades especializadas y la expansión de redes profesionales se perfilan como ventajas evidentes, abriendo puertas a la innovación y a un reconocimiento internacional que enriquece su trayectoria.

Sin embargo, esta misma capacidad de moverse con agilidad entre distintas realidades, aunque en principio resulta atractiva, también viene acompañada de una serie de desafíos, tanto visibles como latentes. A medida que se desvanecen las fronteras entre lo personal y lo profesional, la estabilidad, tan buscada en otras trayectorias laborales, parece escurrirse entre los dedos de quienes se embarcan en este camino. El enólogo o la enóloga hipermóvil se enfrenta a la fragilidad de las relaciones duraderas, ya que las conexiones forjadas en la cercanía y el tiempo, son reemplazadas por vínculos fugaces y, en muchos casos, transitorios.

A esta constante movilidad se suman los desafíos personales la separación de sus seres queridos, el desarraigo y la sensación de estar siempre de paso, en una vida que transita entre distintos lugares sin llegar a consolidarse en ninguno. Las emociones se entrelazan con la distancia física, configurando un paisaje emocional complejo, donde la soledad y la nostalgia se mezclan con la satisfacción de una carrera llena de descubrimientos y logros. Así, la hipermovilidad se convierte en una senda de oportunidades que no está exenta de sacrificios, y la búsqueda de éxito profesional se encuentra con las tensiones inherentes a la ausencia de un hogar fijo.

Al adentrarnos en las complejidades inherentes a la hipermovilidad, resulta interesante retomar las reflexiones de Laura MacDonald (2004), cuya investigación ofrece una mirada a cómo la globalización ha reconfigurado las jerarquías de movilidad, creando una segmentación marcada en el mercado de trabajo móvil. MacDonald sostiene que la hipermovilidad, lejos de ser una experiencia homogénea o universal, se despliega de manera

desigual, manifestándose en diversas formas que no solo son contrastantes, sino que también revelan y amplifican las desigualdades sociales y económicas existentes.

En su análisis, MacDonald señala que la globalización ha dado lugar a un nuevo tipo de movilidad, uno que, si bien ofrece nuevas oportunidades para ciertos grupos, también ha generado una suerte de "estratificación del viaje". Esta estratificación no es solo geográfica, sino que también se articula según el acceso a recursos y capitales de diversa índole, tales como el capital cultural, social y económico. Así, la hipermovilidad se convierte en una categoría que no solo distingue entre quienes tienen la capacidad de moverse y quienes no, sino también entre aquellos que pueden movilizarse de forma libre y aquellos que se ven atrapados en redes de movilidad restringida por barreras de clase, género u origen nacional.

En este sentido, el trabajo de MacDonald invita a reflexionar sobre cómo las dinámicas de la movilidad global no son meramente una cuestión de desplazamiento físico, sino también una cuestión de poder, donde las desigualdades estructurales se reproducen y refuerzan en el ámbito global. Cada forma de movilidad ya sea laboral, académica o cultural, lleva consigo un peso simbólico que refleja las diferencias entre los que pueden participar activamente en la dinámica global y los que, por el contrario, se ven confinados a márgenes periféricos de esta nueva geografía del trabajo.

MacDonald pone de manifiesto que, en el contexto global contemporáneo, la movilidad laboral está lejos de ser un fenómeno homogéneo. Por el contrario, se encuentra estratificada, marcada por una jerarquía que diferencia a los trabajadores migrantes en función de su estatus migratorio y sus niveles de calificación profesional. En la cúspide de esta jerarquía se encuentran los individuos altamente calificados, aquellos que, al contar con permisos de trabajo adecuados, se trasladan con una estabilidad que les otorga un estatus migratorio regulado y la posibilidad de acceder a empleos bien remunerados. Estos migrantes disfrutan de una posición relativamente privilegiada, pues poseen la capacidad de negociar condiciones laborales favorables y cuentan con una mayor seguridad tanto en sus desplazamientos como en sus perspectivas profesionales. Este grupo se beneficia de las dinámicas globales que valoran el conocimiento y las habilidades especializadas, posicionándolos como actores esenciales en la economía transnacional.

Sin embargo, MacDonald también destaca la existencia de una categoría opuesta y vulnerable dentro de este esquema de movilidad, los migrantes indocumentados. Estos

trabajadores, al carecer de permisos legales para residir o laborar en el país receptor, se ven obligados a acceder a empleos precarios, a menudo en condiciones de explotación y sin una red de protección jurídica. En su desplazamiento constante, estos migrantes se enfrentan no solo a la precariedad laboral, sino a la constante amenaza de deportación, lo que genera un clima de inseguridad que agudiza su vulnerabilidad. Esta división en la movilidad global ilustra con claridad una brecha entre las oportunidades disponibles para unos y otros. La movilidad no solo está determinada por el deseo o la necesidad de trasladarse, sino también por factores estructurales como el estatus migratorio y el nivel de cualificación profesional, que configuran un paisaje desigual de acceso a la seguridad laboral y a condiciones de vida dignas.

MacDonald recurre a los turistas y los refugiados como ejemplos representativos de los polos opuestos en la movilidad global, dos manifestaciones extremas que ilustran la complejidad de los desplazamientos humanos. Los turistas, por un lado, son actores hipermóviles privilegiados, cuya movilidad es una elección. Tienen la capacidad de decidir cuándo y hacia dónde se dirigen, disfrutando de un control considerable sobre las condiciones de su desplazamiento. Este poder de decisión, combinado con la libertad de elegir sus destinos, los coloca en una posición cómoda dentro de la jerarquía global. Su movimiento está marcado por la posibilidad de explorar el mundo bajo sus propios términos, una forma de movilidad que no solo es deseada, sino que está impregnada de un privilegio que los diferencia claramente de aquellos que se ven obligados a moverse por razones ajenas a su voluntad.

En el extremo opuesto, los refugiados ejemplifican a aquellos cuya movilidad es forzada, determinada por circunstancias externas incontrolables, como la violencia, los conflictos bélicos o la persecución política. Para ellos, el desplazamiento no es una opción, sino una necesidad vital impuesta por la desesperación y la huida de situaciones extremas. Su movilidad está marcada por la falta de control y flexibilidad, a diferencia de la de los turistas, y su experiencia está permeada por la coerción, la vulnerabilidad y la incertidumbre. En lugar de ser una oportunidad para explorar, la movilidad de los refugiados es una estrategia de supervivencia, un desplazamiento involuntario que refleja las desigualdades que caracterizan la movilidad global.

En un análisis más detallado, MacDonald también plantea la existencia de una "clase global" de trabajadores hipermóviles que, a diferencia de los turistas y los refugiados, navegan en un espacio intermedio, donde la movilidad es una herramienta para acceder a mejores oportunidades laborales. Sin embargo, y esta es la reflexión central, su desplazamiento no ocurre en un vacío, sino dentro de un contexto marcado por relaciones de poder. Las jerarquías raciales, étnicas y de género configuran las condiciones de su movilidad, determinando las oportunidades y limitaciones que enfrentan a lo largo de sus trayectorias laborales. Esta reflexión cobra una relevancia especial en el marco de este estudio, que se enfoca en cómo estas jerarquías afectan las trayectorias de los enólogos y enólogas, un colectivo profesional cuyo acceso a la movilidad, tanto formativa como laboral, está condicionado por las dinámicas de poder que atraviesan su campo. Al igual que los trabajadores migrantes, los enólogos y enólogas se desplazan dentro de un marco global donde el privilegio, las restricciones y las oportunidades no están distribuidos de manera equitativa. Por lo tanto, este análisis busca comprender cómo estas relaciones de poder inciden en las trayectorias profesionales y en las barreras que enfrentan los actores dentro de la industria vitivinícola.

Aunque la figura del "flying winemaker" se presenta a menudo como la cúspide del éxito para muchos enólogos y enólogas, su atractivo no siempre responde a una aspiración inquebrantable. Asociado al prestigio y la visibilidad internacional, este estilo de vida itinerante es percibido por muchos como el reflejo de una carrera exitosa. Sin embargo, para algunos de estos profesionales, el rol de "flying winemaker" no constituye un fin en sí mismo, sino una fase transitoria dentro de un camino más amplio y, a veces, incierto. En este sentido, el anhelo de movilidad constante, aunque glamoroso, no está exento de complicaciones. Al contrario, implica una exigencia significativa en términos de recursos, tanto económicos como personales, y una capacidad de adaptación ininterrumpida a un sinfín de contextos y culturas laborales que pueden resultar desgastantes.

Los testimonios de enólogos y enólogas que han transitado por este itinerario global reflejan una realidad más compleja de lo que podría parecer a simple vista. Para muchos, la idea de estabilidad y establecimiento dentro del sector vitivinícola se torna tan o más poderosa que el deseo de continuar viajando. La búsqueda de un lugar donde asentarse, con un trabajo que ofrezca seguridad y continuidad, parece, en ocasiones, más atractiva que la

promesa de aventuras profesionales y vitivinícolas por el mundo. Si bien la hipermovilidad puede parecer un sinónimo de éxito y expansión, su ritmo frenético y la falta de una base sólida pueden generar una carga de trabajo abrumadora, junto con una sensación de vacío que oscurece las recompensas inmediatas. Así, lo que inicialmente se percibe como un sueño se puede transformar en una carrera que, a largo plazo, muchos prefieren evitar, buscando en su lugar la estabilidad y el reconocimiento en un entorno más predecible.

> Lo de ser un flying winemaker es para los jóvenes, los que van empezando, porque uno ya después de cierta edad se establece. Ya no tienes tiempo porque debes priorizar. No te puedes mover con toda la familia. En fin, creo que es una etapa para los que van iniciando. (André Puente, 55 años, maestría en enología, gerente vinícola y de sustentabilidad, miembro de un organismo, chileno, entrevista vía zoom, 13 de noviembre 2021)

> El plan inicial era comenzar a viajar y trabajar por todo el mundo. Mi primera parada era California. Mientras esperaba la respuesta para saber si me daban el trabajo allí, me llegó una oferta en México, y pensé: 'Me viene bien, es solo de paso, serán tres meses'. ¡Oh, sorpresa! Me renovaron el contrato en México y esos tres meses se convirtieron en ocho. En ese tiempo conocí a mi esposa y, aquí estoy, cuatro años después. Dejé de lado el plan de viajar y decidí establecerme aquí para estar con mi familia. Comencé trabajando en Baja California, pero luego nos mudamos a San Luis Potosí. Ahora soy un argentino haciendo vino en México. (Daniel Ibarra, 39 años, licenciatura en enología, consultor que trabaja en bodega, argentino, entrevista vía zoom, 26 de febrero 2022)

Las entrevistas revelan que muchos enólogos y enólogas prefieren priorizar la estabilidad laboral por encima de la movilidad constante. La principal razón de esta preferencia radica en que el campo de la enología es altamente competitivo y estratificado, lo que otorga un valor significativo a la estabilidad y a la especialización local. Establecerse en un solo espacio o realizar consultorías a nivel local y nacional permite a los profesionales del vino consolidar una carrera más sólida y duradera. Tal como señala MacDonald (2004), la movilidad no siempre garantiza el éxito profesional, ya que implica una considerable inversión en recursos y tiempo, sin que los resultados sean necesariamente los esperados.

Además, muchos enólogos y enólogas que cuentan con proyectos personales, como bodegas independientes o iniciativas vitivinícolas propias, deben concentrar su atención y recursos en estos emprendimientos. La gestión de un proyecto personal exige un compromiso que puede limitar la capacidad de asumir roles que requieran alta movilidad. En este sentido, la estabilidad y el enfoque en proyectos locales pueden ofrecer un equilibrio más favorable entre el desarrollo profesional y el éxito empresarial, permitiendo un crecimiento sostenido dentro de un marco más controlado. Veamos algunas opiniones

> Empecé mi proyecto y me dediqué a lo mío. En realidad, es un viñedo muy pequeño, lo que implica un gran esfuerzo, ya que en la zona se producen muchas etiquetas y se elabora vino en diversas partes del mundo. Es una carrera, diría yo, o una profesión bastante conectada y competitiva. En particular, el hecho de que te pidan hacer consultorías para otros países y bodegas implica que debes priorizar a qué le dedicas tu atención. De hecho, actualmente trabajo en algo relacionado con España, pero si tengo que dejarlo por mi proyecto, lo dejo. (Mauricio Vergel, 40 años, licenciatura en enología, consultor y trabaja en bodega, francés, entrevista vía zoom, 26 de febrero 2022)

> Creo que no podría hacerlo personalmente. Me gusta ser curioso, pero también valoro la estabilidad. Así que, de momento, te diría que no. Tal vez en algún momento lo intente y me encante, pero la verdad es que disfruto muchísimo del día a día, del paso a paso y de la prueba constante, de ese sube y bájale. El microgerenciamiento me fascina, así que, en resumen, te diría que no. (respecto a ser flyn winemaker) (Sam Moore, 37 años, licenciatura en enología, gerente comercial en bodega, estadounidense, entrevista vía zoom, 23 de junio de 2021)

> Mira, cuando empecé a viajar, esta adrenalina de conocer cosas nuevas era muy padre. En los primeros dos años, aproveché para hacer la doble vendimia: en el norte del mundo, que es en febrero, y en el sur, perdón, me refería al revés, en el norte está entre septiembre y agosto, dependiendo de la latitud a la que vayas, y en el sur, es en febrero o marzo. Es algo muy padre porque puedes aprovechar para hacer dos cosechas al año. Si quisieras ser un asesor súper internacional, también podrías aprovechar y hacer dos vendimias anuales, pero, claro, esto es complicado cuando

> tienes una familia. Yo, por un momento, sí lo soñé. Luego, me casé con una gran empresa, una de las más grandes del mundo, que todavía es familiar, por eso es tan famosa. En esos dos años, la verdad es que aprendí mucho, y descubrí que me involucraba mucho con los proyectos como asesor. Sin embargo, muchas veces hay clientes que no se esfuerzan lo suficiente o no cuidan los proyectos, y eso me afecta bastante. Soy el tipo de asesor que no logra desconectarse, que no puede alejarse de los proyectos. Por eso, creo que seguir en este camino de asesoría se interponía con la gran responsabilidad de estar al frente de una gran empresa. Al final, tienes que elegir. Yo no puedo con ambas cosas, así que prefiero la empresa y mi familia." (Michell Campanella, 42 años, licenciatura en enología, consultor y trabaja en bodega, italiano, entrevista vía zoom, 23 de agosto de 2021)

> Tuve oportunidad, pero no la pude llevar a cabo porque ese año se me había complicado, tenía algunos asuntos acá en Argentina, tuve oportunidad de ir a hacer vendimia a Australia o a Estados Unidos, ¿viste? Porque había convenios, sobre todo cuando era estudiante y nada, como había tanta demanda de enólogo acá, preferí quedarme acá por un tema económico, porque acá era un trabajo fijo, ¿viste? Si bien ir a hacer vendimia a Estados Unidos, Australia, no sé si nos convenía porque te pagaban en dólares, era un tema que eran tres meses y después nada y nada, decidí no hacerlo (Armando Oropeza, 55 años, título en enología en industria frutihortícola, asesor comercial en una empresa de insumos para vino y proyecto personal de vinos, argentino, entrevista vía zoom 9 de septiembre de 2021)

Siguiendo las reflexiones de John Salt (1997), se pueden identificar una serie de motivaciones complejas que impulsan la movilidad de enólogos y enólogas, siendo una de las más prevalentes la movilidad intra-firma, particularmente dentro de las grandes corporaciones multinacionales. En este escenario, los enólogos y enólogas empleados por bodegas transnacionales se ven ante la oportunidad de trasladarse entre distintas sedes de la misma empresa, lo que no solo les permite acceder a nuevas experiencias laborales, sino que también puede representar un avance en sus trayectorias profesionales.

Este fenómeno de movilidad está generalmente orquestado por las estrategias corporativas de las bodegas, las cuales determinan los destinos, plazos y condiciones de los

desplazamientos. Los enólogos y enólogas que participan en este tipo de movilidad suelen enfrentarse a variaciones en la duración de sus estancias, que pueden ir desde desplazamientos temporales y limitados en tiempo, hasta compromisos de mayor envergadura, que abarcan plazos medianos o incluso largos. En ocasiones, estos traslados pueden llegar a implicar no solo el cambio de sede, sino también la reubicación permanente de la residencia del profesional, configurando una experiencia que puede resultar tanto enriquecedora como desafiante.

Esta movilidad, lejos de ser un fenómeno aislado, refleja las dinámicas globales de la industria vitivinícola, donde los capitales, tanto humanos como simbólicos, circulan de una sede a otra, de un país a otro, ampliando los horizontes profesionales y personales de quienes forman parte de este entramado multinacional. Sin embargo, detrás de cada movimiento hay una estructura de poder y decisiones empresariales que influye directamente en la naturaleza del traslado, ya sea por razones económicas, estratégicas o, en algunos casos, por la búsqueda de nuevas oportunidades de desarrollo en mercados emergentes.

Sin embargo, no se distribuye de manera equitativa entre todos los miembros del grupo profesional. En la práctica, las bodegas, al igual que muchas otras instituciones, toman decisiones estratégicas sobre quiénes tienen la oportunidad de acceder a experiencias internacionales. Esta selección, que se enfoca en enólogos y enólogas con mayor potencial de desarrollo, recae principalmente sobre aquellos que ya ocupan posiciones de liderazgo dentro de la estructura organizativa, como los enólogos jefes o principales. Esta dinámica no solo refleja una jerarquía dentro del campo profesional, sino también una lógica de inversión que favorece a aquellos que tienen mayores probabilidades de ascender y convertirse en figuras prominentes dentro de la industria.

El criterio de movilidad no responde únicamente a la evaluación del potencial de crecimiento de cada profesional, sino también a la consideración de su capacidad para aportar al prestigio y la imagen de la bodega. En este sentido, las bodegas, al elegir a ciertos enólogos y enólogas para ser enviados a experiencias internacionales, buscan asegurar que su representación en el ámbito global sea llevada a cabo por figuras con el perfil adecuado para reforzar su estatus. De este modo, la movilidad se convierte en un proceso estratégico que está vinculado a una jerarquización de capital simbólico, donde el acceso a redes

internacionales y el prestigio asociado a ellas se reserva para aquellos que se encuentran en posiciones de poder, reforzando así la estratificación interna del campo.

Esta lógica de selección y exclusión subraya una de las tensiones fundamentales en la industria vitivinícola, la movilidad, lejos de ser un derecho o una oportunidad accesible para todos, se distribuye de acuerdo con las dinámicas de poder y las expectativas de éxito, de modo que solo aquellos considerados los más aptos o los más capaces de representar de manera exitosa a la bodega tienen acceso a las mejores oportunidades. En este contexto, la movilidad se entrelaza con la jerarquía de prestigio y la distribución desigual de los recursos dentro del campo de la enología.

La movilidad intra-firma en el ámbito enológico, más que ser un simple proceso de traslado dentro de una misma organización, constituye un motor para el desarrollo profesional de los individuos y el enriquecimiento continuo de sus competencias. Este fenómeno, de carácter multifacético, se revela como una herramienta estratégica esencial para las bodegas multinacionales, cuyo objetivo no solo es maximizar el retorno sobre la inversión en su capital humano, sino también asegurar su posicionamiento y crecimiento sostenibles en un mercado global altamente competitivo. A través de este proceso, los profesionales enológicos no solo amplían su experiencia, sino que, al ser desplazados a distintas localizaciones geográficas, asumen roles que les permiten integrar diversas culturas corporativas y adaptarse a diferentes normativas, lo que refuerza su flexibilidad y capacidad de adaptación.

La estratificación dentro de este grupo profesional, a su vez, se manifiesta de manera clara y calculada en la selección de aquellos candidatos destinados a una movilidad internacional. Este proceso de selección no es casual, sino que refleja una visión estratégica alineada con los intereses de la bodega. Se trata de un enfoque deliberado que busca, en última instancia, fortalecer la presencia de la empresa en mercados clave, consolidando su prestigio y asegurando que su influencia se extienda más allá de las fronteras locales. La movilidad de los profesionales no solo responde a la necesidad de maximizar la eficiencia operativa, sino que también juega un papel fundamental en la construcción de una red global de conocimientos y contactos que potencia la capacidad de la bodega para adaptarse y sobresalir en un entorno internacional cada vez más interconectado y competitivo.

Este proceso, por tanto, no es solo una cuestión de desarrollo personal, sino también una herramienta estratégica que permite a las bodegas enológicas capitalizar el talento de manera efectiva, mientras refuerzan su presencia y su reputación en el complejo entramado del mercado global. Veamos algunos testimonios:

> Creo que la clave está en volverse un personaje desde el punto de vista comercial. Ya que hay enólogos en Chile muy famosos que son personajes comerciales del vino, pero que no son tan excelentes en lo técnico. No requieren serlo tampoco. (Adrián Nimbe, 36 años, licenciatura en enología y en economía, trabaja en el área financiera de emprendimientos y empresas, chileno, entrevista vía zoom 23 de junio de 2021)

> El enólogo es la cara comercial de la marca. Por ejemplo, una bodega muy conocida aquí, como Trapiche, tiene como cara visible al director de enología, Daniel Pitt. Él viaja por todo el mundo, vende los productos, lo hace todo. Él es el primer comunicador. El enólogo debe ser el primer comunicador en cualquier tipo de bodega; tiene que tener un papel importante. (Emilio Durán, 42 años, licenciado en enología, consultor, gerente en área vitícola y profesor, argentino, entrevista vía zoom, 7 de julio de 2021)

Incorporando el marcador de género, la movilidad profesional en el ámbito enológico se revela de manera compleja y diferenciada, especialmente cuando se compara la trayectoria de las enólogas con la de sus colegas masculinos. A lo largo de su carrera, muchas enólogas se benefician de las oportunidades de movilidad internacional que las bodegas les brindan, una movilidad que no solo se ve facilitada por el apoyo institucional, sino también por la estructura misma de las instituciones que las emplean. Este apoyo es fundamental, ya que les permite acceder a experiencias internacionales, un componente esencial en el campo enológico que, de otro modo, podría haber quedado relegado o incluso pospuesto durante su proceso de formación profesional.

Este impulso institucional no se limita únicamente a la apertura de puertas en el plano académico o profesional, sino que también se traduce en un respaldo económico tangible. Las enólogas, al contar con el apoyo financiero de las bodegas, pueden invertir en servicios de cuidado para sus hijos y familiares, lo que a su vez facilita su desplazamiento por el mundo enológico. Este aspecto es particularmente relevante, ya que la conciliación de la vida laboral

y familiar, influenciada por los roles de género tradicionales, es una barrera frecuente que las mujeres enfrentan en diversas profesiones. Sin embargo, la estructura organizacional de las bodegas, al ofrecer esta ayuda financiera y logística, permite que las enólogas puedan equilibrar sus responsabilidades familiares con sus aspiraciones profesionales.

Así, la movilidad profesional de las enólogas no solo se trata de una cuestión de desplazamiento geográfico, sino que está influenciada por un conjunto de factores que incluyen el apoyo institucional, los recursos económicos disponibles y la capacidad de las enólogas para sortear las barreras. Esta movilidad, por tanto, se configura como un fenómeno multifacético, en el que los elementos institucionales y personales interactúan de manera que permiten a las mujeres en la enología avanzar, pero no sin enfrentar retos significativos en el camino.

Entre las enólogas entrevistadas, se puede discernir una tendencia clara en cuanto a la movilidad profesional, aquellas que se encuentran solteras tienden a experimentar una mayor frecuencia de desplazamientos laborales. Esta movilidad parece estar vinculada, en parte, a la flexibilidad que ofrece su situación personal, lo que les permite responder con mayor rapidez y sin las restricciones que, en muchos casos, enfrentan sus contrapartes casadas y con hijos. Para estas últimas, la movilidad es un fenómeno que, aunque presente al inicio de sus trayectorias profesionales, tiende a sufrir una pausa o desaceleración a medida que la responsabilidad parental se intensifica.

En este contexto, la necesidad de equilibrar las demandas del trabajo con las del hogar se convierte en un factor determinante, y muchas enólogas se ven obligadas a suspender temporalmente sus desplazamientos hasta que sus hijos alcanzan una mayor autonomía. Este fenómeno resalta una de las principales barreras que enfrentan las mujeres en el campo de la enología, la dificultad para gestionar la doble carga de trabajo, no solo profesional, sino también doméstica. La presión sobre el tiempo y los recursos se ve intensificada por la expectativa social de que las mujeres asuman la mayor parte de las tareas de cuidado familiar, lo que a menudo limita sus opciones de movilidad laboral.

A pesar de que, al igual que sus colegas masculinos, algunas enólogas también enfrentan restricciones económicas que dificultan su movilidad, es importante destacar que, para muchas de ellas, la mayor restricción no radica en la falta de recursos financieros, sino en la estructura social que vincula las mujeres, con mayor frecuencia que a los hombres, a

responsabilidades familiares. Entre las restricciones impuestas por el contexto familiar y las oportunidades que la carrera profesional puede ofrecer, se configura un reto complejo que requiere una reflexión sobre las estructuras sociales que reproducen las desigualdades de género dentro del ámbito laboral.

Al incorporar la variable del origen nacional en el análisis de las trayectorias laborales de los enólogos y enólogas, emerge una dinámica fascinante de movilidad que se ajusta a distintos factores socioeconómicos y culturales. A lo largo de sus trayectorias formativas, los destinos asociados al norte global, con su aura de prestigio, conocimiento técnico y oportunidades académicas, se presentan como metas altamente deseables. Esta inclinación por la movilidad internacional responde a una búsqueda de experiencias adicionales y de reconocimiento en los círculos más influyentes del campo enológico. Sin embargo, al transitar hacia las trayectorias laborales, observamos un fenómeno interesante, la atracción por estos destinos sigue siendo fuerte, pero la preferencia por permanecer en los países de origen gana terreno, a menudo de manera más marcada de lo que se podría esperar.

Este fenómeno se puede observar con claridad en los casos de enólogos y enólogas provenientes de países como Argentina y Estados Unidos. Aunque muchos de ellos continúan buscando oportunidades fuera de sus fronteras, ya sea con el fin de enriquecer su experiencia profesional o brindar asesorías especializadas, la permanencia en el país natal sigue siendo una opción preferida. En este contexto, existen varias razones que justifican esta elección:

- Prestigio Local: Los enólogos y enólogas nacionales, especialmente aquellos con trayectoria y reconocimiento, gozan de una posición privilegiada en sus respectivos países. En muchas ocasiones, su labor no solo es respetada, sino que también se encuentra estrechamente vinculada a la identidad cultural y productiva del vino local. La conexión entre la viticultura y la tradición nacional fortalece su estatus como figuras clave dentro de la industria, lo que refuerza su sentido de pertenencia y valorización.
- Oportunidades Locales: En muchos países productores de vino, como Argentina y Estados Unidos, existen bodegas de renombre internacional que ofrecen espacios laborales altamente competitivos y posibilidades de desarrollo profesional. Estas bodegas, con una infraestructura avanzada y un acceso significativo a mercados globales, se convierten en polos de atracción para los enólogos, quienes encuentran

en ellas no solo estabilidad laboral, sino también oportunidades de crecimiento en el ámbito local, sin necesidad de trasladarse al extranjero.

- Atractivo Regional: Las zonas vitivinícolas nacionales, como Mendoza en Argentina o Napa Valley en Estados Unidos, cuentan con una reputación que atrae a profesionales de todo el mundo. Esto fortalece aún más la percepción de que trabajar en el país de origen no solo es una opción viable, sino que también se encuentra asociado a un prestigio regional que se proyecta al ámbito internacional. Este atractivo regional no solo está vinculado a la producción vitivinícola, sino también a la red de colaboración entre enólogos y enólogas locales, lo que a menudo genera una sensación de comunidad profesional y de pertenencia a una élite dentro del sector.

Sin embargo, a pesar de las razones que impulsan a muchos a permanecer en sus países de origen, la competencia interna sigue siendo un factor determinante que induce a muchos a explorar la movilidad. En lugares como Argentina, Chile, Italia y España, la presión de un mercado saturado y la necesidad de destacarse entre una creciente cantidad de profesionales del vino llevan a los enólogos y enólogas a considerar la movilidad internacional como una estrategia clave para acceder a mejores salarios y oportunidades. De esta manera, la movilidad no solo responde a la búsqueda de experiencias enriquecedoras, sino que también se convierte en una herramienta para capitalizar la reputación de los enólogos y enólogas provenientes de estos países, cuya calidad y renombre han logrado posicionarse de manera destacada en mercados internacionales.

Así, la movilidad laboral en el campo de la enología no solo refleja una dinámica de deseo por el conocimiento y el prestigio, sino que también es una respuesta estratégica a la creciente competencia y a las oportunidades que emergen tanto dentro como fuera de las fronteras nacionales. En última instancia, el origen nacional se configura como un factor clave en las decisiones de movilidad, modulando tanto las trayectorias profesionales como las aspiraciones de los enólogos y enólogas. A continuación, algunos testimonios:

> En Italia se dice que 'nadie es profeta en su propia tierra', y es cierto: a menudo se es mucho más reconocido fuera de Italia que dentro. En Italia hay muchas competiciones, pero lo que ha llevado a la bodega a ser reconocida y a vender mucho es haber ganado numerosos premios. Sin embargo, estamos viviendo un momento extraño en el que parece que el vino y la naturaleza van en la misma dirección, cuando

en realidad no es así. 'Vino natural' o 'vino orgánico' no existen como tales; el vino es hecho por el hombre y debe ser manejado con respeto hacia la naturaleza, hay que defenderla. En Italia, por moda y porque parece conveniente, la figura del enólogo se ve no como el mal absoluto, pero sí como una figura menos importante. Ahora vemos vinos algo 'sucios', como los de antaño, vinos que se acercan al vinagre. Se está volviendo a una cultura que, lamentablemente, se aleja del concepto de belleza. Está entrando en la lógica de la imperfección, lo cual, personalmente, me molesta un poco. Sin embargo, fuera de Italia todavía existe un gran reconocimiento del enólogo italiano, visto como uno de los más visionarios, creativos, vivos, dinámicos y siempre bien preparado respecto al presente y al futuro. Por eso es tan importante el asesoramiento internacional. (Roberto Crisol, 60 años, formación profesional, licenciatura en enología, Consultor y proyecto propio, italiano, entrevista vía zoom, 30 de septiembre 2021)

Mira, en esos años, por ejemplo, la primera vendimia que hice fuera fue en Quetal Jackson, en California, Estados Unidos. Me enteré de esa oportunidad a través de un programa que ofrecía una visa especial para jóvenes profesionales, lo que me permitió trabajar en California. Luego, tuve otra experiencia en Chile, en una bodega diferente a la de mi primera vendimia, y allí conocí a una enóloga australiana, Master of Wine, llamada Meck Brokman. Le comenté que tenía muchas ganas de aprender y conocer lo que sucedía en otros lugares, así que le pedí si podía ayudarme a conectarme con otras viñas. Ella me ayudó a llegar a dos bodegas: una en Nueva Zelanda y otra en Sudáfrica. Después, en Portugal, había una bodega que buscaba un enólogo con experiencia en el vino del Nuevo Mundo. Los países de Europa se consideran del Viejo Mundo, mientras que nosotros, como Estados Unidos y Nueva Zelanda, formamos parte del Nuevo Mundo del vino. Apliqué a esa oferta en Portugal, fui seleccionado y me contrataron para crear el estilo que ellos estaban buscando. (Giovanna Cortes, 45 años, licenciatura en enología, consultora y proyecto propio, chilena-italiana, entrevista vía zoom, 9 de agosto de 2021)

Para un enólogo, no importa si es extranjero o local. Lo que realmente importa, una vez que ya está trabajando como enólogo, es poder viajar y ver cómo se trabaja en

> diferentes partes del mundo. Esto es mucho más valioso y preciso que simplemente viajar y probar vinos, porque las condiciones de trabajo, el clima, las técnicas de elaboración y los problemas (que no son necesariamente problemas) varían según cada región. Esto hace que uno piense de manera diferente a la hora de trabajar y de querer servir. Además, se aprende sobre culturas, suelos y climas. Hacer vino no se trata solo de fermentar las uvas ni de producir un vino terminado en la bodega. Es también un proceso de comunicación, en el que se destacan los puntos de valor de cada vino, dependiendo de la región. (Felipe Oropeza, 45 años, maestría en viticultura y enología, consultor y trabaja en bodega, entrevista vía zoom, 5 de mayo de 2021)

A pesar de los desafíos asociados con la movilidad profesional, los enólogos y enólogas coinciden en la importancia y el valor de desplazarse para obtener capacitación académica o práctica. Esta categoría incluye a aquellos profesionales que, de manera individual y utilizando sus propios recursos, optan por viajar a otras regiones o países para trabajar en el campo de la enología o para profundizar su conocimiento sobre el vino. Estos desplazamientos suelen tener una duración que varía entre el mediano y el corto plazo, y están condicionados en gran medida por el capital económico y social disponible para cada individuo.

La decisión de invertir en movilidad, ya sea mediante la participación en cursos especializados, programas de formación, o experiencias laborales en bodegas de renombre internacional, puede tener un impacto significativo en la trayectoria profesional de los enólogos y enólogas. Esta inversión no solo les permite adquirir habilidades y conocimientos técnicos avanzados, sino que también facilita el establecimiento de redes profesionales en diferentes contextos vitivinícolas. A través de estos viajes, los enólogos y enólogas pueden incrementar su prestigio, mejorar su visibilidad en el mercado global y acceder a mejores oportunidades laborales.

En términos más amplios, la movilidad individual se convierte en una estrategia clave para aquellos que buscan destacarse en un campo competitivo. Al estar expuestos a diversas prácticas enológicas y culturas del vino, los profesionales pueden enriquecer su perfil profesional, aumentar su capital simbólico y abrir nuevas puertas en términos de desarrollo profesional y oportunidades de carrera. La capacidad de desplazarse y adaptarse a diferentes

entornos vitivinícolas no solo enriquece su experiencia, sino que también contribuye a su crecimiento y reconocimiento en la industria global del vino.

En el ámbito global, la movilidad profesional se ha vuelto indispensable para los enólogos y enólogas que desean prosperar en un entorno marcado por la competencia intensa y las desigualdades. En este mundo interconectado, la habilidad para desplazarse y establecer lazos internacionales se convierte en una ventaja crucial. La movilidad abre puertas a una red global de contactos, amplía horizontes de mercado y brinda acceso a oportunidades que, de otro modo, quedarían fuera de alcance. Conectarse internacionalmente y promover sus productos en escenarios diversos permite a estos profesionales del vino enriquecer sus experiencias y fortalecer su desarrollo.

Sin embargo, la misma globalización que ofrece estas oportunidades también revela e incluso amplifica las desigualdades ya presentes en el sistema. Las brechas macroeconómicas y las diferencias en las condiciones sociales entre países, así como entre grupos de trabajadores, se tornan aún más visibles en este contexto de movilidad. Así, para los enólogos y enólogas, este entorno implica no solo explorar nuevas fronteras, sino también enfrentar los desafíos que suponen estas desigualdades.

Analizar la movilidad en la enología resulta fundamental para comprender cómo estos profesionales diseñan estrategias para sacar el máximo provecho de sus capitales económicos, sociales y culturales y cómo intentan minimizar sus desventajas en un sector altamente competitivo. Aquellos que logran desarrollar trayectorias profesionales sólidas y adaptables no solo aseguran su permanencia en el campo a largo plazo, sino que también encuentran formas de ascender y consolidarse en él.

Este enfoque en la movilidad no solo fortalece su presencia y prestigio en el mercado global, sino que también los dota de herramientas para enfrentar las desigualdades inherentes a este entorno globalizado. A través de una planificación estratégica y de un uso inteligente de sus redes y recursos, los enólogos y enólogas pueden superar barreras y optimizar sus oportunidades. En última instancia, la movilidad profesional emerge como un recurso esencial para el crecimiento y la sostenibilidad en la enología, permitiendo que estos profesionales se posicionen de manera efectiva en un mercado global cada vez más desafiante.

Conclusiones

En esta tesis he explorado cómo las trayectorias formativas y laborales de los enólogos y enólogas, así como sus patrones de movilidad e inmovilidad, se configuran bajo la influencia de múltiples factores interseccionales, tales como el origen nacional, el género y los recursos de clase. A través de un enfoque interseccional, se han identificado y analizado las siguientes conclusiones clave.

Las trayectorias de enólogos y enólogas muestran una marcada heterogeneidad. Aquellos que provienen de contextos más privilegiados, tanto en términos de clase como de género, tienden a tener un acceso más fluido a oportunidades formativas avanzadas y a posiciones de alto perfil en la industria. Por el contrario, enólogos y enólogas de origen menos privilegiado enfrentan barreras significativas que afectan su desarrollo profesional, incluidas restricciones económicas, falta de redes de contacto y discriminación de género.

La investigación revela que la formación en enología y la adquisición de prestigio profesional están determinadas por la interacción de varios factores. Los enólogos y enólogas que provienen de familias con recursos de clase superiores y asociadas al vino tienen más probabilidades de asistir a instituciones educativas prestigiosas y de participar en programas de formación internacionales, lo que incrementa su movilidad profesional y su capital social.

El acceso a redes profesionales y contactos clave dentro de la industria del vino es un factor determinante en la movilidad ascendente. Los enólogos y enólogas con capital social robusto, adquirido a través de conexiones familiares o educativas, encuentran menos barreras para avanzar en su carrera. En cambio, aquellos sin tales conexiones deben depender de sus propios méritos y esfuerzos, enfrentando un camino más arduo hacia el reconocimiento y el éxito.

El análisis de las entrevistas evidenció de manera contundente la importancia de que los enólogos y enólogas provengan de familias vinculadas al mundo del vino. Esta conexión familiar no solo facilita un ingreso más ventajoso a sus trayectorias académicas, sino que también les proporciona un conjunto valioso de capitales sociales y redes de contacto, y en algunos casos, recursos de clase. Crecer en un entorno familiar asociado al vino les permite a estos profesionales comenzar con un capital simbólico y social significativo, lo que a su vez les abre puertas a oportunidades que de otro modo podrían estar fuera de su alcance.

Esta ventaja inicial se traduce en un acceso más fluido y privilegiado al campo enológico, dotándoles de una serie de recursos estratégicos, como redes de contactos preexistentes y oportunidades de formación y trabajo. En un campo profesional tan segmentado y competitivo como el de la enología, estas ventajas pueden ser determinantes para la inserción laboral y el desarrollo profesional de los enólogos y enólogas. La capacidad de movilizar estos capitales desde el inicio de sus carreras influye directamente en su posicionamiento dentro de la jerarquía del campo, permitiéndoles ocupar posiciones más prestigiosas y con mayor potencial de crecimiento a lo largo del tiempo.

En este contexto, el estudio subraya cómo las trayectorias profesionales en la enología no solo están condicionadas por habilidades y conocimientos técnicos, sino también por el acceso a recursos familiares y sociales preexistentes. Este acceso crea un entorno desigual donde aquellos con herencia en el mundo del vino pueden escalar más rápidamente y consolidar su estatus dentro del campo. Así, la procedencia familiar se convierte en un factor clave que perpetúa las desigualdades y segmentaciones internas de la profesión, al mismo tiempo que permite a algunos enólogos y enólogas transformar sus ventajas iniciales en oportunidades de liderazgo y reconocimiento a largo plazo.

Los profesionales que no provienen de familias vinculadas al mundo del vino deben realizar un esfuerzo significativamente mayor para desarrollarse académicamente en las escuelas más prestigiosas. Este sobreesfuerzo es una estrategia para contrarrestar las desigualdades inherentes a la falta de capital social y de redes de contacto dentro de la industria. Sin embargo, estas oportunidades están frecuentemente limitadas por los recursos de clase, los cuales determinan no solo la posibilidad de acceder a determinadas instituciones educativas, sino también la capacidad de adquirir las competencias académicas necesarias para competir en igualdad de condiciones con aquellos estudiantes que provienen de familias con tradición vitivinícola.

Este esfuerzo adicional, que implica una mayor inversión de tiempo, dinero y energía, es particularmente visible entre los profesionales de ciertos países, como México. Aquí, esta diferenciación en el acceso y la formación ha dado lugar a una división percibida entre los "enólogos y enólogas", considerados como profesionales con una formación académica formal, y los "winemakers", quienes a menudo tienen una formación más autodidacta o menos formalizada. Esta distinción no solo refleja una brecha en las oportunidades

educativas, sino que también refuerza otras desigualdades dentro del campo, generando una percepción de que la responsabilidad de superar estas barreras recae en los individuos, más que en el sistema educativo o en las estructuras sociales que perpetúan estas desigualdades.

A pesar de estos esfuerzos individuales y de la construcción de narrativas diferenciadoras, es fundamental reconocer que los marcadores interseccionales utilizados en este estudio, como el origen nacional, los recursos de clase, y el género, continúan teniendo un impacto mucho mayor en las trayectorias profesionales. Estas variables estructuran el acceso a recursos, oportunidades y reconocimiento dentro del campo de la enología, configurando no solo las posibilidades educativas, sino también las profesionales y sociales de los enólogos y enólogas. En este sentido, aunque el discurso pueda tender hacia una mayor individualización de la responsabilidad en la formación, las desigualdades sistémicas e interseccionales siguen siendo determinantes clave en el desarrollo profesional dentro de la industria del vino.

El capital cultural, en forma de conocimientos técnicos especializados y reputación en la enología, también desempeña un papel esencial. Sin embargo, la validación de este capital cultural está mediada por el género y la clase social. Los enólogos varones de clase alta tienden a recibir mayor reconocimiento y recompensas por su trabajo, mientras que las enólogas, especialmente aquellas de contextos menos privilegiados, deben superar prejuicios y demostrar continuamente su competencia para ser aceptadas y reconocidas en sus roles.

Las decisiones que los entrevistados toman al trazar sus trayectorias educativas están atravesadas por sus circunstancias situacionales y económicas. En este contexto, sus perspectivas de futuro se ajustan a las posibilidades que tienen a su alcance, las cuales suelen ser limitadas. La forma en que proyectan su formación profesional se enmarca en una lógica de adaptación a las restricciones impuestas por los marcadores interseccionales previamente descritos.

Aunque obtener un título profesional representa un capital institucionalizado valioso, este no siempre es el factor más determinante para el éxito en el campo de la enología. Si bien un certificado académico puede ayudar a mitigar algunas desigualdades sociales y culturales, su impacto en el campo del vino es limitado. Esto se debe a que persisten códigos culturales y simbólicos que no se pueden superar únicamente con credenciales académicas. Las diferencias de origen, particularmente el género y el origen nacional, siguen desempeñando un papel fundamental en la configuración de las trayectorias profesionales.

La presencia de estos códigos culturales y simbólicos revela que el capital académico no siempre se traduce en igualdad de oportunidades. En el ámbito del vino, la capacidad para acceder a redes influyentes y oportunidades laborales a menudo está condicionada por factores que van más allá de la formación académica. El origen nacional, por ejemplo, sigue siendo un marcador poderoso que puede determinar el acceso a posiciones de prestigio y la percepción de competencia profesional.

Las trayectorias educativas y profesionales en el campo de la enología están moldeadas no solo por las oportunidades educativas y económicas disponibles, sino también por un entramado de factores culturales y simbólicos que van más allá del simple hecho de tener un título. La intersección de estos factores resalta la complejidad del camino hacia el éxito en este campo y la necesidad de considerar una gama más amplia de variables para comprender plenamente las dinámicas que influyen en las trayectorias de los enólogos y enólogas.

La globalización como contexto ha ampliado el alcance del mercado vinícola y ha creado nuevas oportunidades para los enólogos y enólogas. No obstante, estas oportunidades no están distribuidas equitativamente. Los profesionales de países con mayores recursos económicos y reconocimiento internacional tienen más facilidad para acceder a estas nuevas oportunidades globales, mientras que aquellos de países menos privilegiados deben enfrentar desafíos adicionales, como restricciones de visado, falta de reconocimiento de credenciales y barreras lingüísticas.

La pandemia de COVID-19 actuó como un catalizador que expuso y amplificó las desigualdades existentes en la movilidad y en las oportunidades laborales de los enólogos y enólogas. Mientras algunos pudieron adaptarse y capitalizar la situación gracias a sus recursos preexistentes y su flexibilidad laboral, otros se vieron severamente afectados por la falta de apoyo institucional y la precariedad laboral, lo que subraya la importancia de los capitales previos en la resiliencia ante crisis globales.

La investigación ha demostrado que la movilidad y la inmovilidad en la enología no pueden explicarse mediante un solo eje de desigualdad. La combinación de origen nacional, género y clase configura un panorama complejo donde cada factor influye y es influido por los demás.

Los patrones de movilidad profesional no solo dependen del mérito individual o la competencia técnica, sino también de cómo las estructuras sociales más amplias, como la

discriminación por género y la estratificación de clases, limitan o facilitan la movilidad. Este hallazgo subraya la necesidad de adoptar una perspectiva interseccional en el análisis de las profesiones, especialmente en campos que tradicionalmente han sido dominados por hombres y que ahora están experimentando una transformación hacia una mayor inclusión de género y diversidad cultural.

Dado que la movilidad y el desarrollo profesional en la enología están influenciados por el capital social, cultural y económico, es importante desarrollar políticas que promuevan la igualdad de oportunidades. Esto podría incluir programas de becas dirigidos a enólogos y enólogas de contextos desfavorecidos, iniciativas de mentoría que promuevan redes profesionales inclusivas y esfuerzos para reconocer y validar competencias y credenciales internacionales.

Las bodegas y las instituciones educativas podrían fomentar una cultura que valore la diversidad y la inclusión, tanto en términos de género como de origen social y nacional. Esto no solo contribuiría a reducir las desigualdades existentes, sino que también enriquecería el campo de la enología con perspectivas diversas y una gama más amplia de experiencias y habilidades.

Este estudio aporta una nueva perspectiva al análisis de la movilidad calificada en profesiones altamente especializadas, como la enología, destacando la importancia de una aproximación interseccional que considere las múltiples dimensiones de la identidad y las estructuras de poder que influyen en el desarrollo profesional. Este trabajo de investigación, basado en información de primera mano, ha abierto una nueva línea de estudio sobre un grupo específico de trabajadores, los enólogos y enólogas. Desde una perspectiva sociológica ha proporcionado una visión de sus labores, así como de sus trayectorias laborales y formativas. Al abordar estos aspectos, no solo se ha arrojado luz sobre las dinámicas internas de la profesión enológica, sino que también se ha sentado una base sólida para futuras investigaciones que podrían explorar con mayor detalle temas relacionados con el trabajo enológico, su evolución y su impacto en la industria vitivinícola a nivel global.

Los hallazgos obtenidos y los testimonios recopilados revelan que las trayectorias formativas y laborales de los enólogos y enólogas, tanto en términos de movilidad como de inmovilidad, están marcadas por la desigualdad. Esta desigualdad se manifiesta a través de una intrincada red de ventajas y desventajas interseccionales, donde factores como el género,

la clase, el origen nacional y otros capitales influyen significativamente en sus carreras. Este entramado de relaciones es fundamental para entender cómo se configuran sus trayectorias, y también cómo los enólogos y enólogas utilizan sus recursos y capitales para transformar desventajas en ventajas competitivas. Esta capacidad de convertir limitaciones en oportunidades no solo les permite asegurar una trayectoria laboral más prestigiosa y estable, sino que también refuerza su posición dentro del campo enológico. En este sentido, la investigación destaca la importancia de un enfoque interseccional para analizar las dinámicas de movilidad y la construcción de nichos profesionales en la enología, subrayando cómo estos profesionales negocian constantemente sus identidades y posiciones en un entorno caracterizado por la desigualdad estructural.

A pesar de los avances en la igualdad de género, las construcciones tradicionales siguen condicionando las decisiones y caminos que toman, particularmente las mujeres en el campo del vino. Las representaciones de género en este ámbito perpetúan la desigualdad, posicionando a hombres y mujeres en roles diferenciados que se reflejan claramente en el mercado laboral.

El campo de la enología, como muchos otros, sigue siendo permeado por estereotipos de género. Las características físicas asociadas con el trabajo enológico a menudo se consideran más adecuadas para perfiles masculinos, relegando a las mujeres a tareas que, aunque relevantes, se han estereotipado como “femeninas”.

En respuesta a estas restricciones, las enólogas han desarrollado estrategias para desafiar y superar los límites impuestos. Muchas han hecho un esfuerzo significativo para destacarse en la profesionalización académica, desafiando la noción de que las mujeres son menos aptas para el trabajo enológico debido a su físico. Han transformado las tareas asignadas a ellas en oportunidades para resaltar su contribución y hacerse escuchar. Además, han aprovechado las iniciativas de algunas empresas que buscan cumplir con cuotas de género, lo que les ha permitido acceder a nuevos espacios laborales y visibilizar su trabajo.

Un desafío persistente ha sido equilibrar las responsabilidades domésticas y de cuidado con las demandas profesionales. La expectativa de que las mujeres asuman la principal responsabilidad del hogar y de los miembros de la familia ha puesto en riesgo su continuidad en la educación y su acceso a una carrera en la enología que sea prestigiosa, estable y altamente móvil. Para contrarrestar estas dificultades, las enólogas han recurrido a la creación

de redes de apoyo y al intercambio de conocimientos, además de buscar el respaldo de sus redes familiares para aliviar las cargas de cuidado.

No obstante, es necesario reconocer que estos desafíos no son uniformes para todas las enólogas. Las diferencias en recursos de clase y origen nacional también juegan un papel significativo, creando divisiones y desigualdades dentro del ámbito femenino en la enología. Estas variables interseccionales añaden capas adicionales de complejidad a la experiencia de las enólogas, haciendo evidente que las barreras y oportunidades en este campo son moldeadas por un entramado multifacético de factores.

A lo largo de la investigación, he observado cómo los diversos marcadores de ventajas y desventajas interactúan, subrayando la importancia del enfoque interseccional. Este enfoque nos permite entender las relaciones sociales y las trayectorias laborales dentro de una matriz dinámica, donde múltiples sistemas de desigualdad se entrelazan y construyen de manera compleja. Reducir el análisis de las trayectorias formativas y laborales de enólogos y enólogas a un único marcador interseccional ya sea género, recursos de clase u origen nacional limitaría considerablemente nuestro análisis de estas trayectorias. La interseccionalidad, en este sentido, se revela como una herramienta conceptual y analítica invaluable que facilita la exploración de las formas en que diversos marcadores de diferenciación interactúan en distintos contextos, niveles y ámbitos.

Este enfoque multidimensional es esencial para desentrañar las formas específicas en que los marcadores de desigualdad se manifiestan y afectan a los individuos en el campo de la enología. Al integrar el estudio de la sociología de las profesiones, he podido comprender cómo esta disciplina categoriza, segmenta y crea diferenciaciones entre los trabajadores de la enología. Sin esta articulación, no habría sido posible apreciar la relevancia de incorporar el enfoque interseccional en un grupo profesional que inicialmente podría parecer homogéneo o interseccionalmente favorecido.

La interseccionalidad, al revelar las complejidades y matices de las trayectorias profesionales, abre la puerta a un debate enriquecedor que es preciso continuar desarrollando en futuras investigaciones. En definitiva, la integración de la interseccionalidad en el análisis de las profesiones no solo enriquece nuestro análisis de las trayectorias laborales, sino que también impulsa un debate académico continuo sobre la construcción de identidades y la distribución de recursos en contextos profesionales específicos.

En la discusión sobre la interseccionalidad, es fundamental reconocer que no se pueden establecer jerarquías rígidas entre los diferentes marcadores de diferenciación. Sin embargo, la relevancia de estos marcadores puede variar significativamente dependiendo del contexto específico y del tema de estudio. En el caso de la enología, hemos observado que el origen nacional se destaca como un marcador particularmente relevante.

El análisis de las trayectorias formativas y laborales de enólogos y enólogas revela que son el resultado de una compleja interacción entre sus capitales personales, las oportunidades del contexto y la influencia de diversos marcadores interseccionales. Además, las significaciones simbólicas, como el prestigio asociado a su trayectoria formativa y profesional, determinan la configuración de estas trayectorias, modelando las diferencias originadas por desigualdades fundamentales como el género y el origen nacional.

Estas interacciones permiten entender por qué algunas trayectorias se desarrollan de manera más exitosa y prestigiosa, mientras que otras enfrentan mayores restos y obstáculos. A continuación, se presentan las características de las trayectorias identificadas:

- Trayectoria inestable: Esta trayectoria se caracteriza por la falta de estabilidad laboral, con enólogos y enólogas trabajando principalmente a tiempo parcial. Las decisiones laborales en este caso están motivadas en gran medida por factores económicos, y la falta de seguridad y proyección profesional complica la planificación a largo plazo en varios aspectos de la vida. Aunque estos profesionales han desempeñado roles en diferentes áreas, su flexibilidad en términos de tiempo y tareas se percibe más como una desventaja que como una ventaja. La constante inestabilidad y la falta de un trabajo con proyección limitan su capacidad para consolidar metas personales y avanzar en su carrera.
- Trayectoria estable: En contraste, aquellos enólogos y enólogas que han logrado una inserción efectiva en el mercado laboral disfrutan de una mayor estabilidad y crecimiento profesional. Algunos han conseguido empleo a tiempo completo en bodegas, mientras que otros han establecido exitosamente sus propias marcas, consolidando su independencia. Estas trayectorias están marcadas por un ascenso dentro del campo de la enología, que les permite avanzar en su profesionalización y, en algunos casos, continuar con estudios interrumpidos. En general, estos

profesionales se benefician de trabajos más estables y mejor remunerados, lo que facilita una planificación más estructurada de su vida y carrera.

- Trayectoria prestigiosa: Los enólogos y enólogas que gozan de una trayectoria prestigiosa son aquellos que han logrado aprovechar al máximo sus capitales. Su trabajo se valora altamente a nivel simbólico, y a menudo ocupan posiciones de liderazgo como jefes de enología o propietarios de bodegas. En muchos casos, estos profesionales no solo destacan por su propio éxito, sino que también emplean a otros enólogos y enólogas, consolidando su posición como figuras destacadas en el sector.

Antes de concluir, es esencial reconocer que, como en toda investigación, este estudio no ha estado exento de sesgos y limitaciones. Uno de los desafíos más notables ha sido la representatividad de la muestra en términos del origen nacional de los enólogos y enólogas. Dada la prominente influencia de este marcador interseccional, sería valioso en futuras investigaciones contar con una muestra más equilibrada que refleje la diversidad global del campo vitivinícola.

Asimismo, un enfoque más centrado en el género ofrecería una visión más detallada del papel de las mujeres en el ámbito de la enología. La dinámica de interacción entre mujeres y hombres dentro del sector promete desvelar fenómenos complejos y enriquecedores. La investigación futura podría explorar cómo los estereotipos de género y las estructuras de poder influyen en las experiencias laborales y formativas no solo de los enólogos y enólogas, sino de otros trabajadores y trabajadoras de la industria aportando nuevas perspectivas sobre las desigualdades y oportunidades en el campo.

Además, se sugiere la implementación de una estrategia metodológica cuantitativa y longitudinal en estudios futuros. Este enfoque permitiría una recopilación de datos más amplia y continua, facilitando la construcción de perfiles más precisos y la creación de tipologías de trayectorias profesionales. La combinación de análisis cuantitativos con el enfoque cualitativo utilizado en este estudio podría proporcionar un análisis más detallado de las trayectorias enológicas, identificando patrones y tendencias con mayor claridad.

En resumen, mientras que este estudio ha proporcionado valiosas percepciones sobre las trayectorias formativas y laborales en la enología, el camino hacia un conocimiento exhaustiva está lleno de oportunidades para investigaciones adicionales. La inclusión de un

enfoque más equilibrado en términos de origen nacional, género y la aplicación de metodologías más novedosas puede llevar a descubrimientos aún más reveladores y contribuir significativamente al conocimiento del campo.

Esta investigación ha sido capaz de arrojar luz sobre un grupo de trabajadores cuya importancia para la industria vitivinícola es indiscutible, pero que ha permanecido en gran medida en las sombras del análisis académico. A lo largo del estudio, los diversos giros narrativos han desvelado la intrincada red de contextos y relaciones que modelan las trayectorias de estos profesionales. Aunque a primera vista el grupo de enólogos y enólogas podría parecer homogéneo, la realidad es mucho más heterogénea. La información recabada en campo, a pesar de las limitaciones impuestas por las restricciones de movilidad, ha permitido un acceso a la experiencia vivida de estos individuos. Los testimonios obtenidos revelan un panorama de desigualdades y desafíos que trascienden las apariencias superficiales.

Cada relato y cada dato recopilado han sido piezas clave para construir un análisis más completo y detallado de cómo estos profesionales viven y trazan sus trayectorias en un contexto marcado por la desigualdad. La riqueza de esta información de primera mano es invaluable; no solo ilumina las múltiples facetas de las trayectorias formativas y laborales de los enólogos y enólogas, sino que también subraya la complejidad de las interacciones entre sus capitales, oportunidades contextuales y marcadores interseccionales.

Esta investigación no solo ha sacado a la luz la diversidad de experiencias dentro del campo de la enología, sino que también ha desafiado las nociones preconcebidas sobre la homogeneidad del grupo. Ha demostrado que la realidad de estos trabajadores está impregnada de matices y tensiones que merecen análisis.

Así, el valor de esta investigación reside no solo en los hallazgos que ha producido, sino también en el camino que ha trazado para una exploración más detallada y enriquecedora de un grupo cuya influencia en la industria vitivinícola es innegable, pero cuya complejidad ha sido largamente subestimada. En definitiva, esta investigación ha puesto de manifiesto la necesidad de una mirada más exhaustiva sobre el campo de la enología, invitando a futuros estudios a adentrarse en las profundidades de un mundo profesional que, aunque aparentemente uniforme, está lleno de desafíos, desigualdades y oportunidades inexploradas.

Anexo metodológico

En este anexo se incluye el planteamiento del problema, se detallará cómo se diseñó la estrategia de contacto a través de los medios sociodigitales, así como los cuestionarios de entrevistas. Se presentará una descripción paso a paso, procurando que sea lo más ilustrativa posible, especialmente para aquellos que no están familiarizados con las herramientas y técnicas sociodigitales. Así como el análisis de la información en atlas.ti

Pregunta de investigación central:

¿Cómo se configuran las trayectorias formativas y laborales y los patrones de movilidad/inmovilidad de los enólogos y enólogas de acuerdo con su origen nacional, género y recursos de clase?

Preguntas secundarias

• ¿Cuáles son las principales diferencias en las trayectorias formativas y laborales y la movilidad e inmovilidad de acuerdo con el origen nacional, el género y los recursos de clase?

• ¿Cómo se adquiere el prestigio en la enología y que tanto influye en las trayectorias formativas y laborales y la movilidad/inmovilidad de acuerdo con su origen nacional, género y recursos de clase?

• ¿Cuáles son los principales capitales con los que cuentan los enólogos y las enólogas y como impactan en el desarrollo de sus trayectorias formativas y laborales y movilidad/inmovilidad de acuerdo con su origen nacional, género y recursos de clase?

Hipótesis

Las trayectorias formativas y laborales y los patrones de movilidad/inmovilidad de las enólogas y los enólogos no son homogéneos, sino que dependen de cómo se articulan los distintos sistemas de discriminación y privilegios asociados principalmente al origen nacional, el género y los recursos de clase.

Objetivo general:

Analizar cómo se configuran las trayectorias formativas y laborales y los patrones de movilidad/inmovilidad de los enólogos y enólogas de acuerdo con su origen nacional, género y recursos de clase.

Objetivos específicos:

• Identificar cuáles son las principales diferencias en las trayectorias formativas y laborales de los y las enólogas, así como los patrones de movilidad e inmovilidad de acuerdo con el origen nacional, el género y los recursos de clase.

• Analizar cómo se adquiere el prestigio en la enología y en qué medid influye en las trayectorias formativas y laborales, así como en los patrones de movilidad e inmovilidad de acuerdo con su origen nacional, género y recursos de clase.

• Identificar cuáles son los principales capitales con los que cuentan los enólogos y las enólogas y la forma en la que impactan en el desarrollo de sus trayectorias formativas y laborales, así como en sus patrones de movilidad/inmovilidad de acuerdo con su origen nacional, género y recursos de clase.

Paso 1. Delimitar los medios sociodigitales a utilizar.

Inicialmente, se seleccionaron las plataformas digitales de Twitter, Facebook e Instagram para llevar a cabo el trabajo de campo. Sin embargo, el proceso reveló desafíos significativos que llevaron a una reevaluación de la estrategia.

Twitter fue descartado rápidamente. La dificultad principal residía en la limitación para contactar a los interlocutores. En Twitter, sólo se pueden enviar mensajes directos a usuarios que también te siguen, y solo se logró que un usuario aceptara seguirme, lo cual fue insuficiente para establecer una red significativa de contactos.

Facebook, aunque permitía el envío de mensajes privados a cualquier usuario, presentaba otro tipo de dificultad. Enviar mensajes a personas con las que no se tiene una relación previa, especialmente sin haber sido aceptado como amigo, parecía invasivo. A pesar de haber enviado varias solicitudes de amistad, no se recibió ninguna aceptación. Esto se debió en gran parte a que los usuarios suelen ser cautelosos al aceptar solicitudes de desconocidos, especialmente si no comparten amigos en común.

No obstante, Facebook ofreció una herramienta valiosa: los grupos. Estos espacios permiten a usuarios con intereses similares compartir información y participar en discusiones dentro de un entorno moderado por un administrador. Los grupos pueden ser privados o públicos, y antes de unirse a cualquier grupo, es necesario proporcionar una razón para la solicitud de ingreso.

A continuación, algunos ejemplos de las interacciones que se dieron en estos grupos:

- Publicaciones de Preguntas y Respuestas: Los miembros frecuentemente planteaban preguntas sobre prácticas enológicas, intercambiaban consejos y solicitaban recomendaciones sobre técnicas o productos específicos.
- Compartición de Recursos: Los usuarios compartían enlaces a artículos, estudios, webinars y eventos relevantes en el campo de la enología, lo que permitió una rica acumulación de recursos y oportunidades de aprendizaje.
- Debates y Discusiones: En estos grupos, se llevaban a cabo discusiones sobre temas controversiales o innovaciones en el campo de la enología, lo que facilitó el entendimiento de las tendencias actuales y las preocupaciones de la comunidad.
- Networking y Contactos: Aunque el contacto directo fue limitado, muchos miembros se presentaban y solicitaban conexiones profesionales, lo que permitió identificar posibles interlocutores para futuras entrevistas.

Estas interacciones en los grupos de Facebook demostraron ser un recurso valioso, no solo para establecer contacto inicial, sino también para comprender mejor el contexto y las preocupaciones del sector enológico. A través de estas plataformas, se pudo construir una red de contactos más amplia y obtener una perspectiva más profunda sobre la realidad laboral y formativa de los enólogos y enólogas.

Finalmente, se decidió que Instagram era la plataforma óptima para llevar a cabo el trabajo de campo. Esta decisión se basó en varias ventajas que ofrecía la plataforma para contactar a los interlocutores y recolectar información. Instagram se destacó por varias razones clave:

- Acceso Directo a los Perfiles: En Instagram, los perfiles de los usuarios pueden ser públicos o privados, lo que facilita el envío de mensajes directos sin necesidad de ser amigos. Esta flexibilidad en el acceso fue fundamental para superar las limitaciones encontradas en Twitter y Facebook.
- Aceptación de Mensajes de Desconocidos: Los usuarios de Instagram están más habituados a recibir mensajes y seguidores de desconocidos, lo que permitió una comunicación más fluida y directa con los enólogos y enólogas.
- Enfoque Visual: La plataforma se basa en compartir imágenes y fotos, lo que la convierte en un excelente medio para ofrecer una visión detallada y atractiva del trabajo de los enólogos y las bodegas. Esta característica visual resultó ser una

ventaja adicional, ya que muchos enólogos y bodegas utilizan Instagram como un portafolio digital para mostrar sus productos, técnicas y resultados.

- Portafolio Profesional: Instagram ha evolucionado para ser un espacio donde los profesionales y las empresas pueden exhibir sus trabajos y proyectos. Para los enólogos, esto significaba una oportunidad para mostrar el proceso de vinificación, los productos terminados y las innovaciones en el campo, lo que facilitó una comprensión más profunda de sus trayectorias y prácticas.

Gracias a estas características, Instagram se convirtió en una herramienta clave para conectar con los profesionales del sector, obtener información directa y explorar las trayectorias laborales y formativas en el ámbito de la enología. La plataforma no solo facilitó el contacto inicial, sino que también proporcionó un contexto visual valioso para el análisis de las trayectorias y prácticas de los enólogos y las bodegas.

Paso 2. Creando un perfil profesional y seguro de Instagram

Los medios sociodigitales, aunque poderosos, pueden ser un arma de doble filo. La posibilidad de crear perfiles falsos añade una capa de complejidad y riesgo a la investigación. Para proteger tanto mi seguridad como mi privacidad tomé la decisión de no utilizar mi perfil personal de Instagram. El objetivo era evitar que los interlocutores accedieran a información personal que podría comprometer la integridad del proceso investigativo.

Así, opté por abrir una nueva cuenta exclusivamente para los fines de la investigación. Esta decisión, aunque lógica, no estuvo exenta de desafíos. De acuerdo con Ana Paulina Gutiérrez (2016) y Cristine Hine (2015), en el ámbito de las redes sociales, los perfiles nuevos, con pocas interacciones o seguidores, a menudo suscitan desconfianza. Esta es una reacción común entre los usuarios, quienes pueden cuestionar la autenticidad de un perfil que parece surgir de la nada.

Esta desconfianza natural es una barrera que se debe superar para lograr una interacción efectiva. A pesar de las preocupaciones, la creación de una cuenta nueva se consideró necesaria para salvaguardar la privacidad y garantizar la seguridad del proceso investigativo. La estrategia consistió en construir una presencia sólida y creíble dentro de la plataforma, fomentando gradualmente las interacciones y la confianza con los enólogos y enólogas.

Así, me embarqué en la tarea de establecer una conexión genuina con los interlocutores, superando las barreras iniciales de desconfianza y avanzando en el proceso de recolección de datos en un entorno digital que, aunque desafiante, ofrece valiosas oportunidades.

Para superar los desafíos asociados con el uso de un perfil nuevo en Instagram, tomé la precaución de crear esta cuenta dos meses antes de iniciar la búsqueda de entrevistados. Durante este tiempo, se solicitó a amigos cercanos y familiares que siguieran el nuevo perfil y participaran en la interacción con las fotos que se subían. Estas imágenes estaban cuidadosamente seleccionadas para ser discretas, evitando revelar demasiada información personal, pero lo suficientemente representativas para validar la autenticidad del perfil.

En el perfil, se incluyó información básica: la profesión, un pasatiempo y la nacionalidad. Este enfoque ayudaba a establecer una presencia creíble sin exponer detalles innecesarios.

Una vez el perfil estuvo activo y comenzó a generar una red básica de seguidores, se pasó a la siguiente fase: el diseño del mensaje inicial para contactar a los posibles entrevistados. Este mensaje tuvo que ser directo y conciso, adaptándose al estilo de comunicación típico de Instagram, donde los usuarios suelen ser breves debido a la naturaleza efímera de la plataforma.

El objetivo del mensaje era claro: captar la atención del contacto en ese primer intercambio y presentar de manera efectiva el propósito de la investigación. Este primer contacto debía ser lo suficientemente atractivo para generar interés, permitiendo así la posibilidad de profundizar en la conversación y explicar en detalle los objetivos de la investigación en las siguientes interacciones.

Con esta estrategia, se buscaba establecer una conexión genuina y asegurar una comunicación efectiva, allanar el camino para un diálogo fructífero y obtener la información necesaria para el estudio.

Paso 3. La búsqueda de interlocutores

En el momento en que se definieron la plataforma y los usuarios objetivo, se inició una primera búsqueda de interlocutores utilizando una estrategia meticulosa: el rastreo de hashtags. Los hashtags, esos pequeños hilos digitales, funcionan como palabras clave que las personas emplean para etiquetar y organizar el contenido que comparten en las redes sociales. Más que simples etiquetas, los hashtags actúan como portales que conectan a individuos con intereses similares, creando una red de conexiones a través de un simple clic.

Cuando alguien selecciona un hashtag para acompañar su contenido, automáticamente lo enlaza con un vasto universo de publicaciones sobre el mismo tema. Es como si cada palabra seleccionada abriera una puerta hacia un espacio compartido, donde se agrupan y organizan miles de ideas, comentarios y experiencias relacionadas. Esta mecánica no solo facilita la búsqueda de información, sino que también permite identificar a quienes están activamente conversando sobre un tema en particular, revelando lo que cada uno de ellos tiene para decir o mostrar.

En este caso, la meta era clara: localizar a enólogas y enólogos, explorando su presencia y voz en las redes. Para ello, se rastrearon hashtags específicos que resonaban en el mundo del vino: #enólogos, #enologas, #mujeresenelvino, #enólogosmexicanos, #enólogosdeespaña, #enólogosdeargentina, #enólogoschilenos, #wineandwomen, #winemaker, #oenologist, y #eonology.

Cada uno de estos hashtags se transformó en un hilo conductor, uniendo fragmentos de conversaciones dispersas a lo largo de distintas geografías y culturas. A medida que se seguían estos hilos, se iba revelando una comunidad diversa, pero estrechamente conectada por una pasión común: el vino. Este rastreo digital no solo permitió mapear a los profesionales del vino, sino que también ofreció una mirada más profunda a las conversaciones, los desafíos y los logros que conforman su mundo.

Los resultados obtenidos fueron mixtos. En algunos casos, el rastreo fue muy fructífero, desvelando perfiles y conexiones valiosas; en otros, la búsqueda no produjo resultados relevantes. Sin embargo, como estrategia inicial, resultó ser un paso crucial para identificar a los primeros enólogos y enólogas. Además, el análisis de la información recopilada arrojó datos interesantes que enriquecieron el proyecto.

Por ejemplo, el hashtag #mujeresenelvino emergió como un punto focal, utilizado mayoritariamente por enólogas chilenas y argentinas. Este hashtag no solo sirve como una etiqueta, sino como un símbolo de identidad y pertenencia, un medio a través del cual estas mujeres se identifican y establecen redes de apoyo y colaboración. Este descubrimiento añade una capa significativa al análisis de género, proporcionando una ventana hacia las dinámicas de género en la enología, y cómo estas profesionales están forjando espacios de solidaridad en un campo históricamente dominado por hombres.

Este hallazgo no solo subraya la importancia de las redes sociales como herramientas de conexión y empoderamiento, sino que también plantea preguntas sobre cómo estas dinámicas pueden influir en la evolución del campo de la enología en el futuro. Así, lo que comenzó como un simple rastreo de hashtags se convirtió en una exploración más profunda de las estructuras sociales y profesionales que están moldeando el mundo del vino.

Además de seguir a enólogas y enólogos, se amplió el rastreo a las bodegas que utilizaban estos hashtags en sus publicaciones. Esta estrategia resultó ser doblemente beneficiosa, ya que muchas bodegas incluyen en sus perfiles los nombres de los enólogos y enólogas que trabajan en ellas. Este enfoque permitió no solo mapear a los profesionales del vino de manera más exhaustiva, sino también identificar las conexiones entre ellos y las bodegas donde desarrollan su labor.

Paralelamente, participé en un proyecto de investigación dirigido por mi tutora, que consistía en monitorear noticias sobre el mundo del vino. Este seguimiento se convirtió en una valiosa fuente de información adicional: cada vez que el nombre de un enólogo, enóloga o bodega aparecía en las noticias, se realizaba una búsqueda para verificar si tenían un perfil en Instagram. Si se confirmaba su presencia en la red social, se procedía a agregarlos al conjunto de datos.

Esta integración de diferentes fuentes y estrategias permitió construir una red de contactos más rica y diversificada, entrelazando las conexiones profesionales del mundo del vino con su representación en los medios de comunicación y las redes sociales. Así, se enriqueció no solo la base de datos de perfiles, sino también la comprensión de cómo las enólogas y enólogos, junto con las bodegas, se posicionan y comunican en el ecosistema digital. Este enfoque holístico no solo facilitó la identificación de los actores clave en la enología, sino que también proporcionó un panorama más amplio de la interacción entre el vino, los profesionales que lo producen, y su presencia en la esfera pública.

Paso 4. Otras estrategias de búsqueda

Como mencionaba anteriormente, Instagram es una plataforma que destaca por su énfasis en imágenes y videos breves. Este enfoque visual abrió una nueva dimensión en la investigación, permitiendo no solo seguir las palabras, sino también analizar el contenido visual que los enólogos, enólogas y bodegas compartían. Se comenzó a observar detenidamente qué tipo de

imágenes y videos publicaban, cómo interactuaban con sus seguidores, y cómo estos elementos visuales podían aportar información valiosa para el proyecto.

La información que los usuarios proporcionan en sus perfiles resultó ser otra fuente crucial de datos. Muchos enólogos y enólogas incluyen enlaces directos a las bodegas en las que trabajan, aprovechando sus perfiles para promocionar estas empresas. Algunos incluso añaden más de una bodega cuando trabajan como consultores, lo que no solo evidencia su versatilidad profesional, sino también sus múltiples conexiones dentro de la industria vinícola.

Además, se detectó un patrón interesante en los nombres de usuario. Algunos profesionales incorporan términos como "Enólogo" o "Winemaker" en sus nombres, por ejemplo, "Enólogo Juan Pérez" o "Juan Pérez Winemaker". Este tipo de perfil, al indicar explícitamente su carácter profesional, mostró una mayor disposición para participar en entrevistas, facilitando el acceso a testimonios y perspectivas directas.

La interacción con estos perfiles no solo permitió identificar nuevos interlocutores, sino también comprender mejor cómo se presentan y se promocionan en el entorno digital. Así, el análisis se enriqueció no solo con datos visuales y textuales, sino también con un entendimiento más profundo de cómo los enólogos y enólogas utilizan Instagram como herramienta de networking y autopromoción. Este enfoque integral aportó una capa adicional de contexto y profundidad al proyecto, transformando la investigación en una experiencia dinámica y multifacética.

Las imágenes y videos compartidos por los enólogos y enólogas no solo ofrecieron información sobre sus actividades, sino que también se convirtieron en una herramienta clave para identificar a otros profesionales en el campo. La estrategia utilizada fue ingeniosa y eficaz: primero, se localizaron fotografías de carácter técnico publicadas por los primeros interlocutores identificados. Estas imágenes, que documentaban procesos específicos de la enología, se convirtieron en un punto de partida para profundizar en la red de contactos.

El siguiente paso consistió en revisar los comentarios asociados a estas publicaciones. La interacción en los comentarios resultó ser una mina de oro para identificar a otros enólogos y enólogas, ya que los profesionales suelen utilizar un lenguaje técnico que revela su conocimiento especializado. Por ejemplo, en una imagen que mostraba un proceso conocido como clarificación, compartida por un enólogo contactado gracias al rastreo de hashtags, otro

usuario comentó utilizando un vocabulario claramente técnico. Este detalle fue un indicio de que el comentarista probablemente también se dedicaba a la enología.

Basándose en el lenguaje utilizado, se procedió a investigar el perfil del comentarista. Al revisar su perfil, se confirmó que efectivamente se trataba de otro enólogo. Esta metodología no solo permitió identificar a nuevos interlocutores, sino también establecer un criterio de selección basado en la competencia técnica y el conocimiento especializado. Al contactar a estos nuevos enólogos y enólogas, se ampliaron las conexiones en la red de estudio, enriqueciendo el proyecto con perspectivas adicionales.

Este enfoque de rastreo e interacción a través de contenidos visuales y comentarios técnicos no solo demuestra la profundidad de la comunidad enológica en Instagram, sino que también subraya la importancia de las redes sociales como herramienta para construir redes profesionales basadas en la expertise y el intercambio de conocimientos. Así, cada imagen y cada comentario se convirtió en una pista, un hilo que, al ser seguido, revelaba nuevas conexiones y oportunidades de colaboración.

Finalmente, cabe destacar que los perfiles de las bodegas también se convirtieron en una fuente valiosa para localizar a enólogas y enólogos. Muchas bodegas incluyen en sus perfiles el nombre de los profesionales que forman parte de su equipo, lo que facilita su identificación y contacto. Además, algunas bodegas publican imágenes promocionales de visitas realizadas por enólogos y enólogas reconocidos, aprovechando la notoriedad de estas figuras para destacar sus productos o eventos especiales.

Estas publicaciones no solo proporcionaron nombres y rostros, sino que también ofrecieron pistas sobre las conexiones y colaboraciones entre enólogos y bodegas. Cada mención o imagen se convirtió en una oportunidad para expandir la red de contactos y profundizar en el mapeo de los actores clave en el mundo del vino. Así, el rastreo de los perfiles de las bodegas permitió no solo identificar a nuevos profesionales, sino también observar cómo se tejen las relaciones dentro de la industria vinícola, añadiendo una capa más de complejidad y riqueza al análisis del proyecto.

Del proceso de las entrevistas

En este apartado, se describe cómo se llevó a cabo el proceso de entrevistas una vez implementada la estrategia metodológica basada en medios sociodigitales, previamente

detallada. Se abordarán las distintas etapas que siguieron a este primer acercamiento, así como una reflexión sobre este particular trabajo de campo.

Como mencioné anteriormente, la primera búsqueda de enólogos y enólogas para las entrevistas se realizó a través de Instagram, utilizando hashtags como principal herramienta de identificación. En un primer ejercicio, se emplearon hashtags generales como #enólogo, #enóloga, #mundodelvino, #oenologist. Estos hashtags proporcionaron un punto de partida, pero conforme se fueron obteniendo resultados, quedó claro que ciertos hashtags funcionaban mejor en algunos países que en otros.

Este descubrimiento llevó a un ajuste en la estrategia, enfocando los hashtags de acuerdo con la geografía y el contexto cultural de cada país. A continuación, se presenta cómo se conformaron los grupos de hashtags según los países seleccionados:

- México: #mujeresyvino, #vinosmexicanos, #mexicanosenelvino, #enologospasionados
- Argentina: #mujeresenelvino, #enologosargentinos, #enologosporelmundo, #díadelenologo
- Estados Unidos: #winewoman, #womeninwine, #winemaker, #oenologistlife, #winemaking
- Chile: #winewoman, #mujeresenelvino, #winehistory, #enologosdechile, #diadelenologo
- España: #womeninwine, #mujeresyvino, #winelover, #enologosporelmundo

Cada uno de estos conjuntos de hashtags fue seleccionado cuidadosamente para maximizar la efectividad en la identificación de enólogos y enólogas en cada región. Por ejemplo, en México, los hashtags reflejan tanto el enfoque en la promoción del vino mexicano como la inclusión de mujeres en la industria vinícola. En Argentina, se destacaron los hashtags que resaltan el orgullo nacional y la proyección internacional de sus enólogos. En Estados Unidos y España, se dio prioridad a hashtags que combinan la promoción del vino con el empoderamiento de mujeres en la industria.

Este enfoque adaptado permitió una identificación más precisa y eficiente de los profesionales del vino, facilitando el establecimiento de contactos y la posterior realización de entrevistas. Además, esta experiencia subraya la importancia de considerar el contexto cultural y regional en la investigación social, especialmente cuando se trabaja en plataformas

globales como Instagram. La estrategia metodológica, basada en el análisis cuidadoso de hashtags y en la observación de las dinámicas de interacción, resultó ser un recurso invaluable para comprender mejor el campo de la enología y las particularidades de los actores involucrados en diferentes partes del mundo.

La especialización en el uso de hashtags permitió refinar significativamente la búsqueda y equilibrar la representación de interlocutores por país. Inicialmente, el primer acercamiento había dado lugar a una sobre representación de ciertos países y a una escasez de entrevistas en otros, generando no solo un sesgo de edad, sino también un sesgo de nacionalidad. Esta desproporción evidenció la necesidad de ajustar la estrategia para lograr una representación más equilibrada y diversa en el estudio.

Para abordar esta situación y considerando que la búsqueda en Instagram comenzaba a mostrar signos de agotamiento, decidí implementar una segunda estrategia: la técnica de la bola de nieve. Este enfoque consistió en pedir a los primeros entrevistados que actuaran como intermediarios, conectándome con otras enólogas y enólogos que pudieran estar disponibles para participar en el estudio. Esta técnica no solo amplió la red de contactos, sino que también permitió una mayor precisión en la selección de nuevos informantes.

Dado que los primeros interlocutores ya estaban familiarizados con el proyecto y sus objetivos, se pudo ser más específica en las solicitudes. Por ejemplo, como uno de los sesgos identificados era la edad y otro la nacionalidad, se les pidió que recomendaran contactos dentro de ciertos rangos de edad y nacionalidades específicas. Esta especificidad en las solicitudes ayudó a corregir los sesgos iniciales y a diversificar la muestra de entrevistados, permitiendo obtener una visión más rica y matizada de la enología a nivel internacional.

La implementación de la técnica de la bola de nieve no solo ayudó a expandir el alcance de las entrevistas, sino que también fortaleció las conexiones dentro del campo de estudio, creando una red de interlocutores más representativa y diversa. Este enfoque colaborativo, apoyado en la confianza y el conocimiento compartido entre los enólogos y enólogas, resultó esencial para superar las limitaciones iniciales y avanzar en la construcción de un análisis más equilibrado y profundo de la industria vinícola global.

Esta segunda etapa del proceso de entrevistas resultó ser tanto benéfica como fructífera, demostrando la importancia de adaptar y diversificar las estrategias metodológicas en una investigación tan compleja y globalizada. Si la estrategia de entrevistas a través de medios

sociodigitales se hubiese limitado, por ejemplo, solo a España o Chile, es probable que la información obtenida hubiera sido mucho más limitada. Acceder a profesionales de estos países a través de Instagram resultó ser especialmente complicado, ya que se percibía una notable desconfianza por parte de los entrevistados al saber que la solicitud provenía de México. Esta desconfianza, totalmente justificada, se debe en gran medida a la imagen del país en los medios internacionales, lo que complicaba el flujo de información.

El acceso a entrevistas en España y Chile, por tanto, solo se logró con éxito una vez que se implementó la estrategia de la bola de nieve, donde la intermediación de otros informantes jugó un papel crucial. Esta técnica no solo facilitó el acceso en estos países, sino que también permitió la expansión de la red de informantes a otros contextos geográficos de gran relevancia en el mundo de la enología, como Francia e Italia. Aunque la barrera del idioma complicaba el acceso a estos países, su importancia en el ámbito vinícola hacía imprescindible su inclusión en el estudio.

Durante esta segunda etapa, el proceso de contacto se volvió más directo y personal. Generalmente, los números telefónicos se compartían y el primer contacto con los nuevos informantes se establecía a través de WhatsApp, seguido por entrevistas realizadas vía Zoom o videollamada en la misma plataforma de mensajería. Esta cercanía y recomendación previa hicieron que el contacto inicial fuera más fluido, aunque no siempre resultaba en una entrevista exitosa. Algunos potenciales entrevistados no accedieron a participar por dos razones principales: primero, la necesidad de autorización por parte de su empresa o bodega, y segundo, la dificultad para coordinar horarios, lo que impedía concretar la entrevista.

Otro desafío surgió cuando los primeros informantes proporcionaban contactos que no cumplían con el perfil solicitado, o que ni siquiera estaban directamente involucrados en la enología, como sommeliers en lugar de enólogos. Sin embargo, estas entrevistas se llevaron a cabo, dado que el informante consideraba relevante la aportación de estas personas dentro de su red de contactos. Aunque no siempre se ajustaban al perfil inicialmente buscado, estas entrevistas resultaron valiosas para el análisis contextual e histórico, aportando perspectivas que enriquecieron la comprensión del panorama vinícola y las dinámicas de la industria.

En resumen, esta segunda etapa no solo superó las limitaciones iniciales de acceso, sino que también permitió una mayor diversidad en la muestra, asegurando un análisis más robusto y representativo de la enología en diferentes contextos globales. La flexibilidad y la

adaptabilidad demostradas en esta fase subrayan la importancia de ajustar las estrategias de investigación en función de las realidades y desafíos específicos de cada entorno, maximizando así la riqueza y validez de los datos recopilados.

En cuanto a la temporalidad de las estrategias utilizadas, no hubo un momento específico en el que se concluyó el contacto vía Instagram para pasar al contacto únicamente a través de WhatsApp. En realidad, ambas estrategias se llevaron a cabo simultáneamente durante un período. Gradualmente, conforme se fueron agotando las posibilidades de nuevos contactos a través de Instagram, la atención se concentró en la técnica de la bola de nieve, abandonando progresivamente el rastreo en redes sociales.

Cuando se inició el primer acercamiento a los informantes, se tenía la intención de realizar entrevistas de carácter exploratorio. El objetivo era obtener información preliminar que permitiera diseñar guiones de entrevista más específicos para la fase siguiente del estudio. Sin embargo, incluso en un entorno virtual, el trabajo de campo demostró ser impredecible y difícil de controlar completamente. La aleatoriedad en los contactos a través de Instagram, aunque inicialmente parecía un desafío, ofreció oportunidades valiosas. Esta aleatoriedad permitió establecer conexiones con informantes clave cuya disponibilidad para entrevistas futuras era incierta debido a sus agendas ocupadas.

Así, la fase exploratoria, que se pensó inicialmente como una etapa preparatoria, se convirtió en una parte integral del trabajo de campo. La naturaleza dinámica y el ritmo de las entrevistas realizadas, junto con la calidad y relevancia de los informantes obtenidos, hicieron que el trabajo de campo se desarrollara de manera más orgánica y adaptativa de lo previsto. Esta situación llevó a una limitación en el tiempo disponible para desarrollar los guiones de entrevista detallados que se habían previsto inicialmente.

La combinación de estrategias y la flexibilidad ante la aleatoriedad en el proceso de contacto resultaron en una fase exploratoria que se fusionó con el trabajo de campo en sí mismo. A pesar de la falta de control absoluto sobre el proceso, la adaptabilidad y la capacidad para aprovechar las oportunidades emergentes permitieron un análisis profundo y enriquecedor, destacando la importancia de la flexibilidad metodológica en la investigación cualitativa.

Pensando que la fase inicial del proyecto sería de carácter exploratorio, se elaboraron dos guiones de entrevista semiestructurada, cada uno diseñado para capturar las diferencias más

evidentes entre los géneros de los entrevistados. Sin embargo, a medida que avanzaba el proceso y el ritmo de las entrevistas se aceleraba, se decidió mantener estos dos guiones en lugar de desarrollar una mayor variedad. Los guiones iniciales se ampliaron y perfeccionaron continuamente conforme se realizaban más entrevistas, adaptándose a las nuevas informaciones y perspectivas obtenidas.

La decisión de mantener solo estos dos guiones también se debió a una práctica observada durante el proceso: varios informantes solicitaron revisar el guion antes de la entrevista. Este interés en conocer el contenido del guion previamente surgió del deseo de entender el enfoque de la entrevista, asegurarse de que el proceso fuera serio y conocer el tipo de información que se iba a manejar. Para satisfacer esta necesidad y facilitar una comunicación más abierta, se optó por mantener los guiones simples y claros.

Aunque existía la preocupación de que el conocimiento previo del guion pudiera llevar a respuestas preparadas y a una construcción de respuestas orientada a lo que los entrevistados creían que se esperaba escuchar, en la práctica resultó ser un enfoque beneficioso. La revisión previa del guion contribuyó a generar un ambiente de confianza y transparencia. Los informantes tuvieron la oportunidad de organizar mejor sus ideas y, en muchos casos, compartieron información adicional que consideraban relevante, como artículos, libros, videos y contactos de interés.

Esta dinámica no solo mejoró la calidad de las entrevistas, sino que también enriqueció el análisis con recursos adicionales que ampliaron la comprensión del campo de estudio. La apertura y la claridad proporcionadas por los guiones, lejos de limitar las respuestas, fomentaron una participación más genuina y colaborativa, demostrando que la preparación y la transparencia pueden ser herramientas valiosas en la investigación cualitativa.

Desde el principio, se optó por realizar entrevistas semiestructuradas por dos razones fundamentales. Primero, se trataba de un estudio exploratorio, lo que requería un enfoque flexible que permitiera adaptarse a las diversas respuestas y contextos. Segundo, la semiestructuración permitía incorporar nuevas preguntas en función de las respuestas obtenidas, ajustando el contenido a las particularidades de cada país y perfil de los entrevistados.

La entrevista semiestructurada es una técnica valiosa en la investigación cualitativa por su flexibilidad y dinamismo. Se basa en un conjunto de preguntas planificadas que sirven

como guía, pero que pueden ser modificadas o ampliadas durante el proceso de entrevista. Esta flexibilidad es crucial para adaptarse a la situación específica de cada entrevistado, motivar una participación activa en la conversación y garantizar que la información recabada sea completa y profunda.

Una de las grandes ventajas de las entrevistas semiestructuradas es su capacidad para aclarar dudas y ajustar el enfoque durante la conversación. Esto no solo permite resolver ambigüedades, sino también reducir formalismos y crear un ambiente de confianza y comodidad para el informante. Esta dinámica facilita la obtención de respuestas más útiles y auténticas.

En esencia, las entrevistas semiestructuradas ofrecen un equilibrio ideal entre flexibilidad y uniformidad. Permiten ajustar el enfoque según las respuestas y características del entrevistado, al tiempo que mantienen una estructura que asegura que la información recabada se alinee con los objetivos de la investigación. Este enfoque flexible, adaptativo y centrado en el diálogo, se demuestra como una herramienta eficaz para explorar y comprender en profundidad los temas de estudio.

Algunos autores (Díaz-Bravo et al., 2013; Guber, 2011) comparan la entrevista semiestructurada con la entrevista etnográfica, ya que ambas se caracterizan por ser una conversación amistosa en la que el entrevistador actúa principalmente como un guía, facilitando el flujo del diálogo hacia los temas de interés sin imponer una estructura rígida de preguntas y respuestas. En la entrevista semiestructurada, los guiones se construyen con preguntas abiertas diseñadas para estimular una conversación rica y detallada, permitiendo una mayor flexibilidad en la interacción.

En el caso de los dos guiones de entrevista utilizados en este estudio, los temas abordados incluyeron:

- Trayectorias de formación y su relación con el vino: Este tema explora cómo los entrevistados se integraron en la industria del vino, el papel que desempeñan dentro de ella, su origen familiar en el mundo vitivinícola y el surgimiento de su interés por el vino.
- Trayectoria laboral y de movilidad: Se examina el recorrido profesional de los entrevistados, incluyendo sus experiencias laborales y su movilidad dentro de la industria.

- Relación con el mundo del vino y prestigio: Se analiza cómo los entrevistados perciben su relación con el mundo del vino y el prestigio asociado a su rol en la industria.
- Interseccionalidad: Se exploran las diversas dimensiones de la identidad de los entrevistados (género, raza, clase, etc.) y cómo estas dimensiones influyen en su experiencia en la industria del vino.
- La pandemia: Se indaga en el impacto de la pandemia de COVID-19 en la trayectoria profesional y en las prácticas dentro de la industria vitivinícola.

Estos temas fueron abordados de manera que permitieran a los informantes compartir sus experiencias y perspectivas de manera fluida y detallada, sin que la entrevista se viera restringida por una estructura rígida. Esta flexibilidad facilitó una comprensión más profunda y contextualizada de las vivencias y opiniones de los entrevistados.

Crear rapport en un contexto digital puede ser desafiante, pero en este caso, se logró establecer una conexión significativa gracias a las interacciones previas con los informantes a través de medios sociodigitales. Mientras se agendaban las entrevistas, se intercambiaron likes y comentarios en las fotos de Instagram, lo que generó un ambiente de familiaridad y curiosidad. Los informantes, al solicitar y revisar previamente el guion, tuvieron la oportunidad de plantear preguntas sobre el mismo y el tema de investigación. Este intercambio no solo permitió aclarar dudas, sino que también propició que los informantes compartieran materiales adicionales como fotos, videos, artículos y enlaces a otras páginas sociodigitales relevantes.

Una de las preguntas de apertura en ambos guiones fue: "¿Qué fue lo que lo motivó o la razón por la cual eligió dedicarse a la enología?" Esta pregunta resultó efectiva para romper el hielo y facilitar el flujo de la conversación. Invita al informante a reflexionar sobre su motivación personal y profesional, lo que suele desencadenar micro relatos de vida. Según Bertaux (1997), estos relatos son descripciones narrativas que los individuos ofrecen sobre fragmentos significativos de su experiencia vivida. Estos relatos permiten al investigador entender cómo las configuraciones de relaciones sociales, el dinamismo y los cambios y continuidades en las experiencias se desarrollan a lo largo del tiempo.

En el contexto de este estudio, las respuestas a la pregunta de apertura proporcionaron una visión valiosa sobre cómo los enólogos y enólogas perciben su trayectoria y sus

motivaciones. Estos micro relatos no solo enriquecieron la comprensión del investigador sobre las experiencias personales de los entrevistados, sino que también ofrecieron una ventana hacia las transformaciones y continuidades en sus trayectorias profesionales y en la industria del vino. Es decir:

> Interesa la significación que las personas confieren a sus experiencias, las cuales están insertas en acontecimientos colectivos históricos. La experiencia humana es concreta, es experiencia de las contradicciones, de las incertidumbres de la lucha, de la praxis, de la Historia, tomarla en serio es ponerse en posición de aprehender no solamente de las relaciones sociales (socio estructurales y socio simbólicas), sino también de su dinámica, o mejor, de su dialéctica (Bertaux, 1999:18).

La pregunta de apertura "¿Qué fue lo que lo motivó o la razón por la cual eligió dedicarse a la enología?" resultó ser una puerta de entrada efectiva para explorar la trayectoria profesional y formativa de los enólogos y enólogas. Esta pregunta permitió que los informantes compartieran relatos detallados sobre cómo su elección de carrera estuvo moldeada por diversos factores, como el contexto personal y profesional en el momento de la decisión, el acceso a determinados capitales, su historia familiar, el contexto nacional y sus ventajas y desventajas interseccionales.

Este enfoque permitió una comprensión más profunda de cómo estos factores interrelacionados influyen en la decisión de dedicarse a la enología y en la trayectoria laboral y formativa. La riqueza de la información obtenida con esta pregunta no solo facilitó la comprensión de las experiencias individuales, sino que también estableció el tono y el ritmo para el resto de la entrevista.

En contraste, las preguntas diseñadas para abordar marcadores interseccionales, como género, clase social y origen étnico, presentaron más desafíos. Estas preguntas, a menudo más directas y específicas, a veces resultaron en respuestas menos detalladas o evasivas. Esto se debe a varios factores:

- Sensibilidad del tema: Las preguntas sobre marcadores interseccionales pueden tocar aspectos sensibles de la identidad personal y profesional, lo que puede llevar a una mayor reserva o cautela por parte de los entrevistados.

- Complejidad del tema: Los temas interseccionales pueden ser complejos y multidimensionales, y los informantes pueden necesitar más tiempo para reflexionar sobre sus experiencias antes de responder de manera completa.
- Percepción de la investigación: En algunos casos, los entrevistados podrían haber percibido las preguntas sobre marcadores interseccionales como ajenas a su experiencia o como un enfoque que no reflejaba sus prioridades personales o profesionales.

Estas diferencias en la respuesta a las preguntas de apertura frente a las preguntas sobre marcadores interseccionales subrayan la importancia de adaptar el enfoque de la entrevista según el flujo de la conversación y la disposición de los informantes para discutir temas específicos. Ajustar las preguntas en función de la dinámica de la conversación y de la comodidad del entrevistado puede mejorar la calidad y profundidad de la información obtenida. Como en las siguientes:

- En caso de haber estudiado en el extranjero ¿Cómo cubrió esos gastos, con ayuda de becas, familia, recursos propios?
- ¿Dentro del trabajo en la enología considera que hay labores o tareas exclusivas para mujeres y para hombres?
- ¿Cómo equilibra su vida personal con la laboral?
- En el caso de tener hijos o ser casado, ¿Cómo se distribuyen las tareas de cuidados y del hogar?
- ¿Cree que es más difícil para las mujeres que para los hombres trabajar en otro país?
- ¿En su país se sigue teniendo preferencia por enólogos de ciertas nacionalidades o se da prioridad a los enólogos nacionales?
- Si hay preferencia por los extranjeros ¿a qué se debe?
- ¿Sabe que imagen se tiene de los enólogos de su país en el extranjero? ¿Por qué?

Con respecto a las preguntas enfocadas en marcadores interseccionales, se observó un fenómeno interesante: aunque ningún enólogo o enóloga se negó a responder, sí hubo una notable resistencia a profundizar en sus respuestas, especialmente cuando la entrevista estaba siendo grabada. Esta resistencia parece estar vinculada a la desconfianza hacia el entrevistador, quien en algunos casos era una persona desconocida proveniente de otro país.

A pesar de los esfuerzos por crear rapport y establecer una conexión previa, la realidad es que el entrevistador seguía siendo una figura ajena, lo que generaba cierta inseguridad en los entrevistados. Esta desconfianza se manifestaba de varias maneras:

1. Resistencia a compartir información personal: Algunos entrevistados mostraron reticencia a proporcionar detalles sobre sus recursos económicos y dinámicas familiares, considerando estos aspectos como privados y fuera del ámbito profesional. Esto se debía a la percepción de que tales detalles eran de carácter personal y no necesariamente relevantes para la conversación laboral.
2. Temor a malentendidos y repercusiones: En otros casos, los informantes expresaron preocupación por que sus palabras pudieran ser sacadas de contexto o malinterpretadas. Temían que sus comentarios pudieran llegar a sus compañeros o superiores y que esto pudiera tener consecuencias negativas para ellos en el ámbito profesional. Un enólogo lo expresó de la siguiente manera:

A pesar de la resistencia inicial a profundizar en temas sensibles durante las entrevistas grabadas, se logró obtener información valiosa mediante estrategias alternativas. Una vez que la entrevista concluía, se ofrecía a los entrevistados la oportunidad de regresar a estas preguntas delicadas, pero esta vez sin grabarlas. Esta estrategia permitió a los entrevistados hablar con mayor libertad sobre temas que inicialmente habían evitado. Además, se utilizó la mensajería y las llamadas para abordar estos temas de manera más informal y personal, lo cual, paradójicamente, ofrecía un sentido de seguridad y privacidad adicional a los entrevistados.

En relación con la temática de los marcadores interseccionales, también surgieron diferencias notables en función del género. Las mujeres enólogas generalmente no mostraron reservas significativas al abordar preguntas sobre las diferencias de género en la enología, así como sobre la organización de los cuidados del hogar y la familia. Este enfoque les permitió discutir sus experiencias y desafíos de manera abierta.

En contraste, algunos enólogos varones se mostraron más reticentes al abordar estos temas. Justificaban su evasión señalando que se trataba de un tema complejo, en el que no tenían mucha experiencia, o temían ser juzgados. Un entrevistado masculino expresó:

Este contraste en la disposición a discutir temas de género sugiere que las experiencias y perspectivas pueden variar significativamente no solo en función del género, sino también en cómo los entrevistados perciben su entorno profesional y las posibles repercusiones de sus respuestas. La resistencia de algunos varones a discutir temas relacionados con el género refleja una sensibilidad particular hacia estos asuntos, que podría estar relacionada con temores sobre la percepción social y profesional de sus opiniones.

Este enfoque flexible y adaptativo para abordar temas sensibles demuestra cómo la dinámica de la entrevista puede influir en la calidad y profundidad de la información obtenida, resaltando la importancia de adaptar las estrategias de entrevista según las respuestas y las actitudes de los informantes.

A pesar de las dificultades encontradas y la necesidad de ajustar estrategias a lo largo del proceso, se logró establecer una red extensa de contactos que resultó invaluable para la investigación. Esta red no solo facilitó el acceso a información adicional y clarificaciones durante los diferentes momentos del estudio, sino que también permitió una profundización efectiva en las entrevistas.

A través de la implementación de estrategias adaptativas y la perseverancia en superar barreras de comunicación y confianza, se logró equilibrar la representación de nacionalidades en la muestra, ajustando el enfoque para abordar las diferencias regionales y culturales. Este proceso de ajuste y aprendizaje fue crucial para adaptar la metodología de campo a las particularidades del entorno digital y las dinámicas internacionales.

La experiencia adquirida en la realización de trabajo de campo a distancia ha aportado valiosas lecciones sobre la flexibilidad necesaria para llevar a cabo investigaciones en contextos globales. El éxito en conformar una red diversa y en equilibrar las representaciones nacionales resalta la capacidad de adaptación y la importancia de emplear múltiples estrategias para superar los desafíos inherentes a la investigación en entornos virtuales.

En resumen, la investigación no solo logró obtener información significativa y equilibrada, sino que también proporcionó un aprendizaje profundo sobre la gestión de la investigación cualitativa en un mundo cada vez más digitalizado.

Estrategia de análisis de la información de campo

Dada la gran cantidad de información recopilada en las entrevistas, se optó por realizar el análisis a través de Atlas.ti, un software especializado que facilita la recolección, organización y análisis de datos cualitativos. Aunque existen otras herramientas que ofrecen funcionalidades similares, Atlas.ti fue elegido por su curva de aprendizaje más accesible, su interfaz intuitiva y su facilidad de uso. Este programa permite manejar y organizar grandes volúmenes de información en una variedad de formatos digitales, lo que facilita el contraste y comparación de datos, optimizando así los tiempos de investigación y aprovechando al máximo cada elemento de análisis.

Para asegurar un uso eficaz de Atlas.ti, se contó con la asesoría de la tutora y de la Mtra. Sofía Aké del Instituto de Investigaciones Sociales, experta en tecnologías de la información. A continuación, se detalla el proceso de análisis utilizando Atlas.ti, con el objetivo de presentar una guía didáctica que resulte útil, especialmente para quienes no están familiarizados con este tipo de herramientas.

La tabla de generación de códigos

Antes de comenzar a analizar las entrevistas en Atlas.ti, es fundamental crear una tabla de códigos. ¿Por qué? Atlas.ti permite codificar fragmentos de información relevantes para la investigación en conceptos o categorías, lo que facilita la clasificación de datos relacionados bajo un mismo concepto y, posteriormente, el proceso de interpretación. En otras palabras, la codificación organiza la información, pero ¿cuántos códigos se deben usar? ¿Cuáles son los más adecuados? Esto es algo que el investigador determina a través de prueba y error. A continuación, se describe el proceso que se siguió para elaborar esta tabla de códigos:

1. Identificación de temas generales: El primer paso fue revisar el proyecto para extraer un listado de temas generales que servirían como base para la codificación. Estos temas, que se encuentran en la primera columna, incluyen marcadores interseccionales y trayectorias.
2. Desagregación en niveles conceptuales: Posteriormente, esos temas generales se desglosaron en un primer nivel de conceptos para simplificarlos. Estos conceptos se enumeran en la segunda columna.
3. Clarificación mediante un segundo nivel conceptual: En la tercera columna se encuentra un segundo nivel de conceptos, que refina aún más el primer nivel y sirve de guía para definir con mayor precisión qué información se requiere de cada tema.

4. Descripción de la información a codificar: En la cuarta columna se detalla la información específica que se busca marcar en las entrevistas y los datos que se desean obtener. Esto proporciona una orientación clara sobre cuáles serían los códigos más adecuados para el proyecto.
5. Definición de palabras clave y códigos: Finalmente, en la quinta columna, se enlistan las palabras clave que posteriormente se transformarán en los códigos utilizados para cada tema general. Es crucial recordar que se pueden utilizar tantos códigos como sea necesario, siempre y cuando estén justificados y tengan sentido dentro de la investigación. Además, es importante que estos códigos puedan relacionarse entre sí, creando un sistema coherente de análisis.

Tabla 1.- Tabla de generación de códigos

Tema	**Primer nivel conceptual, familias de códigos**	**Segundo nivel conceptual**	**¿Qué quiero marcar? ¿qué información deseo obtener?**	**Palabras clave posteriormente códigos**
Marcadores Interseccionales	Origen Nacional	Preferencias por enólogos extranjeros	Países en los que se tiene preferencias por enólogos extranjeros	Prejuicios de acuerdo con origen nacional Preferencias por enólogos nacionales Preferencias por enólogos extranjeros Países que prefieren enólogos nacionales Países que prefieren enólogos extranjeros Preferencias por enólogos de determinada región dentro del mismo país Prejuicios por enólogos de determinada región dentro del país
		Preferencias por enólogos nacionales	Países en los que se tiene preferencias por enólogos nacionales	
		Desigualdades para enólogos nacionales	Situaciones de desventaja para enólogos nacionales	
		Preferencias por enólogos de	La pertenencia a ciertas regiones	

		determinada región en el mismo país	dentro del mismo país que dan ventajas a unos enólogos sobre otros	
		Prejuicios por enólogos de determinada región en el mismo país	La pertenencia a ciertas regiones dentro del mismo país que generan desventajas para esos enólogos	
		Desigualdades para enólogos extranjeros	Situaciones de desventaja para enólogos extranjeros	
		Ventajas en enólogos nacionales	Situaciones que favorecen a enólogos nacionales	
		Ventajas en enólogos extranjeros	Situaciones que favorecen a enólogos extranjeros	
		Diferencias en la movilidad por origen nacional	Como influye el origen nacional en la movilidad (inmovilidad)	
	Género	Prejuicios de género	Tareas que dentro de la enología se asocian con uno	Cuidado de la familia Cuidado del hogar Equilibrio trabajo/familia/hogar Diferencia salarial por género

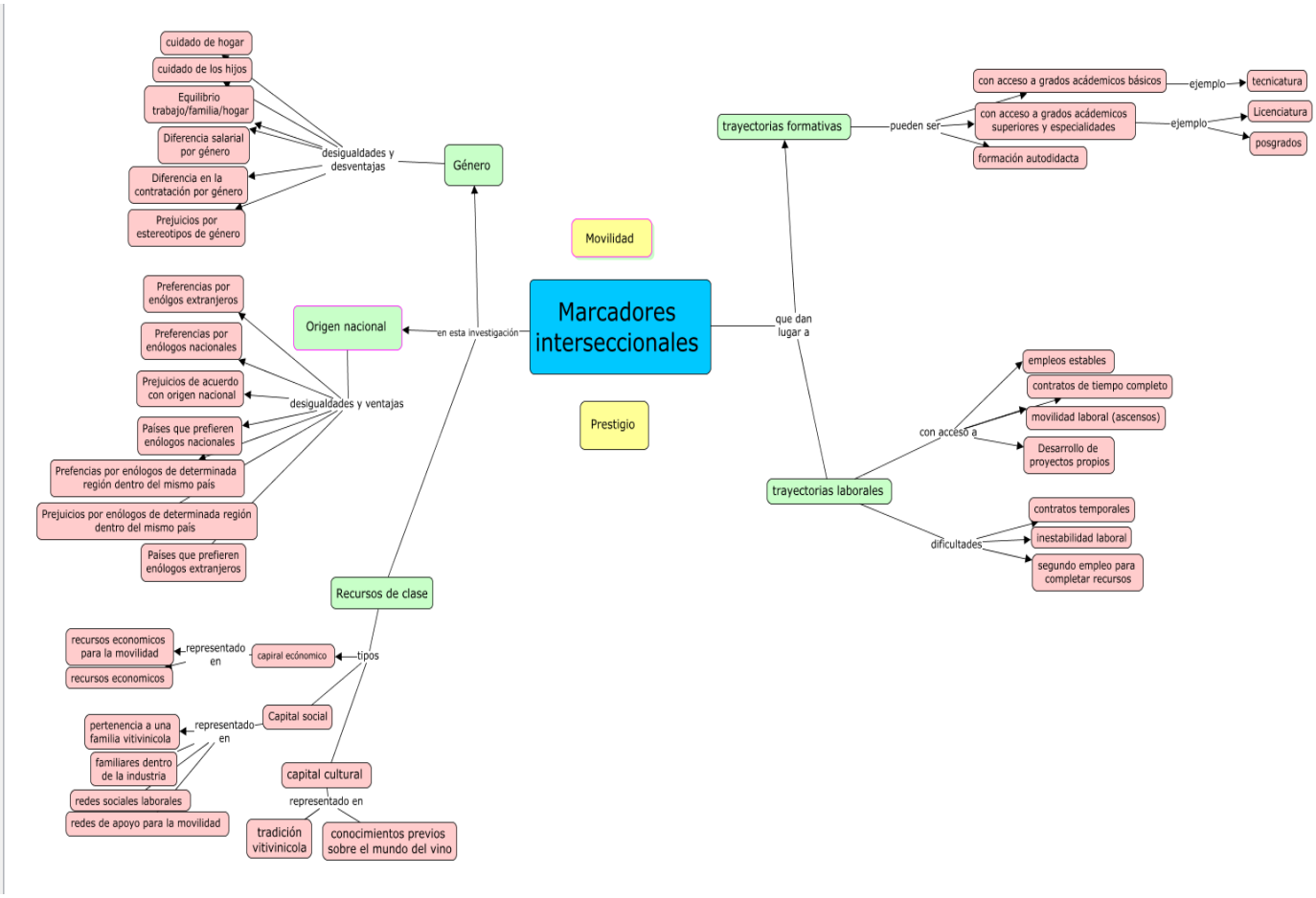
			u otro género basándose en supuestos	Diferencia en la contratación por género Diferencia en la movilidad por género Prejuicios por estereotipos de género Tareas de acuerdo al género
		Desigualdades de género	Situaciones laborales donde se pone en desventaja a un género sobre otro	
		Ventajas de género	Situaciones laborales donde se beneficia a un género sobre otro	
	Recursos de clase	Capitales económico	Identificar los principales capitales con los que cuenta el enólogo	Recursos económicos Familiares dentro de la industria familia vitivinícola Tradición vitivinícola Conocimientos previos sobre el vino
		Capital social	Identificar los principales capitales con los que cuenta el enólogo	
		Capital cultura	Identificar los principales capitales con los que cuenta el enólogo	
Trayectorias	Formativas	Móviles	Conocer las trayectorias formativas móviles	Trayectorias formativas móviles internacional, nacional o local

				Principales destinos nacionales para la movilidad formativa Principales destinos internacionales para la movilidad formativa Tecnicaturas Licenciaturas Posgrados Diplomados Autodidacta
		Acceso a grados académicos	A qué tipo de grados académicos han tenido acceso los enólogos	
	Laborales	Trayectorias laborales móviles	Conocer las trayectorias laborales móviles	Trayectorias laborales móviles internacional, nacional o local Principales destinos nacionales para la movilidad laboral Principales destinos internacionales para la movilidad laboral Contratos de tiempo completo Contratos temporales o de medio tiempo Proyectos propios Empleo para segundo ingreso Sueldos adecuados
		Estabilidad laboral	Condiciones en las que se	

			considera que un enólogo tiene estabilidad laboral	
		Dificultades laborales	Condiciones de trabajo en las que se considera que un enólogo tiene estabilidad laboral	

La elaboración de la tabla no solo ayudó a clarificar el tema, sino que también permitió identificar el tipo de información que se buscaba, lo que llevó a una pregunta clave: ¿Cómo solicito esta información en mis entrevistas? Es decir, ¿cómo transformo este concepto en códigos?

Como se mencionó en el punto 5, los códigos deben estar justificados y relacionados entre sí para que sean verdaderamente útiles. Pero ¿cómo asegurarse de que estos códigos serán efectivos? Una de las mejores prácticas es modelar o graficar esos códigos. Esto permite visualizar sus conexiones y entender mejor su relevancia en el análisis.



La hipótesis central de esta tesis sostiene que las trayectorias formativas y laborales de enólogos y enólogas no son homogéneas, sino que están atravesadas por tres marcadores interseccionales clave: género, origen nacional y recursos de clase. Por esta razón, en el centro del esquema, en el centro, se encuentra el concepto de marcadores interseccionales, que actúa como la primera relación significativa en el análisis. Luego, aparecen los conceptos principales ya desarrollados teóricamente: género, origen nacional, recursos de clase, y trayectorias formativas y laborales.

Lo que quedaba por definir era cómo se relacionaban estos códigos, el peso de las relaciones entre ellos y el sentido que toman. Este proceso se definió en el primer marcaje de las entrevistas, lo que permitió ajustar el esquema según las relaciones que se vayan estableciendo entre los códigos.

De cada grupo de códigos se desprenden palabras clave. Estas palabras clave aún no se consideran códigos en sí, pero ya pueden usarse para un primer nivel de marcaje en las

entrevistas. Este primer marcaje permitió refinar dichas palabras clave con base en los resultados obtenidos, afinando el análisis y determinando cuáles de ellas se convertirán en elementos teóricos relevantes.

Este primer marcaje no necesariamente se aplica a todas las entrevistas; puede realizarse en una muestra de 10 para responder la pregunta: ¿esto me proporciona material para el análisis? Si la respuesta es afirmativa, se puede proceder con el análisis completo.

En esta etapa inicial, se depuraron las palabras clave, se añadieron nuevos códigos, y se comenzaron a establecer relaciones. También fue posible identificar códigos que son importantes para el tema, pero cuya relación con los códigos iniciales aún no era clara. En estos casos, se marcaron como códigos libres. En esta investigación, los códigos libres, son movilidad y prestigio. Sabía que estos conceptos estaban asociados tanto a los marcadores interseccionales como a las trayectorias, pero en ese primer momento no contaba con los elementos necesarios para establecer cómo se relacionaban. Por ello, se señalaron, pero no se definieron aún en una relación concreta.

Una vez finalizado este primer marcaje, se pudo avanzar al uso de las herramientas de análisis que ofrece Atlas.ti.

Bibliografía

- Abbott, Andrew**.** (1988). *The system of professions: An essay on the division of expert labor*. Chicago: University of Chicago Press.
- Alonso, Virginia. (2019). Las mujeres profesionales en las bodegas mendocinas desde el comienzo de la reconversión vitivinícola a la actualidad: Escenarios y trayectorias laborales. *Millcayac - Revista Digital de Ciencias Sociales*, *227*, 227-244.

  (2017). La desigualdad de género en el mercado de trabajo mendocino. *Plataforma de información para Políticas Públicas, 8*, 1-5.
- Anderson, Kym. (2001). La globalización (y regionalización) del vino. En *Simposio del Foro de Academias Nacionales sobre Alimentación y Bebidas en Australia: ¿Dónde estamos hoy?* (pp. 1-26). Adelaida: CIES.
- Anthias, Floya**.** (2012). Transnational mobilities, migration research and intersectionality: Towards a translocational frame. *Nordic Journal of Migration Research, 2*(2), 102-110.

  (2009). Translocational belonging, identity and generation: Questions and problems in migration and ethnic studies. *Finnish Journal of Ethnicity and Migration, 4*(1), 6-15. UEL Research Repository.
- Aragonés, Ana María, & Salgado, Uberto. (2015). Migración laboral México-Estados Unidos a veinte años del Tratado de Libre Comercio de América del Norte. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, *224*, 279-314.
- Arteaga, Carlos, & Solís, Silvia. (2005). *Necesidades sociales y desarrollo humano*. México: Plaza y Valdés.
- Banks, Glenn, & Overton, John. (2010). ¿Viejo mundo, nuevo mundo, tercer mundo? Reconceptualizar los mundos del vino. *Journal of Wine Research*, *57*-75.
- Bárcenas, Karina, & Preza, Nohemí. (2019). Desafíos de la etnografía digital en el trabajo de campo onlife. *Virtualis*, *134*-151.
- Bayón, María Cristina. (2019). *Las grietas del neoliberalismo*. México: Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México.

- Becker, Gary. (2002). Human capital. *Revista de ciencias empresariales y economía*, *12*-23.
- Benavides, Benigno. (2017). Teoría y cambio en la sociología de las profesiones. *Humanitas: Anuario del Centro de Estudios Humanísticos*, *2*(44), 28-56.
- Bidaseca, Karina. (2014). Cartografías descoloniales de los feminismos del sur. *Estudos Feministas*, *Florianópolis*, 585-591.
- Bourdieu, Pierre (2002). *Alta costura y alta cultura.* México: Grijalbo.

  (2001). *Pensamiento y Acción.* Argentina: Editorial Zorzal.

  (1997). *La dominación masculina.* Barcelona: Anagrama.

  (1994). *Razones prácticas.* Barcelona: Anagrama.

  (1991). *La distinción.* Madrid: Taurus.

  (1990). *Algunas propiedades de los campos.* México: Grijalbo.

  (1987). Los tres estados del capital. Revista Sociología, 11-17.

  (1980). *El sentido práctico.* Madrid: Taurus.
- Brah, Ava, & Phoenix, Ann. (2004). Ain't I A Woman? Revisiting Intersectionality. *Journal of International Women's Studies*, *75*-86.
- Brunet, Ignasi, & Alarcón, Amado. (2005). Mercado de trabajo y familia. *Revista de Investigaciones Políticas y Sociológicas*, 115-129.
- Buquet, Anna. (2013). ¿Sólo el género importa? Una mirada interseccional a los obstáculos que enfrentan las académicas. En M. Zapata Galindo & J. Chan de Avila (Eds.), *La interseccionalidad en debate: Actas del Congreso Internacional "Indicadores Interseccionales y Medidas de Inclusión Social en Instituciones de Educación Superior"* (pp. 169-181).
- Busquier, Lucía, & Parra, Fabiana. (2021). Feminismos y perspectiva interseccional en América Latina y el Caribe. *Intersticios*, 63-90.
- Bustos, Beatriz Adriana. (2011). *Familia y trabajo en la zona metropolitana de Guadalajara: División sexual del trabajo a finales del siglo XX*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Butler, Judith. (2006). *Deshacer el género*. México: Paidós.
- Caloca, Eloy, & Ortega, Enedina. (2016). Métodos digitales: Miradas cercanas y distantes. Una discusión relevante. *Virtualis*, 1-7.

- Canals, Joan Miquel. (2016). La formación del enólogo. *ACE: Revista de enología*, 1-9.
- Castells, Manuel. (1999). *La era de la información: Economía, sociedad y cultura* (Vol. 1). México: Siglo XXI.
- Castles, Stephen, & Delgado, Raúl (Coord.). *Migración y Desarrollo: Perspectivas desde el sur*. Universidad Autónoma de Zacatecas, Miguel Ángel Porrúa, Secretaría de Gobernación, Organización Internacional para las Migraciones.
- Cerón-Martínez, Armando Ulises. (2019). Habitus, campo y capital: Lecciones teóricas y metodológicas de un sociólogo bearnés. *Cinta de Moebio. Revista de Epistemología de Ciencias Sociales*, 310–320.
- Chávez, Julia. (2015). *Perspectiva de Género*. Ciudad de México: ENTS-UNAM.
- Chorafas, D. (2004). *La revolución del saber: Análisis de la fuga de cerebros en Europa*. Barcelona: Ed. Blume.
- Cohen, Scott, & Gössling, Stefan. (2015). A darker side of hypermobility. *Environment and Planning*, 1661–1679.
- Coleman, James. (1993). The relation reconstruction society. *American Sociological Review*, 1-30.
- Coloma, Soledad. (2012). La migración calificada en América Latina: Similitudes y contrastes. *FLACSO sede Ecuador, Programa de Sociología, Sistema de e sobre Migraciones Andinas*, (13), 2-14.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). (2016).
- Connell, Raewyn. (1987). Gender regimes and the gender order. In Gender and power (pp. xx-xx). Stanford: Stanford University Press.
- Crenshaw, Kimberlé. (1989). Mapping the margins: Intersectionality, identity politics, and violence against women of color. *Stanford Law Review, 1241*-1299.
- Cruells, Marta. (2015). *La interseccionalidad política: Tipos y factores de entrada en la agenda política, jurídica y de los movimientos sociales*. Tesis de doctorado en Políticas Públicas, Institut de Govern i Polítiques Públiques de la Universitat Autònoma de Barcelona, Barcelona.

- Da Silva, Ariany, Villar, Beatriz, & Sharim, Dariela. (2021). Entre la agencia y el estigma: Negociaciones identitarias de brasileñas/os en Santiago de Chile desde una perspectiva biográfica-interseccional. *Cadernos Pagu, 1*-20.
- De Barbieri, Teresa. (1993). Sobre la categoría género: Una introducción teórico-metodológica. *Debates en Sociología, 145*-169.
- De la Rica, Sara, & Iza Padilla, Amaia. (1999). Capital humano, productividad y crecimiento: Teorías y contrastes. *Ekonomiaz: Revista vasca de economía, 266*-283.
- Delgado, Raúl, & Martin, David. (2015). The political economy of global labor arbitrage. In Kees van der Pijl (Ed.), *The international political economy of production* (pp. 59-75). Cheltenham: Edward Elgar.
- Delgado, Raúl. (2020). Replanteando la cuestión del desarrollo y su relación dialéctica con la exportación de fuerza de trabajo de cara al siglo XXI. *Migración y Desarrollo, 18*(35), 7-24.
- Demazière, Didier**,** & Gadéa, Charles**.** (2009). *Sociologie des groupes professionnels*. París: Armand Colin.
- Derber, Charles**,** Schwartz, William A., & Magrass, Yale. (1990). *Power in the highest degree: Professionals and the rise of a new Mandarin order*. Oxford: Oxford University Press.
- Dubar, Claude, & Tripier, Pierre. (1998). *Sociologie des professions*. París: Armand Colin.
- Durand, Jorge, Prend, Karen, & Massey, Douglas. (2009). Nuevos escenarios de la migración México-Estados Unidos: Las consecuencias de la guerra antiinmigrante. *Papeles de Población, (61)*, 101-128.
- Elejabeitia, Carmen, & López-Sáenz, Mercedes. (2003). *Trayectorias personales y profesionales de mujeres con estudios tradicionalmente masculinos*. España: Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, Centro de Investigación y Documentación Educativa; Ministerio de Trabajo e Inmigración, Instituto de la Mujer.
- Espinosa, Gisela. (Coord.). (2010). *Feminismo popular: Tensiones e intersecciones entre el género y la clase*. En Gisela Espinosa & Ana Lau Jaiven (Coords.), *Un*

fantasma recorre el siglo: Luchas feministas en México 1910-2010 (pp. xx-xx). México: UAM-X.

- Estalella, Adolfo. (2018). Etnografías de lo digital: Remediaciones y recursividad del método antropológico. *AIBR, Revista de Antropología Iberoamericana*, *45*-68.
- Estruch i Pere, Jaume. (2016). Enólogos, enófilos y otros homínidos. *ACE: Revista de enología*, *1*-3.
- Falcón, María del Carmen. (2009). Zygmunt Bauman: Reflexiones sobre pobreza y vulnerabilidad. En Leandro González (Comp.), *Lecturas sobre vulnerabilidad y desigualdad social* (pp. xx-xx). Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba, Centro de Estudios Avanzados.
- Fernández, José Manuel. (2012). Capital simbólico, dominación y legitimidad: Las raíces weberianas de la sociología de Pierre Bourdieu. *Papers: Revista de Sociología*, *1*-33.
- Filardo, Verónica. (1995). El lugar de la cultura en la reconversión tecnológica del sector vinícola nacional. *Anuario de Ciencias Sociales*, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República, Montevideo, Uruguay, pp. 63-75.
- Fowler, William, & Zavaleta, Eugenia. (2013). El pensamiento de Pierre Bourdieu: Apuntes para una mirada arqueológica. *Revista de Museología Kóot*, *117*-135.
- Fraser, Nancy. (2008). *Escalas de justicia*. Barcelona: Herder.
- Gargarella, Roberto. (1999). *Las teorías de la justicia después de Rawls*. Barcelona y Buenos Aires: Paidós.
- Garzon, Luis. (2010). *Migración y movilidad social: Argentinos y ecuatorianos entre las "Américas" y las "Europas"*. Working Paper 17, CCHOS - Institute for Analysis of Change in History and Contemporary Societies.
- Gómez Benítez, Juan José, Lasanta Melero, Cristina, Benítez Eyzaguirre, Lucía, Marín Dueñas, Pedro, y Silva Robles, Carmen (2013). *Aprendiendo a comunicar el vino: Un proyecto integral de Enología y Comunicación*. Innovación y mejora docente, 1-11.
- Gómez Benítez, Juan José, Lasanta Melero, Cristina, y Benítez Eyzaguirre, Lucía (2017). *La necesidad de incorporar las competencias de comunicación en la*

formación de los enólogos. 40th World Congress of Vine and Wine (págs. 1-4). Sofia, Bulgaria: BIO Web of Conferences.

- Gómez, Edgar (2017). *Etnografía celular: una propuesta emergente de etnografía digital*. Virtualis, 77-98.
- González Reyes, Rodrigo (2009). *Capital social: una revisión introductoria a sus principales conceptos*. Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud, 1731-1747.
- Gutiérrez, Alicia (2005). *Acerca de la noción de capital social como herramienta de análisis. Reflexiones teóricas en torno a un caso empírico*. Revista Perspectivas, 7-26.
- Gutiérrez, Ana Paulina (2016). *Etnografía móvil: una posibilidad metodológica para el análisis de las identidades de género en Facebook*. Revista Interdisciplinaria de Estudios de Género de El Colegio de México, 26–45.
- Hidalgo, Luis Rafael (1999). *Tratado de Viticultura General*. Madrid: Mundi-Prensa.
- Hill Collins, Patricia (2016). *Intersectionality*. Cambridge: Polity Press.
- Hine, Christine (2015). *Ethnography for the Internet: Embedded, Embodied and Everyday*. London: Routledge.
- Hughes, Everett**.** (1959). *Men and their work*. Glencoe, IL: Free Press.
- Instituto Nacional de las Mujeres. (2007).
- Jelin, Elizabeth (2014). *Desigualdades de clase, género y etnicidad/raza: realidades históricas, aproximaciones analíticas*. Revista Ensambles, 11-36.
- Kalir, Barak (2013). *Moving Subjects, Stagnant Paradigms: Can the 'Mobility Paradigm' Transcend Methodological Nationalism?*. Journal of Ethnic and Migration Studies, 311–327.
- La Barbera, María Caterina (2017). *Interseccionalidad = Intersectionality*. Eunomía. Revista en Cultura de la Legalidad, 12, 191-198.

  (2016). *Interseccionalidad, un "concepto viajero": orígenes, desarrollo e implementación en la Unión Europea*. INTERdisciplina, 105-122.

- Lacoste, Pablo (2003). *El vino del inmigrante: Los inmigrantes europeos y la industria vitivinícola argentina*. Argentina: Universidad del Congreso-Consejo Empresario Mendocino.
- Lamas, Martha (1986). *La antropología feminista y la categoría "género"*. Nueva Antropología, 173-198.
- Lázaro, Rosa y Jubany, Olga (2017). *Interseccionalidad del género y mercado de trabajo postfordista*. Revista de Estudios de Género, La Ventana, 202–243.
- Lombardo, Emanuela y Verloo, Mieke (2010). *La 'interseccionalidad' del género con otras desigualdades en la política de la Unión Europea*. Revista Española de Ciencia Política, 11-30.
- López-Aranguren, Eduardo (2005). *Problemas sociales: desigualdad, pobreza, exclusión social*. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva.
- Lozano, Fernando y Gandini, Luciana (2011). *Migración calificada y desarrollo humano en América Latina y el Caribe*. Revista Mexicana de Sociología, 73(4).
- Luchilo, Lucas (2013). *Más allá de la fuga de cerebros: movilidad, migración y diásporas de argentinos calificados*. Buenos Aires, Argentina: Eudeba.
- Lugones, María (2008). *Colonialidad y género*. Tabula Rasa, 73-101.
- MacDonald, Laura (2004). *The Hypermobile, the Mobile, and the Rest: Patterns of Inclusion and Exclusion in an Emerging North American Migration Regime*. Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies/Revue Canadienne des Études Latino-Américaines et Caraïbes, 29(57-58), 67-91.
- MacKinnon, Catherine A. (2013). *Intersectionality as Method: A Note*. Signs: Journal of Women in Culture and Society, 38(4), 1019-1030.
- Maguiña Vargas, Ciro (1996). *Los aportes de Louis Pasteur a 100 años de su muerte*. Boletín de la Sociedad Peruana de Medicina Interna, 1-22.
- Martínez Rizo, Felipe (2009). *Evaluación formativa en aula y evaluación a gran escala: hacia un sistema más equilibrado*. Revista Electrónica de Investigación Educativa, 11(2), 1-18.
- McCall, Leslie (2005). *The Complexity of Intersectionality*. Signs: Journal of Women in Culture and Society, 30(3), 1771-1800.

- Magliano, María José (2015). *Interseccionalidad y migraciones: potencialidades y desafíos*. Revista Estudos Feministas, 23(2), 691–712.
- Medina-Albaladejo, José Francisco, Martínez-Carrión, José Miguel, y Ramon-Muñoz, Josep Maria (2014). *El mercado mundial de vino y la competitividad de los países del hemisferio sur, 1961-2010*. América Latina en la Historia Económica, 21(1), 40-83.
- Mellander, Charlotta y Florida, Richard (2021). *The Rise of Skills: Human Capital, the Creative Class and Regional Development*. CESIS Electronic Working Paper Series, (266), 1-26.
- Mendoza, Cristóbal, Staniscia, Barbara, y Ortiz, Anna (2016). *Migración y movilidad de las personas calificadas: nuevos enfoques teóricos, territorios y actores*. Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales, 21(1), 1–22.
- Minian, Isaac (2009). *Nuevamente sobre la segmentación internacional de la producción*. Economía UNAM, 6(17), 46-68.
- Muñiz Terra, Leticia (2012). *Carreras y trayectorias laborales: Una revisión crítica de las principales aproximaciones teórico-metodológicas para su abordaje*. Revista Latinoamericana de Metodología de las Ciencias Sociales, 2(1), 36-65.
- Nachatter Singh Garha y Domingo, Andreu (2017). *Sikh diaspora and Spain: migration, hypermobility and space*. Diaspora Studies, 10(2), 193–216.
- Nash, Jennifer C. (2008). *Re-Thinking Intersectionality*. Feminist Review, 89(1), 1–15.
- Naumann, Fritz F. (2005). *La economía del conocimiento y la interacción de empresas y hogares: Los pilares fundamentales del sistema educativo, régimen económico e institucional, sistema de innovación e infraestructura de la información. Revista de Economía y Empresa*, 12(4), 1-15
- OIM y la Red Internacional de Migración y Desarrollo (RIMD) (2016).
- Organización Internacional de la Viña y el Vino (OIV)**.**
- Organización Internacional para las Migraciones (OIM) (2009).
- Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) (1995).
- Ortner, Sherry B. (1979). *¿Es la mujer con respecto al hombre lo que la naturaleza con respecto a la cultura?* Revista de Antropología Iberoamericana, 5(12), 12-21.

- Panaia, Marta**.** (2008). Una revisión de la sociología de las profesiones desde la teoría crítica del trabajo en la Argentina. Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL).
- Parsons, Talcott (1939). *The Professions and the Social Structure*. En *Essays in Sociological Theory*. Nueva York: The Free Press.
- Pedone, Claudia y Alfaro, Yolanda (2018). *La migración cualificada en América Latina: una revisión de los abordajes teóricos metodológicos y sus desafíos*. Periplos, 2(1), 3-18.
- Pellegrino, Adela (2001). *Éxodo, movilidad y circulación: nuevas modalidades de la migración calificada*. Notas de Población, 28(73).
- Pellegrino, Adela y Calvo, Juan José (2001). *¿Drenaje o éxodo? Reflexiones sobre la migración calificada*. Montevideo: Facultad de Ciencias Sociales. Programa Población.
- Peña, Roberto (2007). *La fuga de cerebros en la era de la globalización: el flujo de México a Canadá*. Tesis de maestría, FCPyS-UNAM.
- Peñín, José (2008). *Historia del Vino*. Madrid: Espasa.
- Pérez, Juan Pablo y Mora, Minor (2006). *Exclusión social, desigualdades y excedente laboral*. Revista Mexicana de Sociología, 68(3), 431-465.
- Pérez, Moira (2021). *Interseccionalidad*. En Gamba, Susana y Diz, Tania (Eds.). *Nuevo diccionario de estudios de género y feminismos*. Buenos Aires: Biblos.
- Perry, Ronald W. (2018). *Defining disaster: An evolving concept*. En Donner, William, et al. (Eds.). *Handbook of Disaster Research* (2da edición). Springer, Estados Unidos.
- Pipitone, Ugo (1995). *La salida del atraso: un estudio histórico comparativo*. México: Fondo de Cultura Económica/CIDE.
- Piqueras, Juan (2011). *La Estación de Viticultura y Enología de Requena 1911-2011: Un siglo al servicio del sector vitivinícola, la formación de enólogos y el fomento del cooperativismo*. España: Publicacions de la Universitat de Valéncia.
- Pontón, Jenny (2017). *Intersecciones de género, clase, etnia y raza. Un diálogo con Mara Viveros*. Íconos - Revista de Ciencias Sociales, 58, 117-121.

- Portes, Alejandro (2007). *Migración y desarrollo: una revisión conceptual de la evidencia*. En Castles, Stephen y Delgado, Raúl (Coords.). *Migración y desarrollo: perspectivas desde el sur* (pp. 21-49). México: Universidad Autónoma de Zacatecas, Miguel Ángel Porrúa, Secretaría de Gobernación, Organización Internacional para las Migraciones.
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) (2010). *Informe de Desarrollo Humano*.
- Pujol, Andreu y Fernández, Lourenzo (2001). *El cambio tecnológico en la historia agraria de la España contemporánea*. Historia Agraria, 23, 59-86.
- Putnam, Robert D. (1993). *The prosperous community: Social capital and public life*. The American Prospect, 4(13), 1-23.
- Remedi, Eduardo (2009). *Fuga de cerebros y movilidad profesional: ¿vectores de cambio en la educación superior?* En Didou, Silvye y Etienne, Gérard (Eds.). *Fuga de cerebros, movilidad académica y redes científicas. Perspectivas latinoamericanas* (pp. 89-100). CINVESTAV.
- Reygadas, Luis. (2004). Las redes de la desigualdad, un enfoque multidimensional. *Política y Cultura*, 21, 7-25.
- Richard-Jorba, Rodolfo. (2013). Recursos humanos especializados y cambios tecnológicos en la vitivinicultura de la provincia de Mendoza (Argentina), 1890-1920. *Ciclos en la Historia, la Economía y la Sociedad*, 20(40), 25-50.
- Riggio, Carla. (2019). Narrativas de la "Fiesta Nacional de la Vendimia" desde la historia cultural. *Cuadernos del CILHA*, 20(24), 91-103.
- Roba, Silvia. (2017). Hoteles con bodega, entre viñas y copas. *Viajar: la primera revista española de viajes*, 54-57.
- Rodríguez Zepeda, Jesús. (2011). *Otra desigualdad: la discriminación en México*. México: Ediciones Conapred.
- Rodríguez, Florencia, & Barrio, Patricia. (2020). Entre la expertise y la sociabilidad: los aportes de los técnicos extranjeros a una agroindustria regional (Mendoza, Argentina) (1880-1924). *Quinto Sol. Revista de Historia*, 24(2), 1-19.

- Rodríguez, Florencia. (2014). Educación agrícola, enólogos y tecnología: trayectorias de cambio y perfeccionamiento en bodegas de Mendoza, 1890-1930. *Mundo Agrario*, 15(29), 1-18.

  (2011). La formación de recursos humanos para la vitivinicultura mendocina: desafíos, cambios y continuidades de la enseñanza agrícola en Mendoza, Argentina. *Secuencia. Revista de Historia y Ciencias Sociales*, 81, 71-95.
- Romero, Alberto. (2002). *Globalización y Pobreza*. Colombia: Editorial Universitaria Universidad de Nariño.
- Salem, Sara. (2014). Feminismo islámico, interseccionalidad y decolonialidad. *Tabula Rasa*, 20, 111-122.
- Salt, John. (1997). International Migration of the Highly Skilled. *OECD Social, Employment and Migration Working Papers*, 3, 1-29.
- Sánchez Gómez, Martha Judith, Torres Pérez, Francisco, Serra Yoldi, Inmaculada, & Gadea Montesinos, Elena. (2019). *Reestructuración vitivinícola, mercados de trabajo y trabajadores inmigrantes*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Sociales, El Colegio de la Frontera Norte, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.

  (2018). *Transformaciones productivas, inmigración y cambios sociales en zonas vitivinícolas globalizadas*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Sociales, El Colegio de la Frontera Norte, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt).

  (2015). La segmentación étnica, de género y origen nacional en el mercado laboral del sector vitivinícola: una comparación entre Ribera del Duero y Utiel–Requena, España. En F. J. García Castaño, A. Megías Megías, & J. Ortega Torres (Eds.), *Actas del VIII Congreso sobre Migraciones Internacionales en España* (Granada, 16-18 de septiembre de 2015) (pp. S26/23–S26/33). Granada: Instituto de Migraciones.
- Sánchez, Martha Judith, Tomic, Patricia, Trumper, Ricardo, Santos, Hugo, Quaranta, Germán, Brignardello, María, & Novello, Raúl. (2021). Trabajo y Covid-19 en cuatro

zonas vitivinícolas. *Revista Mexicana de Sociología*, 83(Especial), 93-124. https://doi.org/10.22201/iis.01882503p.2021.0.60070

- Scott, Joan. (1996). El género: una categoría útil para el análisis histórico. En Martha Lamas (Ed.), *El género, la construcción cultural de la diferencia sexual* (pp. 1-72). México: Miguel Ángel Porrúa.
- Sevilla, Ariel, & Ferreyra, Martín. (2022). Relaciones sociales, políticas, ambientales, espaciales y económicas en los mundos de la vitivinicultura. *Estudios Sociales Contemporáneos, 27*, 18-239.
- Sistema Económico Latinoamericano y del Caribe (SELA).
- Solimano, Andrés. (2013). *Migraciones, capital y circulación de talentos en la era global*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Stavenhagen, Rodolfo. (1969). *Las clases sociales en las sociedades agrarias*. México: Siglo XXI.
- Strolovitch, Dara. (2007). *Affirmative Advocacy: Race, Class, and Gender in Interest Group Politics*. Chicago: University of Chicago Press.
- Thornton, James. (2013). The globalization of wine. En J. Thornton, *American Wine Economics. An exploration of the U.S. wine industry* (pp. 276-297). California: University of California Press.
- Tripier, Pierre. (1995). *Del trabajo al empleo. Ensayo de sociología de la sociología del trabajo*. Madrid: Publicaciones del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- Urteaga, Eguzky. (2011). Sociología de las profesiones: una teoría de la complejidad. *Lan Harremanak - Revista de Relaciones Laborales, 18.*
- **Vezinat, Nadège.** (2016). *Sociologie des groupes professionnels*. París: Armand Colin.
- Viveros, Mara. (2016). La interseccionalidad: una aproximación situada a la dominación. *Debate Feminista*, 1-17.
- Wilensky, Harold. (1964). The professionalization of everyone?. *American Journal of Sociology, 70*.
- Yuval-Davis, Nira. (2013). Más allá de la dicotomía y la redistribución. En Martha Zapata, Peter Sabina, & Jennifer Chan (Eds.), *La interseccionalidad en debate. Actas del Congreso Internacional "Indicadores interseccionales y Medidas de Inclusión*

Social en Instituciones de Educación Superior" (pp. 21-34). Berlín: Freie Universität Berlin. Yuval-Davis, Nira. (2006). Intersectionality and feminist politics. *European Journal of Women's Studies*, *13*(31), 93-209.